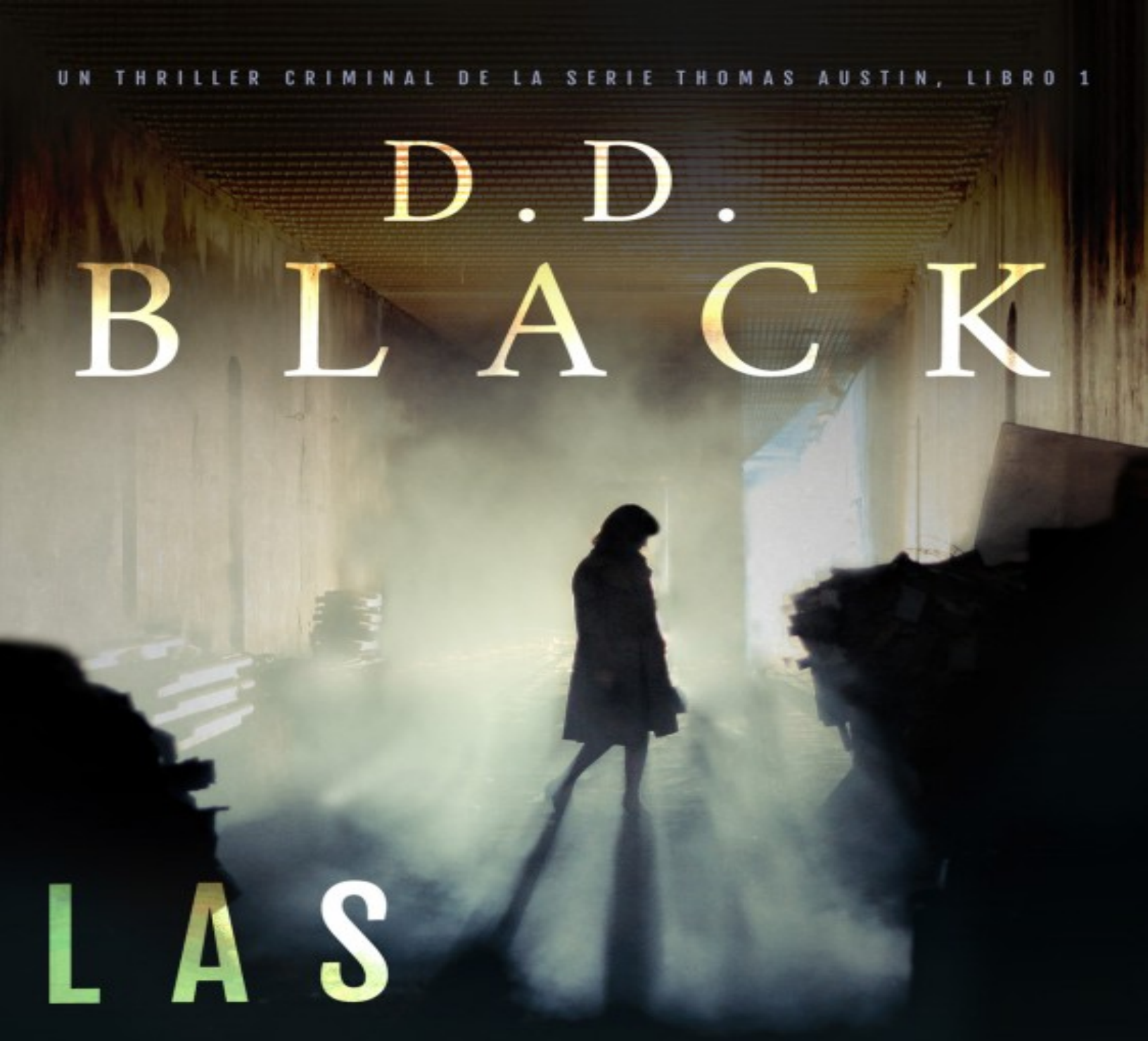
UN THRILLER CRIMINAL DE LA SERIE THOMAS AUSTIN, LIBRO 1

D.D. BLACK



LAS SOMBRAS DE PIKE PLACE

A veces es mejor dejar el pasado enterrado.

LAS SOMBRAS DE PIKE PLACE

UN THRILLER CRIMINAL DE LA SERIE THOMAS AUSTIN,
LIBRO 2

D.D. BLACK

DARKNESS AND LIGHT PUBLISHING

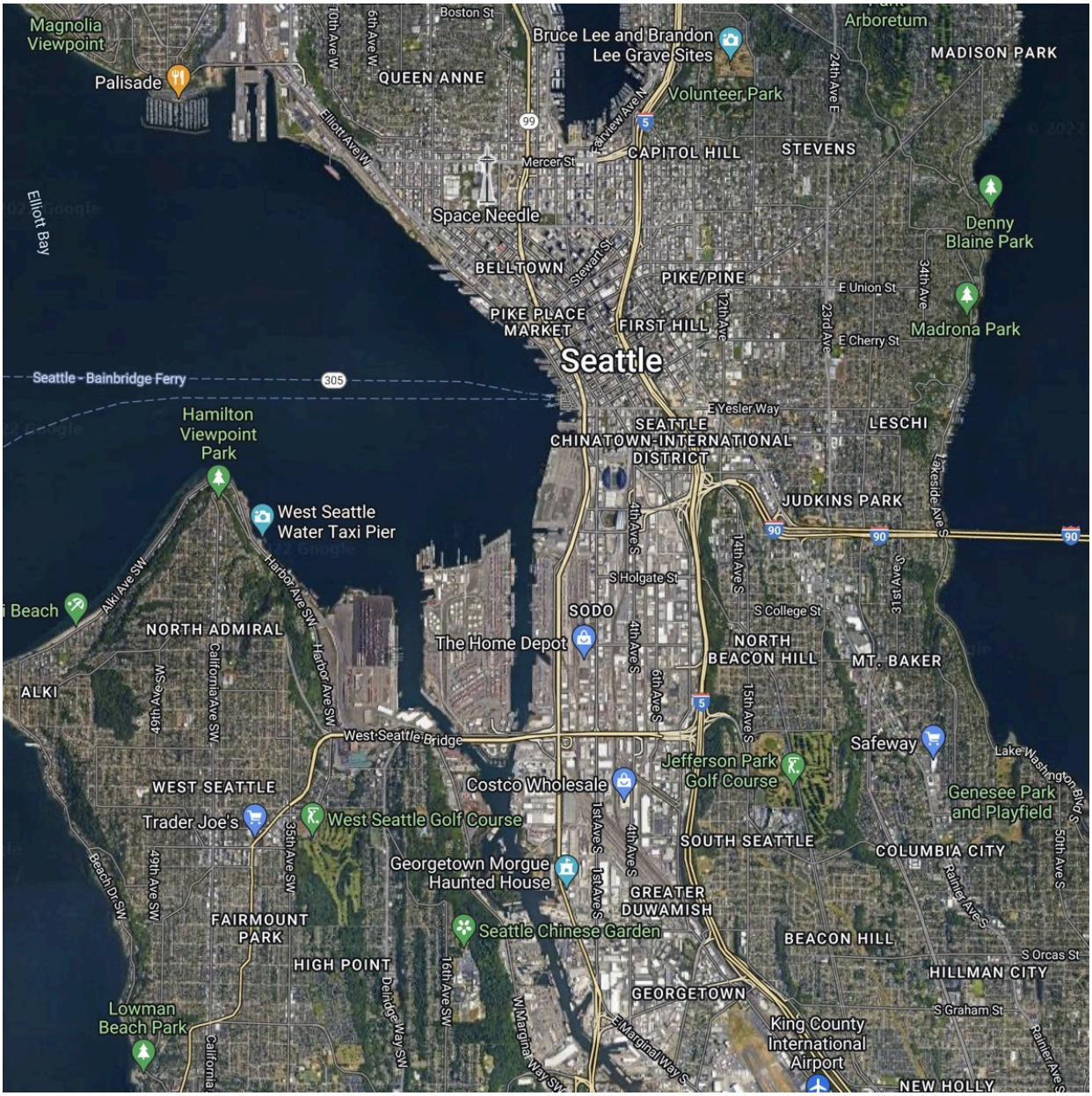
Nota sobre la ambientación

Aunque muchas de las localizaciones de este libro son reales, se han modificado algunos detalles de la ambientación. Solo un personaje de estas páginas existe en el mundo real: el corgi de Thomas Austin, *Run*. Su personalidad es un reflejo de la de mi propia corgi, Pearl. Cualquier otro parecido entre los personajes de este libro y personas reales es pura coincidencia. En otras palabras, me los he inventado a todos.

Gracias por leerme,

D.D. Black


Glendale
Port Ludlow
Hood Canal
Hansville
Point No Point
104
Mukilteo
Hood Canal
San Juan Clipper
Lynn
3
Edmonds
Kingston
307
104
Hood Canal
305
Shoreline
Poulsbo
Suquamish
Bangor
99
Fast Ferry
Port Orchard
Manzanita
5
Brownsville
520
Silverdale
Bainbridge Island
Victoria Clipper
Dyes Inlet
Tracyton
Seattle
King County Water Taxi
South Beach
Bremerton


Magnolia Viewpoint
Palisade
Boston St
10th Ave W
6th Ave W
QUEEN ANNE
Bruce Lee and Brandon Lee Grave Sites
Arboretum
MADISON PARK
Volunteer Park
24th Ave E
Fairview Ave N
99
5
CAPITOL HILL
STEVENS
Elliott Ave W
Mercer St
Space Needle
Elliott Bay
Denny Blaine Park
BELLTOWN
Stewart St
PIKE/PINE
E Union St
34th Ave
PIKE PLACE MARKET
FIRST HILL
12th Ave
23rd Ave
Madrona Park
E Cherry St
Seattle
Seattle - Bainbridge Ferry
305
E Yesler Way
SEATTLE CHINATOWN-INTERNATIONAL DISTRICT
LESCHI
Hamilton Viewpoint Park
JUDKINS PARK
Lakeside Ave S
West Seattle Water Taxi Pier
4th Ave S
14th Ave S
90
Alki Ave SW
Harbor Ave SW
S Holgate St
31st Ave S
Beach
NORTH ADMIRAL
SODO
S College St
The Home Depot
NORTH BEACON HILL
MT. BAKER
California Ave SW
49th Ave SW
ALKI
6th Ave S
15th Ave S
West Seattle Bridge
Safeway
Lake Washington Blvd S
Jefferson Park Golf Course
WEST SEATTLE
Costco Wholesale
Genesee Park and Playfield
Trader Joe's
West Seattle Golf Course
1st Ave S
SOUTH SEATTLE
COLUMBIA CITY
35th Ave SW
Georgetown Morgue Haunted House
50th Ave S
Beach Dr SW
GREATER DUWAMISH
Rainier Ave S
FAIRMOUNT PARK
Seattle Chinese Garden
BEACON HILL
HIGH POINT
S Orcas St
HILLMAN CITY
16th Ave SW
Delridge Way SW
GEORGETOWN
Lowman Beach Park
S Graham St
W Marginal Way SW
E Marginal Way S
King County International Airport
NEW HOLLY

«No hagas nada en secreto; pues el Tiempo todo lo ve y todo lo oye, y todo lo desvela».
-Sófocles

«Nada nos hace sentir tan solos como nuestros secretos».
-Paul Tournier

«Tres pueden guardar un secreto, si dos de ellos están muertos».
-Benjamin Franklin

ÍNDICE

I. La familia
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12

II. La persecución
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31

Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36

III. El regreso del pasado
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Nota del autor
Más novelas de D.D. Black
Sobre el autor

PARTE I

LA FAMILIA

1

Seattle, Washington

A Eleanor Johnson le encantaba tener a toda su familia reunida en un mismo lugar. Bueno, *«encantaba»* quizá fuera una palabra demasiado fuerte.

Pero solo ocurría una vez al año y nunca sabía cuántos le quedaban. A sus ochenta y dos años, había aprendido a apreciar cada día. En sus mejores días, era capaz de disfrutar hasta de los momentos difíciles, como el que estaba a punto de vivir.

Había convocado a la familia en el gran salón de su mansión de Seattle para comunicarles sus decisiones sobre la asignación de los fondos benéficos de la familia. Llevaba haciendo esto una vez al año desde hacía más de cuarenta años y siempre acababa con alguien disgustado. Pero cuando una pasaba suficiente tiempo repartiendo dinero, se volvía experta en decepcionar a la gente.

Hoy iba a dejar a todos los presentes echando humo.

—Muy bien —dijo Eleanor, alisándose las arrugas del vestido. Se encontraba de pie frente a la enorme chimenea vacía, saboreando y temiendo el momento a la vez—. He leído las propuestas, he investigado las organizaciones benéficas y he hablado con cada uno de vosotros sobre por qué os gustaría que donara a las organizaciones que habéis elegido. Aquí están mis decisiones.

El salón era lo bastante grande como para acoger a cuarenta personas, pero en ese momento solo había siete. La observaban sus dos hijas, su único hijo, su decrépito cuñado y un periodista del *Seattle Times*. Mack, su chef, había rellenado los canapés y se había sentado frente a los grandes ventanales. Tras él, el sol poniente proyectaba una luz dorada y anaranjada sobre el lago Washington. Durante los últimos diez años, a Mack se le había permitido hacer peticiones al fondo familiar y asistir a las reuniones.

—Este ha sido un buen año para el mercado —continuó—, así que tenemos más dinero disponible de lo habitual. El contable de la familia dice que veintidós millones, en total. Karen... —Su hija mayor estaba sentada en el sofá frente a ella, con la mirada asomando por encima del borde de su copa de champán. Estaba despampanante con su traje rojo de Chanel, aunque Eleanor no podía evitar sentir un poco de envidia. Karen se había criado en un mundo donde las mujeres podían dirigir empresas y moverse por la sociedad de una forma que las mujeres de su generación no pudieron—. Karen, has solicitado doce millones para una beca de investigación para el Hospital Infantil de Greenville. Te asigno un millón.

Los ojos de Karen centellearon y se removió incómoda en el sofá, pero Eleanor se volvió rápidamente hacia Susan, su segunda hija. Como siempre, Susan estaba sentada junto a Karen, pero de algún modo adoptaba una posición subordinada, encorvada y apartándose como si temiera molestar a su hermana mayor. Era la segunda al mando de Karen en su compañía farmacéutica, la segunda en todo. —Susan, has pedido cuatro millones para Parques y Ocio de Seattle y cuatro millones para refugios para personas sin hogar. Te asigno un millón. Repártelo entre las dos causas como creas conveniente.

Susan, siempre menos capaz de controlar sus emociones que Karen, dejó escapar un pequeño grito ahogado. Pero sabía que no debía protestar en voz alta.

—John Junior. —Su hijo estaba apoyado en la mesa de billar, bebiendo un coñac dorado de un vaso de güisqui de fondo grueso. Había perdido peso en la cárcel y su traje gris claro le quedaba un poco más holgado que antes de su estancia en el Centro Federal de Detención de mínima seguridad de Sea-Tac—. Has solicitado diez

millones para programas de educación de reclusos y centros de reinserción social. Yo...

—Sí, madre... —Al decir «madre», se volvió hacia Brenden, el periodista brillantemente apuesto que había estado tomando notas en una libreta Moleskine. Brenden parecía un Paul Newman milenial, y Junior no pudo evitar intentar impresionarlo—. Habiendo visto de primera mano la difícil situación de los encarcelados... —la voz de Junior se había vuelto altiva, presuntuosa—, he llegado a comprender las necesidades de los menos afortunados, a *valorar de verdad*...

—Déjate de discursos, Johnny. He leído el informe. —Eleanor no tenía ni idea de dónde había aprendido Junior a regodearse en el sonido de su propia voz. A su padre también le encantaba escucharse hablar, pero Junior nunca conoció a John sénior—. He asignado un millón.

Junior dejó el vaso de güisqui sobre el marco de madera de la mesa de billar con un golpe seco. —¿Qué? He vivido dos años en la cárcel y...

—Fueron dieciocho meses —intervino Karen—. De *mínima* seguridad.

—Aun así —objetó Junior.

—Niños, parad. Tenemos *visita*. —Le sonrió a Brenden, que estaba apoyado en la pared del fondo. Llevaba diez años invitando a la prensa a su reunión anual porque a los habitantes de Seattle les encantaba leer sobre la gente de dinero de Seattle de toda la vida, sobre todo cuando ese dinero se regalaba. Claro que hacía que la familia quedara bien, pero de vez en cuando también conseguía que otra familia adinerada se sumara a sus donaciones, duplicando o incluso triplicando las aportaciones. Brenden era más que un simple reportero; era una estrella en ciernes, destinado a acabar en el *New York Times* o puede que incluso en la tele. No le faltaba atractivo, desde luego.

Además, era su escritor fantasma.

Su cuñado estaba sentado aparte del resto del grupo, en un sillón de cuero a su derecha. —Andrew, solicitaste veinte millones para una renovación de la biblioteca.

—Déjame adivinar —dijo Andrew, afablemente—. ¿Un millón?

A diferencia de sus desagradecidos hijos, Andrew no era tan necio como para quejarse. Después de todo, ella llevaba años financiándole su estilo de vida.

—Eres muy perspicaz, Andrew.

Él le guiñó un ojo, una desagradable costumbre que tenía antes de decir algo pretendidamente ingenioso. —Podrías haber dicho «un millón para cada uno» desde el principio y ya está.

Ella sonrió con sarcasmo. —Sí, pero eso nos habría privado de este rato tan *encantador* juntos.

—Además —intervino Karen—, está en los estatutos. Todos los miembros de la familia deben estar presentes para la lectura completa de las solicitudes y las asignaciones.

—Hoy en día —dijo Andrew—, con un millón, en la biblioteca no da ni para reformar medio baño. —Suspiró, y sus arrugadas mejillas temblaron—. Pero servirá.

—Servirá —convino Eleanor.

Se volvió hacia su cocinero, cuyo pelo, de un blanco brillante, iba a juego con su filipina. —Y Mack, usted solicitó cinco millones para World Central Kitchen. Para alimentar a las víctimas de catástrofes. Una causa noble, ciertamente.

—¿Un millón? —exclamó Junior con amargura, sirviéndose otro coñac.

—En efecto —dijo Eleanor.

Junior dio una vuelta a la mesa de billar, furioso. Karen bebió un sorbo de su champán, cruzó y descruzó las piernas de forma ostensible. Susan, imitando a Karen, hizo lo mismo. Andrew se mordisqueaba el interior de las mejillas. Mack se levantó lentamente, cogió una bandeja de aperitivos de una mesita auxiliar y recorrió la sala ofreciéndoselos a sus hijos.

Eleanor esbozó una sonrisa afable. —Mack, ¿ha probado Brenden uno de sus Bánh bèo? —Miró al reportero—. ¿Lo ha probado? Están deliciosos. Es un plato tradicional de la comida callejera vietnamita. Por favor.

Mack sostuvo la bandeja en alto.

Brenden probó uno, masticando mientras todos lo observaban. Finalmente, sonrió. —¿Son gambas secas?

—Y panceta —dijo Mack, sonriendo con orgullo.

Brenden garabateó algo en su cuaderno. —Y esta especie de panecillo es…

—Pastel de arroz al vapor.

Brenden examinó la sala. —Pero usted no tiene ascendencia vietnamita, ¿verdad?

—En absoluto —dijo Eleanor—. Francesa y escandinava, aunque, como sabe, mi tatarabuelo prácticamente fundó Seattle. Sencillamente, somos de paladar aventurero. Se lo he dicho a Mack, prueba *cualquier cosa* conmigo. No quiero morirme sin que me hayan servido el mundo entero en bandeja. —Dijo la última frase con un gesto teatral de los brazos, esperando que acabara en las memorias.

Guardaron silencio mientras Mack continuaba recorriendo la sala, ofreciendo la bandeja al resto de los presentes.

Finalmente, Junior habló, con la voz cargada de desdén. —¿Y qué vas a hacer con los *otros* diecisiete millones?

No tenía ni idea de dónde sacaba tanto descaro. Aparte de un padre, se lo habían dado todo. La mejor ropa, los mejores colegios, los mejores tutores cuando suspendía. Había aprendido poco, pero dominaba una habilidad a la perfección: convertir el dinero en más dinero. Bienes inmuebles, acciones, empresas. Al igual que sus otros hijos, había recibido un millón de dólares por su vigesimoquinto cumpleaños. Para cuando cumplió los cuarenta y siete, lo había convertido en noventa millones. Ese fue también el día en que lo detuvieron por uso de información privilegiada. El Gobierno le había embargado cerca de la mitad de su fortuna, pero no tenía mucho de lo que quejarse. Llevaba seis meses fuera de la cárcel y actuaba como si se hubiera pasado dos décadas en régimen de aislamiento.

Eleanor se aclaró la garganta. —Los diecisiete millones restantes del desembolso de nuestro fondo benéfico de este año se donarán a la residencia Douglas, para la creación de un nuevo programa de actividades acuáticas para mayores.

Desde el sofá, Karen dejó escapar un pequeño *pfffft*, un sonido que denotaba algo parecido al asco.

Junior la fulminó con la mirada, con la boca entreabierta.

Andrew se arrastró hasta el bar y se sirvió una copa.

Para sorpresa de Eleanor, fue Susan quien finalmente habló. —Egoísta.

Eleanor se lo esperaba. No era ningún secreto que planeaba retirarse a la residencia Douglas el año que viene. Ya era la tercera mejor comunidad de jubilados de Estados Unidos, pero ¿por qué no asegurarse de que tuviera todas las comodidades que necesitaría a su llegada? Después de todo, era *su* dinero.

Y no tenía por qué justificar sus decisiones. —¿Hay algo más?—. Miró a sus hijos uno por uno, y luego a Mack y a Andrew. —Bien, pues levantemos la sesión y vayamos a buscar a esos nietos.

Los nietos, nueve en total, estaban reunidos en la gigantesca sala de juegos del ala noreste de la casa. La gran mansión de estilo Tudor se había construido en la década de 1930, pero el ala de la sala de juegos se añadió a principios de los sesenta, justo antes de que ella y John compraran la casa. Cuando sus hijos eran pequeños, había estado llena de caballitos de madera, material de manualidades y más muñecas de las que ninguna familia pudiera necesitar. Ahora albergaba el equivalente a unos grandes almacenes en aparatos electrónicos que ella jamás entendería. Su nieto mayor, Kyon, le había asegurado que era «un centro de videojuegos de última generación». Tres televisores de pantalla panorámica, consolas portátiles, pufs, algo llamado cascos de «RV» y una nevera para bebidas y aperitivos.

Como de costumbre, Kyon estaba sentado solo, con unos pequeños auriculares blancos saliéndole de las orejas. Eleanor estaba totalmente a favor de la contracultura —a fin de cuentas, era una hija de los sesenta—, pero Kyon simplemente parecía lúgubre. Llevaba vaqueros ajustados y una sudadera negra con capucha, y

tenía más piercings en la nariz que un acerico. Aquello la entristecía, aunque no lo culpaba. John Junior nunca había sido un gran padre, y su estancia en la cárcel no había ayudado mucho en su relación con Kyon.

Karen se acercó y le rellenó la copa de vino a Eleanor, un Chablis deliciosamente mineral. —Regalar tu dinero para, bueno, esencialmente para ti misma, no va a dar buena imagen—. Señaló con la cabeza a Brenden, que observaba toda la escena desde un rincón.

Eleanor se alegró de que Karen hubiera superado su decepción tan rápido. —Está escribiendo mis memorias y le pago generosamente. Escribirá lo que yo le diga. Un millón para tu causa no está mal, y siempre puedes añadir algo del tuyo.

—Hasta que no se cierre la venta, no tengo mucho capital.

Karen llevaba un año intentando vender su empresa, topándose con un retraso tras otro. Eleanor podía entender su frustración, pero tener que esperar un poco más para recibir un pago multimillonario no era precisamente una tragedia dickensiana.

Eleanor sonrió. —No sé por qué, pero creo que te las apañarás.

Karen suspiró y le pasó un brazo por los hombros. —¿Es agradable, verdad?, ¿tener a todo el mundo reunido?

Eleanor asintió. Karen siempre había sido de enfado fácil y de perdón rápido. Le encantaba eso de ella.

Mack se acercó y les ofreció un platito con canapés. —Rollitos frescos y ternera a la parrilla en hoja de betel.

—Usted nunca deja de sorprenderme —dijo Eleanor.

Él sonrió. —¿Quién iba a decir que un viejo cocinero del ejército estaría aprendiendo platos regionales vietnamitas a los setenta y cinco años? Benditos sean los tutoriales de YouTube.

Karen sonrió. —Los setenta y cinco no son lo que eran. Aparenta sesenta.

Mack asintió cortésmente y volvió a la cocina.

Mientras los adolescentes les gritaban a las pantallas, tanto pequeñas como grandes, Eleanor saboreaba los aperitivos vietnamitas picantes, ácidos y sabrosos, y bebía el vino a sorbos.

Sasha, la hija mayor de Karen, de dieciocho años, se quitó el casco de realidad virtual y se acercó. —¿Un bombón, yaya?

Eleanor sonrió. —No te diré que no.

Sasha era su nieta mayor, y no se parecía en nada a Kyon. Educada, inteligente, guapa y, sobre todo, normal. En otoño se iría a Stanford a estudiar ingeniería.

Sasha le pasó el brazo por los hombros a Eleanor, igual que había hecho Karen. —Te quiero, yaya.

Eleanor se metió el bombón de crema de frambuesa en la boca y lo regó con el Chablis. —Yo también te quiero, cariño.

La vida no era perfecta —nunca lo había sido—, pero era lo bastante buena. Por primera vez en mucho tiempo, sentía que todo iba bien en el mundo.

El sonido de los chillidos y los gritos de enfado fingido de sus nietos la acompañó escaleras arriba hasta la cama. Como matriarca de la familia, había hecho todo lo posible por mantenerlos unidos, por conservar intacto el núcleo de su fortuna y por hacer que los respetaran, incluso los veneraran, en Seattle. Aunque sus hijos no siempre se lo agradecían, el sonido feliz de sus nietos era recompensa suficiente.

En la suite principal, Eleanor se puso el camisón, se tomó la medicación de la noche y se deslizó entre las sábanas de frío algodón. En una vida llena de responsabilidades, su único placer culpable era ver una o dos horas de televisión por la noche. Hasta hacía poco, se había negado a tener una tele en el dormitorio, pero ahora que podía ver *Ley y orden*, *CSI*, *Monk* e incluso episodios antiguos de *Se ha escrito un crimen* desde la comodidad de su cama, no pensaba volver a la sala de audiovisuales.

Aquella noche tocaba *Cracker*, un drama policíaco británico que era más oscuro que las series que solía ver. Ella prefería los programas en los que los buenos obtenían victorias claras y decisivas, pero, aun así, lo disfrutaba.

Después del primer episodio, se levantó para ir al baño, pero algo no iba bien. Se sentía inestable, como si hubiera bebido demasiado. Consiguió llegar al baño, pero tropezó al volver, desplomándose sobre la cama y casi precipitándose por el borde.

Solo había tomado dos copas de vino, así que no podía ser eso. ¿Estaba incubando algo? ¿Las gambas secas se habrían puesto malas? No, Mack era demasiado meticuloso para eso.

¿Era el bombón? Había visto un documental sobre un niño que había muerto por comerse un montón de bombones de sus padres, sin saber que estaban llenos de THC. ¿Cómo iban a estar los adolescentes comiendo bombones de marihuana en su casa?

Tenía la vista borrosa mientras examinaba el mando para intentar poner el siguiente episodio. Forcejeando con los botones, apagó la tele sin querer.

De repente, sintió unas náuseas terribles. El estómago se le retorció dolorosamente y apenas tuvo tiempo de asomar la cabeza por el lado de la cama antes de vomitar.

Volvió a recostarse, con la garganta en llamas y la cabeza pesada sobre la almohada. Intentó gritar para pedir ayuda, pero la voz se le ahogó en la garganta, incapaz de salir.

¿Qué estaba pasando?

Su mente era una nube de confusión. Una oscuridad la envolvió, como si se estuviera hundiendo en el fondo de un mar profundo y negro.

Y, sin embargo, aún podía oír los gritos de júbilo ahogados seis metros más abajo. Sus hijos y nietos estaban jugando, comiendo aperitivos y bebiendo vino en la sala de juegos.

Sus pensamientos se desvanecían. Cerró los ojos y ya no pudo volver a abrirlos.

Intentó una vez más dar una patada, moverse, agitarse, pero tenía las extremidades paralizadas.

La oscuridad lo era todo.

En el instante previo a su muerte, Eleanor Johnson se aferró a un único pensamiento, uno que llenó de amargura su último aliento: *¿cuál de esos intrigantes cabrones me ha envenenado?*

2

Hansville, Washington
Una semana después

Thomas Austin no era ningún experto en pasta, pero estaba orgulloso de sus raviolis. Era su cuarta tanda en otros tantos días y por fin había conseguido que la masa fuera lo bastante fina como para ser casi traslúcida, pero lo suficientemente resistente como para contener el relleno de langosta y ricotta sin romperse en el agua hirviendo.

Fuera, la verja de la entrada chirrió sobre sus goznes y su corgi, Run, salió disparada hacia la gatera. Austin aguzó el oído. Run no ladró, lo que significaba que reconocía a la visita. Probablemente la repartidora de Amazon, que venía al menos dos veces por semana y siempre le traía alguna chuchería.

Hansville estaba bastante apartado: una diminuta península que sobresalía de la península de Kitsap, más grande, que a su vez se extendía desde la península Olímpica. La *Triple Península*. La gente a veces bromeaba diciendo que a Hansville no se podía llegar desde donde estabas. Daba igual *dónde* estuvieras. Rara vez recibía visitas inesperadas.

—¿Quién es la perrita más mona? ¡Tú lo eres! Sí, *tú* lo eres. — Reconoció la voz. Era Anna Downey, la periodista de sucesos local.

Con una espumadera, sacó los raviolis del agua hirviendo y los echó en la sartén con mantequilla dorada a la salvia.

Run volvió a entrar como una exhalación por la gatera justo cuando Anna llamó a la puerta.

—Estoy en la cocina —gritó Austin—. Está abierto.

Cogió la sartén, movió la muñeca para saltear la pasta con la mantequilla y luego deslizó los raviolis en un plato.

Anna entró justo cuando él se giraba.

Le echó un vistazo al plato de raviolis. —Parece que me esperabas. —Señaló la mesa de la cocina con la cabeza—. ¿Te importa?

Con la mano libre cogió un par de cervezas de la nevera y se sentó, dándole una a Anna. —¿A qué debo esta visita sorpresa?

Solo habían pasado dos meses desde que se conocieron, pero en los primeros días habían pasado por un infierno, así que compartían algo profundo, algo tácito, que pocos compartían. La había visto una o dos veces desde entonces; incluso habían visto *Titanic*, que según Anna era una parte esencial de su introducción a la cultura popular de los noventa que se había perdido. Pero ella había estado ocupada escribiendo artículos de seguimiento y haciendo la ronda por las televisiones locales, y Austin había dejado claro que no estaba preparado para tener citas.

Anna le dio un largo trago a la cerveza y, sin preguntar, cogió un ravioli de su plato y se lo metió en la boca.

—Oye —protestó Austin—, que es mi comida.

Masticó y se pasó el bocado con un trago de cerveza. —Probablemente acabo de ahorrarte cuarenta calorías. *Tú mismo* dijiste que estabas intentando recuperar tu forma del NYPD. —Hizo un gesto hacia la comida—. Además, están de muerte. ¿Lleva limón?

—Ralladura de limón. ¿Quieres un plato?

—No, ya he comido. Es que no me he podido resistir. ¿Los vas a añadir al menú?

Austin asintió. Su pequeño apartamento estaba pegado a su negocio, el Hansville Café, Tienda y Cebo. No era un chef de formación —se había pasado veinte años en el Departamento de Policía de Nueva York—, pero le encantaba experimentar con las

recetas. —Cerramos esta semana. Reforma completa de la cocina. He pensado que es el momento de probar platos nuevos. —El final del invierno y el principio de la primavera eran especialmente flojos en el pueblecito costero, pero quería tenerlo todo listo para la ajetreada temporada de verano.

Run se tumbó en el suelo a los pies de Anna y esta le rascó a la corgi detrás de las orejas. Estaba claro que le rondaba algo por la cabeza, y él nunca había visto a Anna andarse con rodeos para sacar un tema.

Austin le dio un trago a su cerveza. —Suéltalo. Sé que pasa algo.

—¿Has oído hablar de Eleanor Denny Johnson?

Austin negó con la cabeza.

—Pues está muerta, y creo que la asesinaron.

Austin ladeó la cabeza. Notó el sabor de las cerezas ácidas, un chispazo de emoción que nunca podía contener cuando una pregunta sin respuesta se cernía ante él. —¿Vale, y quién era?

—Una mujer muy rica de Seattle. Ochenta y dos años. Familia numerosa. Dinero de toda la vida. Murió hace una semana.

—¿Cómo murió?

—En casa, sola, en la cama.

—Entonces, ¿qué te hace pensar que la asesinaron?

—Su familia es, bueno, un poco *sus*, como diría mi hijo.

Austin se encogió de hombros.

—*Sus*, de sospechoso, chungo, turbio.

—Vale. —Austin se metió un ravioli en la boca y la miró por encima del tenedor como diciendo—: *Más detalles, por favor.*

—Oficialmente, murió por causas naturales. Al fin y al cabo, *tenía* ochenta y dos años. Pero pasé tiempo con ella durante los dos meses previos a su muerte. Para empezar, parecía sana. Me dijo que el médico le había dado el visto bueno este invierno. Y segundo, sus hijos son…, como ya te he dicho…, un poco *sus*.

—Espera, para el carro —dijo Austin—. ¿Murió por causas *naturales*?

—Eso es lo que dice su *médico*. Insuficiencia cardíaca, tranquilamente mientras dormía.

—¿Le hicieron un informe toxicológico completo?

Anna negó con la cabeza. —No. Más turbio todavía.

—En realidad, no. Cuando una anciana muere en la cama, no le hacen una autopsia ni un análisis toxicológico a menos que haya motivos para sospechar que ha habido juego sucio.

Anna se levantó. —¿¡Y no los hay!? En este caso, sí que los *hay*.

Austin la siguió con la mirada mientras daba una vuelta por la cocina. Anna escribía una columna sobre delincuencia en el condado de Kitsap y, aunque era un trabajo a tiempo parcial, conocía la zona como nadie y había desarrollado un gran instinto para el crimen. También tenía más agallas que la mitad de los agentes con los que él había trabajado. Era imperturbable, incluso ante el peligro. Por eso le sorprendió su agitación. —¿Dime cómo estás involucrada en esto?

Anna se sentó. —Hace seis semanas, me contactó la hija de Eleanor, Karen. Su madre buscaba una escritora fantasma para sus memorias y me había visto en la tele después de todo lo que pasó hace un par de meses. —Se echó hacia atrás el pelo rubio ceniza con picardía—. Mis *quince minutos de fama*. El caso es que me vio en la tele y luego leyó algunos de mis artículos. Le gustó mi forma de escribir. Resumiendo, fui a su mansión en el lago Washington, pasé el día con ella y me ofreció el trabajo.

—¿Ibas a escribir un libro sobre ella?

—No, iba a escribir *su* libro. Como escritora fantasma. Quería contar su historia para el legado de su familia, pero era lo suficientemente conocida en la ciudad como para que se vendieran algunos ejemplares. Iba a pasar uno o dos días a la semana con ella, leer sus diarios y cartas, escribir el libro, y ella se llevaría todo el mérito.

—¿Y tú qué te llevabas?

—Cincuenta mil dólares. Más de la tarifa estándar. Pero está forrada. Su familia tenía granjas y explotaciones madereras a finales del siglo XIX, ayudó a construir zonas de Seattle en el siglo XX, y formó parte del grupo que levantó el centro y fundó el Pike Place Market.

—¿Es ese el sitio donde tiran los pescados?

Anna se quedó boquiabierta y luego, con dramatismo, levantó la barbilla para cerrarla. —¿Llevas aquí más de un año y *no* has ido a Pike Place?

Austin se encogió de hombros. —Dejé Nueva York para alejarme de las ciudades. Entre otras cosas. —Después del tiroteo que se había cobrado la vida de su mujer y lo había dejado en el hospital, Austin había aceptado la jubilación anticipada, feliz de vivir el resto de su vida en aquel tranquilo pueblo costero. Solo había visitado Seattle una vez, a pesar de vivir a una hora de distancia—. Espera, has dicho *«iba»* a escribir su libro. En pasado.

—Me despidió hace dos semanas. Me reemplazó con un pez gordo del *Seattle Times*.

—Siento oír eso.

—Gracias. Fue una putada. Pero me pagó cinco mil dólares por los cinco días que ya le había dedicado, así que no podía guardarle rencor.

Austin terminó los raviolis y llevó el plato al fregadero. —Todavía estoy intentando averiguar qué tiene que ver su muerte contigo o, más concretamente, conmigo.

—Ahora eres detective privado, ¿no?

—Más o menos. —Después de ayudar a los detectives de la oficina del sheriff de Kitsap en el caso de Navidad, Austin había rechazado una oferta para convertirse en asesor. En su lugar, había montado su propia agencia de detectives privados.

—¿Ya tienes algún cliente? —preguntó Anna.

—Le he encontrado un objeto perdido a alguien.

—Genial. ¿Tu primer caso? —Anna estaba impresionada—. ¿Joyas, bonos al portador?

—Una de las pelotas de tenis de Run. La había perdido debajo del sofá.

Anna se rio. —Bueno, pues aquí tienes tu primera oferta de trabajo: ven a Seattle conmigo. Hoy. He quedado con la familia de Eleanor para devolverles un par de diarios que me dio cuando empecé a trabajar con ella.

—¿Y qué quieres que haga?

—Solo, no sé, que *observes*. No puedo ofrecerte dinero, pero como pago dejaré que me invites a cenar.

Austin enarcó una ceja.

—Vale, de acuerdo, te invito *yo* a cenar.

Él no dijo nada.

Ella volvió a intentarlo. —Te *haré* yo la cena.

Él sonrió con suficiencia. —Entonces, *definitivamente* no.

Anna se rio. —¡Oye, que sé cocinar! Albóndigas suecas.

Austin se sentó. —Dime una cosa: ¿por qué pareces tan segura de que fue asesinada?

—Para empezar, era rica. Dinero personal, propiedades valoradas en más de noventa millones, además de un fideicomiso familiar benéfico que donaba millones cada año. Segundo, durante la semana que pasé con ella, me dijo que la familia tenía secretos. Dijo que se habían escrito cien artículos sobre ella, pero que ninguno había contado nunca toda la historia. Se estaba haciendo mayor y estaba dispuesta a sincerarse.

Austin lo sopesó. Cuando la gente rica moría, siempre había alguien que se beneficiaba. Al fin y al cabo, el dinero tenía que ir a algún sitio. Pero la explicación más sencilla solía ser la correcta. Cuando una anciana moría en su cama, lo más probable era que simplemente se hubiera muerto. Pero no podía negar que estaba intrigado. —¿Tienes fuentes en la policía de Seattle, verdad?

Anna asintió.

—¿Y?

—De momento, no hay investigación. Ninguna sospecha de nada.

—Muy bien, iré, pero no como nada oficial. Y me vas a preparar la cena algún día.

—Trato hecho. Le diré a la familia que eres un amigo. Omite todo el rollo de que eres detective privado.

Austin asintió. —¿Cuándo sale el próximo ferri?

3

Desde que se había mudado a Washington, Austin se había dado cuenta de que se permitía la entrada a los perros en muchos más sitios que en Nueva York. Entre ellos, los ferris que salían cada hora o dos del condado de Kitsap a Seattle.

Él, Anna y Run cogieron el barco de la una y se sentaron bajo un toldo en la cubierta superior. Estaba a punto de empezar la primavera, pero todavía hacía diez grados y el día estaba gris, lo típico de la zona. El viento le helaba la cara a Austin mientras el ferri salía lentamente de la terminal de Eagle Harbor, dejando una suave estela en el agua. A medida que se alejaban de la costa, Austin contempló las fincas que se alzaban en Wing Point, una mezcla de grandes casas modernas y refugios isleños más pequeños y antiguos.

—Eleanor —dijo Austin, dando un sorbo al café solo que había cogido de una máquina en la cabina de pasajeros—. Háblame más de ella. Has mencionado a sus hijos, a su familia. ¿Estaba casada? ¿Divorciada?

—Su marido era John Johnson, y él, *desde luego*, iba a formar parte del libro. Segunda División Aérea, herido en los primeros días de la Operación Rolling Thunder. Licenciado con honores de las Fuerzas Aéreas en 1965. Regresó a Seattle y se metió en todo tipo de negocios. Conoció a Eleanor que, como ya te he dicho, era de

una familia con dinero de toda la vida de Seattle. Una familia *muy* rica. Tuvieron dos hijas, Karen y Susan, que ahora dirigen una empresa farmacéutica emergente. Fármacos oncológicos de diseño. Mientras Eleanor estaba embarazada del tercero, John Junior, empezaron a correr rumores sobre los negocios de John. Se había criado en la pobreza en el este de Washington, se había abierto camino a base de luchar. Eleanor nació rica. Era una especie de Han Solo y princesa Leia.

—Anda, *esa* sí que la pillo.

Anna se burlaba de él sin piedad por su falta de conocimientos de cultura popular, pero hasta *él* había visto Star Wars.

—John Johnson estaba metido en un montón de negocios por la zona de Pike Place —continuó Anna—. También en el sector inmobiliario. Resumiendo, la policía le seguía la pista por todo tipo de fraudes, corrupción, extorsión e incluso asesinato. Leí algunos artículos de la época, claramente filtraciones de la policía, que decían que su detención era inminente. Se suicidó en 1971, justo antes de que naciera John Junior.

Austin negó con la cabeza. —¿En serio? ¿Y Eleanor? ¿Estaba implicada en alguno de los negocios turbios?

—Que yo sepa, no. Desde luego, no sería la primera vez que una esposa no tiene ni idea de los asuntos de su marido. Aunque quizá a eso se refería cuando me habló de los secretos que nadie conocía. También dijo que Vietnam le había trastornado mucho la cabeza aunque lo licenciaran al principio de la guerra. —Se inclinó y acarició a Run detrás de las orejas—. En general, Eleanor parece que fue una mujer de la leche. Mantuvo a la familia unida, resolvió varios casos de fraude contra John tras su muerte, recuperó el buen nombre de la familia y ha hecho mucho bien por la ciudad. Estaba pensando en titular las memorias *El ave fénix de Pike Place*, porque resurgió de las cenizas de una situación horrible.

Detrás de ellos, un hombre carraspeó con fuerza. Anna se giró. —¿Brenden? —Su rostro se tensó y apretó los labios. Austin supo de inmediato que ese tipo no le caía bien.

—Anna, me alegro de verla. —Brenden era alto, con el pelo oscuro y una mandíbula sacada de una película de acción. Su tono

de voz era falsamente cordial, como si hubiera un pasado incómodo entre ellos. ¿Un exnovio, quizá?

Anna se levantó. —Austin, este es Brenden McNeery, reportero del *Seattle Times*.

Austin se puso en pie y le estrechó la mano.

Run intentó llamar la atención de Brenden dándole un suave cabezazo en las espinillas, pero él la ignoró y se volvió hacia Anna. —Le debo una disculpa.

—Ah, ¿y por qué? —Su tono le indicó a Austin que ella sabía *perfectamente* por qué le debía una disculpa.

—Por las memorias. Cuando me las dio, no tenía ni idea de que hubiera pensado ofrecérselas a usted.

—Ya *me* las había ofrecido. —Anna dio una palmadita en su gran bolso—. Aquí mismo llevo dos de sus diarios. Ya había empezado a trabajar.

—Como ya he dicho, lo siento. Brenden esbozó un gesto de disgusto que le indicó a Austin que no lo sentía en lo más mínimo. —Cuando me vio en la CNN, llamó a mi agente de buenas a primeras. ¿O fue cuando salí en *The View*? —Negó con la cabeza—. Todo ha pasado muy deprisa.

—¿Sin conocerle de nada? —Anna se puso en jarras—. ¿Llamó a su agente y le ofreció cincuenta mil del ala sin más?

Brenden retrocedió un paso. —No exactamente.

Anna entrecerró los ojos. —¿*Más* de cincuenta mil?

—El *Seattle Times* no es precisamente Goldman Sachs. Pretendo mudarme a Nueva York en menos de un año y ella me dijo: «ponga usted el precio», y eso hice.

Anna volvió a sentarse. —No quiero ni saberlo.

Él se colocó frente a ella y se apoyó en la barandilla. La brisa le alborotaba el pelo oscuro como si estuviera en un anuncio de barcos de lujo. —Cien mil del ala. —Ahora se lo estaba restregando por la cara—. No está mal para un trabajillo extra.

—¿Aun así va a escribirlo? —preguntó Anna.

—Ahora mismo voy para Seattle a reunirme con la familia. Por lo que parece, quieren comprarme el contrato. Mi agente consiguió una cláusula de cancelación. Podrían acabar siendo los cincuenta mil

dólares más fáciles que he ganado en mi vida. ¡Y mi padre que decía que nunca ganaría dinero como periodista!

Anna le dio un sorbo al café con rabia. Estaba intentando pagarle la universidad a su hijo, una tarea nada fácil en el mejor de los casos, y para los periodistas a tiempo parcial, desde luego no eran los mejores tiempos. Tenía sentido que echara humo ante la perspectiva de que aquel fanfarrón ganara tanto por *no* escribir las memorias como iba a ganar ella por escribirlas. —Eso es más de lo que he ganado en mis dos últimos años con artículos como *freelance.*

Brenden frunció el ceño como si estuviera mirando dentro de una jaula en una protectora de animales. —¿Habla en serio?

Anna asintió.

—Si quiere, puedo interceder por usted en el *Times*, aunque ahora mismo no estamos contratando a nadie. Quizá cuando me vaya a Nueva York la contraten. Podría ser en menos de un año. La semana que viene me reúno con productores tanto de la Fox como de la MSNBC. Buscan una nueva voz directa y centrista para sus tertulias.

Anna suspiró con brusquedad. —En fin, me las apañaré. Me alegro de verle y, bueno, supongo que nos veremos pronto. Nosotros también vamos a casa de Eleanor.

—¿Ah, sí?

—A devolver los diarios de Eleanor.

—La próxima vez, haga que su agente le consiga un contrato.

Anna frunció el ceño. —No todos *tenemos* agente.

Brenden se encogió de hombros, y Austin estaba a punto de pedirle que se marchara cuando dijo: —Me encantaría devolvérselos por usted. Los diarios, me refiero. Ya que tengo que ir allí de todos modos.

Anna apretó un poco más su bolso y lo miró con recelo. —No, gracias.

—¿De verdad? Está en la otra punta de la ciudad.

—Me puedo permitir un Uber —dijo ella, tajante—. ¿Por qué tiene tanto interés en conseguir los diarios?

Él retrocedió. —No tengo ningún interés. Solo... —Se metió las manos en los bolsillos—. En fin, buena suerte.

Anna lo siguió con la mirada mientras se alejaba por la cubierta y doblaba una esquina. —Gilipollas —susurró.

—¿Crees que debería recoger los nombres que ha ido soltando y devolvérselos?

Anna se rio. —Admito que me muero de envidia, pero no es que le quite importancia a su éxito, ¿verdad? Esperemos que esté en otra ala de la mansión cuando lleguemos.

—¿Y si *está* por aquí?

Anna arrugó la nariz y luego entendió lo que quería decir. —Puede que Brenden sea un gilipollas, pero es listo y un buen periodista. Si tiene el más mínimo indicio de que hay gato encerrado, estará husmeando por ahí igual que yo. De momento, solo tenemos que actuar con naturalidad y ver qué descubrimos.

El ferri se estaba acercando al muelle de Seattle y ellos empezaron a caminar hacia la proa. A su izquierda, la noria gigante les daba la bienvenida al centro de la ciudad.

—¿Por qué estaba haciendo la ronda por las teles? —preguntó Austin.

—¿Aparte de que parece un superhéroe de Marvel?

—¿Todo se basa en el físico?

—A ver, es la tele. Pero, por mucho que me gustaría decir que es todo superficial, Brenden es el periodista con más contactos de Seattle. Lo sacaron porque dio la exclusiva sobre ese director ejecutivo de una tecnológica que mató a su mujer hace unas semanas. Una noticia de alcance nacional.

Austin señaló el Ivar's, el famoso local de sopa de almejas junto a la terminal del ferri. —¿Quieres comer algo primero?

—No, estoy bien. —Arrugó la nariz e inclinó la cabeza como si estuviera a punto de decir algo.

—¿Qué?

—No creerás que…

Austin sabía por dónde iba. —Brenden estaba allí la noche que murió Eleanor, y estás pensando que…

—No pudo ser, ¿verdad? ¿Qué impresión te dio?

—Creo que casi cualquiera puede matar a otra persona si se dan las circunstancias adecuadas. Para la mayoría, esas circunstancias nunca se presentan. No le veo ningún móvil.

—Cincuenta mil dólares por *no* escribir unas memorias.

Austin se encogió de hombros. —Quizá, pero si es verdad que está a punto de convertirse en un colaborador habitual en la tele, yo diría que le espera mucho más dinero en el futuro.

Siguieron a la multitud para salir de la cubierta, cruzaron la plancha metálica y entraron en una larga pasarela cubierta que conducía a la terminal del ferri.

Anna miró a Austin y sonrió. —¿Eh, probablemente tengas razón. ¿Eso me convierte en mala persona por desear que Brenden resultara ser un asesino?

4

El barrio de Denny-Blaine bordeaba el lago Washington por el lado este de Seattle. Era uno de los más prósperos de la ciudad y lo más parecido a un barrio de dinero viejo que Austin había visto desde que se mudó al estado de Washington. En el trayecto desde la terminal del ferri, en el centro de Seattle, las calles se habían ido haciendo cada vez más grandes; las casas, más antiguas y señoriales; y los jardines, más amplios y verdes.

El propio Lake Washington Boulevard era el culmen de la majestuosidad. Una mezcla de casas clásicas frente al lago de principios a mediados del siglo XX y casas modernas construidas o reformadas por los millonarios de la tecnología de los últimos treinta años. A solo unos kilómetros al este del centro, parecía un mundo diferente.

La mansión de los Johnson era una imponente casa de dos plantas que daba al agua, cuyo tejado de picos afilados y entradas arqueadas le conferían un aspecto casi gótico. Pero, de pie en la acera mirando hacia dentro, Austin estaba bastante seguro de que la habían modernizado con todas las comodidades actuales.

Anna le dio las gracias al conductor del Uber y cerró la puerta; luego, señaló la casa como una azafata de concurso que presenta un *coche nuevo fabuloso*. —No está mal, ¿eh?

—¿Cuánto puede costar una casa como esta? ¿Cinco millones?

Anna se rio entre dientes. —Prueba con *treinta* y cinco millones. Este es el lugar más caro de Seattle y esta es una de las cinco mejores casas del barrio.

Mientras subían por el sendero hacia la puerta principal, Austin dijo: —Es un poco como el Upper East Side de Nueva York. Casas increíblemente caras, pero a pie de calle. Ni urbanización cerrada ni nada. No parece haber mucha seguridad.

Anna llamó al timbre, que resonó con un agradable tono digital. —¿La estás inspeccionando para robarla?

—Bueno, estos días la cerveza y el cebo no vuelan de la nevera, así que he estado pensando en meterme en el negocio del robo de casas.

Anna sonrió. —Como detective, habrás aprendido cómo piensan los delincuentes, pero serías el peor ladrón del mundo.

Austin fingió sentirse ofendido. —¿Por qué?

Ella lo miró de arriba abajo. —No eres una persona que sepa engañar.

—¿No?

—Creo que todo el mundo tiene algo único, algo que subyace a su personalidad, a lo que se dedica, a sus gustos y aversiones. En tu caso, es que eres incapaz de fingir. Eres muy literal. Un libro abierto. Sin secretos.

Antes de que él pudiera responder, se oyeron unos pasos tras la puerta y Anna lo cogió de la mano. —Recuerda. Estoy aquí para devolver los diarios. Tú no eres un exdetective. Y *desde luego*, no un investigador privado.

La puerta se abrió y un hombre mayor apareció ante ellos, masticando un palillo. Tenía la cabeza cubierta de un pelo blanco y reluciente y un paño de cocina sobre el hombro de su impecable filipina de chef. —¿En qué puedo ayudarles?

Anna sonrió. —¿Es usted Mack, el chef de Eleanor? Me habló mucho de usted.

—Lo soy. ¿Usted debe de ser Hannah, una de las periodistas?

—Anna, y este es mi amigo Thomas. Me acompaña para hacer un poco de turismo. ¿Se puede creer que nunca ha visto los peces voladores de Pike Place?

Mack sonrió y les hizo un gesto para que entraran. —Karen me dijo que vendrían. —Bajó la vista y vio a Run sentada educadamente al extremo de la correa. —Ah…

—Lo siento —dijo Austin—. Quería preguntar, ¿está bien que la entre? Se porta muy bien.

La expresión de Mack era de pesar. —Me temo que no se admiten mascotas. Me *encantan* los perros, pero llevo más de cincuenta años con la familia y nunca han tenido una mascota. Eleanor no los permitía en la casa.

—¿Alergias? —preguntó Anna.

—Que yo sepa, no. Simplemente no le gustaban los animales. Pero tenemos una pequeña zona vallada en la parte de atrás. Encantado de llevar a su adorable corgi allí.

Siguieron a Mack a través de una serie de jardines que rodeaban la casa por un lateral hasta una pequeña zona de césped, cercada por una elaborada valla de madera.

—Mira —dijo Austin, arrodillándose y ofreciéndole a Run una chuche del bolsillo—, tienes vistas al agua. —Run devoró la chuche y le examinó la mano en busca de otra—. Me han asegurado que este es uno de los barrios más exclusivos de Seattle —le dijo—. Quizá encuentres a un guapo pastor alemán que te invite a un chuletón mientras yo estoy dentro. —Run corrió por el jardín buscando algo con lo que entretenerse, pero solo encontró un césped perfectamente cuidado. Se quedó mirando a Austin con expresión decepcionada, luego se estiró en la postura del perro boca abajo y se tumbó en el césped.

—Tengo algunas sobras que podría ofrecerle —dijo Mack—. No es chuletón, pero sí entraña.

Austin sonrió. —No hace falta, se quedará durmiendo del aburrimiento hasta que volvamos, pero gracias.

Dentro de la casa, Mack los guio a través de un gran vestíbulo, por un pasillo con un impresionante suelo de parqué que, de alguna manera, parecía a la vez muy antiguo y reluciente, y hasta un salón que era aproximadamente del tamaño de todo el apartamento de Austin.

—Tomen asiento —dijo Mack, señalando un sofá de cuero—. Voy a buscar a Karen. Mientras tanto, ¿les apetece tomar algo? ¿O un café?

—No, gracias —dijo Anna.

—Pues… —dijo Austin—, a mí me encantaría tomar algo. ¿Cuál es la especialidad de la casa? —Le lanzó una mirada a Anna—. Confía siempre en el chef.

Mack le dedicó una mirada perpleja y luego dijo: —Pues mojitos de lichi. Eran uno de los cócteles favoritos de Eleanor. Era tradicional en algunos aspectos, pero no en lo que respecta a la comida y la bebida. Tenía un dicho: «No quiero morirme sin que me hayan servido el mundo entero en bandeja». —Miró a Anna—. ¿Seguro que no quiere uno?

—Si era uno de los favoritos de Eleanor, ¿cómo voy a negarme?

Cuando Mack se fue, Austin susurró: —Nunca rechaces una copa si estás intentando tantear el terreno. Cuanto más nos sirvan, más tiempo podremos quedarnos.

Anna asintió. —Aquí es donde tuvieron la reunión la noche que murió. —La estancia tenía una gran chimenea, una mesa de billar y molduras ornamentadas del tipo que Austin había visto alguna vez en casas clásicas de Nueva York. Las paredes estaban cubiertas de fotografías enmarcadas del mismo hombre en diversos escenarios y con distintas vestimentas. A juzgar por el hecho de que en las fotos no aparentaba más de treinta años, Austin supuso que se trataba de John Johnson, el difunto marido de Eleanor. En una de ellas, llevaba un uniforme de béisbol y sostenía un bate en posición de bateo, como si posara para un cromo. Otra, en blanco y negro, lo mostraba con uniforme de las Fuerzas Aéreas cuando apenas superaba los veinte años. En otra, estaba de pie en la azotea de un edificio sosteniendo una copa de champán, con el perfil de Seattle al fondo. En otra más, era mayor —probablemente después de su regreso de Vietnam— y vestía un elegante traje negro mientras sostenía, incongruentemente, una col en un puesto de verduras del mercado de Pike Place.

Mack regresó con una bandeja de bebidas, seguido de dos mujeres y un hombre. Al entregarle a Austin un vaso alto y

escarchado, Mack dijo: —Thomas y Anna, ellas son Karen y Susan Johnson, y aquel de allí es Junior.

—Sí —dijo Anna—, Karen y yo hemos hablado por teléfono.

Se estrecharon la mano rápidamente. Karen y Susan se sentaron en el sofá de enfrente.

Junior no se había acercado; en su lugar, se apoltronó en un sillón a la derecha de ellos. Asintió cortésmente, pero, de los tres hermanos, era claramente el menos interesado en formalidades.

—Vaya —dijo Karen—. Dos periodistas en casa al mismo tiempo. Nunca pensé que permitiríamos que *eso* ocurriera.

Anna sonrió educadamente. —¿Así que Brenden ha llegado antes que nosotros? Nos lo hemos encontrado en el ferri.

—Ah —dijo Karen—, ¿así que se conocen?

Anna asintió.

—Está en la otra habitación. —Karen miró su reloj, un objeto fino con incrustaciones de diamantes que parecía costar más que la camioneta de Austin.

—No quiero entretenerla —dijo Anna.

—Oh, no se preocupe, ya estábamos terminando. Ya se va.

Karen se percató de que Austin se había fijado en el reloj y retiró ligeramente la mano para que desapareciera bajo la manga de su traje de aspecto caro. —Siento lo de su perra —dijo—. Mack me ha dicho que está en el jardín. Es solo que nunca hemos sido muy de animales.

—No se preocupe —dijo Austin—. De todas formas, tenía ganas de explorar el panorama de las citas en Seattle.

Anna soltó una risita, pero los hermanos Johnson no reaccionaron.

—Entonces —dijo Anna—, ¿las memorias están en pausa?

Karen le dirigió a Anna una mirada inquisitiva, como si la pregunta estuviera fuera de lugar. Antes de que pudiera responder, la puerta se abrió con un chirrido a sus espaldas y un hombre mayor entró cojeando en la habitación. Debía de rondar los ochenta, pero su rostro tenía una jovialidad y una afabilidad que lo hacían parecer más joven de lo que indicaban sus andares rígidos y su escaso pelo cano.

Saludó con un leve gesto de la mano. —Hola a todos. Soy Andrew Johnson. —Tomó asiento en un sillón.

Anna dijo: —Antes de nada, siento muchísimo lo de Eleanor. —Sacó dos diarios encuadernados en piel de su bolso y se los entregó a Karen—. Como le dije por teléfono, me los dio cuando me pidió que empezara a trabajar en las memorias, y quería asegurarme de que los recuperara.

Karen le pasó uno a Susan y luego hojeó el otro sin detenerse a leer. —En los sesenta y los setenta quería ser escritora. Una Joan Didion o, en sus momentos más bohemios, una Sylvia Plath. La verdad es que siempre pensé que habría sido una buena reportera, porque le gustaba dejar constancia de todo.

—Desde luego, cubrió muchos temas en sus diarios —convino Anna.

—Entonces… —dijo Junior, sirviéndose una copa del bar—, ¿los ha leído? —Su tono fue un poco más acusador de lo que Austin habría esperado, dado que Eleanor le había entregado los diarios a Anna.

—No he tenido tiempo de leerlos enteros —dijo Anna, sorbiendo su mojito—, pero he leído un poco por encima, por así decirlo. Me da pena no llegar a conocer más a su madre. Parecía una mujer increíble.

—Lo era —dijo Susan, con los ojos anegados en lágrimas.

Se hizo un silencio incómodo.

Anna se inclinó hacia Susan. —¿Le importa si le pregunto qué pasó? Sé que es una impertinencia, y le prometo que no es para ningún artículo. Es solo que, bueno, sentía que estaba empezando a conocerla, y esto ha sido toda una conmoción.

Susan miró a Karen. Junior le dio un sorbo ruidoso a su copa.

Andrew dijo: —Insuficiencia cardíaca. —Se dio dos golpecitos en el pecho—. A nuestra edad, son cosas que pasan.

—¿Pero cuál fue el detonante? —preguntó Anna—. Parecía tan fuerte, sobre todo para su edad.

—La gente se muere —dijo Junior—. Pasa todos los días. Y por muy afectados que estemos, preferiríamos no compartir los detalles

con extraños. —Se acercó a ellos e hizo un gesto hacia la puerta, intentando poner fin a la conversación.

Austin fingió no darse cuenta, bebió un sorbo y chasqueó los labios. —Esto está excelente, Mack. He oído que a Eleanor le apasionaba la gastronomía.

Karen esbozó una sonrisa triste. —Así es. Donaba dinero a organizaciones benéficas de todo el mundo: África, el Sudeste Asiático, Europa del Este. —Soltó una risita—. Una vez me dijo que lo único que quería a cambio era probar toda la comida que el mundo podía ofrecer.

Susan dijo: —Todavía me acuerdo de cuando estaba en el instituto y nos mandaron un trabajo para entrevistar a uno de nuestros padres sobre sus cosas favoritas. Le pregunté cuál era su color favorito y me dijo que no tenía ninguno. Le pregunté cuál era su película favorita y me dijo que no tenía ninguna. Le pregunté cuál era su comida favorita y me miró como si estuviera loca. Me dijo algo así como: «En un mundo tan grande como el nuestro, ¿por qué iba a tener *una* favorita?».

—Para ella —dijo Karen—, lo *siguiente* era siempre su favorito. La siguiente comida, la siguiente obra benéfica a la que podía ayudar, lo siguiente, lo siguiente. Era su forma de ser.

—Pero no el siguiente *hombre*. —Andrew había estado tan callado que Austin se había olvidado de que estaba allí.

—No empieces —dijo Junior.

Andrew levantó ambas manos. —Solo lo comento.

Austin miró alternativamente a Andrew y a Junior. Había tensión entre ellos, algo que no se decía, pero no sabía qué era. Quería indagar más, pero había prometido mantener un perfil bajo, así que se quedó callado.

Anna dijo: —¿Hay algo más que estén dispuestos a compartir sobre esa noche?

—De verdad que tenemos que irnos —dijo Karen, de forma educada pero firme. Descruzó las piernas y apoyó ambos pies en el suelo. Lista para levantarse y acompañarlos a la salida, pero sin hacerlo todavía.

—Está haciendo muchas preguntas —dijo Junior—. Si no es para un artículo —y ya la despidieron de lo de las memorias, algo que nunca debería haber hecho—, ¿a qué tanto interés por nuestra madre?

Andrew bufó en dirección a Junior y luego se giró hacia Anna. —No le haga caso. Es solo que mi sobrinito odia a los periodistas. La prensa se dio un festín cuando fue a la cárcel. Titular tras titular: «El niño de papá de los Johnson, detenido por uso de información privilegiada». Probablemente mantuvo a los periódicos a flote otros seis meses. —Miró a Anna—. ¿Verdad?

—Yo no escribí ninguno de esos artículos. Jamás lo haría. —Miró a Junior—. De verdad, solo es curiosidad.

Junior se acercó y se sentó en el brazo del sofá, junto a Karen. Miró a Austin larga y fijamente y después, de nuevo a Anna. —¿Sabe qué? No me parece que sea eso. ¿Por qué está *realmente* aquí?

5

—Los diarios —ofreció Anna, con voz débil.

Junior frunció el ceño. —Podría haberlos enviado por correo. —Era un hombre de complexión delgada y Austin se percató de que el traje le quedaba un poco grande. Tenía el aire de un hombre que intentaba compensar una carencia que sentía en su interior. Carecía de la elegancia de Karen o de la vulnerabilidad emocional de Susan.

Anna se apartó de él. —Quería presentar mis respetos.

—Chorradas —espetó Junior, inclinándose hacia ellos. Austin pudo oler el coñac en su aliento—. Igual que todos los periodistas que hay por ahí, está buscando algo —lo que sea— que venda unos cuantos periódicos, que consiga unos cuantos clics.

Austin le lanzó una mirada dura. —Está bebiendo coñac en un vaso de whisky.

Junior alzó el vaso. —¿Y?

A él le daba igual cómo decidiera emborracharse cada cual, pero no podía evitar fijarse en las pequeñas manías. A veces acababan siendo insignificantes, pero otras veces, pequeños detalles como ese importaban. —El bar está lleno de preciosas copas de coñac y, sin embargo, se ha servido un Remy Martin Louis XIII en un vaso de whisky de fondo grueso. Ese trago cuesta cien dólares.

Junior bebió un sorbo lento, mirando a Austin por encima del vaso, y luego se volvió hacia Karen. —¿Podemos acompañar a esta

gente *a la salida*? —Austin había intentado provocarlo, pero la última palabra estaba cargada de una malicia que ni él mismo había previsto.

—Lo siento —dijo Austin, alzando las manos en señal de disculpa —. Solo era curiosidad.

—Lamento mucho si le hemos ofendido —ofreció Anna en tono conciliador—. De verdad, solo es curiosidad. No hay ninguna historia planeada.

Karen le puso una mano a Junior en la rodilla. —Deja de ser un capullo, Johnny.

Anna dijo: —¿Tenía Eleanor algún enemigo? ¿Había alguien en su vida que le sonsacara dinero o…?

Se calló al ver las caras de los hijos. Esta vez se había pasado *mucho* de la raya.

La cara de Susan se había puesto roja. —Eso es, eso es…

—Sumamente inapropiado —dijo Karen.

—Ya es suficiente —añadió Junior—. ¡Fuera! —Se dirigió a la puerta y la abrió de golpe, derramando la bebida en el proceso.

Andrew, imperturbable, les sonrió campechanamente mientras se levantaban para irse. —¿Alguien que le sonsacara más dinero? Se nota que usted no ha estado rodeada de mucha gente rica.

—No, la verdad —dijo Anna—. ¿A qué se refiere?

—La pregunta debería ser: ¿se nos ocurre alguien que *no* le sonsacara más dinero? La noche que murió, nos había denegado a todos grandes donaciones, y ella controlaba el dinero de toda la familia.

—¡Fuera! —les ladró Junior—. Andrew, deja de hablar con esta gente. Te lo *ordeno*.

—¿Que me lo ordenas? —Andrew se rio—. Sí, mi capitán. — Estaba en racha, feliz de tocarle las narices a su sobrino—. Cuando eres tan rica como Eleanor, te pasas la mitad del tiempo dando dinero y la otra mitad *no* dándoselo a la gente que te lo pide. Joder, si yo le pedí noventa mil pavos el mes pasado para un Porsche de época de 1968.

Anna se acercó a la puerta. —¿Le dio el dinero?

Andrew negó con la cabeza. —Lamentablemente, no. Lo despachó como mi «crisis de los tres cuartos de vida». Pero no pasa nada. A lo que voy es que todo el mundo le pedía dinero. Unos lo conseguían, otros no. Cuando mi mujer murió, ella me acogió y pagó todos mis gastos. Si cree que alguien la mató, se equivoca. Y si busca a alguien cercano a ella motivado por el dinero, es como buscar el azul en un cielo despejado de verano.

—Bueno —rio Anna entre dientes mientras la puerta se cerraba de un portazo tras ellos—, ha salido a pedir de boca.

Ya fuera, delante de la mansión, Austin se arrodilló y le dio a Run una chuchería de la bolsita que llevaba en el bolsillo interior de la chaqueta. —No has sido precisamente sutil.

—Lo he intentado. Al principio.

Austin sonrió e imitó su voz. —*¿Que si tenía enemigos?* Eso sale en los primeros veinte minutos de todas las películas de detectives.

—Creo que he visto demasiado *Ley y orden*. Pero en serio, dime que no crees que aquí hay gato encerrado.

Caminaron por Lake Washington Boulevard. Al otro lado del lago, los altos edificios de Bellevue se recortaban contra un cielo gris. —La familia es, desde luego, un poco rara.

—¿A que sí? El cuñado vive con ellos desde hace unos quince años. Sin familia propia. Las hermanas...

—Las hermanas me parecen bastante normales, la verdad. Y Junior..., vale, ha sido un maleducado, un poco gilipollas. Pero su madre acaba de morir, ha estado en la cárcel. No sé, el dinero vuelve rara a la gente. Rara vez convierte a las personas en asesinas.

Se sentaron en un banco del parque Denny-Blaine, contemplando el agua mientras una paloma picoteaba unas palomitas revenidas junto a una papelera.

—Andrew tenía razón, por cierto —dijo Austin.

Anna se volvió hacia él. —¿Eh?

—El dinero. Tuve un caso en Nueva York en..., no sé, 2009 o así. Uno de mis primeros casos importantes como detective. Un abogado rico aparece muerto en su apartamento. La cabeza destrozada contra la encimera de granito. No había entrada forzada, así que supusimos que era alguien que conocía. Me maté a trabajar los primeros días. Investigué a la familia, a los socios, a los vecinos. Tenía todo tipo de negocios, familiares lejanos que iban a recibir dinero de su testamento. Una esposa, una amante, y todo eso.

—¿Y?

—Resultó que se resbaló y se golpeó la cabeza con la esquina de la encimera de la cocina. La autopsia demostró que había mezclado somníferos y alcohol. Más tarde, su terapeuta nos dijo que había estado lidiando con el estrés y que a veces usaba esa combinación para relajarse después de un largo día en el despacho.

Anna enarcó una ceja con escepticismo. —¿Así que fue un accidente?

—Sí. Luego confirmamos con el vídeo de vigilancia que no había entrado ni salido nadie. El tipo se tomó un somnífero, bebió un poco de más, se levantó a por un tentempié o algo y se partió la crisma.

—Eleanor Johnson estaba *sana*, sin embargo. Me lo dijo ella misma.

—La gente miente sobre su salud. Los médicos pueden equivocarse. La cuestión es que me pasé un par de días convencido de que el caso se reduciría al dinero. A menudo, los casos *se* reducen al dinero. Pero a veces la gente simplemente se muere, sin ton ni son.

—Vale, de acuerdo —dijo Anna—, pero ¿a qué ha venido eso entre Junior y Andrew? Es obvio que se llevan a matar.

Austin rememoró su intercambio de palabras en el salón. Le había parecido extraño en su momento, pero ahora se le ocurrió una cosa. —Veo dos opciones. Eleanor era una mujer a la que le gustaba probar de todo. Y nunca se volvió a casar, ¿verdad?

—Cierto.

—¿Alguna prueba de que saliera con muchos hombres?

—Ninguna que yo haya visto.

—La forma en que Andrew dijo, con retintín, que ella no cambiaba de hombres como cambiaba de comidas y colores favoritos... —dejó la frase en el aire, seguro de que ahí había algo, pero sin saber exactamente qué.

—¿El qué? —preguntó Anna.

—No sé. ¿Quizá a él le gustaba ella y estaba celoso porque seguía siendo devota de John incluso después de su muerte?

Anna bufó. —¿Fiel durante cincuenta años? No. Ninguna mujer es tan devota de su marido. Y menos una tía tan cañera como ella. Recuerda, era ella la que venía de familia rica. John usó el dinero de *ella* para montar sus negocios. Ella no lo *necesitaba* a él como otras mujeres necesitan a sus maridos. Además, apenas mencionaba a John en las partes de los diarios que he leído.

—No me digas que no crees en el amor verdadero.

Ella se rio. —Algún día te hablaré de mi ex y entenderás por qué.

Sacó el móvil del bolso y luego se volvió hacia él de repente. —Ah, seguramente sea gay.

Austin enarcó una ceja. —¿Quizá ese era el secreto que iba a desvelar en sus memorias?

—En los diarios, hablaba de sus amistades con mujeres por todas partes.

Austin se quedó pensativo. —Familia rica de Seattle, a mediados de los sesenta. No sería la primera mujer que se casa con un hombre que no le atrae por las convenciones sociales.

Anna giró las piernas y las cruzó sobre el banco. —¿Y puede que Andrew lo supiera y estuviera cabreado por su hermano?

—Podría ser, ¿o quizá le atraía ella y se sintió rechazado? Pero eso no deja de ser el típico drama familiar, en mi opinión. Detrás de las vidas familiares felices que la gente muestra en internet, o en sus felicitaciones de Navidad, ese tipo de drama no es que sea para tanto.

Se quedaron en silencio, Anna cotilleando el móvil mientras Austin observaba una pequeña barca pasar por el lago.

De repente, chasqueó los dedos y se puso en pie. —¡Lo tengo!

—¿El qué? —preguntó Anna.

—Sé cómo podemos demostrar que la familia Johnson es malvada y que, por lo tanto, tuvieron que matarla.

Ella lo miró con escepticismo. —¿Cómo?

—No permiten *mascotas* en la casa. Cualquier familia así tiene que estar llena de asesinos a sangre fría.

Anna le dio una patadita de broma y luego volvió a tocar la pantalla del móvil. —El Uber está de camino, idiota. ¿Así que de verdad no crees que la asesinaran?

Austin se lo pensó. La verdad era que no tenía ninguna corazonada en un sentido u otro. —Mira, si aparece alguna prueba, pues vale. Pero por ahora tengo recetas que probar y la reforma de una cocina que supervisar.

6

A la mañana siguiente, Austin se coló por la puerta trasera de la iglesia comunitaria de West Sound, como hacía unas cuantas veces al mes, a veces más. No se consideraba una persona religiosa, ya no. Pero venía de vez en cuando fuera de horas de culto porque era donde se sentía más cerca de Fiona. Había algo en el olor del lugar que le provocaba la sinestesia. Era el único sitio en el que había estado que le despertaba esa sensación con tanta fuerza. Era la sensación de que no solo no se había ido, sino que nunca se había marchado.

Normalmente tenía el lugar para él solo, pero, en ocasiones, el pastor Johnson andaba por allí, limpiando o haciendo papeleo. Esa mañana, el pastor estaba en la cocina, metiendo manzanas y sándwiches en bolsas de papel. —Buenos días, New York. —El pastor le dejaba la puerta de atrás abierta, así que su llegada no era ninguna sorpresa—. Ha pasado tiempo.

Austin se apoyó en la encimera. —He estado algo ocupado.

—He leído sobre el caso. El asunto ese de los bebés. —Negó con la cabeza—. Horrible.

—Lo fue.

—Yo diría que algo así haría a cualquiera volver a la iglesia.

—No he venido por eso.

—Bueno, bueno. —El pastor Johnson a menudo sacaba a relucir que Austin no había asistido ni a un solo servicio dominical, pero no insistía en el tema.

—¿Para qué son los almuerzos? —preguntó Austin.

—Para el equipo de limpieza de la costa que patrocinamos. Recogen la basura que el mar arrastra a las playas una vez al mes.

—Gracias por hacer eso —dijo Austin.

El pastor Johnson asintió. —Hay que mantener limpias nuestras playas. «*Alégrense los cielos, regocíjese la tierra; brame el mar y todo lo que él contiene*». Salmo noventa y seis.

Austin sonrió.

—Quería preguntarte… Después de todo lo que ha pasado, ¿por qué no has venido tanto? ¿O es que no hemos coincidido?

—Tienes razón —dijo Austin—. No he venido tanto.

—¿Es por algo de tu mujer? ¿Cómo se llamaba?

—Fiona.

—Eso, eso. —Colocó una caja de cartón en la encimera y empezó a meter las bolsas de papel en ella—. A mí me parece que, después de ver lo que viste con ese asesino, necesitarías una iglesia tranquila más que nunca.

Austin sonrió. —Hablas igual que ella.

El pastor Johnson se apoyó en la encimera. —Soy todo oídos.

—Teníamos un desacuerdo constante. Ella era fiscal en Nueva York, ayudante del fiscal del distrito. Así que veía los detalles de algunos crímenes horribles. Algunas de las peores cosas que te puedas imaginar. Cosas que no diré en voz alta. Al menos, no aquí dentro. Desde su punto de vista, eso le daba más motivos que nunca para ir a la iglesia, para encontrar un sentido y un propósito.

El pastor Johnson se sirvió una taza de café. —¿Quieres una?

Austin negó con la cabeza.

El pastor Johnson tomó un sorbo lento. —¿Y no estabas de acuerdo con ella?

—¿Has leído los detalles de lo que hizo el Carnicero de los Bebés de Navidad?

El pastor Johnson miró dentro de su taza, negando con la cabeza como hace la gente cuando se enfrenta a lo peor que la humanidad

puede ofrecer. —Sí.

—¿Y todavía puedes tener fe después de leer eso?

—Puedo.

—Supongo que ahí es donde nuestros caminos se separan. Donde el de Fiona y el mío se separaban.

El pastor Johnson sonrió. —Me alegra saber que podíais quereros a pesar de las diferencias.

Austin asintió, observando cómo el pastor Johnson entrecerraba los ojos para mirar su taza como si buscara algo.

—Y aun así —dijo el viejo pastor con cautela, alzando la vista—, para ti sigue siendo importante detener a gente como esa asesina. ¿Por qué?

—¿A qué te refieres?

—Bueno, si no tienes fe en Dios, en un poder superior, ¿no es todo la nada absoluta? El bien y el mal, la verdad y la mentira. Sin fe, ¿por qué importa nada?

Austin lo estudió con la mirada. —¿Suena raro, viniendo de ti?

El pastor Johnson le guiñó un ojo. —Mi segunda especialidad fue filosofía. Me he leído todo lo de los existencialistas. No estoy de acuerdo con *nada* de lo que dicen, pero me lo he leído. Solo intento comprender cómo piensas.

—No sé explicarlo —dijo Austin—. Las grandes preguntas, la visión de conjunto, el universo… No necesito tener una opinión sobre nada de eso para saber que arrancar a un crío de su cuna en mitad de la noche está mal. Y lo que hizo ella después es algo peor que la propia maldad. —Se estremeció al recordar aquella pequeña cocina, la olla de conservas en el fogón—. No necesito que nadie ni nada me diga que había que detenerla.

—¿Y qué hay del perdón? ¿Perdonarías alguna vez lo que les hizo a esos bebés?

—No me corresponde a mí perdonar. Eso es cosa de las familias que destrozó o, quizá, de pastores como tú. Mi trabajo era detenerla.

—Y lo hiciste.

Austin asintió. —Y tanto que sí.

—Sin embargo, me pregunto… ¿y Fiona? Según tu lógica, a ti te corresponde perdonar a la gente que le quitó la vida. ¿Lo has hecho?

Austin negó con la cabeza. —Quizá Dios pueda perdonarlos. Yo no lo haré jamás.

El pastor Johnson cogió una taza limpia, la llenó de café y se la tendió a Austin. —¿Solo, verdad? Tienes pinta de necesitarlo.

Austin cogió la taza e inhaló profundamente mientras el vapor le calentaba la cara.

—¿Te apetece hablar de lo que pasó? —preguntó el pastor Johnson—. Con Fiona. Puede que nunca los perdones, pero a veces hablar ayuda. Para dejarlo ir.

—No quiero dejarlo ir.

—Entonces cuéntamelo porque tengo curiosidad.

Austin sorbió el café, aspirando aire para enfriarlo. —Bueno, a mí me dispararon cuatro veces y sobreviví. A ella le dispararon una vez y murió. Todo el mundo asumió que el móvil del tirador tenía que ver con un caso en el que ella estaba trabajando. Para cuando salí del hospital, ya habían investigado sus juicios anteriores, sus procesos pendientes, todo. Intenté que me asignaran a su caso, pero no me dejaron. Demasiado cercano. Y tenían razón. Estaba demasiado furioso, demasiado hecho polvo para ser detective en ese caso. Al final resultó que estaba demasiado hecho polvo para ser detective en ningún caso. Aguanté en el trabajo unos meses, luego me jubilé anticipadamente y me vine para acá.

—¿Tú qué crees que pasó?

—Creo que iban por el buen camino, pero en el juego de los detectives, a veces incluso el buen camino te lleva a un callejón sin salida. Fiona tenía docenas de casos; cientos de personas tenían motivos para querer quitársela de en medio. Narcotraficantes, asesinos, mafiosos de poca monta. O lo que queda de la mafia, vaya. Podían haber querido quitarla del medio para conseguir un fiscal más fácil. O simplemente como represalia por un caso anterior.

El pastor metió la caja de cartón con los almuerzos en una nevera grande y plateada. —¿Crees que por eso estás soltero?

Aquello pilló a Austin desprevenido. —¿Eh?

El pastor Johnson se rio entre dientes. —La semana pasada desayuné donde tú, y oí a un grupo de mujeres en otra mesa. Las cotillas del pueblo, pero de buen fondo. Vieron tu foto en las noticias locales, en un seguimiento del caso que ayudaste a resolver. Dijeron que eras «el soltero de oro de Hansville». Aquí la mayoría son familias y jubilados, así que para empezar no hay muchos solteros.

Austin frunció el ceño. No le gustaba que la gente supiera de sus asuntos y menos aún le gustaba la idea de que cotillearan sobre él.

El pastor Johnson se percató de su ceño fruncido. —Vamos, New York. Es un *cumplido*.

—Quizá estoy soltero porque no puedo dejarlo ir, como decías.

—No soy psiquiatra, pero me gusta pensar que no se me da del todo mal leer las almas…

Austin ladeó la cabeza. Si hubiera sido cualquier otro, ya se habría marchado. Pero sentía debilidad por el pastor Johnson. Era la clase de religioso de la que ojalá hubiera más. —¿Y qué ves en mi alma?

—En el fondo, eres un detective. No puedes evitarlo. Nunca vas a poder pasar página con Fiona hasta que descubras quién te la arrebató.

Austin se estremeció. Lo había pensado él mismo en más de una ocasión, pero oírlo en voz alta en la gélida cocina de la iglesia le golpeó de un modo distinto. La verdad le caló más hondo. —El caso nunca fue mío para empezar. Conozco al equipo que lo investigó. Eran tan buenos como yo. Además, ahora el caso está más frío que un témpano.

El pastor Johnson lo estudió. —De acuerdo, entonces. Les diré a las señoras que te saquen de la lista. De momento.

De vuelta en su restaurante, Austin paseó por la cocina mientras el sol de primera hora de la mañana entraba a raudales por las ventanas. Para su sorpresa, la reforma de la cocina iba según lo previsto. Habían arrancado las viejas encimeras, cambiado las

tuberías e instalado nuevas cajas eléctricas. Hoy instalarían una cocina y un horno nuevos, y mañana, el fregadero y las encimeras nuevas.

Su móvil sonó con una serie de mensajes, como solía ocurrir a los pocos minutos de entrar en el local. Andy —su antiguo cocinero y ahora su encargado *y* cocinero— había puesto wifi. Así que, cada vez que entraba, todas las llamadas y mensajes que se había perdido mientras caminaba y conducía por las zonas sin cobertura de Hansville le llegaban de golpe.

Hoy tenía tres mensajes nuevos de Anna; el primero, de hacía unos cuarenta y cinco minutos: *¿Estás despierto? Tenemos que hablar.*

Luego, diez minutos más tarde: *Noticias sobre Eleanor Johnson. Llámame en cuanto puedas.*

Y finalmente, cinco minutos después: *Oye, bello durmiente. ¡DESPIERTA! Como pensaba, ¡¡¡la asesinaron!!!*

Austin corrió a la caja registradora y llamó a Anna desde el teléfono fijo.

Ella lo cogió antes de que llegara a sonar. —Adelfa.

—Buenos días a ti también.

Anna parecía sin aliento y Austin se la imaginó dando vueltas por su apartamento como una loca. —A Eleanor Johnson la envenenaron con adelfa amarilla.

7

—Espera —dijo Austin—. Creía que no iban a hacer un análisis toxicológico avanzado.

—Me equivocaba. O sea, eso es lo que había oído. Pero, por lo visto, uno de los hijos lo solicitó y pagó por él.

—¿Entonces sospechaban que fue un asesinato desde el principio?

—Era para facilitar las cosas con la herencia y el seguro de vida. ¿Acaso la gente de esa edad puede *contratar* un seguro de vida?

Cuando investigaba una muerte sospechosa, Austin siempre aguzaba el oído al oír la expresión *seguro de vida*. —Sí que pueden. A veces la gente mayor lo contrata para sufragar los gastos de facturas médicas impagadas o los costes del funeral. Sin embargo, es más raro en familias ricas. Al menos cuando la gente tiene más de ochenta años. ¿Cuál de los hijos pidió el informe toxicológico?

—Yo... sé... Johnson...

—¿Qué? Se corta.

—Es... nada... Seattle.

Austin sacudió el móvil y al instante se sintió como un idiota. ¿De qué coño iba a servir *eso*? —Anna, no te oigo. ¿Puedes venir a Hansville?

Oyó el ruido de unos neumáticos sobre la gravilla del aparcamiento de fuera de su taller. Por la ventana, vio el todoterreno

blanco de Anna.

—Empieza desde el principio —dijo Anna, sentada frente a él en la mesa de la cocina de su apartamento.

Austin había buscado un informe sobre la adelfa amarilla, una sustancia de la que había oído hablar pero que nunca había visto usar como veneno. —Existen varios niveles de análisis toxicológicos. El primero suele buscar drogas y alcohol. Pero la adelfa amarilla no aparecería en un informe toxicológico estándar. Uno avanzado implica una cromatografía de gases combinada con una espectrometría de masas o una espectroscopia de infrarrojos.

—Suena muy científico. —El móvil de Anna sonó. Lo leyó y luego se lo enseñó a Austin.

Era una página web que mostraba una campaña de recaudación de fondos en línea.

—Ofrecen veinticinco mil dólares a quien pueda resolver el asesinato de Eleanor —dijo Anna.

—¿Quiénes?

—La campaña la empezó Mack, el cocinero. Los hijos han aportado cinco mil cada uno. Y Andrew también.

Austin vio cómo se le agrandaban los ojos a ella al pensar en el dinero.

—Contaba con el dinero de las memorias, Thomas. Ya voy con retraso en el pago de la matrícula de mi hijo para el semestre de primavera. Necesito esto. —Lo miró a los ojos—. ¿Al cincuenta por ciento?

Era raro que lo llamara «Thomas». Casi todo el mundo lo llamaba por su apellido. Pero, de algún modo, en boca de Anna no sonaba mal. Había planeado pasar el resto del día pescando. O, mejor dicho, lanzando el sedal al agua sin rumbo mientras le tiraba un palo a Run. No tenía muchas esperanzas de pescar nada en esta época del año. Sin embargo, Anna tenía algo. Quería ayudarla, y no por lástima. Probablemente era porque —aunque claramente necesitaba

el dinero— tenía en la mirada algo que él solía tener. Ese inefable deseo de saber qué había sucedido. Un deseo que iba mucho más allá de sus ganas de conseguir veinticinco mil dólares.

—Me apunto —dijo Austin—. ¿Quién pidió el informe toxicológico?

—Karen, la mayor. ¿Crees que eso la descarta como sospechosa?

Austin se lo pensó. —Podrías pensar que sí, pero no. Es posible que uno de los otros fuera a pedirlo, o incluso que la policía sospechara algo e *iban a ser ellos* quienes lo ordenaran.

—En cuyo caso, ¿ella querría pedirlo para adelantarse?

—Exacto. Volviendo al análisis. No sé cómo funciona la parte científica, solo que pueden detectar casi cualquier compuesto en el cuerpo después de la muerte. Pero normalmente solo se realizan cuando ya hay motivos para sospechar que ha habido un envenenamiento. Por cierto, ¿dónde has oído esto?

—De la propia Karen.

Austin se sorprendió. Después de que los hubieran echado de la mansión, se imaginó que la familia no querría saber nada más de Anna. —¿Te ha llamado?

—¿Recuerdas que te dije que tenía *dos* diarios de Eleanor?

Austin asintió.

—Tenía tres. Me guardé uno por si necesitaba una excusa para volver a contactar con la familia. He llamado a Karen esta mañana con el pretexto de «Vaya, se me ha olvidado uno de los diarios». Necesitaba saber a dónde enviarlo. Me ha dicho sin rodeos que había pedido la prueba hacía cuatro días sin sospechar nada y que luego dio un giro de ciento ochenta grados al recibir los resultados. Por cómo lo ha dicho, pedir la prueba había sido un trámite rutinario del papeleo de la herencia. Parecía realmente sorprendida, conteniendo las lágrimas. —Anna se puso a mirar el móvil y luego dijo—: Necesito aclararme las ideas. Si esto fuese un caso del NYPD, ¿qué harías *tú* ahora?

—Empezaría por lo que sabemos. Primero, todo el mundo estaba de acuerdo en que estuvo en casa toda la noche del día de su muerte, ¿no?

Anna asintió. —Era una reunión familiar importante. Como nos dijo Andrew, estaban revisando las asignaciones para el fondo benéfico. Lo hacían todos los años.

—Voy a dar por hecho que no hay forma de que la ingiriera por accidente, cosa que ocurre de vez en cuando, pero solo si tienes la planta a mano y te comes un montón de semillas. Así que alguien la envenenó esa noche.

—¿Cómo sabemos que fue esa noche?

—La adelfa hace efecto en un par de horas. Así que, a no ser que alguien creara alguna fórmula especial de liberación prolongada...

Anna se incorporó de repente. —Karen y Susan dirigen una compañía farmacéutica especializada.

—Es lo primero que he pensado yo también. A mí me enseñaron a buscar tres cosas: arma homicida, móvil y oportunidad. Obviamente, aquí ya conocemos el arma. Y no hay duda de que la policía investigará su empresa por si hubieran creado el veneno allí. Mucha gente tuvo la oportunidad. Cualquiera podría haberle colado una dosis. El tema de los móviles sigue en el aire.

—Tengo algo sobre los móviles —dijo Anna—. Dejando a un lado a los nietos, tenemos seis sospechosos. Los hijos: Karen, Susan y John Junior. Los dos mayores: Mack, el chef, y Andrew, el cuñado. Y Brenden. Él también estaba allí esa noche.

—¿Móviles?

—He hablado con una fuente de dentro de la farmacéutica de Karen y Susan. Por lo visto, llevan bastante tiempo intentando negociar una venta. Tienen problemas de liquidez y apenas les llega para mantenerse a flote mientras intentan cerrar un gran acuerdo. Así que, dinero. Quizá querían su herencia un poco antes.

—O el seguro de vida. Tendremos que averiguar quién es el beneficiario.

—Es el propio patrimonio.

Austin lo sopesó. —Las herencias grandes y las pólizas de seguros de vida tardan un tiempo en liquidarse. Si Karen y Susan necesitan el dinero pronto... no sé. ¿Qué más?

—A John Junior lo detuvieron dos veces antes de su condena por uso de información privilegiada. Violencia doméstica, en 2010. Por lo

visto, pegó a su mujer. Lo detuvieron, pero luego ella se negó a presentar cargos y se divorció de él. Y una pelea de bar en la universidad.

—Vale, no es bueno, pero de ahí a envenenar a su madre hay un trecho. Y ninguno de los dos casos apunta a un móvil. ¿No es él el más rico de los hijos?

—En términos de liquidez, sí. Susan y Karen podrían llegar a ser más ricas, pero solo si la venta de su empresa sale adelante.

—Y si necesitaban dinero para la empresa, ¿por qué no pedirle a John Junior unos millones para un préstamo puente?

Anna asintió. —Los móviles económicos se complican cuando todo el mundo es ya rico.

—¿Y qué hay de Andrew y Mack? —preguntó Austin.

—Anoche, buscando en Google, encontré una antigua columna de cotilleos, la versión de Seattle de la prensa del corazón. Se publicó de 1998 a 2003, pero encontré un par de artículos que especulaban con que Eleanor y Andrew, bueno, estaban liados.

—Espera, ¿que se acostaba con su cuñado? ¿O que salía con él, o lo que sea?

—Que llevaban juntos desde el suicidio de John, pero que no lo habían hecho oficial por el qué dirán. Pensé que a lo mejor era gay, pero la historia de una amante despechada también podría tener sentido.

—Eso explicaría en parte la actitud de Andrew ayer. —Austin negó con la cabeza—. Sexo y dinero. Los dos móviles más comunes para un asesinato. ¿Pero tenía algún fundamento la historia?

—No. Era un cotilleo, pero no lo descartaría. Mack… No sé. No tengo nada sobre él.

—¿Y el periodista? Ayer parecías muy convencida con…

—Brenden es un gilipollas, pero no creo que sea un asesino. —Sonrió—. Aunque me encantaría que lo fuera.

—No descartemos a nadie todavía. ¿Cuántos nietos había? ¿Y de qué edades?

—No lo sé con seguridad. Un montón, y estaban todos allí esa noche. Al menos un par de ellos andan por el final de la adolescencia o puede que en la veintena.

—Así que no se les puede descartar del todo.

—Supongo que no, pero ¿por qué matar a tu abuela?

Austin se encogió de hombros. —¿Por qué matar a tu madre? ¿O a tu cuñada? ¿O a tu jefa? ¿O a la mujer que te contrató para escribir sus memorias?

—Es verdad. Espera.

Mientras Anna buscaba información sobre los nietos, Austin preparó otra cafetera. Hacía poco que se había comprado una cafetera nueva, de esas que muelen el grano justo antes de hacer el café. Sin duda, hacía un café mejor, pero a veces echaba de menos el café barato que solía pillar en los puestos ambulantes de Nueva York, siempre en aquellos vasos azules y blancos que usaban los vendedores callejeros.

—Sasha y Kyon —dijo Anna, levantando la vista del móvil—. Dieciocho y veinte años. Sasha es la hija mayor de Karen y Kyon es el único hijo de John Junior. Los demás nietos tienen todos menos de once años. ¿Podemos descartar a los pequeños?

Austin le pasó una taza de café. —Por ahora.

Anna miró el café humeante, frunciendo el ceño como si Austin le hubiera servido una taza de pura tristeza. —¿Azúcar? ¿Leche? No a todo el mundo le gusta que el café sepa a cuerno quemado.

Austin le tendió un cartón de leche y una caja de azúcar y observó horrorizado cómo tiraba la mitad del café en el fregadero, añadía medio vaso de leche y luego removía cucharada tras cucharada de azúcar.

Cuando ella por fin levantó la vista, él dijo: —Podría haberte traído una chocolatina de la tienda y ya está.

Ella sonrió. —¿Ah, sí? Así la puedo mojar en el café. —Dio un sorbo y chasqueó los labios con agresividad—. ¿Qué le hace la adelfa al cuerpo?

—A eso iba ahora. Casi todo el que la ingiere vomita abundantemente. Cuando el médico la declaró muerta, si hubiera visto vómito por todas partes, no creo que hubiese llegado a la conclusión de que murió de un fallo cardíaco mientras dormía.

Anna dio un sorbo a su café y luego se lo bebió de un trago como si fuera un vaso de agua. —¿Así que alguien limpió?

—No puedo asegurarlo, pero puede ser. O el médico lo está encubriendo. Tendríamos que hablar con todos los que estuvieron allí. ¿Alguien oyó vómitos? ¿Vio a alguien limpiar, o alguna prueba de que se *hubiera* limpiado? Hay demasiadas incógnitas para sacar conclusiones de nada.

Anna se levantó y se rellenó la taza, y después repitió el ritual de añadir leche y azúcar. —Parece que tenemos más preguntas que otra cosa. Y creo que sé cómo podemos conseguir respuestas.

Austin enarcó una ceja.

—Mañana es el funeral de Eleanor. Tus antiguos colegas del Departamento del Sheriff de Kitsap van a ir, y creo que puedo conseguir una invitación. ¿Quedamos aquí a las ocho?

Austin asintió.

—¿Puedo usar tu baño? —preguntó ella.

—Cruzando el salón a la derecha, después del despacho.

Austin volvió a la descripción del envenenamiento por adelfa, que parecía horrible. Cuanto más leía sobre ello, menos creía que Eleanor pudiera haber muerto sin dejar pruebas del envenenamiento.

—¿Vaya! —exclamó Anna desde el pasillo—. Qué máquina de escribir más chula.

La encontró con la cabeza asomada en su diminuto despacho. —Era de Fiona.

Ella entró en el despacho. —¿Te importa?

Austin hizo un gesto con la mano. Casi nunca entraba allí, ya que prefería trabajar en el sofá del salón. Pero había conservado la máquina de escribir de Fiona exactamente como la había dejado ella, con los primeros párrafos del libro en el que había empezado a trabajar poco antes de que la mataran.

—¿Puedo leerlo? —preguntó Anna.

Austin asintió. —Es el comienzo de un libro que iba a escribir.

Observó cómo Anna leía las líneas. Las había leído tantas veces que se las sabía de memoria.

Michael Lee entró en el aparcamiento de su restaurante coreano favorito de Brooklyn a las siete de la tarde de un frío martes de febrero. Nunca había vivido en Corea, pero iba al Mama Dae's BBQ una vez por semana por su famoso «galbi» y su «kimchi». La comida le hacía pensar en su abuela, que había criado a Michael y había fallecido cuando él tenía diez años.

Estaba en el Mama Dae's para encontrarse con Megan, una mujer con la que había contactado en una aplicación de citas. Llevaba puesto su conjunto de la suerte: unos vaqueros negros y una camiseta auténtica de la gira «Serious Moonlight» de David Bowie.

Su restaurante de la suerte. Su conjunto de la suerte.

El día más desafortunado de su vida.

Su «cita» resultó ser una tapadera de la familia criminal Namgung. Megan había venido a robarle la identidad para luego atraerlo hacia su muerte.

—¿Hala —dijo Anna al salir del despacho.

Austin no dijo nada.

A veces no había nada que decir.

8

—¿Cómo nos has conseguido la invitación? —preguntó Austin—. Me imaginaba que, después de que nos echaran, seríamos *personas non gratas.*

Anna giró con su todoterreno blanco para entrar en Lake Washington Boulevard. Tras quedar en casa de Austin, habían cogido el ferri. —Los detectives Calvin, O'Rourke y Jule también venían. Le he pedido a Ridley que nos cuele.

La calle estaba abarrotada. No solo hacía un día inusualmente cálido y soleado, sino que el acto conmemorativo había atraído al menos a un par de cientos de personas. Entre la gente que disfrutaba del parque junto al lago y las limusinas y los Uber que abarrotaban la calzada, el tráfico avanzaba a trompicones durante varias manzanas.

Finalmente llegaron a la mansión y le dejaron el coche a un aparcacoches con un traje negro que era más elegante que el del propio Austin. Él no era de los que se ponían traje a no ser que fuera absolutamente necesario, pero Anna le había asegurado que lo era, así que había sacado su traje de emergencia del fondo del armario.

Anna llevaba un vestido negro largo y tacones, con un bolso negro a juego.

Austin vio al detective Ridley Calvin desde la acera y se acercó a él con paso decidido. Los detectives Lucy O'Rourke y Jimmy Jule

estaban junto a Ridley, bebiendo café de unos vasos de cartón. Los tres llevaban el uniforme de gala de la policía, señal de que estaban allí a título oficial.

Austin le estrechó la mano a Ridley con efusividad. —Rid, me alegro de verte. —Calvin Ridley era el tipo de detective que Austin siempre había intentado ser: serio, bueno en su trabajo y un jefe justo con la gente que trabajaba a sus órdenes.

—Yo también me alegro de verte —dijo Ridley—. Antes de que se me olvide, he recibido un mensaje esta mañana. Van a enviar a Lorraine D'Antonia a Nueva York para ser juzgada. Cuando se enteró de lo que le pasó al Carnicero de los Bebés, se puso en huelga de hambre en la cárcel durante tres días. Luego, bueno, supongo que su vínculo no era lo bastante fuerte como para impedirle comer más de tres días. Está viva y no volverá a ver la luz del día.

—Me alegro de oírlo —dijo Austin—. Jimmy, ¿qué tal esa tripa?

Jimmy Jule era el más joven de los tres detectives del condado de Kitsap. Le habían clavado un cuchillo de cocina en el vientre mientras perseguía al Carnicero de los Bebés de Navidad y ahora estaba de pie, un poco encorvado, como si le doliera el estómago. —Curándose. —Hizo una mueca—. Despacio. En realidad, estoy aquí para presentar mis respetos porque la señora Johnson donó mucho dinero a Behind the Badge. Me están ayudando con los gastos médicos.

—¿No lo cubre todo? —preguntó Anna.

—En su mayor parte, pero mi cuerpo es un templo. —Puso su tono más chulesco. Incluso con un uniforme rígido, sus músculos encontraban la forma de abultar visiblemente—. Tiene requisitos *especiales.*

Lucy puso los ojos en blanco. —¿Qué raro, no sabía que Behind the Badge cubriera suscripciones a pornografía? —Ella le sacaba unos cinco años a Jimmy, quien conscientemente interpretaba el papel de cachas para fastidiarla.

Él le dio un puñetazo juguetón en el brazo. —Me están pagando la fisioterapia, Lucy O'Me-Quiere.

Jimmy y Lucy llevaban un par de años con una relación intermitente. Esto era lo típico entre ellos.

Posó delante de ella como un culturista en un escenario. —Voy a volver más fuerte que nunca.

—Poneos un cuarto, vosotros dos —dijo Ridley—. Pero ahora en serio, la señora Johnson donó a muchas causas policiales. El Washington State Patrol Memorial Fund fue una que yo ayudé a conseguir. Medio millón de dólares para las familias de los agentes caídos.

Observaron en silencio cómo más y más coches se detenían y dejaban salir a los asistentes. Austin había estado en bastantes funerales y actos conmemorativos —por eso guardaba un traje negro en el armario—, así que estaba acostumbrado a momentos como este. Los silencios incómodos cuando poco más se podía decir sobre el difunto, pero nadie se sentía del todo cómodo hablando de otros temas. Austin supuso que, como él, los detectives estaban deseando hablar del asesinato de Eleanor Johnson.

A sus espaldas, la multitud comenzó a subir por el camino hacia la casa. Hombres y mujeres de todas las razas y, a juzgar por la ropa, de todos los niveles económicos. Desde jóvenes con trajes de diseño hasta gente mayor que parecía no haber salido de casa en años. Por lo que se veía, Eleanor Johnson había llegado a personas de todos los rincones de Seattle.

Fue la detective Lucy O'Rourke quien finalmente rompió el silencio. —Bueno. —Se acercó un poco, juntando al grupo, y habló en voz baja—. ¿Todos habéis oído lo de la adelfa?

Todos asintieron.

—¿Teorías?

—Antes de que nadie diga nada —dijo Ridley—. Este no es nuestro caso. Dejádselo a la policía de Seattle.

—Oh, qué poco sentido del humor tiene —dijo Anna—. Y es *nuestro* caso. —Hizo un gesto hacia Austin—. La familia ofrece veinticinco mil dólares a quien proporcione información que conduzca a un arresto. —Miró a Lucy—. Si resulta ser usted, puede donarlo a la organización benéfica que elija si no tiene permitido investigar en su tiempo libre.

Lucy sonrió. —Si resuelvo esto en mis días libres, *me quedo* con el dinero.

—Bueno, pues… —dijo Anna—, supongo que eso la convierte en nuestra competencia. —Debió de ver la mirada de desaprobación en el rostro de Ridley, porque levantó ambas manos en un gesto defensivo—. Sabe tan bien como yo que Eleanor Johnson era lo que en su día se podría haber llamado una «mujer de armas tomar». Era dura y no querría un montón de sentimentalismos en su funeral. Habría querido una fiesta, y saber quién coño la mató.

—Hablando de competencia. —Austin señaló hacia la carretera, donde Brenden McNeery estaba de cháchara con un grupo de mujeres. Su cabeza sobresalía por encima de la multitud —medía por lo menos un metro noventa— y lucía la sonrisa confiada de alguien a quien siempre habían tratado como si fuera especial.

Anna frunció el ceño. —¿Está firmando un autógrafo? En un funeral. Y yo que pensaba que *yo* era la impertinente.

Brenden parecía estar firmando una revista y devolviéndosela a una mujer más joven que lo miraba con adoración.

—¿Y *quién* es? —preguntó Lucy—. O sea, le pediría un autógrafo solo por estar a su lado.

—¡Oye! —dijo Jimmy—. Que estoy aquí mismo.

Lucy lo miró de arriba abajo. —Tú das la talla.

Anna se inclinó en plan conspirador. —¿Así que sois pareja, entonces? —le preguntó a Lucy.

—Es complicado. Pero si *él* está soltero… —hizo un gesto hacia el periodista, que se dirigía hacia su grupo—, yo también estoy soltera, sin duda.

—*No me* gusta ese hombre —dijo Anna—. Es un *mal* hombre.

—Podría levantar en press de banca a dos de esos, uno encima del otro —dijo Jimmy.

Anna mandó callar a Jimmy y a Lucy y sonrió educadamente mientras el periodista llegaba hasta ellos. —Brenden, me alegro de verle de nuevo. Estos son los detectives Calvin, O'Rourke y Jule. De la oficina del sheriff de Kitsap. Y usted se acuerda de mi amigo Austin, del ferri. A todos, este es Brenden McNeery, del *Seattle Times*.

Se dieron la mano y se quedaron allí de pie, incómodos, con las manos en los bolsillos, oteando a la multitud.

—Y bien —dijo finalmente Brenden—. ¿De qué conocían todos a Eleanor?

—Hacía generosas donaciones a causas policiales —dijo Ridley.

—Ah, sí —dijo Brenden—. Pertenecía a una época anterior en la que se podía apoyar a la policía *y* a las personas sin hogar. En la que uno podía preocuparse por los agentes caídos *y* por la injusticia social. Tiempos mejores. —Aunque Austin estaba de acuerdo con la idea, Brenden tenía una forma de hablar irritante. Era teatral, las subidas y bajadas de su profunda voz sonaban como si estuviera ensayando para una aparición en televisión, lo cual, se dio cuenta Austin, probablemente era cierto.

—No te equivocas —dijo Ridley—. Venía de una época anterior a todas las gilipolleces actuales. Ojalá tuviéramos más como ella, aunque sigo pensando que la mayoría de las gilipolleces provienen de los guerreros del teclado.

Jimmy asintió. —En la vida real, la gente está menos loca de lo que parece en internet.

—Eleanor era una mujer de la hostia —dijo Anna—. Ojalá la hubiera conocido mejor.

—Quizá lo haga —dijo Brenden—. Supongo que está usted indagando, con lo de la recompensa y todo eso.

Anna asintió. —¿Y usted?

Brenden negó con la cabeza. —No escribo reportajes por dinero.

Anna se puso las manos en las caderas. —¿Así que no va a intentar averiguar quién la mató?

—Oh, seré yo quien dé la exclusiva. —Su tono era seguro, pero también lo bastante juguetón como para demostrar que no se tomaba a sí mismo demasiado en serio. O, al menos, que quería que la gente *pensara* que no se tomaba a sí mismo demasiado en serio —. Pero no por el dinero.

Anna puso los ojos en blanco. —¿A ver si adivino? ¿Lo hace por la verdad?

Brenden hizo una reverencia teatral. —¿Por qué si no?

La multitud congregada en el césped empezó a entrar en la casa. El homenaje estaba a punto de comenzar y Ridley los guio por el sendero de piedra hacia la entrada.

—Estoy rodeado de detectives —explicó Brenden—, y sé que todos ustedes conocen la sensación. Hay algo en descubrir lo que ocurrió de verdad que es singularmente adictivo. Los veinticinco mil pavos están bien, pero bah. Es que *necesito* saber lo que pasó. Ser el primero en averiguarlo —ganarles a usted y al DPD— es una grata recompensa.

—Acepto el reto —dijo Anna, tirando de Austin hacia la puerta.

Le lanzó una mirada fulminante a Brenden. —Y nosotros ya tenemos un sospechoso principal.

9

—¿Tenemos un principal sospechoso del que no me estás hablando? —Austin se apoyó en la pared, con una ceja arqueada todo lo que pudo.

—Claro que no —dijo Anna—. Solo lo he dicho para descolocar a Brenden. Y antes de que digas nada, no, en realidad no lo odio. Pero te aseguro que quiero ganarle. Y no solo porque necesite el dinero, que buena falta me hace.

Durante la primera media hora del acto conmemorativo, Austin se había mantenido en un segundo plano, siguiendo a Anna mientras ella se movía entre los invitados. No tardaba en presentarse a la gente, hacía muchas preguntas y repartía tantas tarjetas de visita como podía sin resultar impertinente.

A Austin le sorprendió descubrir que el acto conmemorativo era, en gran medida, una reunión informal. Cientos de personas bebían café y comían canapés de platitos. Muchos bebían Veuve Clicquot Rosé, que, según descubrió Austin, era el champán favorito de Eleanor.

Habían oído a Mack decirle a un pequeño grupo que Eleanor había dicho una vez que quería que en su funeral se consumieran cien botellas. No solo que se sirvieran, sino que se *consumieran*. Su vida había sido una gran aventura y quería que su funeral fuese una fiesta regada con un champán excelente.

Pequeños grupos se reunían alrededor de las fotografías de Eleanor expuestas en soportes en los pasillos y en las paredes de la casa. Algunos firmaban en un libro de visitas y compartían recuerdos de la mujer. Pero no parecía haber ningún programa formal ni ningún aspecto religioso en la ceremonia. Esto, se dio cuenta, era bueno para el motivo por el que estaban allí. La informalidad les daba tiempo para llevarse a la gente a un lado de uno en uno, que era casi siempre la mejor manera de recabar información.

Así que, para cuando se hubo comido su ración de albóndigas suecas y gravlax en tostas de pan de centeno, y para cuando Anna iba por su segunda copa de champán y Austin por su segunda taza de café, la llevó a una esquina del enorme salón. —Veamos si podemos hablar a solas con los seis adultos que estaban presentes esa noche. Parece que esto va para largo, y los testigos y sospechosos achispados son los mejores.

—Estaba pensando lo mismo. —Anna inclinó sutilmente la cabeza hacia la derecha, donde Karen y Susan estrechaban manos, sonreían con tristeza y hablaban con un pequeño grupo de mujeres mayores —. Merodeemos por aquí —continuó Anna—. Esperemos nuestro momento.

Su momento llegó cuando una mujer bajita que debía de rondar los ochenta rompió a toser y se disculpó. Instantes después, sus acompañantes la siguieron hacia los aseos, dejando a Karen y a Susan solas.

Anna tomó la iniciativa, acercándose a Karen, quien sonrió con más calidez de la que Austin había esperado. —Gracias por venir. A los dos. —Les estrechó la mano de manera formal, pero no fría—. Me alegré cuando el detective Calvin preguntó si se os podía invitar. Con la conmoción, se me olvidó invitaros.

Austin no sabía nada de moda, pero incluso él podía notar que el traje de chaqueta de Karen era despampanante, probablemente una pieza de diseño. Era del negro más intenso que había visto nunca, brillante y de líneas angulosas, con tres botones dorados en la parte delantera de la chaqueta. Un sencillo pero elegante collar de perlas era su único adorno.

—No nos lo habríamos perdido por nada del mundo —dijo Anna.

Susan se acercó y le apretó las manos a Anna como si fueran viejas amigas. —Sí. Gracias.

Susan, dos años menor que Karen, parecía vivir dos pasos por detrás de su hermana mayor. Hablaba en segundo lugar, se situaba un paso por detrás de ella y la miraba de reojo antes de que nadie hiciera una pregunta. Hasta su forma de vestir lo indicaba. Como Karen, llevaba un traje de chaqueta negro, pero estaba descolorido y lleno de pelusas, como si se lo hubiera puesto muchas veces, mientras que Karen parecía lista para salir en la portada de una revista de moda sobre *Mujeres Fabulosas de más de Cincuenta*. A Austin le importaba un pimiento cómo se vistiera la gente —sencillamente no era lo suyo—, pero el contraste era llamativo.

Karen sorbió su champán. —Quiero pedirle disculpas, Anna. De verdad. Estábamos todos en estado de shock cuando nos visitó, y no se la trató como es debido. Cuando nos enteramos de que a madre la habían… —tragó saliva y continuó en un susurro— asesinado. Bueno, nuestra conmoción es…

Susan miró alrededor de la sala. —Pensar que una de estas personas, o un miembro de nuestra propia…

Austin hizo todo lo posible por parecer interesado de forma casual, comprensivo con su dolor pero no profundamente implicado. En realidad, estaba estudiando cada palabra y gesto de las hermanas. Ambas parecían genuinamente afectadas, pero ya le habían engañado antes.

Una vez había trabajado en un caso de asesinato en el que la policía llegó al lugar de los hechos dos minutos después de un tiroteo. Las grabaciones de las cámaras corporales mostraban a la novia de la víctima, frenética y sollozando, contando una historia totalmente creíble sobre cómo su pareja había sido abatido a tiros en la entrada de la casa mientras sacaba la basura. Resultó que la mujer lo había matado. Austin nunca olvidó el dolor y el horror de su rostro en aquellas grabaciones. La conmoción, las lágrimas. Eran más convincentes que cualquier actor de cualquier película que hubiera visto. Y, sin embargo, cien por cien falsos.

—Si me permiten preguntar —dijo Anna—. Y siento hacerlo aquí. No lo haría, pero sé que están desesperadas por encontrar

respuestas. ¿Qué creen *ustedes* que pasó?

—La verdad es que no tengo ni idea —dijo Karen mientras Susan asentía—. Las dos hemos declarado ante la policía esta mañana, después de informarles de los resultados del informe toxicológico. Madre *no* tenía enemigos. Y permítame decirle una cosa: Anna, fue usted la primera en plantear la idea de que podría haber habido juego sucio, y la ayudaré en todo lo que pueda, tal y como le he dicho a la policía. Sé que mi madre la dejó en la estacada con el trabajo de las memorias. No hay nadie que prefiera que se quede con el dinero antes que usted. —Parecía estar conteniendo las lágrimas—. Solo queremos respuestas.

Anna le tendió la mano y le apretó la que tenía libre. —Gracias. No se lo he dicho antes, pero Thomas Austin, aquí presente, no es solo un amigo. Es un exdetective del Departamento de Policía de Nueva York. Uno de los mejores. Va a ayudar.

Susan dio un paso atrás.

Karen lo miró entornando los ojos. —¿Ah, sí?

—Ahora soy investigador privado —dijo Austin—. Y de nuevo, siento su pérdida. Según todos, Eleanor era una mujer increíble. —Hizo una pausa y se aclaró la garganta. Siempre era delicado hacer la transición que estaba a punto de hacer, sobre todo en un funeral —. Ayudaría que nos contaran todo lo que recuerden de aquella noche. O de las semanas previas. Cualquier interacción extraña, cualquier cambio en su rutina. Llamadas o visitas inusuales, ese tipo de cosas.

Susan dijo: —Es imposible que alguien que estuviera en nuestra casa esa noche hiciera esto. Imposible. Solo estaba la familia, además de Brenden y Mack.

—¿Discutió con alguien recientemente? —preguntó Anna.

Karen negó lentamente con la cabeza. —No creo.

—No —dijo Susan.

Austin puso una expresión tan cálida e inocente como pudo. —¿Su empresa farmacéutica? He oído que están en proceso de venderla.

—Así es —dijo Karen.

—¿Existe alguna posibilidad de que esté relacionado? —preguntó Austin.

Susan miró a Karen. —No veo cómo. Madre no tenía nada que ver.

Anna vio adónde quería llegar y se adelantó. —Corren rumores de que su empresa anda escasa de efectivo, de que necesitaban dinero para aguantar hasta que se cierre el acuerdo.

—Es cierto —dijo Karen, cambiando el peso de un pie a otro. Era evidente que estaba incómoda con aquella línea de interrogatorio—. No es raro en acuerdos de este calibre. Invertimos millones en I+D, todo nuestro capital está inmovilizado.

Austin había planeado introducir la siguiente pregunta con más calma, pero Anna fue directa al grano. —¿Creen que alguien de su empresa podría haber pensado que la muerte de su madre beneficiaría al acuerdo? ¿Para conseguirles el dinero que necesitan para…?

Susan ahogó un grito. —¡No!

Karen bebió un sorbo de champán. —Debería ofenderme que siquiera plantee esa pregunta, pero no lo hago. Sé que tiene que preguntar. —Se terminó la copa y la cambió por una llena que llevaba un camarero en una bandeja al pasar—. Pero no. De ninguna manera.

Anna había intentado alterarlas. En su profesión —y también en la de él—, la mitad de las preguntas estaban diseñadas para obtener información; la otra mitad, para provocar una respuesta que pudiera revelar algo más allá de las palabras.

Karen suspiró con cansancio. —Yo también he leído *Todos los hombres del presidente*, señora Downey. Entiendo que «seguir el rastro del dinero» es el lema de su profesión. Pero no. A finales de la semana que viene firmaremos un crédito puente de seis millones de dólares. Se negoció *antes* de la muerte de mi madre. Y supongo que ya saben, señora Downey y señor Austin, que las grandes herencias como la de mi madre tardan meses, incluso años, en liquidarse. No recibiremos nada hasta mucho después de que se cierre el trato. Para entonces —bajó la voz hasta convertirla en un susurro—, seremos tan ricas que el dinero de la herencia será irrelevante. —Se

aclaró la garganta—. Como ya le dije a la policía, les proporcionaré gustosamente la documentación que lo confirma todo. Cuanto antes se nos descarte a nosotros y a otros miembros de la familia, mejor.

Anna sonrió. —Tenía que preguntar. ¿Así que está completamente segura de que nadie de su familia ha podido hacer esto?

Karen frunció el ceño y echó un vistazo a la sala. —No me lo imagino.

—Yo tampoco —dijo Susan.

Un pequeño grupo de mujeres se había reunido cerca, esperando para hablar con las hermanas. Austin dijo: —No queremos robarles mucho tiempo. Espero que podamos seguir en contacto cuando las cosas se calmen. Solo una última cosa. La gente que estaba presente esa noche, la noche en que falleció su madre: ustedes dos, Mack, Andrew, John Junior, Brenden y los nietos. Sasha y Kyon son los dos únicos mayores de edad, ¿correcto?

Karen asintió.

Susan frunció el ceño. —No me diga que sospechan de…

Karen le puso una mano con suavidad en la muñeca para silenciarla. —Deja que termine, Susan. Sabe lo que hace.

—Solo contemplo todas las posibilidades —dijo Austin—. ¿Y quién encontró a su madre? ¿Quién fue la primera persona en saberlo?

—Myra —explicó Karen—. Una empleada de la cocina de Mack. No estaba allí esa noche, pero la encontró a las seis en punto de la mañana. Como cada día, Myra llamó a la puerta de mi madre con el café. Oí cómo llamaba porque me alojaba en una de las habitaciones de invitados. Oí cómo la bandeja del café caía al suelo y, apenas unos segundos después, Myra aporreó mi puerta. Vino a buscarme de inmediato.

—¿Por qué se alojaba en una de las habitaciones de invitados? —preguntó Austin.

—Había tomado un poco de vino la noche anterior. No quería conducir hasta casa. Y tenía cosas que hablar con mi madre a la mañana siguiente.

Susan pareció confundida. —¿Ah, sí?

Karen le hizo un gesto displicente con la mano. —Nada importante. Un asunto de poca monta sobre sus donaciones.

Austin esperó a que lo mirara y entonces ladeó ligeramente la cabeza.

Ella era lo bastante inteligente como para saber lo que él estaba pensando. —Le aseguro, señor Austin, que no era nada. Preferiría no decir más por ahora —es de mala educación hablar de dinero en un velatorio—, pero nada cambió porque mi madre y yo nunca llegamos a hablarlo, y es imposible que esté relacionado con su muerte.

Austin tomó nota mental y luego dijo: —Así que usted fue la segunda persona en su dormitorio esa mañana. Cuando entró, ¿había algo fuera de lugar, algún desorden, algo inusual?

—Aparte de la bandeja, el café y la nata por el suelo, no. Todo parecía normal.

—¿Ninguna señal de forcejeo o de enfermedad? —preguntó Anna.

Karen negó con la cabeza. —Llamé a nuestro médico de familia inmediatamente. Mi madre lo tenía en nómina. —Señaló a un hombre de al menos ochenta años, apoyado en un bastón cerca de la ventana—. Estuvo aquí media hora más tarde.

Antes, Anna se las había arreglado para acorralar al médico durante cinco minutos. No había dicho gran cosa debido al secreto profesional, pero parecía genuinamente devastado por la muerte de Eleanor, aunque quizá una o dos décadas desfasado en lo que a ciencia médica se refería. Aun así, Austin no tenía motivos para sospechar que pudiera estar implicado en un encubrimiento.

—Una última cosa —dijo Austin. El grupo de mujeres había comenzado a acercarse, impacientándose—. Si ella *hubiera* discutido con alguna de las personas que estaban allí esa noche, quizá una discusión que ustedes no vieron, ¿con quién sospecharían que *podría* haber sido?

Susan se animó de repente. —Kyon. El hijo de John Junior. La semana pasada los oí discutir en el jardín.

Karen la fulminó con la mirada. —No me habías contado eso.

—No pareció gran cosa. Ya sabe usted cómo era Kyon. Ese chaval discutiría hasta con un maniquí.

Anna se terminó la copa de champán y, al igual que había hecho Karen, la cambió hábilmente por una llena. —¿Sobre qué discutían?

Susan frunció el ceño. —No llegué a oír nada en concreto. Solo voces alteradas.

Karen dijo: —En el fondo es un buen chaval, pero muy taciturno. El típico joven atormentado. Fíjese en su forma de vestir, en a qué dedica el tiempo. Y tampoco ayudaba que su padre estuviera en la cárcel.

—Si me permiten... —Una de las mujeres había asomado la cabeza entre Karen y Susan.

—Por supuesto —dijo Anna—. Gracias por su tiempo, señoras. Ya nos pondremos en contacto.

10

Encontraron al cuñado de Eleanor, Andrew, fumando un puro en el jardín trasero, apoyado en la valla que rodeaba la zona de césped donde Run había estado jugando el día anterior.

—Señor Johnson —dijo Anna—, ¿tiene un minuto?

A un lado de la casa, una niña de unos nueve o diez años jugaba al baloncesto con un joven que Austin supuso que era Kyon, el nieto mayor, a juzgar por sus piercings, su pelo morado y el hecho de que llevara una sudadera con capucha en un acto conmemorativo. «Al menos la sudadera es negra», pensó Austin.

—Tengo todo el tiempo del mundo —dijo Andrew—. Supongo que están ustedes aquí para preguntar por Eleanor.

Anna sonrió. —Sabría que miento si dijera lo contrario. —Se aclaró la garganta—. Ayer conoció a Austin, pero no le dije que era un exdetective de la policía de Nueva York.

Austin le estrechó la mano.

Andrew dijo: —Me pareció que hacía muchas preguntas, y no me importa. He visto suficiente *Ley y orden* para saber que probablemente querrán saber si me molestó que Eleanor me negara el dinero para mi obra benéfica, para el coche. —Hizo una pausa, le dio una profunda calada al puro y luego expulsó el humo tras girar la cabeza para no echárselo a la cara—. Claro que me molestó. No sienta bien que un hombre de mi edad dependa de la viuda de su

hermano. ¿Sabe qué sienta peor? —Se rio—. Trabajar para ganarse la vida.

Anna sacó un cuaderno. —Pero usted tenía una carrera antes, ¿no es así?

—Claro. Desde los setenta hasta 2003. Una pequeña empresa de maquinaria agrícola.

—Y su esposa falleció por aquella época, ¿verdad?

—Suzanne Margaret Johnson. —Andrew sacudió la ceniza del puro por encima de la valla—. Cáncer de mama. En 2002. Probablemente fue parte del motivo por el que la empresa se fue a pique. Ya estábamos en apuros, y perdí la voluntad de continuar después de que Suz falleciera. Eleanor me dijo que podía mudarme aquí, y nunca me fui.

Austin reflexionó sobre aquello. Los rumores de que él y Eleanor habían tenido una aventura habían empezado en 1998, cuatro años antes de que su esposa muriera. —¿Qué le hizo decidirse a mudarse aquí, en lugar de tener citas, o quizá volverse a casar?

Andrew le guiñó un ojo a Austin, un guiño pícaro y astuto, casi lascivo. —Las esposas siempre van detrás de tu dinero. No necesitaba otra. Y tuve mi buena dosis de… visitas femeninas.

—Es usted un hombre muy atractivo —dijo Anna.

—Pues gracias, señorita. —Se pasó la mano libre por su cabeza, casi calva—. Debería haberme visto cuando tenía pelo.

—Pero en serio —insistió Austin—. ¿Por qué se mudó aquí?

Andrew lo estudió. —Ah, ya entiendo. —Observó el puro durante un buen rato y luego dijo—: Se pregunta por los rumores. ¿Sobre Eleanor y yo?

—Sería un necio si *no* me lo preguntara —dijo Austin.

—Le diré lo mismo que les decía a los periódicos cada vez que necesitaban rellenar columnas en sus secciones de cotilleos. —Estudió la punta del puro, que se había apagado. Del bolsillo interior de la chaqueta, sacó una bolsita de plástico y un cortapuros, y cortó la punta quemada, dejándola caer al suelo. Guardó la mitad restante del puro en la bolsita—. Recortando gastos —dijo Andrew, riendo entre dientes—. Y así es como puede descartarme como sospechoso. Eleanor me dijo que cubriría mis gastos mientras uno

de los dos viviera. Ahora tengo que depender de sus hijos. Si por Junior fuera, estaría de patitas en la calle.

—Entonces —dijo Austin—, ¿no le dejó ninguna asignación ni nada en su testamento?

—Pagó por adelantado los doce mil al mes para una residencia de ancianos. Así que me mudaré allí a menos que uno de los hijos dé un paso al frente. —Levantó ambas manos como anticipándose a una objeción—. Lo entiendo, una buena residencia no está tan mal. Pero comparado con cómo he estado viviendo… En fin, que soy el último en este mundo que se beneficia de la muerte de Eleanor.

Austin estudió su rostro mientras hablaba. Parecía sincero, pero también extrañamente frívolo, como si estuviera hablando de otra persona.

—Usted y Junior parecen tener cierta animadversión —dijo Anna.

Andrew se guardó la bolsita del puro en el bolsillo. —Es un niñato mimado de mierda. Pero somos familia. En las familias hay peleas.

—¿Sobre qué discutís? —preguntó Austin.

—Sobre todo, por sus hijos. Es un padre de mierda. No hay más que ver cómo ha salido Kyon. —Hizo un gesto hacia el joven, que ahora se pasaba la pelota con la niña—. El nieto varón mayor de John. —Negó con la cabeza—. Yo no tengo hijos. Suz nunca se quedó embarazada. Así que *ese* es el hombre que debe perpetuar el apellido Johnson cuando yo ya no esté.

—¿Y qué tiene de malo? —preguntó Austin.

—Hable usted mismo con él. Quizá sean los chavales de hoy en día, pero a mí ese tío me da miedo. Que conste que la culpa es de Junior, pero no me gustaría quedarme a solas con Kyon.

—Tiene un aspecto un poco diferente —dijo Austin—, pero ¿qué es lo que le molesta concretamente?

—Pienso en lo que diría John si estuviera aquí. Era un tipo tradicional en muchos aspectos. Sirvió en Vietnam al principio de la guerra. Estrella de Plata. No era ningún conservador, pero, joder… —agitó una mano en dirección a Kyon, como si la imagen se explicara por sí sola.

Austin se encogió de hombros. —Por favor, siga.

—A ese crío se lo dieron todo en bandeja. Y ahora no quiere ir a la universidad, no quiere meterse en los negocios. Quiere ser DJ, que supongo que es algo de música electrónica. John se revolvería en su tumba.

Anna levantó una mano. —Nos hemos desviado del tema. ¿Qué hay de usted y Eleanor? De los rumores.

—Imagínese a mi mujer oyendo esa mierda cuando estaba enferma de cáncer. —Negó con la cabeza—. Leía los cotilleos como todo el mundo, y le voy a decir lo mismo que le dije a ella: nunca tuvimos una aventura, nunca habríamos tenido una aventura. Nunca *podríamos haber* tenido una aventura.

Su énfasis en las palabras «podríamos haber» pretendía transmitir algo, pero ¿el qué? Entonces Austin cayó en la cuenta. —¿Quiere decir que…?

—Ya sé que ahora hay desfiles y todo eso —dijo Andrew—, pero en los sesenta no los había. Claro que me gustaba Eleanor. Pero a ella le iba más Safo.

Austin supuso que sería otra referencia cinematográfica que debería pillar.

Andrew frunció el ceño. —Usted no lee mucha poesía griega, ¿verdad?

—La verdad es que no.

—Safo fue una poetisa famosa —dijo Anna—. Está diciendo que Eleanor era gay.

Andrew se encogió de hombros. —No al cien por cien. A ver, no sé, tiene tres hijos. Pero sí. Después de la muerte de John, para ella solo hubo mujeres. De eso estoy seguro. Y lo supe durante décadas. ¿Tiene algún sentido que me reconcomiera durante cuarenta años para después matarla?

Un fuerte estrépito de cacharros llegó de la cocina y los tres levantaron la vista. El olor que se colaba por la puerta mosquitera era embriagador: ajo, mantequilla y eneldo.

—Gracias por su tiempo —dijo Anna.

—Como ya os he dicho —dijo Andrew, sacando la bolsita del puro del bolsillo—, tengo todo el tiempo del mundo.

Salieron por la puerta trasera y se quedaron en un rincón, apartados del ajetreado personal de cocina. Mack llevaba su filipina de chef y dirigía a un equipo de cinco cocineros y seis camareros.

La cocina estaba muy iluminada y equipada con electrodomésticos mejores y más grandes que los de la mayoría de las cocinas domésticas, pero no llegaban al tamaño y la resistencia de los de un restaurante. La cocina, observó Austin, era una La Cornue de veinticinco mil dólares en negro mate y dorado. Había babeado por esos fogones en internet. No es que se hubiera gastado tanto, pero era un equipo precioso.

En las paredes había fotos familiares: Karen, Susan y Junior a diferentes edades, así como otros niños, algunos de los cuales Austin reconoció como nietos de Eleanor. En una foto, Eleanor sorbía champán en un banquete. En otra, Mack cocinaba en una barbacoa en un parque. En otra, un adolescente se apoyaba en una palmera frente a una biblioteca enorme.

Mack terminó de preparar una bandeja de comida espolvoreándola con sal marina, la despachó en brazos de un joven camarero y luego levantó la vista por encima de la enorme isla de granito de la cocina. —¿Me buscaban? —preguntó en voz alta.

Antes de que pudieran responder, Mack se acercó secándose las manos con un trapo. —Solo dispongo de un par de minutos, pero puedo hablar. Supongo que están aquí investigando la muerte de Eleanor, ¿no?

—Y a presentar nuestros respetos —dijo Anna.

—Claro. Cierto. Los periodistas son famosos por aparecer en los velatorios para «presentar sus respetos». ¿En qué puedo ayudarles?

—Es agradable que una cocina tan magnífica siga siendo informal —dijo Austin mientras señalaba las fotos que cubrían la pared—. ¿Quién es la chica que está delante de la palmera?

—Mi nieta —dijo Mack, sonriendo con cariño—. Va a la universidad. Evie, el diminutivo de Evelyn. Su padre, mi yerno, quería que tuviera un nombre clásico con un apodo moderno.

—Es preciosa —dijo Anna. Siempre intentaba hacerles la pelota a los demás antes de lanzar las preguntas difíciles. Estaba acostumbrada a trabajar sola, así que tenía que hacer de poli bueno y de poli malo al mismo tiempo.

—Es la niña de mis ojos —dijo Mack, contemplando la fotografía con afecto. Luego, volviéndose hacia ellos, preguntó—: ¿En qué puedo ayudarles?

Anna dijo: —Buscamos más información sobre la noche en que falleció Eleanor.

Mack negó con la cabeza. —Todavía no me lo puedo creer.

—La comida —preguntó Austin—. ¿Tiene usted siempre el control total del menú? ¿De lo que sale de la cocina?

—Siempre. Eleanor hacía sugerencias, peticiones, pero luego me lo dejaba a mí.

—¿Cuántos ayudantes tenía en la cocina la noche que ella murió?

Mack se lo pensó. —Mike y Priya. Se fueron sobre las cinco o así.

—¿Qué sirvió? —preguntó Austin.

—Bánh bèo y otros aperitivos vietnamitas. Hemos estado haciendo un recorrido por el sudeste asiático. Comida tailandesa, malasia…

Mientras continuaba describiendo todas sus recientes aventuras culinarias, Austin hizo cálculos mentales. La adelfa actuaba en dos o tres horas como máximo, así que no había forma de que los otros cocineros hubieran envenenado la comida de Eleanor a menos que hubieran envenenado todo el lote, en cuyo caso otros también se habrían puesto enfermos.

—Eleanor siempre decía —concluyó Mack— que no quería morir sin que le hubieran servido el mundo entero en bandeja. —Miró al suelo—. Me gustaría pensar que no lo hizo.

Anna le dio una palmadita en el brazo. —Lo sentimos de veras. Sabemos que estuvo con ella mucho tiempo.

—Y con John, antes de que muriera. De hecho, fue él quien me contrató.

—Más de cincuenta años es mucho tiempo trabajando para una sola familia —dijo Austin—. Ya no se ve mucho eso.

—Siempre me trataron bien —dijo Mack—. Nunca me dieron un motivo para irme. —Se giró y le gritó a un camarero—: ¡Los pulgares fuera de las bandejas! ¡Usa una servilleta! —El asustado camarero cogió una servilleta y luego salió escabullido de la cocina—. Podría haber estado matándome a trabajar, jornadas de dieciséis horas en un restaurante todo este tiempo. Eso no es vida.

—Sabemos que está usted ocupado —dijo Anna—, así que iré directa al grano. ¿Qué cree que pasó?

Mack arrugó la cara como si estuviera pensando. —Pues me alegro de que lo pregunten. Obviamente, la cosa pinta mal para mí porque yo controlo la comida, y al parecer fue envenenada, aunque me gustaría que la familia ordenara otra prueba para asegurarse. En fin, después de nuestra reunión familiar, después de que todos comiéramos, se quedó un rato con sus nietos. Yo estuve entrando y saliendo. —Se inclinó hacia ellos—. Pero la vi comiendo bombones y bebiendo vino. Si tuviera que adivinar, diría que vino de ahí.

—Entonces —dijo Anna—, ¿alguien podría haberle echado la adelfa en la bebida?

Se rascó la barbilla. —O haberla metido de alguna manera en un bombón, sí.

—¿Tomaba alguna medicación? —preguntó Austin.

Mack le gritó a un joven cocinero: —¡Baker, vigila las albóndigas! ¡Que no se sequen!—. Se giró de nuevo hacia Austin—. ¿Qué me decía usted?

—Medicamentos —repitió Austin—. Y, por cierto, esas albóndigas estaban deliciosas.

—Ah, bueno, gracias. Medicamentos… probablemente. Quiero decir, ¿qué persona de nuestra edad no los toma? Pero ella no me contaba sus cosas médicas.

—¿Y Kyon? He oído que tiene mal carácter. Y era uno de los nietos con los que estaba esa noche, ¿verdad?

—¿Él? No. O sea, sí, estaba aquí. Pero creo que a ese chaval se le tiene manía. Esto es Seattle. Por tener piercings y tatuajes no eres un mal chico.

—Pero Andrew y Junior parecen discutir mucho por él.

Mack suspiró. —Tengo que volver a mis fogones, pero de verdad, debería usted hablar con Kyon sobre eso. Yo era cercano a la familia, pero *no soy* de la familia. Lo que sea que haya entre ellos es un asunto familiar.

11

Al salir de la cocina, Austin oyó el suave *tin, tin, tin* del metal repiqueteando contra el cristal. —Todo el mundo al salón, por favor —era la voz de Susan desde el pasillo—. Vamos a compartir recuerdos entrañables de madre, de Eleanor.

En el salón, Austin y Anna se detuvieron junto a Lucy, que había acorralado a Brenden McNeery. No estaba coqueteando, como había insinuado que podría hacer. En lugar de eso, estaba inmersa en un interrogatorio desenfadado. Austin se puso a escuchar mientras el resto de los invitados iba entrando en el salón desde distintas partes de la mansión.

—¿De verdad la *viste* coger comida de la bandeja? —preguntó Lucy.

Brenden sonrió con su sonrisa ensayada de mandíbula cincelada. —No puedo afirmar que no le quitara ojo ni un segundo, pero la vi coger comida de una bandeja más de una vez. ¿Pudo alguien envenenar un bocado con adelfa? Es posible. Y, por supuesto, es una de las hipótesis que barajo.

—¿Y el champán? —preguntó Lucy—. ¿Pasaban las copas en bandejas como hoy, o las rellenaban una a una?

—Lo segundo —dijo Brenden—. Y eso ya lo he descartado. Estuve a su lado toda la noche y siempre nos rellenaban las copas a la vez.

Austin se aclaró la garganta. —¿Estabas con ella cuando fue a ver a sus nietos?

Brenden se giró, con los ojos muy abiertos, como si le sorprendiera verlo allí. —Bueno, no. Me fui a casa después de la reunión formal.

—O sea, que no estuviste allí *toda* la noche —dijo Lucy.

—Sí —dijo Brenden—, es cierto.

—¿A qué hora te fuiste? —preguntó Lucy.

—Sobre las nueve y media. Y la hora de la muerte fue alrededor de la una de la madrugada, así que ya podéis tacharme de vuestra lista.

Lucy frunció el ceño. —Solo hacía preguntas.

—¿Cómo sabes que la hora de la muerte fue alrededor de la una? —preguntó Anna.

Brenden sonrió con aire de suficiencia.

Anna estaba cabreada. —¿Ya tiene usted el informe?

—John Junior me lo ha enviado por correo esta mañana. No creo que le caigáis muy bien.

—¿Le importaría compartirlo? —preguntó Anna.

Brenden se rio. —Haz tu propio trabajo. —Luego, intentando sonar más amable, añadió—: Seguro que lo entiendes. A ver, os lo acabarán dando, pero ¿por qué iba a daros la primicia por la que tanto he trabajado?

Mientras discutían, Austin repasó mentalmente la cronología. Si la reunión había terminado sobre las nueve y media, y suponiendo que Brenden tuviera razón sobre la hora de la muerte, eso significaba que la habían envenenado entre las diez de la noche y la medianoche. Mack les había dicho que por entonces estaba comiendo bombones y bebiendo vino.

También estaba la cuestión de la medicación. Si tomaba medicamentos por la noche, era posible que alguien hubiera contaminado una de sus pastillas o quizá su bebida. De hecho, una vez que estuvo sola en su habitación, alguien podría haberse colado y haberla obligado a ingerir el polvo para luego atarla a la cama hasta que muriera.

Susan hizo sonar su copa de nuevo y se apartó para que Karen pasara al frente de la sala. —Bienvenidos todos. Aunque desearía que nos reuniéramos en mejores circunstancias, a mi madre le alegraría saber que estamos aquí, todos nosotros, comiendo su comida y, lo que es mucho más importante, bebiendo su champán. —Las risas llenaron la sala mientras Karen alzaba una copa—. Así que brindemos. El primer miembro de la familia que compartirá sus recuerdos será John Junior.

Mientras el hijo de Eleanor se dirigía al frente de la sala, Austin se percató de que se tambaleaba de forma inequívoca al andar. El traje holgado de Junior estaba arrugado y su camisa blanca de vestir tenía una pequeña mancha de color coñac en la parte delantera. Había estado bebiendo incluso más de lo habitual.

—Bienvenidos todos —dijo con voz pastosa—. Hoy nos hemos reunido para llorar la pérdida de Eleanor Johnson, mi madre... —hizo un gesto hacia Susan y Karen, que estaban cerca, con aspecto preocupado—. *Nuestra* madre. —Se quedó mirando al suelo un buen rato antes de continuar—. No llegué a conocer a mi padre. Murió antes de que yo naciera, pero no puedo evitar preguntarme... —su voz se fue apagando y luego echó la cabeza hacia atrás como si estuviera contemplando una parte especialmente fascinante del techo. Se quedó mirando tanto tiempo que algunos de los asistentes también levantaron la vista—. Perdón... —esbozó una sonrisa forzada—. Estoy un poco borracho. ¿Qué estaba diciendo? Ah, sí, mi padre. John. Antes de morir, iba camino de ser un gran hombre en Seattle..., un gran hombre. Me criaron para que fuera un gran hombre. Pero, en fin... Y ahora aquí estamos. Juntos.

Austin se percató de que Susan y Karen intercambiaban miradas de preocupación. Probablemente no era la primera vez que John Junior las avergonzaba en un acto público, aunque el funeral de su madre era, desde luego, una ocasión de lo más solemne para hacerlo.

—Se suponía que iba a ser un gran hombre —continuó Junior—. Y ahora..., bueno..., creo que todos sabemos que Eleanor era el único gran hombre..., la única gran persona, de nuestra familia. Y ahora se ha ido. Ojalá hubiera conocido a mi padre. Ojalá él hubiera

tenido la oportunidad de... y entonces yo quizá habría... —Soltó un largo suspiro de abatimiento. No parecía que estuviera a punto de llorar. Parecía un hombre destrozado, un hombre al que le quedaban pocos sentimientos. Su fortuna ascendía a unos cincuenta millones de dólares, pero Austin pensó que si buscaba «pobre diablo» en el diccionario, vería una foto de John Junior.

—¡Bebed el champán! —dijo Junior en voz inapropiadamente alta —. Es lo que madre habría querido, y todos sabemos que ella consiguió *todo* lo que quiso en la vida.

Dicho esto, Susan se acercó a Junior, le dio una palmada en el hombro y se lo llevó de allí.

Mientras Karen aligeraba el ambiente con una anécdota divertida sobre la vez que el sombrero de Eleanor salió volando y cayó al agua cuando iban en el ferri, Austin recorrió la sala con la mirada.

Había unas sesenta personas allí metidas, pero no aquella con la que él esperaba hablar a continuación.

12

Austin se disculpó y salió sigilosamente del salón, recorrió el pasillo y se detuvo junto a los baños el tiempo suficiente para asegurarse de que no había nadie dentro. Se asomó a la cocina, donde dos friegaplatos fregaban ollas y sartenes en sendos fregaderos. Mack y los cocineros se habían reunido en el salón para mantener llenas las copas de champán.

Al final del pasillo, una puerta daba a un despacho, que estaba vacío. Fuera, un balón botaba rítmicamente sobre el cemento. *Poc-poc-poc.* Siguiendo el sonido, Austin atravesó la cocina y caminó por el lateral de la casa.

Kyon ya no estaba allí. Pero la niña pequeña seguía jugando al baloncesto. Y era buena; hacía fintas y quiebros y encestaba más de la mitad de los tiros que lanzaba.

—¿Te importa si juego? —preguntó Austin—. Me llamo Austin.

Ella se encogió de hombros.

—¿Cómo es que no estás dentro con los demás?

—Mi madre me ha dicho que podía quedarme fuera a jugar.

Austin extendió las manos para que le pasara el balón. —¿Te gusta el baloncesto?

Ella le lanzó la pelota. —¡Pues claro!

Austin se rio al coger el pase. Tenía razón. Había sido una pregunta estúpida. No tenía mucha experiencia con niños. —¿Quién

es tu madre?

—Susan.

Le devolvió el balón de un pase. Así que esta niña era una de las nietas que estaba allí la noche que murió Eleanor. —¿Dónde está tu primo, con el que jugabas antes?

—Kyon se ha ido.

Ella le pasó el balón con un solo bote que fue directo a sus manos. —Buen pase —dijo él mientras se lo devolvía con suavidad —. ¿Sabes adónde ha ido?

—Eso es un pase picado básico —dijo ella, y empezó a botar el balón, pasándoselo entre las piernas y por detrás de la espalda. De repente, se detuvo y sujetó el balón contra el pecho—. Creo que no le caía muy bien la yaya.

—Yaya, ¿así llamabas a tu abuela Eleanor?

Ella asintió.

—¿Y por qué dices que no le caía bien?

—Se pelearon.

—Ah, ¿cuándo?

—En Navidad. Él pone la música muy alta y a ella no le gustaba. A ella le gustaban los Beatles. Él dijo que los Beatles eran una basura.

—¿Discutían por eso?

Ella asintió.

Él extendió las manos y ella le lanzó un pase directo al pecho. —Soy amigo de la familia. ¿Te importa contarme lo que oíste?

—¿Estás intentando averiguar qué le pasó a la yaya?

—¿Qué quieres decir? —Austin había dado por hecho que nadie les había contado a los niños que la habían asesinado.

—Oí a mi tío hablando por teléfono. Dijo que la habían envenenado. ¿Es verdad?

Austin le pasó el balón. —Lo siento.

Ella se quedó mirando al suelo un buen rato. —Me cae bien Kyon. Es mi primo favorito. Mamá dice que no debería vestir como lo hace, que avergüenza a la familia. Pero a mí me da igual.

—A mí también me da igual —dijo Austin.

—Cuando se peleó con la yaya, dijo que el *rock and roll* estaba muerto. Ella dijo que su música era mala. Él dijo que el EDM era para siempre. Fue entonces cuando dijo que los Beatles eran una basura.

Austin reprimió una carcajada. Era la pelea más tópica que podía haber. Lo más probable era que Eleanor hubiese tenido la misma discusión con sus padres en los años sesenta, solo que ella habría dicho que los clásicos del jazz estaban muertos y que el rock and roll era eterno.

—¿Se enfadaron de verdad? —preguntó Austin.

Ella asintió, luego levantó la vista y le pasó la pelota. —Pero debieron de hacer las paces.

—¿Por qué lo dices?

—Porque la noche que murió la yaya, estábamos jugando a la consola y ellos estaban sentados juntos en el sofá, compartiendo una caja de bombones.

Para cuando Austin volvió al salón, los brindis habían terminado y todo el mundo se había dispersado en pequeños grupos, charlando y bebiendo champán. Una suave música clásica sonaba a través de unos altavoces ocultos. El ambiente, aunque todavía sombrío, se había relajado.

Encontró a Anna junto a uno de los grandes ventanales y le contó su conversación en la cancha de baloncesto. —De momento, no me convence ninguno de nuestros sospechosos. Kyon y Sasha son los únicos adultos presentes aquella noche con los que aún no hemos hablado.

Anna ya estaba con el móvil. —Espera.

—¿Qué haces?

—Le he oído a Junior decir algo sobre una sesión de DJ que Kyon tenía hoy. Estaba poniendo a parir a su propio hijo en el funeral de su madre. —Se inclinó hacia él, susurrando—. Puede que Junior no sea un asesino, pero es un capullo integral.

—Entonces, ¿qué estás buscando?

—Espera…, sí, lo tengo. Vámonos.

—¿Adónde? —preguntó Austin, siguiéndola por la sala—. ¿Sin despedirnos?

—Sí, *esta fiesta es un coñazo de todas formas*. —Ni siquiera esperó a que él le preguntara por la referencia—. *Swingers*. Otra película de los noventa que deberías haber visto en lugar de empollarte manuales de procedimiento policial cuando eras un adolescente.

—Vale, pero ¿adónde vamos?

—Kyon está pinchando en una fiesta de veinticuatro horas en una nave del centro. —Sonrió—. Los noventa han vuelto, colega.

Lo guio hasta la puerta principal y salieron al césped. El suave sonido del cuarteto de cuerda los siguió, y Austin se fijó en unos diminutos altavoces montados en el lateral de la casa.

—Como ya sabes, yo como que me perdí los noventa —dijo Austin—. ¿A qué te refieres?

—Las raves y todo eso. Han vuelto, solo que con música diferente. Ropa diferente. Y ni siquiera es tan diferente.

—Estoy seguro de que a nadie le sorprenderá que no me invitaran a ninguna rave.

—A mí tampoco. Yo era más de rollo grunge. Pero al menos sabía que existían.

Pulsó la pantalla de su móvil para pedir un Uber. —¿Qué me dices? ¿Quieres ir a tu primera rave?

—¿Por qué no?

—Solo que no lo llames así. No creo que ya las llamen así.

—Anotado.

PARTE II

LA PERSECUCIÓN

13

El Uber los dejó delante de un Starbucks que, según señaló Anna, era el «primer» Starbucks. Construido en 1971, parecía ser una atracción turística importante. La cola llegaba hasta el final de la calle y un puñado de personas se hacía selfis delante.

Al otro lado de la calle estaba el Pike Place Market, un enorme mercado de agricultores y feria de artesanía que se extendía varias manzanas hacia el norte. Lo primero que Austin notó fue el olor. A pescado, pero en el buen sentido. Entraron en el mercado, donde una joven cogía pescado de un lecho de hielo y se lo lanzaba a un chico que estaba detrás del mostrador. Él los cogía al vuelo con destreza, los envolvía en papel de periódico y los empaquetaba para el cliente.

—¿Esto es lo de los famosos peces voladores? —preguntó Austin.

Anna asintió.

—Te apuesto cinco pavos a que se les cae uno —dijo Austin.

—Nunca se les cae ninguno.

Estuvieron mirando unos cinco o diez minutos, pero no se les cayó ninguno.

—Te lo apunto en la cuenta —dijo Anna.

Pasearon por el mercado en dirección norte, pasando por puestos de frutas y verduras, miel de la zona, tarjetas de felicitación hechas

a mano, cecina de salmón e incluso pinturas y otros objetos de artesanía.

—¿Vienes mucho por aquí? —preguntó Austin.

—Casi nunca —dijo Anna—. Mi hijo está en segundo año en la Universidad de Washington, así que vengo a Seattle con bastante frecuencia, pero suelo pasar por Edmonds en vez de por el centro.

—¿Qué estudia?

—Tiene diecinueve años, o sea, que no tiene ni idea. Quiero decir, por ahora está con antropología, pero ¿quién sabe?

Austin se rio. —Lo entiendo. Yo siempre supe que quería entrar en las fuerzas del orden, pero no todo el mundo se salta la adolescencia para leer manuales de policía.

—No, no todo el mundo hace eso. Hablando de nuestra adolescencia, ¿has visto *Fargo*?

Austin dio una palmada. —¡Sí! Por fin. Algo que he visto. Me encantó esa película. Aunque la vi mucho más tarde, hace unos diez años. Fiona me obligó a verla.

—¿John Junior no te recuerda al personaje de William H. Macy?

En la película, Macy interpretaba a un vendedor de coches con mala suerte que había urdido un plan para que secuestraran a su mujer con el fin de extorsionar a su suegro rico para que pagara un rescate. El plan había fracasado estrepitosamente, convirtiéndose en una serie de fracasos y muertes. A Austin la película le había parecido desoladora, profundamente humana y más representativa de la realidad que muchas películas sobre el trabajo policial. —Sí, la verdad es que tiene ese aire de pobre diablo. No me parece un asesino, pero podría verlo implicado en algún plan que sale terriblemente mal por pura incompetencia.

—A mí también —dijo Anna—. ¿Pero cómo matas a alguien *accidentalmente* con adelfa amarilla?

Austin asintió. —No está entre mis principales sospechosos.

Pararon a por un café y siguieron caminando, dejando atrás el mercado y adentrándose en un barrio de aspecto más industrial. —Llevo un rato preguntándome una cosa —dijo Anna, rompiendo un largo silencio—. ¿Tu mujer siempre quiso ser abogada, fiscal?

Austin se pasó el vaso de café de una mano a otra. —No, en eso no se parecía mucho a mí. Hasta los diecinueve años, más o menos, quiso ser bailarina. De ballet. Consiguió una beca y bailó en la universidad, luego se metió en escritura creativa, derecho, incluso diseñó páginas web durante un tiempo. Era lo opuesto a mí. Muchos intereses, muchas opciones, muchas direcciones.

—¿Escritura creativa? Yo pensé en intentarlo, pero me decidí por algo «práctico». Periodismo. Salí de la carrera a principios de los 2000, justo cuando toda la industria entró en crisis por culpa de internet y las redes sociales.

—Supongo que han cambiado muchas cosas. Pero sí, decía que siempre quiso volver a la escritura creativa. De ahí los párrafos de la novela que has visto antes. Planeaba tomarse un tiempo libre para intentar escribirla.

Anna se detuvo. —¿Novela? Antes no has dicho que fuera una novela.

—¿Qué he dicho?

—Has dicho «libro».

Austin se detuvo. —¿Un libro no es una novela?

Anna también se detuvo. —Sí, pero no parecía una novela, la verdad.

—¿Qué quieres decir?

—Tendría que volver a mirarlo, pero el fragmento que leí...

—El fragmento que leíste es todo lo que hay.

—Parecía el principio de un artículo de revista, o el prólogo de un libro de no ficción.

Mientras seguían caminando, Austin le dio vueltas a la idea, dejando que los párrafos fluyeran por su mente como lo habían hecho una docena de veces. Fiona nunca había mencionado que escribiera no ficción, o al menos él no lo recordaba. Su sueño siempre había sido escribir novelas de suspense. En los párrafos, el nombre de la víctima era Michael Lee. Austin había supuesto que era uno de sus personajes. Si era una persona real, eso podía significar un sinfín de cosas.

—¿Austin? ¿Hola? —Anna le puso una mano en el antebrazo—. ¿Hola?

Austin parpadeó. —Perdona, ¿qué?

—¿Dónde te habías metido? Te has parado en mitad de la acera.

—Lo siento. —Volvió a caminar—. Es solo que…

—¿El qué?

—Nada.

—Austin, venga ya. Eres el peor mentiroso que he conocido.

—De verdad. Olvídalo. —La mente de Austin daba mil vueltas a la vez. Durante el último año había analizado todo lo que sabía sobre Fiona, cada interacción que podía recordar. Si había estado trabajando en un texto de no ficción —¿quizá un libro, quizá un artículo de revista?—, ¿por qué no lo había mencionado? ¿Y cabía la posibilidad de que pudiera revelarle algo nuevo sobre su asesinato?

No quería compartir todo aquello con Anna. Al menos, no todavía. Sacudió la cabeza como si quisiera borrar la pizarra de su mente. —Lo siento —dijo—. Siempre pensé que era el comienzo de una novela. Pensar en ello me descoloca.

Cruzaron las vías del tren en dirección este, subieron un par de cuestas empinadas y finalmente llegaron a una calle bordeada de viejos almacenes. Al final de la manzana, un edificio de ladrillo de dos plantas se alzaba sobre la colina como un monstruo desdentado, torcido y sin ventanas. Unos bajos retumbantes llegaban hasta ellos desde lo que Austin supuso que era un equipo de música innecesariamente alto.

Miró el viejo almacén con escepticismo. Una pequeña cola de gente —algunos de los cuales ya estaban bailando— esperaba para entrar. —¿Cómo se las apañan para montar una fiesta aquí en pleno día?

—Por la página web, parecía que era un evento oficial, con permisos.

—Supongo que tiene sentido. Mientras los bomberos le den el visto bueno y el local cumpla la normativa...

En la puerta, dos porteros que no tenían pinta de serlo estaban de pie, con los brazos cruzados, escaneando los móviles de la gente que entraba.

Austin se detuvo. —No tenemos entradas, ¿verdad?

Anna sacó el móvil del bolso, deslizó el dedo un par de veces y mostró un código de barras. —Las compré por internet mientras estábamos en el memorial.

Los porteros los miraron con recelo. Austin y Anna eran unos veinte años mayores que la mayoría de los que entraban, y su ropa desentonaba. Los veinteañeros que habían entrado antes que ellos llevaban todo tipo de atuendos, desde pantalones cortos y camisetas de tirantes hasta elaborados disfraces de princesas medio animales, probablemente de series o cómics que Austin no había visto nunca. Ninguno de ellos iba vestido de luto.

Mientras Anna sostenía el móvil para que se lo escanearan, Austin sonrió al más corpulento de los dos porteros, que le lanzaba una mirada especialmente escéptica. —Estamos muy tristes de estar aquí. —Señaló el vestido negro de Anna—. Estamos de luto.

El portero no sonrió, ni siquiera esbozó una risa de cortesía. Pero los dejó entrar.

El suelo empezó a temblar bajo sus pies en el momento en que entraron. Parecía como si hubieran arrancado la segunda planta del almacén, dejando un enorme espacio diáfano de unos quinientos cincuenta metros cuadrados. Luces blancas y verdes parpadeaban por las paredes y los techos. De vez en cuando, animales de colores, esqueletos y otras criaturas se proyectaban en los techos desde una fuente de luz invisible y, en la pared este, sobre una cabina de DJ elevada, varias frases y direcciones de páginas web mostraban una promoción continua del DJ. El tema que sonaba se llamaba «Ending the Empire», de DJ Khell-yon.

Anna se percató al mismo tiempo.

—Ese es el nombre de DJ de Kyon, Khell-yon, como *hellion*.

—Lo pillo. Qué ingenioso —dijo Austin con apatía, aunque no creía que Anna pudiera oírle por encima de la música.

Austin estaba bastante seguro de que nunca en su vida se había sentido tan fuera de lugar. Había gente joven por todas partes: bailando en grupos y en solitario, bebiendo a sorbos, en algunos casos metiéndose pastillas, enrollándose. Apartó la vista de una pareja en una esquina que parecía estar llegando aún más lejos.

En realidad, no le importaba la música. Era un golpeteo rítmico que hacía vibrar las paredes y el suelo, aderezado con docenas de sonidos diferentes que iban desde pitidos de pistolas láser hasta estruendosos bajos tectónicos. De vez en cuando, el tono de la música subía, subía y subía hasta que la multitud entraba en frenesí y entonces, por fin, el ritmo del bajo volvía a entrar.

—Los chavales lo llaman el *beat drop* —dijo Anna, casi gritando para hacerse oír por encima del ruido—. Vuelvo enseguida. Voy a buscar un baño.

—Intenta no tomar ninguna droga mientras estés allí —le gritó Austin—. Esperaré junto a esa pared. —Señaló una zona al lado de la cabina del DJ.

Abriéndose paso entre la multitud, Austin se apoyó en la pared. Podía ver la coronilla de Kyon —su pelo morado apareciendo y desapareciendo bajo un brillante foco de luz—. De vez en cuando, la pista de baile se abría lo suficiente para que Austin viera a Kyon agitando las manos, sonriendo y saltando. Parecía estar en su salsa.

La canción terminó y se fundió con una nueva, que comenzaba con lentas cuerdas electrónicas y una melodía de guitarra en clave menor que a Austin le resultó familiar. Al cabo de un instante, estuvo seguro: era una versión acelerada de la línea de guitarra de *While My Guitar Gently Weeps*, de los Beatles. Luego, cada vez más fuerte a cada compás, un sonido agudo y creciente que parecía de sirenas de policía.

El título de un nuevo tema apareció en la pared detrás de Kyon. Su nueva canción se llamaba «Muerte a las abuelas».

14

Era demasiado ridículo, demasiado obvio para ser verdad, pero eso es lo que ponía. Austin esperó, con la mirada saltando de Kyon, que se movía arriba y abajo en la cabina del DJ, a la pared que tenía detrás. Cuando volvió a parpadear, le hizo una foto con el móvil.

Muerte a las abuelas

-DJ Khell-yon

Cuando rompió el ritmo, cada diez o veinte segundos, la voz de Kyon irrumpía en la cacofonía con un «Yeah» o un «¡Saltad! ¡Saltad!». Incluso algún «¡Vamos allá!».

La canción alcanzó un crescendo y luego bajó de intensidad. Ahora los sonidos eran como suaves zumbidos y pitidos, con un aire espacial. —¡Todo el mundo a relajarse! —exclamó Kyon, con la voz demasiado alta para la música más suave—. Intermezzo de cinco minutos.

Kyon desapareció en la parte trasera de la tarima y Austin se acercó. Tardó un momento en darse cuenta de que la música en realidad salía de un ordenador portátil que había sobre la mesa. Kyon no había estado mezclando ningún disco.

Vio a Kyon de pie detrás del escenario, hablando con dos hombres, ambos vestidos con vaqueros y camiseta. No podía oírlos, pero su lenguaje corporal le dijo a Austin que estaban discutiendo. La cara de Kyon pasó de la dureza al miedo, y de nuevo a la dureza.

En una pausa de la música, oyó a uno de los dos hombres gritarle a Kyon:

—¡Hoy!

En ese momento, Kyon se los llevó de la tarima, hacia un pequeño pasillo que conducía a una zona de descanso. Austin los siguió.

Se detuvieron en el pasillo, donde la música sonaba más baja. De espaldas a ellos, Austin se puso a escuchar. Parecía ser una discusión por dinero.

—El dinero. ¡Hoy! —exigió uno.

—No lo tengo —dijo Kyon.

Entonces Austin oyó un gemido. Un grito ahogado. Cuando se volvió, Kyon estaba en el suelo y uno de los hombres lo pateaba.

Austin miró rápidamente a su alrededor. El guardia de seguridad que estaba cerca del escenario no se había dado cuenta.

Austin se lanzó al pasillo, con el hombro por delante. A toda velocidad, embistió contra el pecho del hombre que estaba pateando a Kyon. El hombre se estrelló contra la pared y cayó, pero el otro tipo se le echó encima a Austin de inmediato, agarrándolo por el cuello e intentando hacerle una llave. El tipo era más grande que Austin, pero estaba claro que no tenía ni idea de cómo pelear.

Austin se agachó para zafarse de la llave y el tipo se giró, dejando al descubierto su abdomen. Austin levantó una rodilla, rápida y violenta, y le impactó en el estómago. El tipo cayó al suelo justo cuando el primero se ponía de nuevo en pie y se encaraba con Austin. Era de la altura de Austin, con los músculos marcándosele bajo la ajustada camiseta negra. Estaba bien tener músculos, pero en una pelea solo importaban cuando todo lo demás estaba igualado.

Este tipo tenía miedo en los ojos, y eso le dijo a Austin todo lo que necesitaba saber.

Austin dio un paso adelante, con los puños en alto. El tipo retrocedió, poniendo cara de duro. Pero sus ojos se desviaban hacia un lado, buscando una salida.

—Se te nota que no quieres hacer esto —dijo Austin.

El hombre bajó la mirada, pero mantuvo los puños en alto.

El que acababa de conocer la rodilla de Austin se levantó de un salto y luego se fue cojeando por el pasillo.

—¿Qué tal si nos ahorramos esto? —dijo Austin—. Solo tengo este traje y preferiría no manchármelo con tu sangre.

El guardia de seguridad apareció detrás de ellos; había venido desde el escenario. El tipo que se había encarado con Austin le lanzó una mirada de asco y luego se fue a toda prisa por el pasillo.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó el guardia de seguridad.

—Nada —dijo Kyon rápidamente, levantándose del suelo—. Solo un desacuerdo. —Se secó el sudor de la frente—. Estaban borrachos y ya se van. —Se volvió hacia Austin—. Gracias, de todas formas. Te agradezco que te hayas metido.

El guardia de seguridad pareció alegrarse de no tener que hacer nada. —Me alegro de oírlo. —Le dio una palmada en la espalda a Kyon—. Vaya sesión, por cierto —dijo mientras volvía al escenario.

—¿Por qué te estaban atacando? —preguntó Austin.

—No es nada.

—¿Les debes dinero?

—Tío, gracias por la ayuda, pero esto no es asunto tuyo.

—Si quieres denunciarlos, puedo ayudarte. Lo he visto todo.

Kyon se rio. —¿Crees que a la poli le va a importar?

—¿Cuánto dinero les debes?

Kyon se dio la vuelta para marcharse, pero se detuvo, se volvió y le estudió la cara a Austin. Se fijó en su traje. —Tú estabas allí antes. En casa de mi abuela.

—Así es. Soy Thomas Austin, detective privado. Y no he podido evitar fijarme en que una de tus canciones se llamaba «Death to Grandmas».

O Kyon no entendía lo que Austin estaba insinuando o se le daba muy bien fingirlo. Se toqueteó uno de sus grandes aros de la nariz. —También tengo un tema que se llama «Everyone Over Forty Must Die» y otro titulado «Gen-X Wrecked the World». Ese último va sobre mi padre. ¿Adónde quieres llegar?

—A que tu portátil parece caro. ¿Dos o tres mil?

Él se rio. —Más bien seis mil, tío. Es un quad-core.

Austin asintió. —No está mal. Enhorabuena. A lo que voy es que no estás sin blanca. Tienes que deberles a esos tíos *un pastón*. Se me ocurren dos cosas que pueden meter a un niño de papá como tú en una deuda así. Drogas o chantaje.

Kyon retrocedió, escrutando con la mirada el rostro de Austin, inquisitivo.

Austin se acercó a él, con la mirada dura. —¿Has oído hablar de la adelfa amarilla?

Una lenta sonrisa se extendió por el rostro de Kyon, pero de repente su expresión se tornó airada y le dio una patada a Austin en la espinilla.

A Austin le falló la pierna y cayó sobre una rodilla. Cuando alzó la vista, Kyon estaba a mitad del pasillo. Un instante después, salió bruscamente por una puerta de emergencia y desapareció en la claridad del día.

15

La mano de Anna le tocó el hombro cuando él se puso de pie. —Te he estado buscando por todas partes.

—¡Me ha dado una patada! Ese cabroncete me ha dado una patada después de haberle salvado el culo.

Al fondo del pasillo, la puerta por la que Kyon había salido corriendo se cerró de un portazo. El pasillo estaba a oscuras. —Voy a por él. Su portátil está en la tarima. A ver si puedes sacar, bueno, lo que sea.

Sin esperar respuesta, Austin echó a correr por el pasillo, quitándose la chaqueta y arrojándola a un lado mientras irrumpía por la puerta, que daba a un callejón estrecho. Parpadeó con rapidez, mientras sus ojos se adaptaban a la intensa luz del sol.

No había ni rastro de Kyon. A su izquierda, el callejón se extendía hacia el oeste, colina abajo, en dirección al agua. A su derecha iba hacia el este, un tramo más largo que salía cerca de la entrada por la que Anna y él habían llegado.

Corrió hacia el oeste, colina abajo, suponiendo que Kyon cogería el camino más corto y fácil. Al final del callejón, Austin miró a ambos lados y vio a Kyon abriéndose paso entre un pequeño grupo de adolescentes. Su pelo morado era fácil de distinguir entre la multitud.

Anna vio cómo la puerta se cerraba de un portazo. Estuvo a punto de seguir a Austin, pero el portátil desatendido de un posible sospechoso era una oportunidad demasiado buena para dejarla escapar.

Varias personas se habían congregado alrededor del pequeño escenario que albergaba la cabina del DJ. Un guardia de seguridad parecía estar explicando la desaparición de Kyon a un organizador del evento y a otro joven que parecía ser de Oriente Medio. Anna supuso que era un DJ porque llevaba un portátil bajo el brazo y lucía una cresta de color rosa chillón. En la tarima, el portátil de Kyon seguía reproduciendo en bucle el discreto intermezzo. Por lo que pudo deducir escuchando a escondidas, se suponía que Kyon debía volver para otra hora de música. Los productores y los DJ intentaban improvisar un nuevo plan sobre la marcha.

Anna decidió aprovechar la confusión y el hecho de que estuvieran de espaldas. Con el móvil en la mano, subió los tres escalones metálicos del escenario. Algunas personas del público vitorearon, probablemente demasiado colocadas para darse cuenta de que no era el DJ que regresaba.

Abrió la aplicación de la cámara y se dirigió rápidamente hacia el portátil. Con unos pocos movimientos rápidos, minimizó la ventana que reproducía las pistas e hizo una foto del escritorio. Luego abrió su navegador Chrome, encontró el historial de búsqueda de Kyon e hizo otra foto. Mientras lo hacía, una mano apareció por detrás de ella y cerró el portátil de un golpe. La música se detuvo en seco.

Se giró y vio al joven de Oriente Medio con la cresta rosa. —Esto…, Kyon me pidió que, esto…, se lo cogiera —balbuceó, sin resultar convincente.

—No —dijo el chico—. No lo hizo. —Se pasó una mano con delicadeza por su cresta rosa, que volvió a su sitio perfectamente, probablemente debido a una cantidad ingente de producto capilar. Sus ojos eran grandes e inquisidores, con una mirada de *«¿quién narices es usted?».* —¿Por qué estaba mirando el portátil de Ky-Ky?

Lo reconoció de la web donde había comprado las entradas. Era el cabeza de cartel. —¿Es usted DJ Normal Hair?

—Baje del escenario, señora. —Hizo un gesto al guardia de seguridad, que intentó coger a Anna del brazo.

Ella se zafó. —Ya me voy. Solo una cosa más. —Se volvió hacia DJ Normal Hair—. ¿Sabe por qué Kyon ha salido corriendo de aquí? Me preocupa que pueda estar en apuros.

—No es asunto suyo —dijo el DJ, usando ahora ambas manos para asegurarse de que su cresta no tuviera ni un solo pelo fuera de lugar—. ¿Por qué estaba haciendo fotos? ¿Es usted de la policía o algo?

—No. ¿Por qué iba a pensar que la policía lo busca?

—Por nada.

—¿Dónde vive?

Él se cruzó de brazos.

Anna sabía que no iba a sacar nada en claro de ese tipo, pero tenía que intentarlo. —¿Supongo que no me dará su número de móvil?

El guardia de seguridad carraspeó ruidosamente. —No me obligue a sacarla a rastras, señora. Vamos.

Supo que la batalla estaba perdida. Bajó del escenario, deteniéndose en los escalones solo lo justo para volver a mirar a DJ Normal Hair. —Por cierto, me encanta la cresta.

Kyon tropezó, se estrelló de bruces contra la acera y se quedó inmóvil el tiempo justo para que Austin pensara que estaba gravemente herido.

Austin esquivó de un salto a un hombre que se hacía selfis, se metió en la calzada para evitar a una mujer que empujaba un cochecito y aceleró el paso en un largo tramo despejado de acera. Kyon seguía en el suelo, a media manzana de distancia.

Justo cuando Austin pensaba que iba a alcanzarlo, Kyon se levantó de un salto y cruzó la calle, alejándose mientras aceleraba al

otro lado de las vías del tren. Austin había estado intentando volver a ponerse en forma, pero Kyon era veinte años más joven y sorprendentemente rápido.

Su pelo morado desapareció por el extremo norte de Pike Place Market, recorriendo a la inversa el camino que Anna y Austin habían hecho antes.

Obligado a reducir la velocidad por la multitud, Kyon echó un vistazo por encima del hombro. Chocó contra alguien, rebotó en un puesto de flores y luego se lanzó escaleras abajo hacia la derecha.

Austin lo siguió, fijándose en la curvatura de los gruesos escalones de madera, desgastados por el centro por décadas de pisadas. Bajando los escalones de dos en dos, entró en una zona bajo el mercado principal, donde librerías, pequeños restaurantes y tiendas de regalos se sucedían por una serie de laberínticos pasillos subterráneos de techos bajos.

Oyó unos pasos rápidos y se giró. Kyon había dado un rodeo por detrás de la escalera, había llegado a un callejón sin salida y luego había vuelto hacia Austin al pie de la escalera.

—Solo quiero hablar —gritó Austin.

Kyon se quedó helado, respirando con dificultad, y miró a Austin a los ojos.

Por un momento, Austin pensó que de verdad hablaría con él. Jadeando, levantó ambas manos, intentando parecer inofensivo. —Puedo ayudarte. No estás en ningún lío.

De repente, Kyon se lanzó a la izquierda por otra escalera, bajando los escalones de tres en tres y golpeándose contra la pared cada vez que llegaba a un rellano.

Kyon salió disparado por una puerta a su izquierda.

Austin lo siguió, con las piernas gritándole de dolor.

Para cuando Austin cruzó la puerta, Kyon ya estaba sentado en un pequeño escúter. Echando una última mirada hacia atrás, el chaval arrancó, culebreando entre dos carriles y desapareciendo entre el tráfico. Pero no sin que antes Austin se hubiera aprendido de memoria el número de la matrícula.

16

Veinte minutos después, Anna se reunió con él en un reservado de esquina de una pequeña cafetería al sur del mercado de Pike Place. Junto a su sitio la esperaba una taza de café humeante. Austin ya casi había apurado su segunda taza.

—¿Para mí? —preguntó Anna, dejando el móvil sobre la mesa.

Austin asintió. —Y ya he pedido leche.

—¿Azúcar?

—Le he dicho al camarero que trajera directamente el azucarero entero.

Sus labios esbozaron una media sonrisa. —¿Dónde te ha dado esquinazo? Kyon, quiero decir.

—A pocas manzanas. Tenía un patinete. No creo que lo robara. Debió de aparcarlo aquí antes. —Negó con la cabeza—. Es la segunda vez en pocos meses que un sospechoso me deja atrás corriendo.

Anna se rio y el camarero les dejó la leche y el azúcar. Le entregó a Austin su taza llena. —¿Puedes beberte la mitad?

Austin la miró y después vertió con cuidado parte del café en su propia taza, dejando la de ella a medio llenar. Ella procedió a añadirle leche y azúcar hasta que la taza casi rebosó. —He sacado fotos de su escritorio y del historial del navegador.

—No está mal. Yo tengo el número de matrícula.

Anna lo sopesó. —Puede que Ridley siga en la ciudad. ¿Y si intentamos conseguir la dirección de Kyon? Quizá algún amigo suyo del SPD podría buscarla.

Él ya estaba marcando. Cuando Ridley respondió, Austin dijo: —Hola, soy Austin, yo…

—*Tengo* identificador de llamadas.

—Ah, claro. Bueno, que he ido a hablar con el nieto de Eleanor, Kyon. Cuando he mencionado la adelfa, me ha dado una patada y ha echado a correr.

—Interesante —dijo Ridley, pero no parecía interesado—. Para empezar, ¿qué te hizo querer hablar con él?

—Varias personas en el funeral mencionaron su nombre. Al parecer, discutió con Eleanor hace poco. No me gusta como sospechoso, pero está claro que a ese crío le pasa algo raro.

—Vale —dijo Ridley—. Ya sabes que este no es mi caso y que no voy a por el dinero de la recompensa. —Hizo una pausa y Austin pudo imaginar las venas de sus sienes palpitando. A Ridley no le gustaba andarse con rodeos—. Por tu tono de voz, diría que quieres algo.

—¿Te he dicho alguna vez que eres un detective *magnífico*?

—¿Qué quieres, Austin?

—Después de darme la patada, Kyon ha salido corriendo. He conseguido su matrícula.

Ridley suspiró. —Estoy a punto de cenar con la jefa de la policía de Seattle. Pásamela y veré qué puedo hacer.

—Kyon tiene medios para huir —dijo Austin. Miró a Anna, a quien no le iba a gustar lo que estaba a punto de decir—. Quizá el SPD ya lo esté investigando, o quizá no, pero dudo que se quede por aquí más de un día si está metido en esto. ¿Hay alguna posibilidad de que podamos cenar con la jefa y contigo? ¿Podríamos contarle lo que tenemos?

Tal y como esperaba, Anna frunció el ceño. Austin se giró para no verla.

—¿Podamos? —preguntó Ridley—. Pensaba que habías dicho que fuiste *tú* a hablar con Kyon.

—Anna. La estoy ayudando con esto.

—Ah, ya veo.

—Entonces, ¿podemos acompañarte con la jefa?

—Me ha llegado un rumor de Jimmy —dijo Ridley—, que se lo oyó a Lucy, de que a Anna le gustas. —El brusco cambio de tema era probablemente una forma de que Ridley ganara tiempo mientras pensaba en la petición de Austin.

Austin decidió seguirle la corriente. —Desde luego, es una posibilidad —dijo con sequedad, mientras miraba de reojo a Anna, que tenía el rostro contraído en una mueca dramática, un claro indicio de lo disgustada que estaba ante la perspectiva de compartir su trabajo con la policía de Seattle.

—¿Y bien? —dijo Ridley.

—¿Qué?

—Podrías encontrar algo mucho peor. Es lista, una buena madre. Y aunque por contrato estoy obligado a odiar a los periodistas, salvo cuando puedo utilizarlos, ella es de las buenas.

Austin se sujetó el teléfono en la oreja con el hombro y le dio un sorbo a su café, observándola por encima de la taza. —Cuéntame más.

Anna susurró: —¿De qué está hablando?

Austin le restó importancia con un gesto de la mano.

—Bueno, sabes lo de su marido, ¿verdad? Exmarido, quiero decir.

—He oído que no era trigo limpio.

—Él, bueno..., ¿sabes qué? No es una historia que me corresponda contar a mí. Solo diré que se ha ganado mi respeto. Además, no está nada mal. Y, lo más importante, le gustas. Estoy seguro de que eso es algo rarísimo.

Austin dejó la taza de café. —Rarísimo.

—¿Qué es rarísimo? —preguntó Anna—. ¿El envenenamiento por adelfa? ¿Que un nieto asesine a su abuela? ¿Qué está diciendo?

Austin la despachó con un gesto. Se produjo una larga pausa y, entonces, Ridley dijo: —Sushi Mori, Pioneer Square. Media hora.

Austin colgó.

—¿De qué iba eso? —preguntó Anna.

—Quiero que consigas el dinero, pero, al mismo время, Kyon ha desaparecido. Si *de verdad* tuvo algo que ver con esto, se habrá

largado mucho antes de que nos demos cuenta.

—¿Y?

—Sushi con el jefe de policía, en media hora.

Anna arrugó la cara como si fuera a presentar una objeción, pero luego ladeó la cabeza. —¿Entonces de qué hablabais al final?

—De ti.

—¿Ah, sí?

—Ridley ha dicho que te respetaba. —Pensó en preguntarle por su exmarido, pero la verdad era que no quería saberlo. Al menos, no todavía. Llevar un caso juntos era una cosa. Era terreno seguro. Se le hacía raro que Anna hubiera leído lo que escribió Fiona, y conocer los detalles del divorcio de Anna solo haría las cosas más raras—. Solo ha dicho que eres una mujer de la leche.

—Siempre he dicho que Ridley tiene muy buen gusto. —Sonrió y se bebió la mitad de su taza de café dulce y lechoso de un solo trago largo. Se pasó la taza de una mano a otra—. ¿Así que vamos a compartir nuestra exclusiva con la policía? —Parecía estar sopesando los pros y los contras.

Austin supuso que el atractivo de una cena con el jefe de policía podría compensar la decepción de compartir su exclusiva.

—¿Te parece bien? —preguntó Austin, poniéndose la chaqueta que Anna había cogido del pasillo en la fiesta del almacén—. Pareces... preocupada.

Ella le hizo una seña al camarero. —Me parece bien. Solo estoy pensando si debería pedir rollitos o teriyaki.

17

El Sushi Mori era un lugar exclusivo y moderno, decorado con mesas de laca negra. La pared del fondo era una especie de fuente: una enorme lámina de piedra gris por la que caía agua en cascada hasta un pequeño estanque de kois, cuyo agradable murmullo llenaba los silencios entre el ritmo machacón y electrónico que emanaba de unos altavoces ocultos. A Austin, la música le recordó a la que había estado poniendo Kyon en la fiesta del almacén.

—He comido aquí antes —dijo Anna mientras entraban—. Es de fusión. Tienen todo lo tradicional, pero también incorporan muchos ingredientes poco convencionales en el sushi.

Austin vio a Ridley en una gran mesa redonda al fondo, alejada del gentío. Mientras se abrían paso por el bullicioso restaurante, Austin preguntó:

—¿Qué clase de ingredientes poco convencionales?

—Hacen cosas como rollos de falda de ternera de Texas ahumada, cubiertos con langostinos crudos y aguacate. Una vez pedí un rollo de salmón picante tradicional, pero lo rebozaron en tempura y me lo sirvieron con salsa ranchera japonesa.

—¿Y? ¿Qué tal estaba? —Austin estableció contacto visual con Ridley, que estaba sentado solo en una mesa para cinco o seis personas.

—Me da un poco de vergüenza decirlo —dijo Anna cuando llegaron a la mesa—, por el tópico de que los estadounidenses mojan todo en salsa ranchera, pero puede que haya sido lo mejor que he comido en mi vida. —Le dedicó una sonrisa a Ridley y se sentó. Austin hizo lo mismo.

Ridley preguntó:

—¿El qué?

—El rollo frito que hacen aquí, con la ranchera japonesa.

—Pues me lo pido —dijo Ridley—. Puede que Rachel se divorcie de mí por venir sin ella —lleva queriendo venir un año—, pero voy a por todas. Lo llamamos infidelidad gastronómica.

Austin se rio.

—Empezó ella —continuó Ridley—. Se fue a Bartollo's con una amiga de la universidad sin mí. Comida italiana con dos estrellas Michelin. Así que la infiel fue ella primero.

Austin miró a su alrededor.

—¿Dónde está la jefa?

Justo al decirlo, una mujer con el uniforme de gala de la policía y el ceño fruncido apareció por la esquina de los baños. Ignorando a Austin y a Anna, le dijo a Ridley:

—Un idiota acaba de perseguir a uno de nuestros sospechosos por Pike Place Market.

Austin tragó saliva.

Entonces, volviéndose hacia ellos como si los viera por primera vez, se aclaró la garganta.

—Ah, es verdad. Se me olvidaba que Rid ha invitado al circo.

Anna se levantó y le tendió la mano.

—Anna Downey. Domadora de leones jefa. —La jefa le estrechó la mano con rapidez, sin cordialidad y sin sonreír—. Y este es Thomas Austin.

—Pero lo llamamos Austin —dijo Ridley—, porque, bueno, creo que por algo de la lucha libre.

Austin se levantó y le ofreció la mano, pero ella ya estaba sentándose.

—Sandra Jackson. Encantada de conocerlos. Siento estar tan alterada. Acabo de recibir una nota de un agente que ha recogido

varios avisos de un hombre que perseguía a alguien por Pike Place Market. Resulta que al tipo que perseguía es un posible sospechoso.

Austin captó la mirada de Anna, pero decidió no decir nada por el momento. La jefa Jackson tenía fama de ser una mujer dura, una de las razones por las que había ascendido tan rápido y era conocida por hacer bien su trabajo.

—¿Te refieres a un sospechoso en el caso de Eleanor Johnson? —preguntó Ridley.

La jefa Jackson chasqueó los labios.

—¡Sí! No sé si es algo que le echan al agua últimamente, o quizá las cámaras de los móviles, pero todo el mundo se cree detective. En serio, ¿cuándo ha pasado *eso*? —Negó con la cabeza—. Es como si la mitad de la gente odiara a la policía y la otra mitad quisiera sacar el móvil, grabar algo y ayudarnos a hacer cumplir la ley. —Suspiró.

—¿Qué aspecto tenía el tipo? —preguntó Ridley, echándole un vistazo a Austin.

—Blanco, de unos cuarenta y pocos. Pelo castaño. Pantalones negros, camisa blanca.

Mientras hablaba, una amplia sonrisa se dibujó en el rostro de Ridley. Señaló a Austin con la cabeza.

—¿Algo como este?

Austin le tendió la mano por encima de la mesa.

—Disculpe por eso.

Ella se la estrechó con recelo.

—¿Ha sido usted?

—Mis disculpas. Fuimos a hablar con él. Me dio una patada y echó a correr. Así que corrí tras él. No creo haber infringido ninguna ley.

—No, pero… ¿quién dice que es usted? Rid dijo que…

—Thomas Austin. Investigador privado.

—Estuvo veinte años en la policía de Nueva York —terció Ridley —. Nos ayudó a cerrar el caso del Carnicero de Bebés hace unos meses. —Levantó ambas manos, anticipándose a la objeción de ella —. Sé que no quieres que nadie meta las narices en un caso tan importante, pero puede que tengan algo.

La tensión del rostro de Jackson se relajó un poco. —Ah, así que lo del Carnicero de Bebés fuisteis *vosotros*. Vale, ahora todo encaja. Ridley me había hablado de vosotros. —Hizo una pausa, pensativa por un instante—. Sé que Rid responde por vosotros, lo cual agradezco. Pero un consejo: en mi ciudad, dejad que sean los agentes de verdad quienes detengan a los sospechosos, ¿de acuerdo?

Austin no respondió.

—Quizá si hubieran descubierto que esto era un asesinato hace una semana —dijo Anna—, unos aficionados como nosotros no tendríamos que ir persiguiendo sospechosos por su ciudad.

La jefa Jackson abrió la boca, como si estuviera a punto de escupir un torrente de fuego en dirección a Anna. Pero después soltó una larga y lenta bocanada de aire, como si se lo hubiera pensado mejor. Las figuras públicas como Jackson —la cara visible de los más de mil agentes del Departamento de Policía de Seattle— debían tener cuidado con las cámaras de los móviles en todo momento. Un pequeño vídeo, incluso sacado de contexto, podría acabar con su carrera.

—Mirad —dijo Ridley, intentando sonar conciliador—. Aquí todos estamos en el mismo bando.

Austin se dio cuenta de que Anna estaba a punto de protestar, pero antes de que pudiera, dijo con la mayor diplomacia posible: —Mire, jefa Jackson, queríamos reunirnos con usted para darle la matrícula del escúter de Kyon Johnson. —Garabateó el número en una servilleta y la deslizó sobre la mesa.

—Ya le seguíamos la pista —dijo Jackson, ignorando la servilleta —. ¿Qué les llevó hasta Kyon?

—Un par de cosas que dijo la gente en el homenaje. Había discutido con su abuela. Lo típico: gustos musicales. Parecía algo generacional. Estaba siguiendo todas las pistas hasta que me dio una patada.

—¿Por qué le dio una patada?

—Mencioné la adelfa.

Esto pareció captar la atención de Jackson, pero antes de que pudiera contestar, llegó un camarero para tomarles nota. Austin no

había mirado la carta, pero siempre pedía lo mismo cuando iba a un japonés: la selección de nigiri del chef. La pidió junto con una Kirin Ichiban, su cerveza japonesa favorita. Los demás hicieron pedidos más elaborados, incluido Ridley, que pidió el rollo frito que Anna había mencionado, además de un rollo mar y montaña que incluía ensalada de langosta picante y solomillo de ternera sellado.

—Interesante lo de Kyon —dijo la jefa Jackson—. Sigo sin aprobar que jueguen a ser detectives aficionados en mi ciudad, pero es interesante.

—Esperábamos que nos diera su dirección —dijo Austin.

Jackson bufó. —Pero ya sabía que no lo haría.

Austin sonrió. —Prefiero creer que todo es posible. Me lo dijo una vez una galleta de la fortuna.

Jackson se rio entre dientes con el comentario y pareció relajarse un poco. —Aunque le diera su dirección —cosa que nunca haría—, no lo encontrarían. Ya lo hemos comprobado. No está en casa.

—Me pregunto —dijo Anna—, ¿se beneficia Kyon económicamente de la muerte de Eleanor? ¿Es quizá un niño rico y malcriado que quería ser aún más rico?

—El testamento aún no se ha hecho público —dijo la jefa Jackson —, pero estamos investigando los aspectos económicos.

Anna sonrió. —Vamos. Usted ya sabe lo que pone en el testamento.

—Y no quiero que aparezca mañana en el periódico —replicó Jackson.

—Totalmente extraoficial —dijo Anna.

Jackson miró a Ridley, que dijo: —Puedes confiar en ella.

—Haremos una cosa. Envíenme todo lo que descubran sobre este caso y prométanme que no volverán a jugar a ser Jack Reacher en mi ciudad. Entonces, les hablaré del testamento.

Austin y Anna asintieron al unísono.

—Se dice —comenzó Jackson— que no hay nada inusual en el testamento. Varias donaciones a organizaciones benéficas que ya apoyaba, un par de millones para cada uno de sus tres hijos, fondos fiduciarios de un cuarto de millón para cada nieto destinados a

gastos de estudios, pero sus padres tienen el control total sobre ellos y vencen cuando cumplen veinticinco años.

—Vencen —dijo Anna—, ¿en el sentido de que desaparecen?

—Si los nietos no gastan el dinero en gastos de estudios antes de cumplir los veinticinco, el dinero se dona a obras de caridad.

—¿Algún *cambio* reciente en el testamento? —preguntó Austin.

—No lo parece.

El camarero sirvió la cerveza de Austin y este le dio un largo trago. —La hija mayor, Karen, mencionó que quería hablar con su madre sobre un asunto económico. Dijo que era algo sin importancia.

Jackson dijo: —Los ricos siempre andan enredando con sus finanzas. Miren, no conozco todos los detalles, pero estoy segura de que mi gente ya está investigando la pista del dinero. Limítense a no ir persiguiendo a nadie más por la ciudad. Cíñanse a las reglas.

Ridley sonrió con sorna y puso una voz de tráiler de película exagerada: *—Cuando hay vidas en juego, él pone las reglas.*

Austin percibió un sabor agridulce de textura suave, como nubes de golosina hechas con piel de pomelo. Vergüenza.

—¿Qué? —preguntó Jackson.

Ridley se rio. —Es algo que le dijo Austin a mi jefe.

Jackson preguntó: —¿Y qué tal está el sheriff Daniels, «el Tres Copas»?

—Está bien. Bebe menos. —Ridley se inclinó hacia delante—. Atentos a esto. Hace unos meses, Austin y yo estábamos en el despacho de Daniels y nos estaba echando una bronca de mil demonios. Nos estaba poniendo a caldo por alguna cagada. Fue cuando estábamos hasta el cuello con el caso del Carnicero de Bebés. Todo el mundo estaba estresadísimo. El sheriff Daniels le dice que se deje de ir de vaquero. Austin se levanta como si estuviera en una audición para *La jungla de cristal 6* o algo así. Y suelta: *«Cuando hay vidas en juego, yo pongo las reglas».* —Ridley soltó una carcajada.

Anna le dio una palmada en el hombro. —Eso va a acabar en una de mis historias, seguro.

A la jefa Jackson no le hizo tanta gracia. —Quizá esas chulerías cuelen en Nueva York. Aquí los ciudadanos tienen derechos, la policía tiene responsabilidades y... No sé ni por qué estoy hablando con ustedes. Ninguno de los dos son agentes y...

Le sonó el móvil y se disculpó para coger la llamada.

Anna se inclinó y le susurró a Austin al oído: —Por favor, no le cuentes lo de las capturas de pantalla.

—Sé que quieres el dinero, pero...

—No es solo por eso. —Miró de reojo a Ridley—. Tú que diriges un departamento como el tuyo, ¿alguna vez haces concesiones?

Ridley asintió. —Claro.

—¿Como que a veces no va en interés del departamento resolver todos los casos?

—Eh, eh, eh —dijo Ridley—. Yo no diría eso. A ver, esto no es una serie de polis, es el mundo real. Pero yo quiero resolver todos los casos. A veces las limitaciones se interponen. Limitaciones de personal, de recursos y, odio decirlo, de competencia. Al final solo somos personas, que hacemos lo que podemos con recursos limitados.

—A eso me refiero —dijo Anna—. Si compartimos todo con Jackson, puede que se use para atrapar a Kyon y puede que sea el asesino. Pero puede que alguno de los cien intereses contrapuestos que hay se imponga y ocurra otra cosa.

Austin estaba en un dilema. Por un lado, quería darle a la jefa todas las facilidades para atrapar a Kyon, y eso incluía compartir toda la información con ella. Por otro, quería que Anna ganara el dinero. Además, ella tenía razón con lo de los conflictos de intereses. Él había conocido a agentes que intercambiaban información de un caso para avanzar en otro. De hecho, él mismo lo había hecho. Había visto a agentes corruptos dar el soplo a sospechosos para que pudieran huir. Y había visto a agentes con muy buenas intenciones echar a perder casos por enviar correos electrónicos a la dirección equivocada o alertar por accidente a un sospechoso de una redada inminente. Lo había visto todo.

Entonces se le ocurrió algo. —No *podemos* compartir las capturas con ella. O sea, sí podemos, pero las obtuviste de forma un tanto

ilegal. Es una zona gris porque su portátil estaba en un lugar público. Es el tipo de cosa que podría hacer que desestimaran un juicio si tienen que admitir de dónde sacaron las pruebas.

Anna asintió, aliviada.

Al final, no tuvo que decidir. Cuando la jefa Jackson volvió a la mesa, parecía alterada. —Tengo que irme. Rid, puedes comerte mi sushi. La próxima vez invito yo.

Sin decir una palabra más, salió a toda prisa del restaurante.

18

Cenaron sin volver a sacar el tema de Kyon. Estaba claro que Ridley quería mantenerse al margen, y su terreno estaba al otro lado del agua, en el condado de Kitsap. Había venido a Seattle a presentar sus respetos, pero resolver el asesinato de Eleanor Johnson no era su trabajo.

Austin ya iba por su segunda cerveza para cuando Ridley y Anna terminaron su comida y centraron su atención en los elaborados rollos que había pedido la jefa Jackson.

Ridley levantó una pieza con los palillos.

—¿Quieres un poco, Nueva York?

Austin lo rechazó. Ya se había terminado el sushi, que estaba excelente, y estaba deseando ponerse con las fotos del portátil de Kyon.

Ridley se terminó el último bocado y luego se giró hacia Anna.

—Le decía antes a Austin que debería salir contigo.

Anna se sonrojó, pero intentó disimular.

—Ya hemos salido.

—Ya sabes a qué me refiero —dijo Ridley—. En serio, haríais buena pareja. Después de más de veinte años de matrimonio, he aprendido a reconocer las personalidades que encajan. Austin, tú y yo nos parecemos mucho. Y Anna es como Rachel.

—¿En qué sentido? —preguntó Anna.

—¿No la conoces? —Ridley se encogió de hombros—. Supongo que no. Ella es más reflexiva que yo. Más cerebral. —Hizo una pausa, como si sopesara si continuar o no—. No me avergüenza admitirlo, llevamos en terapia de pareja, no sé, un año o así. No es que haya nada malo, pero buscamos crecer, subir de nivel. Como dice nuestro terapeuta, yo soy de tipo *activo* y ella es de tipo *pensador*. Yo soy de tipo *cuerpo* y ella de tipo *mente*. Como él lo expresó… —Ridley rio entre dientes—, y esto lo clavó: dijo que yo me metería en una casa en llamas para salvar a un niño, pero que era muy posible que hubiera sido yo quien hubiese provocado el incendio accidentalmente y hubiese dejado al niño dentro. Rachel, ella, simplemente se acordaría de apagar la tostadora.

Austin se rio. Anna sonrió, sorbiendo su vino.

—Pero también tenemos cosas en común —continuó Ridley—. Ambos valoramos la independencia, ambos somos extrovertidos por naturaleza.

—¿A qué se dedica? —preguntó Austin.

—Dirige una pequeña empresa. Un blog de moda de nicho. Lo monetiza a través de anuncios, vídeos de Youtube, enlaces de afiliados, suscripciones al boletín. Empezó de la nada y ahora gana más que yo. —Ridley miró la mesa, negando con la cabeza. Austin se mordió el labio porque vio en Ridley lo mismo que él había sentido por Fiona. Ridley no solo amaba a su mujer, la admiraba.

—¿Qué más te ha contado? —preguntó Anna, dirigiéndose a Austin.

—Dijo que eras un partidazo, cosa que nunca he negado. —Ya le había dicho a Anna que no estaba preparado para tener citas, y que no tenía nada que ver con ella. Su charla con el pastor Johnson se lo había dejado aún más claro. La verdad era que, desde que Fiona murió, no le había dado ni la más mínima oportunidad a otra mujer —. Dijo que eras fuerte, tenaz.

—Verdades como puños —dijo Anna—. Aunque seguro que no te ha dicho que estoy sin blanca. Eso es un punto en mi contra.

—No, pero eso me lo dijiste *tú* —dijo Austin.

—El dinero es una mierda —dijo Ridley—. Cuanto más viejo me hago, más me doy cuenta de que no hay nada mejor que tener a

alguien con quien pasar el tiempo, alguien a quien amas y aprecias, familia, gente por la que quieres ser mejor, alguien con quien quieres envejecer.

Anna estudió el rostro de Ridley.

—¿A qué viene este lado filosófico? —preguntó—. ¿Te han diagnosticado cáncer o algo?

Ridley sonrió y echó la silla hacia atrás. Sacó la cartera.

—Tengo que irme.

Austin también sentía curiosidad. Algo en Ridley parecía diferente. No es que antes pareciera incapaz de ser así de reflexivo, sino que el tiempo que habían pasado juntos había sido en un contexto diferente: el esfuerzo conjunto para resolver el caso más importante de la carrera de Ridley.

—Rid, ¿qué pasa? —preguntó Austin—. Pareces distinto. —Es mi día libre. —Una enorme sonrisa se dibujó en su rostro—. Y Rachel y yo vamos a tener otro bebé.

No esperó a recibir las felicitaciones. Dejó unos cuantos billetes de veinte sobre la mesa y salió del restaurante como un hombre sin ninguna preocupación en el mundo.

Cuando Ridley se marchó, Anna se tomó la libertad de pedir unos cócteles para después de cenar llamados Amakazes. Hechos con café expreso, sake, sirope de arce y jengibre fresco, no se parecían a nada que Austin hubiera probado antes. Amargo y dulce, picante y frío, le hizo sentir como si lo estuvieran drogando con somníferos y, al mismo tiempo, le echaran un cubo de agua helada por encima.

Mientras bebían, examinaron las fotografías que Anna había sacado de la pantalla de inicio y del historial de búsqueda de Kyon. Su escritorio era, en palabras de Anna, «una pesadilla». Cientos de archivos e imágenes sin un orden discernible, algunos apilados unos encima de otros, de modo que los nombres de los archivos eran ilegibles. Pistas de música y clips de sonido, algunos trabajos de su breve paso por la universidad, carpetas de archivos que parecían ser

pornografía e imágenes aleatorias. Y todo ello sobre un fondo de escritorio con una imagen de Elon Musk montando en bicicleta en el espacio.

—Qué desastre —dijo Austin.

—Esto va mucho más allá de un *desastre* —replicó Anna—. Los escritorios así me sacan de quicio de una forma que no sé expresar del todo. Y eso que me gano la vida escribiendo.

—¿Y qué hay del historial de búsqueda?

Anna deslizó el dedo por la pantalla y apareció la foto. Austin leyó la lista de arriba abajo. Le pareció extraño revisar el historial de búsqueda de Kyon. Una intromisión, pero también algo necesario.

Cómo llegar al almacén LazerHaus
Pizzería a domicilio cerca de mí
Cómo conseguir que te contraten como DJ en Las Vegas
Clips de audio gratis
Cómo llegar al restaurante Little Huế
Fechas gira Skrillex 2022
Plantilla Seattle Mariners 2022
Leyes suicidio asistido-Estado de WA

Señaló la última búsqueda con el dedo.

—Sí —dijo Anna—. Ahí es donde se me han ido los ojos a mí también.

—¿Y si Eleanor le pidió que la ayudara a morir? —preguntó Austin—. Quizá sabía que estaba enferma. Algo grave. Algo terminal.

—Puede ser, pero parecía sana. —Anna bebió un sorbo de su cóctel—. Y *me dijo* que estaba sana. Además, ¿por qué se lo iba a pedir a su *nieto*? ¿No es algo que hablarías con tu médico?

—Tienes razón.

—Washington aprobó una ley de «Muerte Digna» en 2009. Solo habría tenido que hablar con su médico. Si tuviera una enfermedad terminal verificable..., pero no la tenía. —Suspiró—. No creo que cuadre, pero *sí* que es raro. ¿Por qué buscaría eso un chaval de veinte años?

El camarero dejó la cuenta en la mesa y Anna miró el móvil. —Si nos vamos ahora, puede que pillemos el ferri de las ocho. Si tardamos más, embarcaremos con todos los miembros del club de los polvos a nivel del mar.

—¿El club de los polvos a nivel del mar? —preguntó Austin.

—Los barcos nocturnos están llenos de adolescentes y veinteañeros que vuelven de conciertos y citas en la ciudad. Toda la emoción combinada con el aire del mar… a veces la gente tiene suerte en el trayecto de vuelta a la isla.

—Lo pillo. El club de los polvos de altura, el club de los polvos a nivel del mar.

—Es una cosa del condado de Kitsap. *No sabes nada, Thomas Austin*.

Esa era una referencia que sí entendía. Aunque nunca había visto *Juego de Tronos*, a Fiona le había obsesionado. Había empezado a decirle esa misma frase a mediados de la década de 2010. Tardó quince minutos en explicarle por qué en realidad era una expresión de cariño. Se le hizo extraño oírselo decir a Anna, pero no en el mal sentido.

Austin sonrió y asintió. —¿Lista para irnos? —Sacó la cartera—. Quiero investigar un par de cosas más, pero puedo hacerlo en el barco.

—Me parece bien. No me vendría mal un café para bajar este cóctel. Además, ¿recuerdas que te dije que había devuelto los diarios de Eleanor y resultó que tenía otro?

Austin supo que tramaba algo por su mirada traviesa. —¿Y ahora, qué? ¿Tienes *otro* diario?

Anna levantó el móvil. —Pues resulta que aún los tengo todos.

Estaban a medio camino del ferri cuando Austin se dio cuenta de que los seguían. El cóctel con sake lo había dejado un poco aturdido y sentía ganas de dormirse. Con la mejilla apoyada en el reposacabezas del SUV de Anna, deslizó la mirada hacia el retrovisor.

Como solía ocurrir, su cerebro empezó a buscar patrones. La sincronización de los semáforos, el movimiento de los vehículos. Había leído una vez que el superpoder de la raza humana —que se remontaba a un par de cientos de miles de años— era poner orden en un mundo fundamentalmente caótico e impredecible. Los humanos destacaban a la hora de encontrar patrones y usarlos para predecir cosas. Por supuesto, esto también llevaba a la gente a crear patrones donde solo había caos, a encontrar conspiraciones donde solo había falibilidad humana, complejidad y aleatoriedad.

Pero que un Chevrolet Suburban negro haga cuatro giros y seis cambios de carril que coinciden con los tuyos no es aleatorio. Y cuando Anna se equivocó de camino hacia el ferri y tuvo que dar la vuelta a la manzana, el Suburban también lo hizo. Fue entonces cuando Austin estuvo seguro.

—Nos están siguiendo —dijo con la mayor naturalidad posible cuando se detuvieron en un semáforo—. Un Suburban negro dos coches por detrás.

Anna miró por el retrovisor. —¿Qué? ¿Estás seguro?

—No al cien por cien, pero sí. Aparca en cuanto puedas. No apagues el motor.

Anna agarró el volante con tanta fuerza que este emitió un pequeño crujido, el sonido del cuero tenso al retorcerse. Cuando el semáforo se puso en verde, entró en el aparcamiento de una gasolinera que había en la esquina.

Austin vio cómo el Suburban desaparecía de su vista, continuando de largo.

—¿Ves? —dijo Anna—. Estás paranoico.

—Espera.

El Suburban giró a la derecha y entró en la gasolinera por el otro lado. Ahora se dirigía directamente hacia ellos y se detuvo, con el motor al ralentí, cerca de la entrada a los surtidores, a unos veinte metros de distancia.

—Ni siquiera intentan disimular que nos siguen —dijo Austin—. Esas son las buenas noticias. —Podía distinguir dos siluetas a través del parabrisas, pero estaba demasiado oscuro para ver algún detalle.

Anna lo miró. —¿Y por qué demonios son buenas noticias?

—Significa que no intentan matarnos. Vuelve hacia el ferri.

Anna se incorporó al tráfico y giró por Alaskan Way. Estaban a solo unas pocas manzanas de la entrada del ferri. —¿Por qué significa eso que no intentan matarnos?

—La mayoría de los asesinatos son crímenes pasionales: disputas domésticas, violencia vecinal, violencia de bandas. Cuando te siguen en un Suburban negro, o quieren saber qué tramas o quieren matarte.

—¿Siguen ahí?

—Sí. Conduce normal. Si quieren matarte, normalmente prefieren ocultar que te están siguiendo. No es como en las películas, donde sueltan un discurso guay antes de liquidarte. Esos tíos querían que supiéramos que nos seguían. O, como mínimo, no estaban dispuestos a hacer ningún esfuerzo por ocultarlo.

—¿Para intimidarnos?

—Eso creo. —Austin observó el retrovisor lateral. El Suburban no hizo ningún movimiento brusco, pero ahí estaba, dos o tres coches por detrás en cada cambio de carril, en cada giro.

Anna entró en el recinto y se detuvo en la cabina de peaje. Una vez que hubieron pasado, se detuvo en la fila de coches que esperaban para embarcar en el ferri. —Sigo sin entenderlo.

Austin echó un vistazo al retrovisor. Ni rastro del Suburban. —Alguien no quiere que investiguemos este asesinato.

—Pero ¿quién? —preguntó Anna—. ¿Alguien relacionado con el crimen? —Negó con la cabeza—. No quiero decirlo, pero…

—¿El qué?

—Acabamos de estar con la jefa Jackson, que estaba cabreada porque estabas persiguiendo a un sospechoso por *su* ciudad.

Austin se encogió de hombros. —Es poco probable, pero no lo descartaría. —Abrió la puerta.

—¿Adónde vas?

—Quédate aquí. Voy a ir a preguntarles quiénes son.

—¿Que vas a hacer... *qué*?

Austin se bajó del coche y miró hacia la cabina del peaje. El Suburban no estaba allí. Echó un vistazo por el aparcamiento. Nada. Se subió al parachoques del coche de Anna y escudriñó la carretera

con la mirada. Entonces lo vio. Estaba al ralentí, cerca del carril que conducía a la cabina del peaje.

No distinguía nada del interior del vehículo, pero trató de imaginar quién podría estar sentado dentro. ¿Investigadores privados contratados por la familia Johnson? ¿Policías fuera de servicio a los que la jefa Jackson les había pedido que los siguieran hasta que salieran de Seattle? ¿Amigos de Kyon? O quizá alguien totalmente distinto.

Un instante después, el Suburban se alejó lentamente, pasó la cabina del peaje del ferri y se perdió en la noche.

19

Tras aparcar el coche, Anna mandó a Austin a la cafetería del ferri, encontró un reservado en un rincón mal iluminado y sacó el móvil. Se sentía culpable por haber escaneado los diarios de Eleanor en un PDF antes de devolvérselos a Karen. Había sido un abuso de confianza, sin duda. Pero no había tenido tiempo de leerlos todos y se dijo a sí misma que era para ayudar a encontrar al asesino de Eleanor. Era lo que Eleanor habría querido que hiciera. En realidad, no estaba segura de esto último, pero le alivió la culpa lo suficiente como para empezar a leer.

Mientras Austin esperaba en la cola para pedir las bebidas, ella volvió a una parte que ya había leído, una que le había venido a la mente durante los discursos sobre la vida de Eleanor en el funeral, discursos en los que apenas se había mencionado a su marido John.

18 de noviembre de 1971

Hoy ha hecho un calor inusual para la época. Unos quince grados, cuando lo único que me apetece es que refresque un poco para que acompañe a la caída de las hojas. Estar embarazada me da mucho calor.

La semana pasada me enteré de que John y yo vamos a tener un niño. John quería ponerle su nombre, John júnior. Le dije que yo quería ponerle el nombre de uno de los Beatles: Paul o George. Nos

reímos y al final acordamos «John» para que los dos nos saliéramos con la nuestra.

Será maravilloso tener un niño. A pesar de los muchos defectos de John, es un hombre de los de verdad. No le da miedo mancharse las manos. Solo me preocupa que esta vez se las haya manchado demasiado.

Supe en cuanto conocí a John que es lo opuesto a mi padre en todo, salvo en una cosa. Aunque John es rudo donde mi padre es blando, severo donde él es manso, e ignorante donde mi padre es culto, los dos harían cualquier cosa por ganar un duro.

Por vergonzoso que sea admitirlo, quizá fue eso lo que me atrajo de John en primer lugar. En aquel entonces, sentía que necesitaba mi propio dinero, que era vergonzoso vivir solo de la riqueza del pasado.

Ahora temo que los negocios de John sean lo más vergonzoso de todo.

19 de noviembre de 1971

Hoy John me ha traído más malas noticias. Cada día son peores.

En las pocas horas que está en casa, parece que lo único que hace es darme malas noticias. No me lo cuenta todo —sé que tiene sus secretos, igual que yo los míos—, pero se avecinan problemas legales. Los negocios de Pike Place van bien, o al menos eso creía, pero John me ha dicho que lo están investigando por comisiones ilegales. Sobornos. Dice que es la forma de hacer negocios. Que ya se encargará él.

Mi madre siempre me dijo que debía casarme con alguien de mi misma clase, pero los hombres de mi clase eran todos de un aburrido monstruoso.

Al menos tenemos la música. El mes pasado vimos a The Moody Blues en el Coliseum y el mes que viene tenemos entradas para The Who. Quizá debería haberme fugado con un músico y recorrido el mundo. En retrospectiva, podría haber sido más sensato que casarme con John.

Pero me pregunto si entre los amigos banqueros y abogados de mi madre hay un solo hombre que llevaría a su esposa embarazada a ver a The Who.

A pesar de sus muchos defectos, John sí que lo hace.

22 de noviembre de 1971

Solo faltan veintitrés días para que The Who vengan a Seattle. Me pregunto si no me estaré haciendo demasiado mayor para estas cosas. Dudo mucho que haya allí otra millonaria embarazada de seis meses.

Ayer Mack trajo a un chef del nuevo restaurante japonés del centro. Ya había oído hablar del sushi, pero, madre mía, qué cosa más buena.

El chef Nakamura dice que, con todo el pescado fresco disponible en nuestras aguas, puede preparar un sushi tan bueno aquí como el que hacía en Japón. Supongo que, dentro de veinte años, el sushi se convertirá en la nueva hamburguesa, a medida que Estados Unidos perdone al pueblo japonés y nuestro recuerdo colectivo de la guerra se desvanezca.

26 de noviembre de 1971

Ayer John llegó tarde a casa y tuvimos una bronca. Apestaba a verduras y a alcohol. Sé que se pasó todo el día en «la granja».

Lo acusé de no preocuparse por John júnior, de no pasar tiempo con las niñas. Dijo que Karen y Susan eran demasiado pequeñas para acordarse de si estaba o no. ¡Qué sinvergüenza!

Me dijo que sabía a lo que me atenía cuando me casé con él. Admití que tenía razón. Él me aceptó y yo prometí aceptarlo a él. Hemos tenido esta misma discusión cien veces.

Esta vez ocurrió algo nuevo. Cuando ya nos lo habíamos gritado todo, estábamos tumbados en la cama, mirando al techo, y su voz era diferente. Yo había dejado de culparlo y él había dejado de guardarme rencor. Su voz no era amable —NUNCA lo es—, pero era suave, como la de un niño pequeño que necesita ayuda.

Dijo: —El, creo que estoy metido en un lío. Un lío de verdad esta vez, del que puede que no haya salida.

Ya casi nunca me llama «El».

Quería gritarle, decirle que me había prometido que estaba todo controlado, que solo estaba haciendo negocios como se hacen los negocios, pero algo en su tono me preocupó. Le pregunté si se trataba de los sobornos, de las comisiones ilegales, del negocio del mercado. De lo que vende en realidad en Pike Place.

—No —dijo—. Es por un asesinato.

Luego se quedó dormido sin decir una palabra más.

20

Austin le dejó una taza de café, pero ella no levantó la vista del móvil. —¿Anna? —Parecía totalmente absorta en lo que fuera que estuviera leyendo—. ¿Eooo? ¿Anna?

No hubo respuesta.

—Brenden McNeery ha ganado un Pulitzer y ha conseguido un contrato de un millón de dólares con la CNN.

Por fin levantó la vista. —¿Eh?

Austin sonrió. —¿Leyendo el diario de Eleanor?

Anna asintió y dejó el móvil sobre la mesa. —No sé. No me trago lo de Kyon. No del todo, vamos. El diario menciona secretos, de ella y de él. Me pareció raro que casi nadie mencionara a John en el funeral. Entiendo que hace mucho que murió, pero esos hijos son suyos, y los nietos.

—Dijiste que era sospechoso de varios delitos. A lo mejor no quieren remover el pasado.

—En el fragmento que estaba leyendo, Eleanor insinúa que vendía algo más que fruta y verdura en Pike Place.

—¿Drogas? —preguntó Austin.

—No lo dice con todas las letras, pero supongo que sí. También dice que lo estaban investigando por asesinato. No vuelve a mencionarlo, al menos en los diarios que tengo, y yo nunca encontré

ningún registro al respecto, aunque no tengo acceso a archivos policiales de hace cincuenta años. No sé. Es que…

Mientras la voz de Anna se apagaba, Austin dejó que su mirada se perdiera por el estrecho de Puget. El sol se había puesto, pero el cielo aún conservaba una luz tenue que teñía el agua de un azul casi negro. A lo lejos, las casas de la costa de la isla de Bainbridge eran siluetas oscuras contra un paisaje oscuro.

Austin se frotó los ojos. Estaba un poco piripi y lo único que le apetecía era meterse en la cama después de lanzarle la pelota a Run un par de veces. —Déjame ver esas capturas de pantalla otra vez.

—¿Cuál? —preguntó Anna.

—La del escritorio del infierno.

Anna le pasó el móvil, abierto en la foto del caótico escritorio de Kyon. Austin leyó uno por uno los nombres de todas las carpetas y archivos. Ya le había echado un vistazo, pero a veces la revelación llega al segundo. Esperaba encontrar algo sobre el suicidio asistido, quizá un PDF sobre la adelfa. Algo sobre planes de viaje. Había docenas de pequeños iconos de carpetas azules, algunos de archivos de música, pero otros con nombres tan tentadores como «Viajes», «Proyectos» y «Familia».

Era casi doloroso ver los archivos y no poder hacer clic en ellos.

Entonces se le ocurrió. —Estos chicos y su tecnología.

Anna enarcó una ceja. —¿Eh?

—Estaba corriendo como un loco por Pike Place Market cuando hiciste estas fotos. Dudo que Kyon volviera al almacén después de salir pitando. Si de verdad tiene algo que ver con esto, puede que pensara que íbamos con la poli. O puede que no. Pero, de cualquier forma, dudo que volviera allí, y ni de coña se iba a olvidar de su portátil.

Anna se incorporó como si le hubiera dado una descarga eléctrica. —DJ PeloNormal.

—¿Qué?

Dio un sorbo a su vino, excitada. —Cuando hice las fotos, había otro DJ. —Anna cogió el móvil, tecleó, deslizó el dedo y volvió a teclear. Se lo enseñó a Austin. La foto era de un joven de unos veinte años, de Oriente Medio, con una cresta de color rosa brillante.

—Es el tío que organizó la fiesta —dijo Anna—. Es DJ y promotor. Supongo que es el que contrató a Kyon. Es el tipo que cerró el portátil cuando me pilló haciendo fotos.

—Y si hizo eso, a lo mejor le devolvió el portátil a su colega.

—Y si el SPD ya ha registrado la casa de Kyon y no está allí… —Anna estaba cada vez más excitada—. Espera un momento.

Volvió a teclear y a deslizar el dedo, estudió la pantalla y luego se desplazó por ella. —Aquí está. Nassar Ali. Sus padres son de Kuwait. Va a la Universidad de Washington, está en tercero de Música. —Deslizó el dedo otra vez, tecleó y volvió a deslizarlo—. Vive en una residencia de estudiantes fuera del campus. Un apartamento a solo un par de manzanas del de mi hijo.

—¿Cómo has averiguado todo eso? —preguntó Austin, impresionado.

—Una cosita que me gusta llamar «internet».

—Ya lo *sé*, pero...

—Su nombre artístico de DJ me llevó a su Instagram. En los comentarios de sus publicaciones, la gente usó su nombre real un par de veces. Ocultar el nombre real en internet casi nunca funciona. Una vez que tuve su nombre de verdad, una búsqueda me llevó a una página del departamento de música de la Universidad de Washington. Es profesor ayudante de los alumnos de primero. A partir de ahí, busqué su nombre junto a «música UW» y encontré su Instagram personal, que mantiene separado del de DJ. Fotos de él mudándose a su piso el otoño pasado. Fotos de la mudanza en las que se veía la dirección del edificio justo al lado. Diría que los chavales son tontos con la seguridad en la red, pero apuesto a que la gente podría encontrar casi lo mismo sobre mí si se lo propusiera.

Austin no estaba seguro de si sentirse más impresionado o más preocupado. Desde luego, era una detective online de la hostia. De hecho, le recordó a Samantha, la becaria que trabajaba en la oficina de Ridley. Samantha había sido crucial para resolver el caso del Carnicero de Bebés de las Fiestas y parecía capaz de encontrar casi cualquier cosa sobre cualquiera en internet.

Lo que le preocupaba era la expresión de Anna. Estaba inquieta, como si fuese a saltar por la borda y volver a nado a la orilla para

luego coger un taxi hasta el piso de Nassar Ali por si Kyon estuviera allí.

—La cosa está así —dijo Austin—. Estamos en medio del Puget Sound. Tenemos información que puede ser crucial para una investigación. Tenemos dos opciones. —Anna frunció el ceño, como si supiera por dónde iba Austin—. Una: desembarcamos en la isla de Bainbridge e inmediatamente cogemos el siguiente ferri de vuelta a Seattle, luego conducimos hasta el piso de Nassar Ali y...

—Exacto —dijo Anna.

—¿Y entonces qué? —la fulminó Austin con la mirada.

Anna no dijo nada.

—Normalmente, esto funciona así: la policía tiene lo suficiente para detener a alguien y entonces se mata a trabajar para conseguir una confesión. No siempre es bonito, pero mienten, engañan y roban para obtener una confesión cuando en realidad no tienen pruebas suficientes para retener a alguien. Y a menos que la policía de Seattle tenga mucho más que nosotros —que podría ser—, entonces no tienen bastante para retener a Kyon mucho tiempo. Nosotros tenemos aún menos. La única ventaja que tiene la policía de Seattle sobre ti es la capacidad de conseguir que Kyon o Nassar vayan a declarar.

Anna bajó la vista a la mesa. —¿Supongo que tu segunda opción implica llamar a la policía de Seattle?

—¡Bingo! —hizo una pausa, observando cómo se ensombrecía el rostro de Anna—. Pero escúchame. Llamamos a la jefa Jackson, le contamos lo de Nassar y el portátil. Están buscando a Kyon. Si está con Nassar, quizá puedan llevarlo a declarar. Si lo hacen, estará en deuda contigo. Y mucho.

—Pero... —su objeción se desvaneció antes de poder formarse del todo—. No voy a llamar a esa mujer. Darle mi exclusiva va en contra de todo lo que yo... Espera, ¿y si no se la *doy* sin más?

El ferri estaba reduciendo la velocidad al llegar a la isla de Bainbridge. —Tenemos que volver a tu coche —dijo Austin.

Anna se levantó y lo guio por la cubierta de pasajeros hasta la escalera que bajaba a la planta inferior del barco, el garaje. —Llámala tú —dijo—. De todas formas, le caías mejor. A ver si

consigues que me prometa una exclusiva si sale algo de la pista de Nassar.

—Vale —dijo Austin—, pero creía que habías dicho que no ibas a publicar nada sobre esto.

—No iba a hacerlo, pero eso era cuando pensaba que iba a conseguir los veinticinco mil pavos. Si le voy a ceder mi oportunidad de conseguir el dinero a la policía de Seattle, al menos puedo sacar quinientos dólares por una buena exclusiva como freelance. Joder, a lo mejor se la puedo vender al *Seattle Times* y quitarle el puesto a Brenden cuando se mude a Nueva York.

21

Austin lanzó la pelota de goma a la oscuridad. La única luz en la playa provenía de una tenue media luna, que iluminaba la espuma de las pequeñas olas que morían en la orilla frente a su tienda. Aparte de Austin, Run y las olas, la playa estaba desierta.

No era del tipo paranoico. La cantidad de violencia y maldad que Austin había visto trabajando en la policía de Nueva York tuvo el efecto contraproducente de volverlo *menos* paranoico. Cuando sabes que los monstruos son reales, cuando te pasas la vida averiguando cómo piensan y actúan, hay menos motivos para preocuparse de que se escondan debajo de la cama.

Aun así, el frío cortante del aire, la negrura del agua y el modo en que los jadeos de Run rompían el silencio lo tenían un poco en vilo. A pesar de estar seguro de que el Suburban no los había seguido en el ferri y de que nadie lo había seguido a casa, la incertidumbre de quién los había estado siguiendo desde el principio lo mantenía alerta.

Austin había llamado a la jefa Jackson y ella había aceptado la oferta. Había admitido que todavía no tenía nada sobre Nassar Ali. Si la pista conducía a Kyon, y resultaba que estaba implicado, Anna conseguiría una entrevista exclusiva y personal con la jefa de policía de Seattle. No era ni de lejos tan bueno como veinticinco mil

dólares, pero era un buen logro para cualquier periodista de sucesos.

Run dejó caer la pelota a sus pies, lista para otra carrera. Austin cogió la pelota y la lanzó tan lejos como pudo. Run salió disparada. Cuando él no estaba, Austin le daba a Andy treinta dólares extra al día para que sacara a Run tres o cuatro veces, pero esta era la primera oportunidad en todo el día de hacer verdadero ejercicio.

Mientras ella desaparecía en la noche, Austin inspiró el aire fresco. Estaba terminando su segundo invierno en Hansville y casi podía saborear los primeros indicios de la primavera.

La primavera en Nueva York era diferente porque los inviernos eran mucho más crudos. En la costa Este, la primavera se sentía como una transición desesperadamente necesaria, un deshielo físico y emocional, una celebración compartida por diez millones de neoyorquinos que habían sobrevivido a otro invierno en la gran ciudad.

En Hansville, los inviernos eran más suaves. Un día tras otro de lo mismo. Ocho grados y nublado. Diez grados y llovizna. Ocho grados y gris. Rara vez nevaba, y las nevadas esporádicas nunca duraban más de un día o dos.

Se había reído a gusto de la respuesta local al centímetro y poco de nieve que cayó en el condado el febrero anterior. Colegios cerrados, gente haciendo acopio de comida, carreteras resbaladizas. La zona simplemente no estaba preparada para ello porque era algo muy poco frecuente.

Intentaba no pensar en Nueva York porque, cuando lo hacía, le hacía pensar en Fiona. Y no en los buenos momentos, sino en su muerte. Para él, Nueva York siempre estaría asociada a los disparos frente a un asador de Midtown.

La mente agotada de Austin no dejaba de volver a lo que Anna había dicho, que los primeros párrafos de la novela de Fiona no sonaban a novela. Al principio le había parecido imposible. Durante más de un año había vivido con la certeza de que los pocos párrafos que guardaba en la máquina de escribir de ella eran la novela que siempre había querido escribir. Pero, desde luego, era posible que fueran otra cosa.

Quizá había aceptado escribir un artículo para una revista o un artículo de opinión. Quizá había decidido probar con un libro de no ficción. Eran una pareja feliz, pero ambos eran profesionales con trabajos exigentes y no del tipo que se pasaban el día enviándose mensajes con cada detalle de sus vidas. Era perfectamente posible que Fiona hubiera empezado un proyecto y simplemente no hubiera tenido ocasión de mencionarlo. Y esto era especialmente cierto si el proyecto tenía algo que ver con un caso, un caso del que quizá aún no tuviera permitido hablar.

Austin se agachó y repitió el proceso de lanzar la pelota por la playa. Esta vez aterrizó en el agua, a un par de metros de la arena. Austin había aprendido que Run no le tenía miedo al agua y, aunque estaba demasiado fría para nadar, se metería encantada para recuperarla.

Austin repasó mentalmente las líneas.

Michael Lee entró en el aparcamiento de su restaurante coreano favorito de Brooklyn a las siete de la tarde de un frío martes de febrero. Nunca había vivido en Corea, pero iba al Mama Dae's BBQ una vez a la semana por su famoso «galbi» y su «kimchi». La comida le hacía pensar en su abuela, que había criado a Michael y había fallecido cuando él tenía diez años.

Estaba en el Mama Dae's para encontrarse con Megan, una mujer que había conocido en una aplicación de citas. Se había puesto su conjunto de la suerte: vaqueros negros y una camiseta auténtica de la gira «Serious Moonlight» de David Bowie.

Su restaurante de la suerte. Su conjunto de la suerte.

El día más desafortunado de su vida.

Su «cita» resultó ser una tapadera de la familia criminal Namgung. Megan había venido para robarle la identidad y, después, atraerlo hacia la muerte.

Cuanto más lo pensaba, más convencido estaba de que Anna tenía razón. Desde luego, no eran solo notas sobre un caso. Sonaba como el principio de un libro sobre crímenes reales o...

Austin cayó en la cuenta justo cuando Run le dejó caer la pelota de tenis mojada sobre el zapato. Se parecía un poco al alegato inicial que ella expondría en un juicio.

Fiona solía escribir sus alegatos iniciales en blocs de notas amarillos y los pulía hasta altas horas de la noche sobre la encimera de la cocina. Le gustaba decir que la clave para ganarse al jurado era contar una historia sobre la víctima, incluyendo detalles clave que la humanizaran ante los hombres y mujeres cuyo trabajo era impartir justicia. Detalles como la camisa de la suerte que llevaba puesta y el plato exacto que había pedido.

Cuanto más lo pensaba, más seguro estaba. Aquellas palabras habrían sido un excelente comienzo para un alegato inicial. Lo más probable es que hubieran ido seguidas de una presentación pulcra y lineal de los hechos, para luego volver al «personaje» de la historia y a otra conexión emocional para el jurado.

Si estaba en lo cierto, Michael Lee no era un personaje de la novela que planeaba escribir. Era una víctima de asesinato, y Fiona se había estado preparando para procesar a sus asesinos.

Él había repasado la lista de todos los casos pendientes de ella, al igual que los investigadores oficiales, y no le sonaba de nada. Pero quizá se les había pasado algo por alto.

Cogió la pelota, llevó a Run de vuelta al apartamento y se dejó caer en el sofá, agotado.

Abrió el portátil y escribió un correo electrónico a su mejor amigo del cuerpo de policía de Nueva York. Se llamaba David Min-Jun y, aunque Austin le sacaba un año en la academia, habían congeniado por su experiencia compartida como mocosos de la Marina.

DMJ:

Siento no haberte contactado desde hace un tiempo. Supongo que ya sabes que me cuesta ponerme en la onda de Nueva York últimamente.

Seguramente viste en las noticias que el Carnicero de Bebés ha reaparecido. Quién lo iba a decir, me vengo a cinco mil kilómetros

para escapar de este tipo de cosas y me encuentran de todas formas.

Pero no te escribo por eso.

Puede que Fiona estuviera trabajando en un caso relacionado con una víctima de asesinato llamada Michael Lee. ¿Podrías mirar qué sale en vuestro sistema?

Tienes una invitación abierta para venir a pescar por aquí si alguna vez consigues una semana libre.

Austin

Técnicamente, David no debía compartir esta clase de información, pero «DMJ», como le gustaba que lo llamaran, era un poco menos de seguir las reglas que Austin. A veces, sus tácticas rozaban la imprudencia.

Y eso era exactamente con lo que contaba Austin.

22

Las salas de interrogatorios de la comisaría del centro de Seattle eran más o menos del mismo tamaño que las que Austin había utilizado en Nueva York. Las que salían en la tele solían mostrar dos sillas de plástico rígido iluminadas por una única bombilla que colgaba amenazante sobre una vieja mesa de metal. Pero, en realidad, la mayoría de las salas de interrogatorios eran mucho menos teatrales.

Kyon Johnson estaba sentado en una silla que parecía bastante bien acolchada, de tela granate, del tipo que verías en la sala de conferencias de un hotel mediocre. Frente a él estaban sentados dos detectives a los que Austin no conocía de nada, uno inclinado hacia Kyon y el otro recostado, ojeando unos papeles.

Austin y Anna observaban a través de un espejo de doble cara en una sala contigua. La jefa Jackson estaba de pie junto a ellos. Anna no llevaba ni libreta ni grabadora porque Jackson había accedido a que observaran el interrogatorio solo si era totalmente extraoficial.

Cuando la jefa Jackson había llamado a Austin a las siete de la mañana para invitarlo a Seattle, le había explicado que Kyon no había estado en casa de Nassar Ali, pero el soplo los había conducido directamente a su detención. Nassar Ali se estaba tiñendo el pelo de un rosa aún más chillón cuando dos agentes aporrearon su puerta poco después de las diez. Por suerte para los agentes que

lo interrogaron, Nassar había sido lo bastante tonto como para abrir la puerta con un espejo sobre la mesa de la cocina, un espejo salpicado de polvo blanco. Eso había sido suficiente para traerlo para interrogarlo más a fondo. Ahora, Nassar estaba sentado al otro lado del pasillo, donde lo interrogaban otros dos detectives. Nassar se había pasado los primeros cinco minutos negando que conociera a Kyon; los cinco siguientes, negando haberlo visto ese día; los cinco posteriores, negando haberle dado su portátil, y los últimos diez minutos, contándoselo todo.

Tras abandonar su sesión y huir en su patinete, Kyon le había mandado un mensaje a Nassar a través de una aplicación segura llamada Signal. Habían quedado para cenar y Nassar le había dado su portátil. Según Nassar, Kyon había admitido que estaba metido en algún tipo de lío, aunque no había dicho nada más. Le había contado a Nassar que se iba a quedar en la Casa Blanca, el nombre que le daban a un motelucho del sur de Seattle donde se habían ido de fiesta unas cuantas veces.

El detective que estaba más cerca de Kyon era un hombretón como un oso. Más o menos de la altura de Austin, pero con al menos treinta kilos más. Con un torso como un barril y duro, como si hubiera desarrollado más músculo del que su complexión podía soportar. Austin no se había quedado con su nombre, pero para sus adentros ya había empezado a llamarlo Bola de Billar por cómo le brillaba la calva bajo la luz fluorescente. Llevaba la voz cantante, y su estilo de interrogatorio era como el de un elefante en una cacharrería.

—Bueno, señor Johnson. ¿Por qué mató a su abuela? —Su voz era como una ráfaga de disparos; sus palabras, altas, duras y entrecortadas.

Tras un largo silencio, Kyon levantó la vista, con los ojos inyectados en sangre y llenos de lágrimas. —Yo no la maté.

Bola de Billar bufó. El otro detective parecía perdido en sus papeles, removiéndolos una y otra vez como si estuviera organizando la montaña de pruebas que tenían contra Kyon. Todo era puro teatro, Austin lo sabía. Pero probablemente Kyon no.

—Hagamos un poco de memoria, ¿de acuerdo? —Bola de Billar dio un golpecito en el suelo con su zapato de vestir—. Ayer. Dos tíos le dieron una paliza. En una fiesta en un almacén. Vincent Mignolo y Darius Fishburn. ¿Por qué hicieron eso, Kyon? —Bola de Billar era bueno. Tenía una forma de acortar las frases, de hablar con fragmentos. Resultaba amenazador y desconcertante a la vez. Una buena combinación cuando se trata de sacarle una confesión a un veinteañero asustado que, además, podría ser un asesino.

Kyon se encogió de hombros y luego jugueteó con su pendiente de la nariz. Su ropa y sus pírsines le daban el aspecto de un chaval que quería parecer enfadado y desafiante, pero a Austin le pareció derrotado, abatido. Todo en sus gestos decía que le quedaba poca lucha en el cuerpo.

—Son camellos —dijo Bola de Billar—. Vinny y Darius son camellos. Ya lo sabemos. Les ha comprado ketamina. En más de una ocasión. Su colega Nassar, el DJ Pelonormal. Está en la sala de al lado. Cantándolo todo.

Los ojos de Kyon se desviaron hacia la puerta, como si pudiera ver a su amigo confesando toda una lista de delitos. Con la misma rapidez, volvieron a clavarse en el suelo.

—A ver qué le parece esta historia —dijo Bola de Billar, poniéndose de pie e irguiéndose sobre Kyon. Su voz había subido unos cuantos tonos, más ligera y amistosa, pero la presencia de Bola de Billar era tan intimidante como cualquiera que Austin hubiera visto—. Hace unas semanas, sus amigos Vinny y Darius le venden un par de pastillas. Éxtasis. Usted les comenta que quiere conseguir adelfa amarilla. Por estúpido que sea, los jóvenes idiotas como usted la toman como tranquilizante de vez en cuando. Cuando no encuentran suficientes drogas normales con las que suicidarse. —Trazó un pequeño círculo alrededor de la silla de Kyon—. Como los jóvenes e intrépidos emprendedores que son, Vinny y Darius le dicen: «Sin problema». Al fin y al cabo, usted es una de sus gallinas de los huevos de oro. Un pobre niño rico que paga de más por las drogas.

—¿Está diciendo que me timaron? —Fueron las primeras palabras de Kyon e hicieron sonreír a Bola de Billar. Tenía los dientes amarillos

y manchados. Demasiado café, poco hilo dental. Esas pequeñas cosas en las que Austin no podía evitar fijarse.

Bola de Billar había estado intentando que el chaval respondiera, y lo había conseguido. —No me timaron.

—Seguro que le cobran lo mismo que a las fulanas que hacen la esquina en el centro. —Cueball se rio entre dientes—. Pero dejemos el *precio* a un lado por un momento. De hecho. Espere. ¿Cuánto le cobraron por la adelfa?

Kyon bajó la vista al suelo. —No he hecho nada.

Cueball se giró hacia el otro detective, que seguía revolviendo papeles. —¿Has oído eso, Mike? El chaval dice que no ha hecho nada. ¿Lo dejamos marchar? ¿Qué dicen los papeles?

Mike se quitó las gafas. Era todo lo contrario que Cueball. Un hombre negro de cierta edad que podría haber pasado por profesor de universidad; era delgado, de rostro afable y aspecto relajado, incluso de aire estudioso con una cuidada barba cana. —La cosa no pinta bien —dijo, negando con la cabeza con pesar—. No, nada bien.

—¿Qué hay en esos papeles? —exigió Kyon.

Mike frunció el ceño como un profesor de literatura decepcionado que acabara de calificar el trabajo de Kyon sobre *Las uvas de la ira* con un suspenso. —Nada bien.

Cueball volvió a sentarse y cruzó la gruesa pierna derecha sobre la izquierda. —Permítame que termine mi historia. —Se aclaró la garganta—. Hace unos diez días. Quizá hasta dos semanas. Vinny y Darius le entregan la adelfa amarilla. Usted la usa para asesinar a su querida abuela. Una mujer que me agradeció personalmente mis servicios en una recaudación de fondos de la policía el año pasado. —Le clavó un dedo carnoso en la cara a Kyon—. Usted la mató. Y luego siguió con su vida tan tranquilo.

Kyon negó con la cabeza, pero no dijo nada.

Austin le estudió los ojos, que parecían volverse más huecos, más muertos por segundos. A su lado, Anna y la jefa Jackson observaban en silencio.

—Todo encaja a la perfección —continuó Cueball—, hasta que sale el segundo informe toxicológico. De algún modo, sus buenos amigos Vinny y Darius ven un informe. Una viuda rica ha muerto por

adelfa amarilla. Se dan cuenta de que tiene el mismo apellido que cierto niño rico y mimado. El mismo al que le vendieron la adelfa. —Descruzó las piernas y volvió a cruzarlas—. Ahora bien, un par de camellos listos habrían huido, sabiendo que eran cómplices de asesinato. —Sonrió y se giró hacia Mike—. ¿Hay algo en esos expedientes sobre si Vinny y Darius son listos?

Mike levantó un papel, sonriendo. —Aquí mismo dice que son más tontos que un saco de martillos.

—Y eso —dijo Cueball— es un gran problema para usted, amiguito. En lugar de huir, fueron a la fiesta del almacén para chantajearlo. Sabían que había matado a su abuela. Le exigieron dinero para mantener la boca cerrada. Usted se negó. Y le dieron una paliza. —Entrelazó las manos detrás de la cabeza y se echó hacia atrás, como un tío gordo después de la cena de Navidad—. ¿Mi corazonada? Estaba ideando un plan para pagarles cuando lo encontramos en ese tugurio del centro.

Cueball se inclinó mucho, esperando a que Kyon lo mirara a los ojos. El joven finalmente levantó la vista. Tenía las mejillas empapadas en lágrimas y la cara del color de la ceniza húmeda. Cueball era un matón, de eso no cabía duda, pero en este caso, ese era su trabajo. Y funcionó. Había derrumbado a Kyon en cuestión de minutos.

Y, sin embargo, a pesar de la culpa dibujada en su rostro, Kyon no admitió nada. —Yo no la maté.

Cueball negó con la cabeza. —Oye, Mike. —Se inclinó, escupiendo las palabras en la cara húmeda de Kyon—. ¿Hay algo en esos papeles sobre si el señor Johnson es un cabrón mentiroso, un niñato rico y mimado?

Mike hojeó los papeles, como si los estudiara con atención. —No dice eso específicamente —dijo en voz baja—. Pero sí tenemos una retirada de efectivo del cajero el día en que Vinny y Darius le vendieron la adelfa amarilla. Resulta que es por la cantidad exacta que ellos afirmaron que usted les pagó.

—No pinta muy bien —dijo Cueball.

—Hay más —continuó Mike, con la voz tan monótona como si estuviera leyendo la guía telefónica—. Verá, Nassar nos enseñó un

mensaje privado de hace dos semanas en el que usted le preguntaba por la adelfa. Él le dijo que esa mierda mata y que nunca la tocaría, a pesar de ser él mismo un drogadicto.

—Así que —dijo Cueball, girándose hacia Mike—, y, por favor, corrígeme si me equivoco. Los papeles que tienes en las manos parecen indicar que nuestro amiguito pervertido y mimado está completamente jodido. ¿Es así?

Mike dejó los papeles sobre la mesa. —Diría que es una evaluación precisa.

Permanecieron en silencio durante un buen rato, con los ojos de Kyon fijos al frente e inmóviles, como si estuviera contemplando un largo futuro entre rejas. —Un abogado —dijo en voz baja—. Quiero al abogado de mi padre.

23

Austin y Anna salieron a la calle, donde caía una lluvia torrencial. El cielo era de un gris tan denso que parecía anular cualquier posibilidad de que el sol volviera a salir. Las aceras estaban desiertas, a excepción de un cuervo solitario que se resguardaba bajo un árbol y picoteaba una mancha de comida irreconocible en una servilleta mojada. Incluso los escasos coches que pasaban le producían a Austin una sensación de vacío y desamparo.

Anna se refugió bajo el toldo de un banco. —¿Adónde vamos?

—No lo sé —A Austin le vino el sabor a carne sosa, sin aliñar. Como si hubiera mordido una pechuga de pollo sin piel ni hueso, cocinada en el microondas sin ningún tipo de aderezo. Sin textura, sin significado—. Busquemos un sitio para hablar.

—¿Comemos algo?

Austin asintió. Su sinestesia nunca se le había manifestado de esa manera. Los sabores que experimentaba solían ser fuertes, intensos. Cerezas ácidas y ralladura de limón. Incluso los malos, normalmente asociados a emociones negativas como el asco o la tristeza, solían ir acompañados de sabores igualmente desagradables. Esto era otra cosa. No lograba entender qué sentía, pero sabía que tenía que ver con Kyon.

Anna señaló una cafetería al otro lado de la calle. Austin salió de debajo del toldo y entonces Anna lo agarró del brazo. —Espera —

dijo—. Estamos a pocos minutos de un sitio que quiero ver.

—¿Dónde? —preguntó Austin.

—Tú sígueme.

Abrió un paraguas grande y guio a Austin bajo la lluvia hasta el Distrito Internacional. Multitud de pequeños restaurantes y tiendas bordeaban las amplias calles, aunque seguía viéndose muy poca gente. Pasaron por delante del famoso mercado Uwajimaya —del que se decía que era una de las mejores tiendas de alimentación asiática de Estados Unidos—, pero ni siquiera eso logró captar el interés de Austin.

Mientras caminaban, la lluvia entraba por los lados, sorteando el paraguas con la misma facilidad con que un niño se cuela por el torno del metro de Nueva York. Austin estudió cada coche, cada rostro, cada escaparate. No los seguían —de eso estaba bastante seguro—, lo que le hizo pensar que la gente del Suburban no era de la policía de Seattle. Eso significaba que era alguien relacionado con el asesinato, o quizá con la familia Johnson. En cualquier caso, no creía que el chaval triste, enfadado y destrozado que había visto en la sala de interrogatorios tuviera nada que ver. Aunque Kyon hubiera querido, su vida era un desastre demasiado grande como para contratar a profesionales que los siguieran.

Mientras caminaban, Austin también pensó en lo último que la jefa Jackson le había dicho antes de que se marcharan de la comisaría: «No nos llame, ya le llamaremos nosotros».

Después de que Kyon hubiera exigido un abogado, Cueball y Mike habían salido, recibido elogios por su actuación y se habían reunido con Jackson. Austin había preguntado si podían quedarse por si había otro interrogatorio, o si se llegaba a un acuerdo con el abogado, pero Jackson se había negado. La policía de Seattle ya tenía a su hombre, y lo último que querían era a un periodista entrometido y a un detective privado sabelotodo merodeando por su caso. Así que, después de que Anna hubiera conseguido la garantía de que se reuniría con Jackson, se habían marchado.

Empapados a pesar del paraguas, al cabo de diez minutos llegaron a un edificio blanco y anodino. El tipo de edificio por el que pasarías de largo sin darte cuenta. De dos plantas, estaba marcado

con un diminuto letrero con letras verdes pintadas sobre pintura blanca desconchada: *Little Huế*.

Era el restaurante que había aparecido en el historial de búsqueda de Kyon.

Se detuvieron ante los ventanales, que estaban cubiertos por polvorientos visillos de encaje blanco. —Las grandes mentes piensan igual —dijo Austin—. Yo también le estaba dando vueltas a esto.

—Kyon buscó este restaurante solo una semana antes de que Eleanor muriera. Uno de mis antiguos editores solía decir que, en el fondo, la gente no es extraordinaria. A veces la clave para resolver una historia es seguir la pista más mundana que tienes. La mayoría de la gente —incluso los asesinos— se pasa la mayor parte del tiempo haciendo cosas cotidianas y corrientes.

Eran las 11 de la mañana y el restaurante parecía cerrado. No es que hubiera ningún cartel que lo indicara. No tenía horario de apertura y el comedor estaba a oscuras. No había indicios de que hubiera alguien dentro preparándose para la gran apertura del almuerzo.

Austin se apoyó en la pared del edificio, pensativo. —En la entrevista con Kyon, he empezado a tener una sensación extraña.

—¿Tu sinestesia? Debe de molar tener un superpoder raro.

Austin se rio entre dientes. —Apenas lo llamaría un superpoder. Normalmente es más un fastidio que otra cosa. Y no es que me dé habilidades mágicas para resolver crímenes.

—Ah, de eso soy consciente. Esas las desarrollaste saltándote la infancia. Viendo vídeos de interrogatorios en vez de los dibujos del sábado por la mañana y leyendo manuales de escenas del crimen en vez de cómics.

—Lo digo en serio. Si esto fuera una serie de la CBS, notaría un sabor a menta cuando un sospechoso mintiera o a ajo al estar en presencia de un asesino. Pero esto es la vida real. Lo mío tiene que ver con lo que siento *yo*. Y, como a muchos tíos, saber lo que siento es como saber si los peces van a picar. De hecho, leí en un sitio que podría ser un mecanismo para compensar la falta de inteligencia emocional.

Anna dio una vueltecita bajo el toldo del restaurante. Se detuvo y le dedicó una sonrisita irónica. —Me lo creo.

—La cuestión es que, durante el interrogatorio de Kyon, tuve una sensación extraña. Nunca he visto a nadie actuar de forma tan culpable. Alguien tan descaradamente culpable.

—Pero...

—¿Estás de acuerdo en que hay un «pero»?

Anna se paseaba de un lado a otro con los brazos cruzados. Algunos coches pasaron a toda velocidad, salpicando agua aceitosa en su dirección, pero no lo bastante cerca como para alcanzarlos.

Finalmente, dijo: —Creo que tenemos que buscar a un cómplice. Pero dime, ¿cuál fue esa sensación que tuviste?

—Empezó con un sabor. Como a pollo hervido insípido. Casi como agua del grifo. Como a nada de nada. —Austin rememoró la sala de interrogatorios—. Turbio, como si se nos estuviera escapando, como si nos faltara algo, como si nos faltara todo. —Suspiró—. A ver, compró adelfa. Obviamente, no es una coincidencia. —Volvió a suspirar—. No sé *ni* lo que digo.

De todas formas, Anna parecía haber dejado de escuchar. Estaba con el móvil. Austin estaba a punto de protestar; una de las cosas que más rabia le daban era que la gente se pusiera a mirar el móvil en mitad de una conversación. —Toma. —Se lo enseñó a Austin.

—¿Qué?

—Este garito tiene página web. Abren a mediodía.

Austin cogió el móvil y buscó la página de inicio. Parecía que la hubieran creado en 2006. Unas extrañas letras de color verde pálido apenas se podían leer sobre un fondo amarillo. No había fotografías coloridas de apetitosa comida vietnamita. La única imagen era un *clip art* pixelado de un cuenco de fideos humeante.

Entrecerrando los ojos, Austin se desplazó hacia abajo para leer el menú. La fuente dificultaba la lectura, pero, a pesar de la falta de imágenes, el menú sí que *parecía* apetitoso. La zona estaba repleta de restaurantes vietnamitas que, en su mayoría, se especializaban en *phở*, un plato tan básico en Seattle como la pizza en Nueva York. Este sitio era diferente. No había *phở* en la carta. En su lugar, ofrecía

cocina regional vietnamita como *bánh đa cua*, *bánh ít ram*, *bánh bèo* y *bún chả*.

Austin se detuvo. —*Bánh bèo*.

Anna se inclinó para leer la pantalla a su lado.

—Eso es lo que tomaron la noche que murió Eleanor. —Sabía que algo lo había estado mosqueando. Y era eso—. Un poco raro que Kyon buscara en Google este restaurante, que está al otro lado de la ciudad de su apartamento, solo una semana antes de matar a su abuela. Y que esa misma noche les sirvieran una especialidad vietnamita que también sirven aquí.

—¿Qué es el *bánh bèo*?

—Son increíbles. —Hablar de comida le levantó el ánimo a Austin al instante—. Normalmente es un aperitivo o comida callejera; es una *crêpe* fina de papel de arroz cubierta con gambas secas o cerdo, servida con una salsa de pescado espectacular y cebolleta. A veces, con hierbas frescas.

—Aunque podría ser una coincidencia, ¿no?

—Desde luego que *podría* serlo.

—¿Pero estás pensando en Mack?

Austin asintió. —Me dijo que Eleanor a menudo le daba ideas para la comida, pero que él tenía el control final del menú.

Anna reanudó su paseo, todavía guareciéndose bajo el pequeño toldo del restaurante. —Así que sabemos que Kyon tuvo algo que ver con esto. Compró la adelfa. Estaba claro que era culpable.

—Supongo que me pregunto si este sabor de boca tan soso, que no había sentido nunca, es el que se te queda tras resolver un caso sin haberlo resuelto. Sabemos que Kyon hizo algo, que hizo *algo* al menos, pero no le veo ningún móvil. No me trago lo del choque por los gustos musicales. Y nadie compone una canción que se titula *Muerte a las abuelas* para luego ir y matar a su abuela.

—¿Así que a lo mejor compró la adelfa y se la dio a Mack para que este le envenenara la comida?

—Puede ser. O podría ser otra cosa.

—¿Como qué?

—No lo sé, pero creo que la respuesta podría estar en este restaurante. —Se quedó pensando un momento—. Tengo una idea,

pero implica que volvamos aquí esta noche.

—Vale..., ¿qué?

—¿Te apetece una cita doble?

24

Jimmy y Lucy ya estaban tomando algo en una mesa junto a la ventana cuando llegaron Anna y Austin. Habían llegado diez minutos antes de la hora, pero sus amigos detectives se les habían adelantado.

—Nos habéis ganado —dijo Anna mientras se sentaba.

Lucy dijo: —O llegábamos con veinte minutos de antelación o con treinta de retraso. Cosas del horario del ferri.

Jimmy bebió de una botella verde con la etiqueta *333 Premium Beer*. —Antes de seguir, me gustaría anunciar que esto no es de ninguna manera una «cita doble». Lucy me ha dejado meridianamente claro que, aunque tengo el cuerpo de un dios griego, soy demasiado tonto para ella.

Lucy le dio una palmada en el hombro. —Eso *no* es lo que he dicho.

Jimmy enarcó una ceja.

Lucy removió el cóctel con una pajita blanca. —Dije que eres *muuuuy* tonto para mí.

Jimmy se echó hacia atrás, llevándose la mano al corazón como si le hubieran atravesado con una flecha. —Eso ha dolido más que una puñalada en la tripa con un cuchillo de cocina.

Anna se rio. —¿Cuándo vais a dejaros de tanto rollo a lo Sam y Diane, casaros y tener bebés justicieros para llenar una comisaría o

dos?

—El 74 de marzo —dijo Lucy—, del año dos mil nunca.

Un camarero hosco dejó las cartas, frunciendo el ceño como si su presencia fuera una impertinencia. Se fue sin decir una palabra.

Anna se rio nerviosamente. —Servicio con una sonrisa, ¿eh?

Lucy se inclinó hacia delante. —Parece que no tienen mucho interés en vendernos comida. Hemos tenido que suplicarles para que nos tomaran nota de las bebidas.

Austin echó un vistazo por el restaurante. Era sábado por la noche, hora punta para cenar, y los únicos otros clientes eran un par de ancianos en una esquina, bebiendo botellines de *333* y jugando a algo con dados y un pequeño tapete. Hablaban en vietnamita a gritos y parecían estar apostando grandes sumas de dinero, a juzgar por el montón de billetes arrugados que se pasaban de uno a otro entre tiradas de dados.

El local entero estaba en penumbra, pero no de una manera cuidadosamente diseñada y ambiental. Como Austin se encontraba en pleno proceso de renovación tanto de la cocina como del comedor de su propia cafetería, era más consciente que de costumbre de cómo un cliente experimentaría el espacio. No era diseñador de interiores, pero hasta él sabía que se necesitaba suficiente luz indirecta para que los clientes pudieran ver la comida y las caras de sus acompañantes. Allí, los pequeños alféizares de las ventanas estaban polvorientos; la única decoración era una solitaria flor de plástico que sobresalía de un pequeño jarrón de plástico en cada mesa. Ni velas. Ni iluminación.

Era el restaurante menos acogedor en el que había estado en su vida.

Austin se dio cuenta de que Jimmy también estaba inspeccionando el lugar. Cuando lo llamó para pedirle que trajera a Lucy a cenar, le había explicado que tenía la corazonada de que el restaurante estaba implicado de algún modo en la muerte de Eleanor Johnson. Era demasiada coincidencia que Kyon hubiera buscado el local y, una semana después, la especialidad de la casa apareciera en el menú de la cena de su abuela la noche que murió. Austin no estaba seguro de lo que pasaba, pero se sentía más

tranquilo sabiendo que, si ocurría algo, tenía a dos agentes armados a su lado. No es que no supiera defenderse, pero ya no tenía placa.

Anna y Lucy se disculparon para ir al servicio y Jimmy cruzó una mirada con Austin. Luego sacó el móvil y escribió un mensaje a la velocidad del rayo. El camarero estaba ahora de pie junto a la puerta, lo bastante cerca como para oír su conversación.

El móvil de Austin vibró con el mensaje de Jimmy.

Cuando patrullaba, mi compañero y yo recorríamos el condado y apostábamos sobre qué restaurantes y tiendas de mala muerte resultarían ser tapaderas criminales. Una pizzería en Bremerton, un local de peluquería canina en Bainbridge Island que nunca tenía clientes pero declaraba once millones de dólares en ingresos. Ese tipo de cosas. En cuanto he entrado en este garito, se me han disparado todas las alarmas.

Austin terminó de leer el mensaje y asintió a Jimmy. En Nueva York pasaba lo mismo. La gran mayoría de los negocios eran legales, pero había algunos que apestaban a *Tapadera Criminal* desde una manzana de distancia. Eran fáciles de detectar porque eran los que no hacían ningún esfuerzo por agradar a los clientes. Negocios como ese o fracasaban, o tenían fuentes de ingresos ilícitas.

Las chicas volvieron del servicio y el camarero por fin apareció para tomarles nota. Resultó que Jimmy hablaba el vietnamita justo para pedir por ellos, y todos dejaron que pidiera una selección de platos para compartir. Cuando el camarero se hubo marchado, se volvió hacia Lucy. —¿Podría un cachitas tonto ser tan políglota?

Ella resopló. —Así que te pasaste tres meses en el Sudeste Asiático con tus colegas y aprendiste el vietnamita justo para ligar. Menuda hazaña.

El camarero había desaparecido en la cocina y los dos jugadores se habían marchado tambaleándose, así que ahora tenían el local para ellos solos.

Austin apoyó las manos sobre la mesa. —Lucy, ¿te ha explicado Jimmy qué estamos haciendo aquí?

Ella asintió.

—Me interesaría saber tu opinión.

Lucy ladeó un poco la cabeza, asegurándose de que nadie pudiera oírlos. —El servicio estaba bien. He pasado por delante de la cocina al venir. Olía de maravilla. Este sitio apesta a tapadera para drogas, pero a veces los restaurantes con peor pinta tienen la mejor comida. ¿Quizá se centran en la comida para llevar?

Jimmy hizo un gesto hacia el restaurante vacío. —¿Habéis visto a algún repartidor de Glovo o Just Eat por aquí? Es sábado por la noche. Debería estar a rebosar.

—Quizá se especializan en cáterin —ofreció Lucy sin mucha convicción—. Lo único que digo es que no hay que juzgar un libro por la portada. De lo que *sí* creo que deberíamos hablar es de cierto cocinero de pelo cano. Mack.

—Sabemos que Kyon consiguió el arma del crimen —dijo Anna—. Y sabemos que buscó este sitio. Y también sabemos que, no mucho después, Mack sirvió la especialidad de este restaurante la noche que Eleanor murió.

Jimmy flexionó el bíceps, que casi se le salía del jersey negro de pico. Era una manía que tenía cuando pensaba. —¿Así que quizá Mack y Kyon se reunieron aquí, en un restaurante que uno de ellos sabía que estaría vacío, donde nadie los reconocería, y Kyon le pasó el polvo, que Mack luego añadió a la comida?

—Es una opción, sin duda —dijo Austin—. Pero retrocedamos un segundo. A los posibles motivos. No dejo de darle vueltas al marido de Eleanor. John. ¿No fue raro que apenas se mencionara su nombre en el funeral? Me dio por investigar su muerte un poco más a fondo. Quizá algo sobre uno de sus negocios turbios, o algo sobre su suicidio, o quizá no fue un suicidio… Solo estoy lanzando ideas.

—Él también tiene la conexión con Vietnam —dijo Anna—. Pero hay muy poca información sobre su muerte. Obviamente, los periódicos lo cubrieron, pero no fue nada comparado con lo de hoy en día. Solo tengo un artículo sobre ello.

—Enséñanoslo —dijo Austin.

Anna sacó el artículo en su móvil y se lo pasó a Lucy, que lo leyó rápidamente y se lo dio a Jimmy.

—Joder —dijo Jimmy—, avisa antes de enseñarme la escena de un crimen. Es mi noche libre. —Cuando terminó de leer, le pasó el

móvil a Austin, que entendió a qué se refería.

El artículo era un escaneo de un recorte de periódico amarillento de 1971 e incluía una foto de John Johnson, boca abajo en el suelo, con un lado de la cara visible, incluido un único ojo sin vida. A su lado había una pistola y un pequeño charco de sangre se había secado alrededor de su sien derecha.

El titular decía: *Empresario local y veterano de Vietnam se quita la vida*

Austin leyó por encima el artículo, que era escueto en detalles. De hecho, no contenía ninguna información real aparte de que Eleanor Johnson había denunciado la desaparición de su marido sobre las diez de la mañana. La policía encontró el cuerpo sobre las seis de la tarde siguiente en la oficina de una tienda agrícola anexa a un huerto a unas veinte millas de Seattle. Al parecer, John poseía una participación en el huerto y contrataba a gente para vender la fruta que producía en Pike Place Market. Al igual que el restaurante en el que estaban sentados, Austin pensó que el pequeño negocio del huerto podría haber sido una tapadera para otra cosa.

Anna dijo: —En sus diarios, Eleanor siempre habla de «la granja». Por lo visto, John pasaba mucho tiempo allí. Definitivamente, turbio a más no poder. Quiero decir, es un empresario sospechoso que gana mucho dinero, ¿y su único negocio legal es un huerto de manzanos de ocho hectáreas? Poco probable.

Jimmy dijo: —Tiene un aire muy de *Carnicería Satriale*.

Lucy y Anna se rieron.

Austin no lo pilló. —¿Carnicería?

—*Los Soprano* —dijo Jimmy—. ¿La mejor serie de la historia?

Austin se encogió de hombros.

—Vas a tener que explicárselo —dijo Anna—. En su tele solo ponen vídeos de interrogatorios y reposiciones de *Déjaselo a Beaver.*

—Quiero decir que he *oído hablar* de esa serie —dijo Austin, con un tono un poco más defensivo del que pretendía.

—La mafia de Jersey —dijo Jimmy—. Se pasan la mitad del tiempo en una charcutería, una carnicería.

—Entendido. —Austin asintió y se quedó mirando el artículo. Había algo en la foto que le rondaba por la cabeza, pero no estaba

seguro de qué era. Johnson llevaba un traje negro entallado con zapatos marrones y calcetines blancos. Los calcetines blancos eran un error garrafal con ese atuendo. Hasta Austin lo sabía, y desde luego no era un experto en moda. Pero había algo más. La chaqueta se le había subido un poco por la espalda, dejando al descubierto una camisa de vestir blanca y una pistolera un poco más atrás de la cadera derecha. No era una posición normal para llevar el arma.

Se lo enseñó a Jimmy y a Lucy. —¿Veis algo raro ahí?

Lucy la estudió detenidamente. —La pistolera está demasiado atrás.

—Podría haberse movido al caer —dijo Jimmy.

—Cierto —dijo Austin—, pero…

—Y los calcetines blancos —añadió Jimmy—. No sé cuál era la moda en 1971, pero ¿quién se pone calcetines blancos con un traje negro elegante?

—De acuerdo —dijo Austin. Pensó en las fotos de John Johnson que había visto en el salón durante su primera visita a la mansión Johnson y le pasó el móvil a Anna—. No lo recuerdo con seguridad, pero ¿Johnson no era zurdo?

—No lo sé, pero… —deslizó el dedo por la pantalla un par de veces y se lo devolvió—. Mira eso, y luego desliza hacia la derecha un par de veces.

Austin colocó el móvil en el centro de la mesa para que todos pudieran verlo. La imagen mostraba a John con un uniforme de béisbol, con unos dieciséis años. Al igual que en la que había visto antes, Johnson estaba en posición de bateo para zurdos. Austin deslizó el dedo y la siguiente foto era de Johnson en un evento de negocios, levantando una copa de champán como si estuviera haciendo un brindis. Llevaba un traje negro similar y también usaba la mano izquierda. En la foto siguiente, Johnson le lanzaba una pelota a una niña de no más de tres años, probablemente Karen. También con la mano izquierda.

—Definitivamente zurdo —dijo Anna—. Esa última se la hicieron poco antes de morir. Estaba metida en uno de los diarios de Eleanor.

Austin volvió al artículo. Tenía la pistolera en la parte trasera de la cadera derecha. —No es solo la posición de la pistolera, es que

está en el lado *derecho*.

—Podría preferir el desenfunde cruzado —apuntó Lucy.

—¿Eso qué es? —preguntó Anna.

Apareció el camarero y dejó una fuente en la mesa sin decir ni una palabra. Por muy malo que fuera el servicio, Austin tuvo que admitir que la comida olía de maravilla.

Jimmy agitó una mano sobre la fuente como un presentador de concursos mostrando un premio fabuloso. —Bánh bèo para compartir.

Austin se metió uno en la boca. Fue una explosión de sabor como pocas veces había experimentado. Ahumado, graso y contundente, pero a la vez ácido y aderezado con hierbas frescas. Era un bocado casi perfecto.

Anna dijo: —Hala, esto está increíble. Ya me imagino a Mack viniendo aquí, probándolo y luego intentando recrear la receta para Eleanor.

—¿Pero para qué recrear una receta increíble si planeas matar a alguien esa misma noche? —preguntó Jimmy.

Anna se encogió de hombros. —¿Una distracción?

Lucy se aclaró la garganta. —¿Podemos volver a las armas?

Austin sonrió. A Lucy le encantaba hablar de armas de fuego.

—La mayoría de la gente lleva el arma en su lado hábil —le explicó a Anna—. Yo soy diestra y llevo el arma sobre las cuatro en mi lado derecho. Los que prefieren el desenfunde cruzado llevan el arma en el lado opuesto a su mano dominante. Por ejemplo, un zurdo que prefiera el desenfunde cruzado llevaría la pistola en el lado derecho.

Anna asintió. —¿Y qué significa eso de «a las cuatro»?

—Imagina que la hebilla de tu cinturón son las doce en un reloj. Las seis es el coxis. Las tres están justo en tu cadera derecha, y así sucesivamente.

Anna volvió a asentir. —Entonces, las cuatro es un poco más atrás de la cadera derecha, hacia la espalda.

Lucy asintió y Anna examinó la foto. —Entonces, si Johnson era zurdo y llevaba la pistola en la cadera derecha, ahí…

—Eso son las cinco —dijo Austin—. O las cinco y media. Pero fíjate… —Levantó el móvil.

—Ah —dijo Lucy—. Olvídalo. Esa funda está colocada para un diestro.

—Las correas de retención —intervino Jimmy—. La funda está configurada para que la culata del arma apunte hacia delante, como la llevaría un diestro. Es literalmente imposible que un zurdo acceda a su arma con su mano hábil.

Anna levantó ambas manos, haciéndolos callar. —Vale, vale. Os lo agradezco, pero joder, vosotros tres deberíais abrir un canal de YouTube sobre armas o algo así. —Se recostó en la silla—. Siempre pienso en cómo le explicaría algo a un lector de periódico normal y corriente. Dejando a un lado todas las complejidades de cómo llevaba la pistola, parece que todos estáis diciendo lo mismo: es muy posible que John Johnson no se disparara a sí mismo. —Miró alrededor del comedor, aún desierto—. Es muy posible que lo asesinaran.

Austin asintió. Era la conclusión a la que él había llegado. No podía estar seguro, pero las fotos le hacían pensar que alguien le había disparado a John Johnson y luego le había colocado la funda en el lado equivocado por error, probablemente a toda prisa, y había puesto la pistola a su lado para que pareciera un suicidio.

—Espera —dijo Lucy—. ¿Me dejas el móvil?

Anna se lo dio y Lucy volvió a la foto de la escena del crimen, la del cuerpo. —Hay algo más. —Lo levantó para que todos lo vieran y luego ladeó ligeramente la cabeza—. ¿Cuándo fue la última vez que visteis a un zurdo pegarse un tiro en la sien derecha? Sería prácticamente imposible que se disparara en la sien derecha, a no ser, claro está, que decidiera que su último acto en este santo mundo debía ser practicar la puntería con su mano mala.

Austin casi se da una palmada en la frente. Se había centrado tanto en que la funda estaba en el lado equivocado que no se había dado cuenta de que la herida de bala también lo estaba.

Anna se pasó la mano izquierda por la cara, intentando determinar si sería posible dispararse en la sien derecha.

—Buena vista —le dijo Jimmy a Lucy—. No me puedo creer que se me haya pasado.

Lucy dejó el móvil sobre la mesa. —¿Te acuerdas de eso de *que soy mucho más lista que tú*?

Jimmy sonrió.

—Sí, buena vista —dijo Austin—. Se dirigió a Anna—. He cubierto muchos suicidios. Ni una sola vez vi a alguien dispararse en la sien del lado de su mano no dominante. Es casi imposible.

—Secretos —dijo Anna.

—¿Eh? —preguntó Jimmy.

—Los diarios de Eleanor mencionaban secretos. Me dijo que había mucho que estaba dispuesta a contarle al mundo. Si John fue asesinado, y si ella lo sabía… —Dejó la frase en el aire; su rostro temblaba ligeramente.

Lucy terminó la frase por ella. —Ese es un secreto de cojones.

Austin echó otro vistazo al oscuro restaurante. —Un secreto que podría haberla matado.

25

Una hora después, Austin observaba a Lucy y a Jimmy pasear calle abajo mientras él y Anna esperaban un taxi.

Los platos principales habían sido tan buenos como el aperitivo. La mejor comida vietnamita que había probado en su vida, todo servido con el ceño fruncido en el restaurante menos hospitalario que había conocido. Algo no cuadraba. Pero estaba agotado y necesitaba volver a casa, volver con Run, salir de la ciudad y regresar al aire puro de la playa de Hansville.

—Si Kyon *fue quien* le dio la adelfa a Mack —dijo Anna—, y si asumimos por un momento que Mack la mató, no puedo evitar preguntarme por qué. ¿Por qué iba Kyon a aceptar eso, y qué motivo podría tener Mack? ¡Había trabajado para ella cincuenta años! —Austin estaba a punto de responder, pero Anna estaba en racha—. Por no mencionar cómo podría conectar eso con el hecho, bastante probable, de que a John Johnson lo asesinaron.

Llegó el taxi y, mientras Austin cerraba la puerta tras de sí, vio a dos hombres que se subían a un Suburban negro al otro lado de la calle. No los reconoció del restaurante, pero el que se metía en el lado del copiloto parecía vietnamita. Era corpulento, de pelo negro y corto y con un traje negro que le quedaba perfecto.

—Al ferri del centro —le dijo Anna al conductor.

—No mires ahora —dijo Austin mientras el taxi se incorporaba al tráfico—, pero han vuelto. El Suburban.

Anna se tensó y lanzó una mirada por la luna trasera. El Suburban estaba justo detrás de ellos.

Austin le puso una mano en el hombro. —No me he dado cuenta de que nos siguieran de camino aquí. Y eso que estaba atento. Eso significa que, de alguna forma, han dado con nosotros mientras estábamos en el restaurante.

—¿Pero cómo?

Austin no estaba seguro, pero seguía creyendo que no corrían peligro, aunque, tras descubrir que John Johnson podría haber sido asesinado, esa convicción empezaba a flaquear. —Si quisieran hacernos daño, no lo harían así.

Anna no parecía convencida. —¿Así que vamos a subir al ferri como si nada?

Austin asintió. —Digamos que Mack *estuvo* implicado en el asesinato de Eleanor. Quizá también mató a John y, de alguna manera, Eleanor lo descubrió. Aunque no tengo ni idea de por qué lo habría matado.

—O quizá Eleanor siempre supo que a John lo habían asesinado e iba a irse de la lengua.

—Eso encaja con todo lo que sabemos —dijo Austin.

Avanzaron en silencio, con Austin echando vistazos por la luna trasera cada vez que el taxi giraba. El Suburban no hizo ningún amago de alcanzarlos. Simplemente se mantuvo a unos diez metros por detrás.

Cuando el taxi se detuvo en la terminal del ferri, Austin pagó y se bajaron. —Cuando lleguemos a la puerta, tú sigue, ¿vale? Coge los billetes y espera. Voy a ver si averiguo quién va en ese todoterreno.

—Pero…

—Por favor. Dentro hay mucha gente. Estarás a salvo. —Sonrió—. Y estoy seguro al noventa por ciento de que yo también lo estaré. —No lo había mencionado, pero llevaba su MR 1911 oculta bajo la americana.

Caminó con Anna hasta la puerta que daba a una larga rampa hacia la terminal del ferri. En cuanto Anna entró, él se dio la vuelta

de repente y volvió corriendo hacia la carretera. Al otro lado de la calle, el Suburban se había detenido en la parada de taxis, con el motor al ralentí.

A través de las ventanillas tintadas no pudo distinguir el más mínimo movimiento. A mitad de camino al cruzar la calle, saboreó pimienta de Cayena.

La primera vez que su sinestesia se había manifestado durante un enfrentamiento, se había cagado de miedo. Lo último que uno necesita en una pelea es la distracción de que sabores aleatorios invadan su experiencia sensorial. Pero poco después se había dado cuenta de que era solo una señal de adrenalina: su cuerpo aumentaba la circulación sanguínea, aceleraba la respiración y preparaba los músculos para un esfuerzo extremo.

Con la mano derecha en la pistola, usó la izquierda para dar un *toc, toc, toc* con un solo nudillo en la ventanilla del conductor.

Tras una larga pausa, la ventanilla bajó y reveló a un hombre vietnamita de cara huesuda y pelo negro y corto. En el asiento del copiloto, a su lado, había otro hombre: el que había visto subirse en el restaurante, que parecía el gemelo del conductor en cuanto al rostro, pero de complexión totalmente opuesta.

La expresión del conductor era neutra. Ni sonreía ni fruncía el ceño. Se limitó a mirar a Austin fijamente como si el hecho de que hubiera llamado a su ventanilla fuera tan perfectamente natural como totalmente irrelevante.

Como no se le ocurrió nada mejor, Austin preguntó:

—¿Por qué me siguen?

Ninguno de los dos hombres respondió y Austin aprovechó el momento para inspeccionar el coche con la mirada. Estaba impecablemente limpio; no había ni un vaso de café vacío ni una botella de agua en los posavasos. Los hombres no presentaban ningún bulto perceptible donde pudieran llevar las armas, pero eso no significaba gran cosa. Si eran los delincuentes que Austin suponía, podían llevarlas bajo el asiento, en la guantera o en una funda bien oculta bajo las solapas de sus chaquetas de traje negras a juego.

Austin sonrió y apoyó las manos en la ventanilla.

—No están aquí para robarme, eso es obvio. Tampoco están aquí para matarme, eso también está claro. Me siguen por algo relacionado con Eleanor Johnson.

Observó los ojos del conductor mientras hablaba, pero estaban inertes, sin vida, como si nada de lo que Austin decía importara. Todo en aquellos tipos delataba que eran matones, esbirros a sueldo.

—Alguien les ha dicho que me sigan, pero ¿quién?

Austin oyó un zumbido vibrante. El hombre del asiento del copiloto bajó la vista hacia su teléfono móvil y luego le dio un golpecito en la rodilla al conductor. Sin mediar palabra, sin siquiera una mirada, el conductor subió la ventanilla.

Austin apartó las manos.

Un instante después, el Suburban se incorporó al tráfico.

26

El sillón favorito de Anna era un butacón reclinable azul y mullido que había comprado en el Goodwill por sesenta pavos. Lo había encontrado allí una tarde de desesperación, el mismo día en que se formalizó su divorcio.

Como golpe de gracia tras nueve años de matrimonio tumultuoso, su exmarido le había robado el sillón reclinable de cuero que le había regalado en su primer aniversario de boda, un sillón que habían acordado que se quedaría ella en el divorcio. Mientras ella estaba en el despacho del abogado firmando los papeles, él apareció con una furgoneta pequeña de U-Haul y se llevó el sillón, además de un metro cúbico de leña de primera, el equipo de música que habían elegido juntos y casi toda la vajilla buena. El cabrón se había llevado hasta su chupa de cuero favorita, seguramente para venderla por cien pavos en internet. Fue la única vez que agradeció no tener ninguna joya de valor en casa. Se las habría robado también, no le cabía la menor duda.

Había elegido este sillón azul porque era el único del Goodwill que no olía a tabaco. Ahora, diez años después, estaba colocado delante de la estufa de leña. Un diseñador de interiores le habría dicho que era demasiado grande para su diminuto salón, pero a ella le daba igual. En él leía y escribía la mayor parte del tiempo, y esa noche tenía mucho que leer. Los diarios abarcaban cuatro años y

sumaban unas dos mil páginas en total. Anna apenas podía imaginar qué habría en todos los diarios que *no* tenía.

Pasó las páginas en el móvil, escaneándolas, en busca del nombre de John. Si era verdad que lo habían asesinado, y si Mack tenía algo que ver o quizá lo sabía, tenía que haber algo en los diarios que explicara el porqué.

Vio el nombre de John a mitad de una página y volvió al principio para leer la entrada.

11 de diciembre de 1970

Hoy John y yo hemos vuelto a discutir. De verdad, ese hombre me está empezando a cansar. Si no llevara a su hijo en el vientre ahora mismo…

Pero no. Mejor ni pensarlo.

La pelea empezó cuando le pedí a John que fuera un poco más discreto con sus escarceos. Mi padre lo vio en el Gecko Room pasada la medianoche, con una camarera del brazo en cada lado. Me estremezco solo de pensar qué hacía papá allí, pero dijo que había sido una vergüenza para la familia.

John me acusó de sentirme amenazada por las otras mujeres de su vida. Le respondí que él debería sentirse amenazado por las otras mujeres de la mía.

Nuestro acuerdo parecía mucho más sencillo cuando lo cerramos. Ahora… no sé. Es difícil de explicar, pero siento que nuestra historia está llegando a su fin. Mi madre me advirtió que no me casara con alguien de una clase inferior, y aquí me tienes.

Pero los niños son un encanto. Él no es muy buen padre. Nunca lo ha sido. Pero me ha dado dos hijos maravillosos, y pronto un tercero. Están sanos y son relativamente felices.

Quizá debería dar gracias por lo que tengo.

17 de diciembre de 1970

La última semana ha sido un infierno. Parece que van a detener a John. Sigue sin darme detalles, pero durante la última semana me ha estado pasando todo el dinero que ha podido.

Había más dinero en la granja de lo que yo creía. Mucho más. Gran parte seguirá siendo inaccesible, pero ya tengo suficiente para empezar de nuevo si ocurre lo peor. Pero sé que esconde más. John nunca me lo contará todo.

Quizá, simplemente, le pone tener secretos. A John parece que le encanta guardar secretos; a mí, a los niños y probablemente a sí mismo. Supongo que se puede decir sin riesgo a equivocarse que los hombres y mujeres que venden manzanas y cerezas en Pike Place también venden algunas otras cosas. Cosas que John no menciona en los anuncios.

Y parece que lo han pillado.

Dios Santo. Me dijo que no podría sobrevivir en la cárcel, no más de un breve periodo de tiempo. Luego dijo que podría evitar la cárcel por completo si le contaba a la policía lo que querían saber. No lo entendí en ese momento, pero creo que se refería a mi padre.

Sé que papá ha estado implicado en algunos de sus negocios, pero ninguno de los dos me lo cuenta todo. Si algo tienen en común esos dos hombres es que creen que a las mujeres hay que mantenerlas en la ignorancia.

Ay, papá.

Cuando era pequeña, le oí decir que los negocios eran como la guerra. No hay buenos ni malos, solo ganadores y perdedores. En aquel momento, pensé que quería decir que estaba luchando duro por nuestra familia. Por el éxito. Ahora sé que todo este tiempo no ha sido más que un sinvergüenza, igual que John.

Y pensar que yo creía que la fortuna de nuestra familia se había forjado a base de trabajo duro, de mérito.

A la hora de acostarnos, John dijo lo más triste. Nunca ha hablado mucho de la guerra, pero yo sabía que allí era donde había conocido a Mack. Me contó que le debía la vida a Mack. Que su avión había sufrido una avería durante una misión y se había visto obligado a aterrizar en territorio enemigo. Desobedeciendo las órdenes, Mack había cogido un helicóptero para encontrarlo. Dijo que le debía la vida a Mack y que a veces deseaba que lo hubiese dejado morir en Vietnam.

Nunca había visto llorar a John hasta anoche.

27

Austin se dejó caer en el sofá y se quedó mirando al techo. Run se terminó el cuenco de comida que él le había puesto en la cocina, luego entró corriendo en el salón y saltó a su regazo.

—Siento haber estado fuera tanto tiempo —dijo—. Mañana iremos a la playa.

Al oír la palabra «playa», Run saltó de su regazo y corrió hacia la puerta.

—No, lo siento —dijo Austin—. *Mañana*. Playa.

Se le quedó mirando expectante, meneando la cola. Conocía la palabra «playa», pero «mañana» todavía no era un concepto que pudiera comprender. Al final captó el mensaje y se tumbó en el suelo, a sus pies.

Austin cogió el portátil de la mesita auxiliar y abrió el correo electrónico. Su colega del NYPD le había respondido.

Austin:

Me alegro de saber de ti. Te escribo a toda prisa, estoy con un caso importante y mañana tengo que testificar.

Sabes que me encantaría ayudar, pero no puedo compartir nada ahora que no estás en el departamento. Creo que ya lo sabes.

Cuídate, tío. Te echamos de menos por aquí.

DMJ

Su móvil por fin había encontrado cobertura y sonó con un nuevo mensaje de voz. Un prefijo del área de Nueva York.

—Hola, Austin, soy DMJ. No sé si has visto mi correo, pero es mejor que no dejemos nada por escrito. Te llamo desde una cabina, así que no me devuelvas la llamada y, por favor, borra este mensaje después de escucharlo. En resumen: no hay registro de ninguna víctima de homicidio con el nombre de Michael Lee entre 2018 y 2021. Tampoco denuncias de personas desaparecidas con ese nombre. Y, como era de esperar, hay cuarenta Michael Lee viviendo en los cinco distritos. Tres tienen antecedentes, pero no me ha llamado la atención nada. Ninguna conexión evidente con Fiona. Lo siento.

Austin fue a su despacho y leyó los párrafos de Fiona, iluminados por el suave resplandor de una lámpara de escritorio. Si DMJ tenía razón, lo cual era una suposición segura, entonces los párrafos no eran la primera parte de una declaración de apertura para un juicio.

Michael Lee entró tranquilamente en el aparcamiento de su restaurante coreano favorito en Brooklyn a las siete de la tarde de un frío martes de febrero. Nunca había vivido en Corea, pero iba al Mama Dae's BBQ una vez a la semana a por su famoso galbi y su kimchi. La comida le hacía pensar en su abuela, que había criado a Michael y había fallecido cuando él tenía diez años.

Estaba en el Mama Dae's para encontrarse con Megan, una mujer con la que había contactado en una aplicación de citas. Se había puesto su conjunto de la suerte: vaqueros negros y una camiseta auténtica de la gira Serious Moonlight de David Bowie.

Su restaurante de la suerte. Su conjunto de la suerte.

El día más desafortunado de su vida.

Su «cita» resultó ser una tapadera para la familia criminal Namgung. Megan había venido a robarle la identidad y, después, atraerlo hacia la muerte.

—Atraerlo hacia la muerte —susurró Austin.

Cada vez que lo leía, había asumido que significaba que Michael Lee había sido asesinado. Pero en realidad no decía eso. Tomado literalmente, solo significaba que Megan había venido para intentar atraerlo hacia la muerte. Si había tenido éxito o no, supuso Austin, se habría revelado más adelante en el libro.

Austin volvió al sofá y realizó algunas búsquedas de «Michael Lee». Rápidamente pudo determinar que había dos Michael Lee cumpliendo condena en el sistema penitenciario de Nueva York, pero uno era blanco y el otro, negro. El escrito de Fiona implicaba que su sujeto era coreano, probablemente un inmigrante de segunda generación por la frase «nunca había vivido en Corea».

A continuación, hizo una búsqueda estándar en Google de los Michael Lee que vivían en los cinco distritos de Nueva York. DMJ dijo que había cuarenta, pero su búsqueda indicaba que podría haber más.

Un director ejecutivo de una empresa tecnológica emergente. Un fotógrafo especializado en documentar las aves de Central Park. Un camarero de un Starbucks que publicaba cada momento de su vida en Instagram.

Austin cerró el portátil y dejó escapar un largo suspiro. Esto no lo llevaba a ninguna parte.

En realidad, era peor que eso.

La revelación de que el escrito podía ser de no ficción, o posiblemente incluso el comienzo de una declaración de apertura, le había hecho concebir esperanzas, le había hecho sentir la posibilidad de una resolución al alcance de la mano. Ahora se sentía peor que nunca.

Se quitó los zapatos de una patada y se tumbó en el sofá, con sus largas piernas colgando por el borde.

Run saltó sobre su barriga y, antes de que se diera cuenta, ambos se quedaron dormidos.

Todavía en el sofá, Austin se despertó temprano a la mañana siguiente y se dirigió a echar un vistazo a su cafetería. Había estado soñando con secretos.

Bebiendo un sorbo de café solo e intentando despejarse, deambuló por la cocina fría y vacía. Las reformas iban bien. Se habían fijado a las paredes nuevas encimeras de acero inoxidable y el nuevo fregadero estaba en el suelo, desembalado y listo para ser instalado. No quería gafarlo, pero parecía que iba a ser la primera vez en la historia que un contratista terminaba un trabajo antes de tiempo y ajustándose al presupuesto.

Austin cogió la caña de pescar del armario y se dirigió a la playa, con Run abriendo camino. No tenía muchas esperanzas de pescar nada en esta época del año, pero había oído que de vez en cuando se pescaba algún salmón chinook desde la orilla con la marea alta. Y, para él, en realidad nunca se había tratado del pescado.

Enganchó un señuelo y lanzó el sedal lejos, hacia el estrecho, recogiéndolo lentamente entre lanzamiento y lanzamiento de la pelota. Run estaba pletórica, arrancando a todo correr, derrapando hasta detenerse bruscamente en la arena y regresando a la velocidad de un pura sangre para dejarle la pelota a los pies.

La mente de Austin no dejaba de volver a una única palabra: secretos. Eleanor le había dicho a Anna que su familia tenía muchos, y los diarios habían insinuado todavía más.

Siempre había estado seguro de que él y Fiona no tenían ninguno. No es que se lo contaran todo. No lo hacían. Nunca habían sido ese tipo de pareja. Pero eso era porque confiaban el uno en el otro, y ninguno de los dos era de los que comentan cada detalle de sus vidas.

Entonces, ¿por qué le había dicho que estaba escribiendo una novela cuando los pasajes de su máquina de escribir parecían ser algo completamente distinto?

Mientras pescaba sin mucho afán y le lanzaba la pelota a Run, le daba vueltas a la idea. Podía tratarse de un centenar de cosas, la mayoría de ellas inofensivas, pero, de algún modo, su mente seguía buscando la peor explicación posible. Austin siempre había sabido que perder a un ser querido por un acto de violencia no solo

provocaba dolor, sino que trastornaba la mente de la gente. Y él siempre había supuesto que su mente era demasiado fuerte para eso.

Pero en la playa desierta, con el cielo más gris que nunca y un frío que se le colaba por la chaqueta, su mente empezó a hacer cosas extrañas. Quizá Michael Lee formaba parte de un caso enorme que ella le había ocultado. Quizá Michael Lee era un antiguo novio de la universidad. Quizá Michael Lee había sido un novio *actual*. Una aventura. Quizá Fiona era en realidad la «Megan» de la historia, una asesina secreta.

Se rio en voz alta. Sus pensamientos habían pasado de la paranoia al más puro delirio.

Hizo otro largo lanzamiento y luego se giró al oír el crujido de la grava bajo los neumáticos de un coche. Se tensó al volverse, esperando ver el Suburban negro durante una fracción de segundo antes de reconocer el todoterreno blanco de Anna.

Ella salió de un salto y bajó corriendo por la playa, saludándolo con la mano. Run se abalanzó a sus pies, frotando su cara contra los tobillos de Anna.

Anna se arrodilló en la arena húmeda y la rascó; luego levantó la vista hacia Austin. —Secretos.

La presencia de Anna lo había devuelto al presente. —¿Qué?

—Tengo que contarte lo que acabo de leer.

28

Austin llevó a Anna a un banco de madera agrietado que había un poco más arriba de la playa.

Ella le entregó su móvil. —He pasado casi toda la noche leyendo los diarios. Lee esto.

Día de Navidad, 1970

Son las Navidades más oscuras. Lo que creía que era una sutil amenaza ahora se ha convertido en una promesa. John tiene la intención de cooperar con los detectives. De contarles todos los secretos de mi padre.

Me asegura que mi padre es un hombre terrible, que el dinero de mi familia procede de negocios oscuros y perversos, que él no es peor que mi padre. Puede que tenga razón, pero...

He pasado la mañana abriendo regalos con los niños, fingiendo que todo era normal, y luego los he dejado con la niñera y me he reunido con mi padre.

Papá me ha asegurado que John no tiene nada contra él, que se está inventando historias para intentar salvarse. Le he suplicado a papá que se sincerara, que me lo contara todo para que pudiera ayudarlo, ayudar a la familia. No ha querido. Sigue empeñado en mentirme, en fingir que nunca ha hecho nada malo.

También me ha dicho que desconoce el alcance de los negocios ilegales de John, aunque ha oído rumores de que está consiguiendo heroína del Sudeste Asiático y vendiéndola en el mercado.

Mi padre me ha mentido toda la vida y John, desde el día en que lo conocí. Sylvia Plath tenía razón: «Los hombres son unos bastardos mentirosos y despreciables».

Entonces me he dado cuenta de lo que esto significa: John irá a la cárcel por mucho, mucho tiempo. O eso, o lo hará mi padre.

Quizá lo que dijo John sea cierto. Quizá estaría mejor muerto.

Austin le devolvió el móvil. —¿Crees que Eleanor mató a John?

—O que lo mandó matar, sí.

—Qué va. —Austin negó con la cabeza—. Es un diario, la gente escribe todo tipo de cosas en sus diarios.

—Ponte en su lugar. Es una mujer con dos hijos, a punto de tener un tercero, nacida rica, que se casó con un hombre al que su familia consideraba inferior. Pillan a John importando heroína y vendiéndola en un puesto de fruta en Pike Place Market, y entonces intenta soltar a los detectives algo de mierda sobre el padre de ella —que es, literalmente, un pilar de la comunidad— para librarse de la cárcel. Vamos, que hay parques con el nombre de su padre y su abuelo. Incluso si es verdad que su padre era un ladrón, tiene más posibilidades de salirse con la suya que el marido que ha ascendido de la nada. Y si John va a la cárcel, ella sigue atada a él, al menos legalmente. Él es el dueño de la casa, tiene el control de las finanzas. —Anna se levantó y dio una vuelta alrededor del banco mientras Run le mordisqueaba juguetonamente los talones—. Si está muerto, es un corte limpio. Ella es la viuda afligida con el control del dinero. Por no mencionar que, al parecer, era gay. Dada la época, es probable que sintiera que tenía que casarse, tener hijos. Pero los diarios dejan claro que tenían un acuerdo.

Austin se puso de pie y se metió las manos en los bolsillos para protegerse del frío. —¿Y el padre de Eleanor? ¿Hay algo de verdad en lo que amenazaba John?

—Por eso tengo esta cara —dijo Anna—. Solo he dormido dos horas porque he estado investigando eso toda la noche.

—Pues estás muy bien. ¿Quieres un café?

Ella asintió y cruzaron la entrada de coches para entrar en el apartamento de él. Austin apoyó la caña de pescar en la esquina. —¿Te pongo directamente una taza de azúcar con un chorrito de café?

Era evidente que no le había hecho gracia. —Ja, ja, ja.

Austin le sirvió media taza y le pasó la leche y el azúcar.

—Bueno —dijo ella—, mi impresión sobre el padre de Eleanor es que es como muchos ricachones de las grandes ciudades americanas. Turbio, despiadado, pero no exactamente un criminal. Al menos, no del tipo que investiga la policía. Ni de coña estaba metido en el tráfico de heroína. Era más del tipo que hacía tratos con el gobierno local para abrir cien mil acres a la explotación forestal y luego sacar tajada. O que conseguía que cambiaran las leyes de urbanismo después de comprar un montón de propiedades.

—¿O sea, fraude?

Anna dio un sorbo a su café. —Sí, y corrupción, sobornos. En los inicios de Seattle, la corrupción y el desarrollo empresarial iban de la mano.

—Entonces, tenemos a Kyon en la cárcel por conseguir la adelfa. Sospechamos que Mack fue quien la envenenó, y ahora sospechamos que la propia Eleanor mató a John.

—La mejor teoría que tengo —dijo Anna— es que Mack y John eran compañeros de armas, casi hermanos. De alguna manera Mack se enteró de que Eleanor lo había matado y se volvió loco. Venganza.

Austin se mostró escéptico. —¿Se enteró después de cincuenta años?

—Quizá fueron las memorias las que lo desencadenaron. Quizá encontró sus diarios, quizá…

Austin negó con la cabeza. —Estamos cerca, pero se nos escapa algo.

Anna suspiró. —Es como un puzle del que sabemos que tenemos todas las piezas, pero están esparcidas por toda la habitación. ¿Cómo demonios te dedicabas a esto?

Austin se rio. —No olvides que no conseguíamos resolver cerca de la mitad de los casos que nos llegaban. Te acostumbras a vivir con la frustración.

Anna se dejó caer en la silla y empujó el café hacia el centro de la mesa. —Entonces, cuando *sí* que resolvías un caso como este, ¿cómo solías hacerlo?

Austin percibió un sabor a lima-limón, con un toque de dulzor, como un Seven-Up recién abierto. Era la sensación que tenía justo cuando se le encendía la bombilla, normalmente *mientras* se producía, pero antes de poder articularla.

Entonces su mente alcanzó a sus sentidos. Se sentó frente a Anna. —¿Si sabes que todas las piezas del puzle están ahí, pero esparcidas por la habitación, qué es lo primerísimo que haces?

—¿Juntarlas todas sobre la mesa?

Austin se puso en pie y cogió el móvil de la encimera. —Llama a las hermanas, a Karen y Susan. Consigue que acepten reunirse en su mansión esta noche. Tienen que traer a John Junior y Mack, a Brenden y a Andrew. Quiero recrear la noche en que murió Eleanor. Yo haré que vengan Jimmy, Lucy y Ridley.

—¿Por qué iban a hacer eso? Quiero decir, ¿por qué iba a aceptar reunirse la familia?

—Diles que he resuelto el caso.

29

—¿Era esta la disposición de la noche en cuestión? —preguntó Austin, recorriendo con la mirada a la gente reunida en el enorme salón.

Karen asintió. —Salvo por las incorporaciones y la ausencia de mi madre, sí. Aquí es donde estábamos todos.

Austin estaba de pie al frente de la estancia, junto a la chimenea, exactamente donde estuvo Eleanor Johnson mientras comunicaba sus veredictos sobre las donaciones benéficas del año. Karen y Susan estaban sentadas en el sofá, frente a él.

Andrew cruzaba y descruzaba las piernas, sentado en un sillón a la derecha de Austin. Mack estaba sentado junto a los ventanales que daban a la calle. John Junior estaba apoyado en la mesa de billar y Brenden permanecía de pie contra la pared del fondo, con los brazos cruzados y una expresión de escepticismo en el rostro.

Austin hizo un gesto con la mano hacia el rincón del fondo, donde Anna estaba con Ridley, Jimmy y Lucy. —Karen, si le parece bien, los inspectores Calvin, Jule y O'Rourke actuarán como jurado, o simplemente como observadores neutrales. Ninguno de ellos tiene nada que ganar en esto, aparte de llegar a la verdad. Y el inspector Calvin no ha oído nada de lo que hemos descubierto, así que contaré con él para que interprete ciertas cosas con neutralidad para beneficio de ustedes.

Karen asintió. —Para eso estamos aquí. Y confiamos en el inspector Calvin.

—¿Podemos ir al grano? —preguntó Andrew—. He quedado más tarde.

Junior sorbió su bebida y resopló. —No sabía que Tinder tuviera una sección para *la tercera edad*.

Andrew ignoró la pulla, pero Susan le lanzó a Junior una mirada de reproche.

Austin continuó. —Anna, las pruebas, por favor.

Anna se acercó al frente de la sala, sacando un fajo de papeles impresos de una carpeta. —Debo advertirles a todos que habrá algunas imágenes desagradables. Es necesario mostrarles todo lo que hemos averiguado. —Le entregó los papeles a Austin.

Junior hizo sonar los cubitos de hielo en su vaso vacío y lanzó una mirada de enfado a Karen. —¿No puedo creer que hayas aceptado esto? Le estoy pagando ochocientos pavos la hora a un abogado para Kyon, ¿y ahora tengo que aguantar esto?

Andrew se giró, con el ceño fruncido. —Quizá si alguna vez hubieras sido un padre para el chico, él…

—Por favor —dijo Austin—, ¿podemos no desviarnos del tema? —Le lanzó una mirada severa a Junior—. Va a querer oír lo que hemos descubierto. Se lo prometo.

Andrew le hizo un gesto despectivo a Junior. —Si mi hermano viera lo que su estirpe ha generado, se revolvería en su tumba.

Todas las familias tenían sus problemas, pero Austin se alegraría cuando este caso terminara y pudiera dejar a la familia Johnson en el retrovisor de camino a la playa. Sostuvo en alto la primera impresión, una versión ampliada de la fotografía granulada de Johnson del recorte de periódico: tumbado boca abajo, con solo un lado de la cara visible y un charco de sangre junto a la sien derecha. —Siento sacar a relucir el pasado, de verdad. Sé que puede ser doloroso, pero imagino que todos ustedes han visto esta imagen antes.

Miró a cada uno de ellos, prestando especial atención a Mack, que había permanecido en silencio e inmóvil todo el tiempo. Mack no

mostró reacción alguna. Los demás apartaron la vista o asintieron con tristeza.

—Y siento someterla a esto de nuevo, Karen. ¿Puede decirnos qué recuerda de su padre?

Ella cerró los ojos brevemente y luego se pasó las manos por el pliegue de sus pantalones de diseño. —Muy poco. Jugaba un poco conmigo, pero puede que solo sean recuerdos que me he inventado basándome en fotografías que he visto. —Miró a Susan—. Mamá nos decía que a él le gustaba jugar a la pelota con nosotras. —Negó con la cabeza—. La verdad es que no recuerdo gran cosa.

Susan resopló. —No veo qué tiene que ver que nuestro padre se quitara la vida con nuestra madre. ¿Por qué, señor Austin, nos somete usted a esto?

—Le pone el dolor ajeno —espetó Junior—, como a todos los policías.

Austin respiró hondo. —Le aseguro que no. Y ya no soy inspector. —Le devolvió la mirada a Junior, una de las suyas, su mirada más dura de *«cierra-la-puta-boca-o-te-la-cierro-yo»*. Casi siempre funcionaba con los hombres débiles que se hacían los duros. El borracho con su traje mal ajustado bajó la vista—. Y, por favor, no vuelva a interrumpir. Lo entenderá en un momento. —Austin se paseó de un lado a otro, dos pasos a la izquierda, dos a la derecha, con las manos en los bolsillos—. Anna, ¿puede explicar lo que descubrimos sobre la posición del arma y la funda?

Anna le entregó la fotografía a Susan. —Por favor, échenle un vistazo y pásenla. —Dijo, y retrocedió para situarse delante de la chimenea—. Como probablemente sabrán, su padre era zurdo. —Señaló la foto de John Johnson que colgaba en la pared, en la que sostenía un bate de béisbol con la postura de un zurdo.

Mientras ella continuaba con la explicación, resumiéndola de forma excelente para que todos la entendieran, Austin observaba a Mack por el rabillo del ojo.

Ser detective consistía, a grandes rasgos, en un setenta y cinco por ciento de investigación y un veinticinco por ciento de póquer. Claro que tenía que seguir pistas, interrogar a testigos y escudriñar archivos, pero rara vez todo aquello conducía a un momento

concluyente en plan *«te pillé»*. Lo más frecuente era que todas las pruebas apuntaran en una dirección, pero hacía falta tirarse un farol o dos para convertirlo en una confesión.

Mientras Anna explicaba la posición de la funda usando la esfera de un reloj como referencia, Mack no mostró emoción alguna, nada. Ni siquiera cuando Junior le acercó la fotografía sus ojos delataron nada. La miró fijamente un instante y luego se la pasó a Andrew sin inmutarse lo más mínimo.

Anna dijo: —Detective Calvin, es usted una persona muy respetada y no tiene ningún interés personal en este caso. Habiendo examinado la foto, ¿qué concluiría sobre la posición de la funda?

Ridley se aclaró la garganta y se dirigió al centro de la habitación. —Es un caso de hace cincuenta años y me gustaría investigarlo más a fondo antes de declararlo un homicidio. Pero… —miró de Karen a Susan, de Susan a Junior…—, puedo decir que es muy poco probable que se quitara la vida, dadas las pruebas. Para mí, la prueba definitiva es el orificio de bala en la sien derecha. Por favor, que cada uno de ustedes coja la mano izquierda como si sostuviera un arma de fuego e intente apoyarla contra la sien derecha.

Esperó a que lo intentaran y luego continuó: —Verán que, a no ser que sean unos maestros del yoga, lo máximo que pueden conseguir es colocar el arma imaginaria en la sien derecha en ángulo. Ahora, si se imaginan apretando el gatillo, puede que consigan alcanzar la sien, pero la bala se desplazaría desde el frente en un ligero ángulo hacia la *parte posterior* de la cabeza.

—Y —dijo Anna—, ¿es esa la dirección en la que se movió la bala? —Sacó otro fajo de papeles de su carpeta y se lo entregó a Karen—. Una fuente del Departamento de Policía de Seattle ha podido sacar esto de los archivos.

De hecho, Anna había cambiado su entrevista concertada con el jefe Jackson por una copia de la autopsia que se le había practicado a John Johnson. Jackson se había alegrado de librarse de la entrevista y no tuvo ningún problema en compartir un pequeño fragmento de un expediente de un caso de hacía cincuenta años. Al

igual que los investigadores de la época de la muerte de Johnson, no tenía ni idea de que se trataba de otra cosa que no fuera un suicidio.

—Detective Calvin —continuó Anna—. ¿Qué reveló la autopsia?

—He examinado el informe y muestra que la bala se desplazó desde la sien derecha y salió por la parte superior derecha del cráneo. La salida estaba a solo unos centímetros de la entrada, lo que concuerda con un disparo desde la sien derecha con el arma ligeramente inclinada hacia delante. Un disparo compatible con el de una persona diestra que se lleva el arma a la sien.

Austin se aclaró la garganta e hizo contacto visual con Karen, que tenía los ojos como platos. Empezaba a comprender. —Así que, a menos que el último acto de su padre en la tierra fuera decidir usar su mano mala, podemos concluir que fue asesinado.

Susan ahogó un grito.

Karen cerró los ojos y su rostro se quedó sin expresión. Junior se levantó y se sirvió otra copa.

Andrew se quedó con la boca abierta como si hubiera visto un fantasma.

Mack negó con la cabeza, como si no se lo creyera. Si estaba actuando, se le daba bien. Pero si Austin estaba en lo cierto, llevaba cincuenta años actuando, y cuanto más tiempo practica alguien una mentira —vive una mentira—, más se la cree. Y cuanto más se la cree, mejor se le da convencer a los demás.

Había convencido a mucha gente, pero eso estaba a punto de terminar.

30

Kyon apoyó la cabeza en la mesa mientras su abogado cerraba la puerta de la sala de interrogatorios a su espalda. Llevaban así todo el día. Inspectores, abogados, más inspectores.

Por fin tenía un momento a solas.

Antes de que pudiera tomar aliento, la puerta se abrió y se cerró con unos cuantos chasquidos y el siseo del cierrapuertas hidráulico.

Un agente entró brevemente, dejó caer una bolsa de papel marrón sobre la mesa, esbozó una sonrisa sarcástica de dientes amarillos y se marchó.

La puerta siseó y chasqueó al cerrarse. El sonido le llevaba crispanado los nervios todo el día. A solas en la sala, se dio cuenta de por qué. En su instituto habían usado el mismo tipo de cierrapuertas hidráulico. Plateado y sobresaliendo unos quince centímetros de la parte superior de la puerta, garantizaba que nunca quedara abierta por accidente. Cada día, cuando la niñera le dejaba en el colegio, oía ese sonido como el último clavo en un ataúd.

Kyon abrió la bolsa. Su abogado había pedido comida de Din Tai Fung, el restaurante cantonés favorito de Kyon. ¿Qué no daría por una cesta de sus famosos dumplings de sopa? Los inspectores le habían llamado «niño rico y mimado» y se habían ofrecido a traerle algo del local de la esquina.

La bolsa contenía un sándwich de pavo y una Coca-Cola. Kyon examinó el sándwich; estaba seco y tenía un aspecto lamentable. Abrió la Coca-Cola.

Su abogado le había asegurado que tenía poco que temer, y Kyon había visto suficiente televisión para saber cómo funcionaba la cosa. Mientras les diera a alguien que hubiera hecho algo peor que él, no cargaría con toda la culpa. Mientras dijera la verdad, todo iría bien. Lo peor que le podía caer eran unos pocos años. Lo más probable era que saliera en un año, suponiendo que atraparan a Mack y que su historia cuadrara.

Su abogado se había ido a hacer unas llamadas y luego volvería para una última consulta con Kyon antes de ofrecer la historia completa a los inspectores. Solo tenía que esperar.

La Coca-Cola ni siquiera estaba fría. ¿Podría demandarlos por servirle una Coca-Cola del tiempo? Kyon rio con amargura. *Era* un niño rico y mimado, pero al menos lo sabía.

No como Nassar, que estaba aún más mimado por el dinero del petróleo de sus parientes kuwaitíes. Kyon nunca perdonaría a ese cabrón. No solo tenía el nombre artístico más estúpido de la historia —*DJ PeloNormal*—, sino que ahora le había vendido. Kyon recordaba la noche en la que habían trabajado durante horas para idear la frase estrella de Nassar. Justo al principio de cada sesión, saltaba al escenario, ponía un tema y gritaba: «¡¡¡SOY NORMAL!!!». La frase siempre ponía al público a cien. Y ahora Nassar les había contado a los inspectores todo lo que querían saber para salvar su propio culo.

Kyon bebió un sorbo de Coca-Cola, lo que le hizo darse cuenta de lo vacío que tenía el estómago. Por muy cabreado que estuviera con Nassar, tenía que admitir que él estaba a punto de vender a Mack exactamente de la misma manera.

Lo que no podía entender era por qué Mack querría matar a su abuela. Los boomers estaban todos locos, por supuesto, así que, ¿quién sabía por qué hacían lo que hacían? Quizá Mack sentía algo por ella. ¿No era el amor no correspondido la razón más común para un asesinato? No lo sabía, pero lo había oído en alguna serie.

Pronto, nada de esto importaría de todos modos.

Su abogado entró en la sala, seguido de los dos inspectores. El gigante calvo había sido el inspector principal que le había interrogado durante la mayor parte del día, pero esta vez el otro hombre iba delante. Era un hombre negro, mayor, de unos sesenta y tantos años, con un rostro agradable y dientes de un blanco resplandeciente.

Mike se sentó frente a él.

—Voy a hacerle unas cuantas preguntas más antes de que repasemos su declaración oficial y la firme.

Kyon asintió y luego bebió un trago de Coca-Cola. Si iba a seguir con esto, al menos podría tener un subidón de azúcar.

Mike se bajó las gafas y miró a Kyon a los ojos.

—Lo que queremos entender, lo que su abogado no ha podido decirnos, es cómo le convenció Mack para que consiguiera la adelfa.

—Cáncer —dijo Kyon—. Me dijo que tenía un cáncer terminal y que no quería tratar con médicos. Incluso busqué información sobre el suicidio asistido para ver si era legal. Comprueben mi navegador —suspiró—. Mack dijo que no quería ser una carga para su familia, para *mi* familia. Así que, cuando no hubiera más tratamientos, él, ya sabe…

Su abogado le había dicho que fuera sincero y que no habría nada de lo que preocuparse. Pero al responder, no empezó a sentirse mejor como había pensado que lo haría.

Con cada palabra, se sentía peor. El inspector gigante y calvo le fulminaba con la mirada como si fuera la peor escoria del planeta. Se imaginó al inspector vestido con un uniforme de guardia de prisiones, encerrándole en su celda por la noche.

Le iban a caer unos años de cárcel. Con buena conducta, quizá al final solo sería un año.

El detective calvo lo fulminó con la mirada como si quisiera follárselo o matarlo. Quizá ambas cosas. ¿Qué podría hacerle un tipo como ese a un niñato rico y mimado a solas en una cárcel? Durante un año.

Le dolía el estómago.

No quería estar aquí.

31

—Creemos que quienquiera que supiese que John Johnson fue asesinado —dijo Austin, mirando a Karen y a Susan— está relacionado con el asesinato de su madre.

Las hermanas estaban demasiado atónitas para hablar. Por ahora, no iba a plantear la posibilidad de que la propia Eleanor tuviera algo que ver con la muerte de John. Algo que había aprendido es que a la gente le costaba aceptar la verdad sobre sus seres queridos, y era mucho mejor que llegaran a la conclusión por sí mismos, en lugar de que un detective les soltara una verdad que les destrozara la vida.

Dijo: —Sabemos que Kyon consiguió la adelfa amarilla que finalmente mató a su abuela. Y...

—De ninguna manera —le interrumpió Junior. Su voz era casi un grito, pero estaba llena de dolor. Por lo que Austin pudo deducir, era un dolor real. Rayano en la angustia. Incluso los padres ausentes, incluso los padres terribles, querían cosas buenas para sus hijos.

Austin levantó ambas manos. —Creo que lo hizo sin saber cómo se usaría el veneno. Detective Jule..., Jimmy..., ¿es cierto que a veces la gente usa la adelfa amarilla con fines recreativos?

Jimmy caminó hacia el centro de la habitación. —Los idiotas, sí. Todo el mundo sabe que ahora mismo hay un problema con los opioides y, a veces, la gente que se engancha recurre a la heroína y

al fentanilo cuando se les acaban las pastillas. Otras veces recurren a la adelfa en cantidades muy pequeñas.

—Creemos —dijo Austin— que Kyon consiguió la adelfa para alguien de esta sala. Pero no porque pensara que se utilizaría para asesinar a su abuela.

Ahí terminaban las pruebas y empezaba el farol. Austin estaba bastante seguro de que Kyon se había reunido con Mack. Y también estaba bastante seguro de que Mack había matado a Eleanor, pero aún no tenía ni idea de por qué, ni de cómo le había administrado exactamente la dosis mortal.

—Espere —dijo Andrew, irguiéndose con rigidez y sacando un puro del bolsillo interior—. ¿Qué le hace pensar que Kyon no sabía cómo se iba a utilizar?

Austin lanzó una mirada al fondo de la sala. —Brenden, ¿recuerda por casualidad qué había en el menú la noche que murió Eleanor?

El periodista llevaba un traje azul de corte entallado que casi parecía demasiado pequeño. Su mandíbula crujió mientras se preparaba para hablar. —*Por supuesto* que lo recuerdo. —El tipo no podía ni responder a la más simple de las preguntas sin sonar engreído.

Anna suspiró lo bastante alto como para que todos la oyeran. Austin no pudo evitar preguntarse si su suspiro contenía cierta decepción por el hecho de que Brenden no fuera, en realidad, el asesino.

Austin dijo: —¿Y podría recordárnoslo?

—Comida vietnamita. Unas pequeñas crepes de arroz cubiertas de cerdo y gambas. Se llaman bánh bèo, creo.

—Como periodista —intervino Anna—, ¿qué te parecería el hecho de que Kyon Johnson comiera en un restaurante especializado en bánh bèo solo unas noches antes de que Eleanor muriera?

El rostro de Brenden se crispó, como si le doliera que Anna supiera algo que él no. —Necesitaría más información.

Ese era el momento.

Austin dio un paso al frente y luego se giró hacia Mack, que seguía sentado junto al ventanal, con el rostro inexpresivo. —

¿Información como si el chef responsable del menú de esa noche había estado allí alguna vez?

Mack le sostuvo la mirada, sin pestañear. —He cocinado comida vietnamita muchas veces.

Austin alzó la voz. —Encontramos pruebas en el ordenador portátil de Kyon de que había estado en un restaurante especializado en la misma comida que todos ustedes cenaron esa noche. Creemos que Mack se reunió con él para cenar. Además de conseguir el veneno utilizado para matar a Eleanor Johnson, descubrió un nuevo plato delicioso.

Mack se puso de pie. —Mentiras. —La palabra sonó como un disparo, seguida de un largo silencio.

Austin recorrió la sala con la mirada. Aquí era donde esperaba que alguien dijera algo. Que un recuerdo se removiera. Que un pequeño comentario —olvidado hacía mucho tiempo— resurgiera para proporcionar el eslabón perdido del caso.

En su lugar, todo lo que surgió fue un abismo de silencio.

Le quedaba una última carta que jugar. —De las personas que hay en esta sala, solo Andrew y Mack estaban en posición de saber que John fue asesinado. Todos los demás eran demasiado jóvenes o aún no habían nacido.

Andrew se levantó y se encaró con Mack. Algo que había estado cociéndose a fuego lento explotó de repente. —Como supieras que mi hermano fue asesinado, te estrangulo aquí mismo.

—Yo..., yo no... —balbuceó Mack—. No sabía nada. —Estaba conmocionado. La cara se le puso de un rojo intenso que contrastaba con su pelo de un blanco brillante—. Este tipo está loco.

Austin tiró de Andrew hacia atrás, cogiéndolo por los hombros. —Siéntese, por favor.

Mientras Andrew se sentaba, Mack se desplomó de nuevo en el asiento del mirador. Desvió la mirada hacia el lago, donde el gris del cielo se fundía con el gris del agua.

—Le salvaste la vida en Vietnam —dijo Karen—. Eso es lo que me contó mi madre una vez.

—Era como un hermano para mí —dijo Mack—. Habría hecho cualquier cosa por él, por su familia. Os he servido bien a todos.

Sobre todo a Eleanor. Quería que le sirvieran el mundo entero en bandeja de plata. Y yo se lo di. —Su voz se había vuelto melancólica, como si estuviera en su propio funeral.

Austin casi sintió lástima por él, pero no era momento de aflojar. —¿Mack, cómo lo hizo? ¿Cómo entregó la adelfa?

Mack no dijo nada.

—¿Se reunió con Kyon en el restaurante Little Huế? —exigió Austin.

Silencio.

Austin se metió las manos en los bolsillos, le dio la espalda a Mack y observó la sala.

Susan y Karen estaban sentadas una al lado de la otra, como siempre, visiblemente afectadas. Susan tenía los ojos llenos de lágrimas.

Junior bebía con rabia, todavía apoyado en la mesa de billar. Brenden estaba apoyado en la pared, con una expresión de *me-importa-un-bledo* en la cara, que Austin sabía que era puro teatro. Estaba fascinado. Andrew tenía la cabeza entre las manos y murmuraba algo inaudible.

La sala estaba en silencio, a excepción del sonido de los pasos de Anna.

Corría hacia la puerta.

32

—Anna, ¿dónde...? —la llamó Austin, pero ella ya había irrumpido en el pasillo. Un instante después, regresó con un pequeño marco de fotos.

Todas las miradas se posaron en ella.

Anna lo levantó para que Austin lo viera. Aunque él lo reconoció, no tenía ni idea de por qué lo había traído. Era la fotografía de la nieta de Mack, la que habían visto colgada en la cocina el día del funeral. En la foto, una chica guapa de no más de veinte años estaba apoyada en una palmera junto a lo que parecía una gran biblioteca o un edificio universitario.

—Mack —dijo ella, sentándose a su lado en el mirador—, ¿es tu nieta?

Mack se giró hacia el gran salón, con una expresión de sorpresa en el rostro, como si acabara de recordar que había más gente allí. —Sí.

—¿Está en la universidad?

Él asintió.

Anna levantó la foto para que todos la vieran. —Austin y yo nos fijamos en esta fotografía cuando vinimos al funeral. He pensado en ella varias veces desde entonces, porque mi hijo, que está en la Universidad de Washington, estuvo mirando todas las universidades de Los Ángeles y San Diego antes de que le dijera que solo podía

permitirme una del estado. Así que no dejaba de pensar en esta foto, suponiendo que era de una universidad de Los Ángeles por las palmeras. Y entonces caí en la cuenta: no es Los Ángeles.

—Es Vietnam. Y no es ningún secreto. Eleanor incluso me ayudó a pagarlo. Me dio una bonificación de diez mil al año, prometida para los cuatro años que Evie planeaba estar allí. Las universidades son más baratas allí, pero les añaden toda clase de tasas a los estadounidenses.

—Vietnam —dijo Anna—. Tú salvaste la vida de John allí. Serviste allí. Tuviste amigos que nunca regresaron.

Mack asintió.

—Ahora tu nieta está allí.

Él asintió de nuevo.

—¡Por favor! —estalló Junior—. ¿Adónde quieres llegar con esto?

Anna lo ignoró. —Vietnam es muy importante para ti. El vínculo entre John y tú era inquebrantable, forjado en la guerra, en una tierra que llegaste a amar.

—Todo eso es verdad —dijo Mack, con voz neutra.

Austin tragó saliva. Como de costumbre, Anna iba a soltarlo sin más. Y no podía culparla. Su método no los había llevado a ninguna parte.

Ella lo señaló como una fiscal que lanza la frase demoledora en un juicio de gran repercusión. —Y nunca pudiste perdonar a la mujer que lo mató. A Eleanor.

La sala quedó en un silencio sepulcral. El momento pareció eternizarse, aunque Austin sabía que solo habían sido unos segundos.

Andrew rompió el silencio. —Anna Downey, estás loca, incluso para ser periodista.

—Karen —espetó Junior—, ¿podemos terminar ya con esta farsa? Esta mujer está tan desesperada por el dinero que...

—Está en los diarios —dijo Anna a la defensiva—, más o menos.

Karen se puso en pie. —Pero ya no *tienes* los diarios.

Anna bajó la mirada.

Austin se interpuso entre ellas. —Por favor, todos. Dejad que me explique.

Karen se sentó.

—Era necesario que Anna hiciera copias escaneadas de los diarios, solo para usarlas para resolver este caso. No ha aparecido ni una sola palabra en el periódico, ni *aparecerá*.

Esto pareció calmar a Karen, al menos por el momento.

—Lo más importante es que tiene razón —continuó Austin—. He leído varios pasajes en los que Eleanor insinuaba, con bastante claridad, que John no solo estaba metido en un lío legal muy gordo, cosa que ya sabíais, sino que, y lamento decirlo, pensaba que el mundo podría estar mejor sin él. El detective Calvin...

Ridley dio un paso al frente. —Lo siento muchísimo, Karen, Susan, todos vosotros. He de decir que no es definitivo, pero he leído las partes pertinentes. Los fragmentos que me ha enseñado Anna terminan antes de la muerte de John, pero si yo fuera fiscal, diría que roza la confesión de que tenía la intención de matar a su marido. O quizá de que lo mandara matar. Sumado al hecho de que el suicidio de John parecía un montaje…

Susan dejó escapar un sollozo ahogado. Hasta Junior se quedó en silencio, con la mirada perdida en su copa como si esta pudiera contener el remedio para lo que fuera que estuviera sintiendo.

Mack se levantó y recorrió la sala lentamente con la mirada, estableciendo contacto visual con cada miembro de la familia, uno por uno. —Una cosa os puedo asegurar a todos: Eleanor no mató a John ni mandó que lo mataran. —Se dejó caer de nuevo en su asiento. Derrotado—. Pero lo hice yo. Yo la maté. Tenía que hacerlo. El apellido de la familia estaba en juego…, el de John, el vuestro…, y os quiero demasiado a todos como para dejar que se saliera con la suya.

33

Kyon observaba el plateado reluciente del cierrapuertas hidráulico, preguntándose si la policía los compraría en el mismo sitio que el sistema educativo.

Probablemente habría alguna empresa que se los suministraba a todas las instituciones del Estado, pensó con pesadumbre.

Mike preguntó:

—¿Ha dicho Mack algo más?

—Me contó toda una historia de que, cuando estuvo destinado en Vietnam, estaba preparado para quitarse la vida. Por si alguna vez lo torturaban para sacarle secretos. El viejo tenía una historia convincente. Siempre me ha caído bien. Quería ayudar. Era mayor y dijo que tenía cáncer. —Se tiró del pendiente de la nariz—. Creo que eso ya os lo he contado.

—Sabemos que querías ayudarle —dijo Mike—. Pero ¿había alguna otra razón?

Kyon se terminó la Coca-Cola. El cerebro le zumbaba y, de repente, le invadió una oleada de rabia. La verdadera razón por la que había aceptado conseguirle la adelfa al viejo cabrón era porque le había ofrecido dos mil quinientos pavos. El dinero le hizo pensar en su padre, el gilipollas, o «Junior», como todo el mundo lo llamaba cariñosamente.

—Dos mil quinientos pavos —dijo Kyon.

Mike tomó unas cuantas notas.

Tan rápido como había aparecido la rabia de Kyon, se desvaneció, arrastrada por una tormenta de tristeza. Cada vez que pensaba en su padre, esto es lo que pasaba. Por eso intentaba no pensar en él.

Mike levantó la vista.

—Cuando le diste la adelfa, ¿en qué forma estaba?

—Una bolsita diminuta. Polvo. Parecía coca de color arena.

—La droga, no el refresco, ¿supongo?

Kyon asintió.

Su padre le hacía sentir como la peor escoria de la tierra. De adolescente, pensó que se convertiría en un DJ famoso, que recorrería el mundo, se haría rico y acumularía millones de seguidores en Instagram y YouTube. Eso le habría fastidiado a «Junior». Pero ahora sabía que nada de eso ocurriría. Iba a ir a la cárcel.

Su siguiente pensamiento fue peor que todos los demás juntos. Iba a ir a la cárcel, y estaba destinado a convertirse en alguien como su padre, si es que salía vivo de allí. Si es que alguien como el policía calvo gigante no lo violaba hasta la muerte en su celda.

Su respiración se aceleró. El corazón le martilleaba en el pecho y empezó a temblar.

¿Qué le estaba pasando?

—¿Tienes frío? —preguntó el detective Mike.

Kyon asintió. Sentía como si se estuviera congelando por dentro. Había tenido un ataque de pánico antes de su primera sesión en una discoteca, pero nada tan fuerte.

El detective calvo desapareció, luego reapareció un instante después y le arrojó una manta fina por encima.

—Tienes suerte de que tengamos esto. Ahora contesta al resto de las preguntas de mi compañero.

Kyon se subió la manta hasta la barbilla. Apenas le sirvió para calentarse. No podía dejar de temblar.

Mientras respondía al resto de las preguntas del detective Mike, un pensamiento se repetía una y otra vez en su cabeza. Era un pensamiento familiar, como si hubiera estado sonando en voz baja

en el fondo de su mente durante años y solo ahora —solo al fin— hubiera alcanzado el volumen máximo.

Ya no quiero estar aquí.

Se subió la fina manta hasta la barbilla, fijándose en cómo se deshilachaba por los bordes.

Ignoró al detective Mike y dejó que su mirada se posara de nuevo en el cierrapuertas hidráulico, que sobresalía de la puerta a la altura perfecta.

34

Mack se quitó la chaquetilla de chef y la dejó en el asiento acolchado del mirador. A Austin le pareció extraño. Casi como si estuviera renunciando a su puesto de chef de la familia después de cincuenta años.

Se acercó a John Junior.

—Sabía que Kyon trapicheaba con drogas. Pensaba que la adelfa era irrastreable. Quedé con él para cenar y me la dio.

—Hijo de puta —dijo John—. ¿Cómo te atreves a meterlo en esto? —Le sonó el teléfono, lo sacó del bolsillo de la chaqueta con rabia y lo lanzó sobre la mesa de billar. A continuación, estrelló su copa contra la mesa de billar, agarró a Mack por el brazo, levantó el puño y le lanzó un puñetazo descontrolado que le rozó la mejilla y lo hizo retroceder ligeramente.

En medio segundo, Ridley se abalanzó sobre Junior y lo sujetó.

—Junior —le dijo—. Es comprensible que estés cabreado, y seguramente se lo merezca, pero esta no es la forma.

Junior forcejeó, pero no tenía nada que hacer contra Ridley, que le sacaba más de veinte kilos de músculo.

Mack se frotó la mejilla, buscando si sangraba. El puñetazo no había sido gran cosa.

Mack caminó lentamente hacia Karen y Susan y se detuvo ante ellas.

—Le pagué cinco mil dólares a un técnico de vuestra farmacéutica para que convirtiera la adelfa en una pastilla que pareciera la medicación para el corazón de Eleanor. Le di el cambiazo. Se la tomó al final de la noche con sus pastillas de siempre.

El rostro de Susan era una mezcla de rabia y horror; le temblaban las mejillas mientras las lágrimas le corrían por la cara.

—A las dos de la mañana —continuó Mack—, entré sigilosamente en la habitación y limpié el vómito. Me aseguré de que pareciera que había muerto tranquilamente mientras dormía.

La mirada de Karen era puro hielo, como si pudiera matar al anciano que tenía delante con la fuerza de su ira.

—¿En nuestra empresa? ¿Quién?

—Se llamaba Ahmed. Un buen tipo. Y, por favor, no le echéis la culpa.

Karen se levantó, poniéndose de puntillas para acercarse a la cara de Mack.

—¡Ah, ya le echaré la culpa a quien me dé la gana, cabrón!

—Le dije que era para mí, que tengo un cáncer terminal, lo mismo que le dije a Kyon.

La cara de Karen se crispó.

—¿Por qué ibas a decir eso, enfermo, pervertido…?

—Es que *tengo* un cáncer terminal —dijo Mack. Su voz sonaba resignada—. Me dan de tres a seis meses.

—Entonces… —Karen estaba confusa.

—Si supierais toda la verdad, sabríais que lo hice todo por vosotros, para protegeros. Eleanor iba a arruinarlo todo con esas malditas memorias.

Austin miró a Anna.

Las memorias. Los secretos.

Anna dijo:

—Si ella no tuvo nada que ver con el asesinato de John, ¿qué iba a revelar en las memorias? ¿De qué intentabas proteger a la familia?

Todos miraron a Mack, que se pasó una mano por el pelo. Su rostro pasó por una serie de contorsiones, como si estuviera

viviendo una docena de posibilidades diferentes seguidas. Luego su cara se endureció de nuevo y no dijo nada.

El móvil de Austin vibró en su bolsillo. A través del pantalón pulsó el botón de silencio.

Entonces volvió a sonar el teléfono de John Junior. Esta vez comprobó el identificador de llamada y se lo guardó de nuevo en el bolsillo de la chaqueta. De repente, otros dos móviles empezaron a sonar. Karen y Susan buscaron en sus bolsos.

—Es la comisaría —dijo Karen, mirando la pantalla.

—Pues cógelo —dijo Susan con impaciencia, con la mirada todavía fija en Mack.

Karen deslizó el dedo por la pantalla con rabia.

—¿Diga?

Austin tuvo un mal presentimiento, que no hizo más que empeorar al ver cómo se le ensombrecía el rostro y cerraba los ojos. Se tambaleó hacia John Junior y le tendió el teléfono.

—Han estado intentando localizarte.

John se había servido otra copa. Le dio un sorbo y cogió el teléfono. —¿Sí?

Junior escuchaba, con los ojos como platos, mientras Karen volvía a sentarse.

Susan preguntó en un susurro: —¿Qué ha sido?

A Junior se le cayó el teléfono y se desplomó de rodillas; luego dejó escapar un grito que rasgó el denso silencio que flotaba en la habitación. El grito pareció durar una eternidad, el dolor reprimido durante décadas. Se derrumbó en el suelo, roto en sollozos.

Karen miró a Susan, con una máscara de dureza en el rostro. —Kyon se ha ahorcado. Está muerto.

A Austin lo asaltó una oleada de náuseas, como el sabor de haber comido palomitas y gominolas de regaliz al mismo tiempo. El pavor se mezclaba con la culpa, y esta a su vez con la acumulación de penas del dolor y el sufrimiento humanos, tanto el suyo como el de los demás.

Por un instante, se quedó en blanco.

Solo volvió en sí al oír un portazo. Cuando levantó la vista, se dio cuenta de que Mack se había ido.

Miró a través de los ventanales hacia la carretera del lago. El Suburban negro esperaba delante con el motor al ralentí. Mack caminaba hacia él.

Corrió hacia la ventana y observó cómo Mack se acercaba al lado del copiloto. La ventanilla se entreabrió, pero no lo suficiente como para que Austin pudiera distinguir una cara.

Un hombre salió de la parte trasera del coche, agarró a Mack por detrás y lo metió de un empujón en el asiento trasero.

Unos segundos después, el Suburban arrancó calle abajo con un chirrido que hizo que las palomas levantaran el vuelo de los árboles que daban sombra a la calle.

35

—¿Podéis contarme algo más sobre vuestro padre? —preguntó Austin.

Karen miró a Susan, que se encogió de hombros mientras se secaba las lágrimas con un pañuelo.

Jimmy y Lucy estaban de pie contra la pared, mirando sus móviles en busca de más información sobre los presuntos delitos de John en las bases de datos de la policía. John Junior estaba en la habitación de al lado, todavía al teléfono con la policía. Ridley lo había acompañado, diciendo que podía ayudar a comunicarse con la policía. Pero Austin sabía que Ridley probablemente pensaba lo mismo que él. John Junior presentaba riesgo de suicidio y había que vigilarlo.

Austin había llamado a la jefa Jackson y le había hablado de la confesión de Mack. A ella le había cabreado que lo hubiera estado interrogando, aunque él no había infringido ninguna ley. Y se había cabreado aún más cuando le contó cómo había huido o cómo lo habían secuestrado. Todavía no estaba del todo claro qué había pasado exactamente. Lo único que Austin sabía con certeza era que el móvil de Mack había sonado, que él había salido por voluntad propia y que luego lo habían metido a la fuerza en la parte trasera del mismo Suburban que lo había estado siguiendo toda la semana.

Karen habló entre lágrimas. —Teníamos un jueguecito, lo recuerdo. O puede que mi madre me lo contara tantas veces que es como si lo recordara. Yo tenía tres años cuando murió.

—No me puedo creer que Kyon ya no esté —dijo Susan en voz baja. Parecía que se había desconectado, como si su cuerpo siguiera allí, pero nada más.

—¿En qué consistía el juego? —le preguntó Austin.

—Cuando papá se iba, decía: «Adivina cuándo volveré a casa».

—Yo siempre decía un tiempo largo, como un año, o un mes, o una semana —sonrió con tristeza—. No sé de dónde demonios salió ese juego. Creo que ya entonces era el tipo de persona que prefería imaginar lo peor para luego llevarme una grata sorpresa. Así que yo decía: «Volverás en un mes», y él respondía: «No, menos». Luego yo decía: «Volverás en una semana». Y él decía: «No, menos». Y así íbamos bajando y bajando hasta que al final dábamos con lo que fuera, tres horas o lo que fuera, y él decía: «Correcto. Volveré en tres horas. Hasta luego, cocodrilo». Y yo me reía y eso era todo.

—Y —intervino Anna—, ¿dijo eso el día que murió?

Karen asintió. —No creo que hubiera dicho eso si estaba planeando suicidarse. No sé por qué nunca había pensado en ello hasta ahora.

Susan se secó la cara. El delineador de ojos se le había corrido, dejando un rastro oscuro en su mejilla derecha. —Supongo que cuando te cuentan una historia toda la vida, sin darte nunca un motivo para cuestionarla, simplemente la aceptas.

—Ahora que sabéis que no se quitó la vida —dijo Austin—, ¿se os ocurre algo que pueda ayudarnos?

Anna alargó la mano y cogió la de Susan, que temblaba. —Lo siento, sé que es demasiado. Demasiado para que pase en un día, en una semana. Pero le doy vueltas sobre todo a lo que dijo Mack. A eso de que lo hizo para protegeros, para proteger a la familia. ¿Qué ha podido querer decir?

Susan negó lentamente con la cabeza. —No tengo ni idea. Probablemente solo estaba tratando de salvar su propio culo.

Estaba enfadada, no pensaba con claridad. Fuera lo que fuese, Mack no era tonto, y tampoco era un asesino en serie sádico. No

mataba por diversión. Por muy retorcidas que fueran sus razones para envenenar a Eleanor, *tenía* razones.

Anna se levantó, dio una vuelta por la habitación y luego se detuvo frente a Karen. —¿Te importaría que me sirviera una copa?

Karen asintió.

—¿Alguien más quiere una? —preguntó Anna.

Nadie quiso, así que Anna se sirvió un coñac y, como John Junior, lo sirvió en un vaso de güisqui.

Cuando regresó, se sentó frente a Karen. —Los diarios. ¿Existe alguna posibilidad de que haya más diarios en alguna parte? Eleanor había dicho que los había, o al menos lo *insinuó*. Si John fue asesinado, y si ella no tuvo nada que ver, no puedo evitar pensar que lo sabía, o que sabía por qué. Algo muy extraño está pasando aquí, y sus diarios podrían ser de gran ayuda para descubrirlo.

—Ya hemos revisado sus pertenencias —dijo Susan—. Cada cajón, cada caja, incluso el desván. Tratando de decidir qué hacer con todas sus cosas. No encontramos más diarios.

—¿Tenía alguna caja de seguridad o algún trastero? —preguntó Austin.

Karen se animó al oír esto. —Tiene una caja de seguridad en el banco. Sé que guardaba algunas joyas allí, pero dudo que haya diarios.

Austin miró a Anna. Al igual que ella, estaba seguro de que Eleanor estaba involucrada de alguna manera en la muerte de John. Las pistas que había dejado en los diarios eran demasiado evidentes para creer otra cosa. Pero la insistencia de Mack en que ella no había matado a John había sido contundente y convincente. O lo estaban engañando o se le estaba escapando algo gordo.

—¿Podríamos bajar a echar un vistazo? —preguntó Austin.

—Cuando se vaya la policía —dijo Karen, señalando por la ventana.

Dos coches de policía habían aparcado, seguidos por un todoterreno plateado. Venían a tomar declaración sobre la confesión y desaparición de Mack. Al principio, vio a tres agentes uniformados que subían por el camino de entrada, pero poco después, la jefa

Jackson se abrió paso entre ellos, avanzando hacia la puerta como si viniera a llevarse a Austin a la cárcel.

Estaba cabreada, y tenía todo el derecho del mundo a estarlo.

En la puerta principal, la jefa Jackson no le dirigió la mirada a Austin; en vez de eso, le dio el pésame a la familia por lo de Kyon y pidió ver a John Junior.

Que un sospechoso muera bajo custodia policial es un problema en más de un frente. No solo es devastador para la familia, sino también para los agentes de servicio que permitieron que ocurriera. Para la jefa Jackson, probablemente sería todo eso, por no mencionar una enorme responsabilidad financiera y una pesadilla de relaciones públicas para la ciudad.

Al pasar a su lado en el pasillo, se detuvo lo suficiente para tocar a Austin en el hombro. —Me gustaría hablar con usted y los detectives después de que hablemos con el padre de Kyon.

Su voz era bastante neutra. Al fin y al cabo, era una profesional.

Pero Austin había cabreado a suficientes jefes como para saber que ella no estaba nada contenta y que estaba a punto de cantarle las cuarenta.

36

Una hora más tarde, Austin y Anna estaban sentados en el sofá frente a la chimenea, esperando a la jefa Jackson.

Austin dejó escapar un profundo suspiro.

—¿Estás bien? —preguntó Anna.

—Sí. Solo estoy pensando en Kyon. Quizá si no lo hubiera presionado como lo hice, él no habría… —Austin notó un sabor a metal en la boca, como a mina de lápiz. Reconoció el familiar sabor del arrepentimiento.

—Ese chaval tenía muchos más problemas de los que se veían a simple vista. Conociste a su padre, ¿recuerdas? No era precisamente un modelo de paternidad.

Tenía razón, pero, aun así, la muerte de Kyon escocía. —«El suicidio es indoloro». ¿Conoces esa canción de *MASH*?

—Solo a ti se te ocurriría mencionar una serie de éxito que se emitió antes de que nacieras. Pero sí, la conozco.

—Solía ver las reposiciones con mi padre. —Austin se levantó y empezó a caminar alrededor del sofá—. Dice que uno puede tomarlo o dejarlo si le place. Sé que nunca es una sola cosa lo que lleva a alguien a hacerlo… Solo estoy pensando en el dolor que debía de estar sufriendo ese chaval antes de que yo llegara y lo señalara con el dedo. Eso es todo.

—No es culpa tuya, Austin.

—Lo sé. Lo sé. —Se sentó de nuevo a su lado—. Deberíamos centrarnos en el caso, Anna. Gracias por escuchar.

Guardaron silencio durante unos minutos.

—A lo que no paro de darle vueltas —dijo Anna al fin— es a los diarios y a algo que Karen dijo hace un tiempo.

—¿Lo de que quería hablar con Eleanor sobre una donación? —preguntó Austin. Él también le había estado dando vueltas a eso. Uno de esos pequeños cabos sueltos que nunca habían atado.

—Sí —dijo Anna—. Por supuesto, podría ser una coincidencia. Pero…

La puerta se abrió de golpe y la jefa Jackson entró con paso decidido, seguida de Ridley, Lucy y Jimmy.

Se plantó delante de Austin con las manos en las jarras, mientras los detectives se quedaban de pie junto a la pared.

—Antes de que diga nada —dijo Anna, ya a la defensiva—, tenemos una confesión. Media docena de personas lo vieron.

Austin le dio un golpecito en el pie con el suyo. Le habían echado suficientes broncas sus superiores como para saber que intentar defenderse normalmente solo empeoraba las cosas. En este caso, ninguno de ellos trabajaba para la policía de Seattle, pero Anna necesitaba tener una buena relación profesional con ellos, y Austin también.

—No *necesitábamos* una confesión —dijo Jackson—. La habríamos conseguido nosotros. Kyon acababa de señalar a Mack. Habríamos venido a detenerlo en menos de una hora. Y ustedes dos lo han ahuyentado.

Austin dijo: —Ha sido culpa mía. No puedo creer que haya dejado que se escape. Estaba distraído y, sinceramente, parecía un anciano derrotado. Tiene un cáncer terminal y… no sé. No es un asesino a sangre fría. —Austin dejó escapar un largo suspiro. Sabía lo estúpido que sonaba eso. Mack había confesado un asesinato premeditado, así que un asesino a sangre fría era exactamente lo que era. Y, sin embargo, Austin estaba seguro de que la insistencia de Mack en que estaba ayudando a la familia al matar a Eleanor era sincera. Pero no le explicó nada de esto a Jackson. Sabía que no serviría de nada.

—Mi trabajo —dijo Jackson—, y el de mis detectives, es resolver crímenes. En este caso, era averiguar quién mató a Eleanor Johnson. Lo hemos resuelto. Y justo cuando íbamos a venir a detenerlo, ustedes han dejado que se escape. Y no solo eso, ahora sabe que todo el mundo lo sabe. A estas alturas podría estar fuera del estado.

—No lo está —dijo Austin.

—¿Y cómo sabe eso?

Austin negó con la cabeza, poniéndose de pie. —No lo sé. Simplemente… mire, hay algo raro aquí.

Jackson se mofó. —¿Se refiere a algo más aparte de que un exdetective y un periodista en activo me estén tocando las narices? —Miró a Ridley y a los otros detectives, que permanecían en silencio contra la pared. Jackson tampoco era su jefa, pero todos tenían la expresión de niños que se han olvidado de hacer los deberes.

Austin dijo: —¿Cómo podemos compensárselo?

Eso la descolocó. —Suba al próximo ferry de vuelta al condado de Kitsap. Quédese en su lado del agua. Y si se entera de algo más sobre este caso, llámeme antes de hacer alguna estupidez.

Jimmy soltó una risita y Jackson se giró bruscamente hacia él. —¿Qué te hace gracia?

—Es que *cuando hay vidas en juego, él pone las reglas.*

A Lucy y a Ridley se les escapó una sonrisa. A Austin se lo iban a recordar toda la vida.

Jackson frunció el ceño, más frustrada que nunca, y se acercó a Jimmy. —Un chaval ha muerto, JJ.

A Jimmy no le gustaba que lo llamaran JJ. —Y me lo tomo muy en serio. ¡Todos nos lo tomamos en serio! Estábamos aquí ayudando a resolver esto. Y lo hemos hecho. Nueva York y Anna han ido un paso por delante de su gente toda la semana.

Jackson exhaló larga y lentamente y abrió la boca, dispuesta a despacharse a gusto.

Ridley se interpuso entre ellos. —Esto no ayuda en nada. Jefa, mire…, volveremos a Kitsap. Se acabaron las interferencias. —Le lanzó una mirada cortante a Jimmy, que le hizo recular.

Jackson se acercó a Austin. —¿Y me llamará si averigua algo sobre Mack?

Austin asintió.

Poniéndose de puntillas para mirarlo a los ojos, dijo: —Si va a casa y Mack está en su cocina preparando espaguetis con albóndigas, con una confesión firmada sobre la mesa, me llama antes de leerla. ¿Entendido?

Austin sonrió. —No probaría ni la salsa, jefa.

Jackson ignoró el comentario, salió y cerró la puerta de un portazo.

—Podría haber sido peor —dijo Austin.

Ridley se le acercó. —No está tan enfadada como parece. Ese era su tono amistoso.

Austin le restó importancia con un gesto. —Tiene todo el derecho del mundo a estar cabreada.

—Entonces… —dijo Anna—. ¿Vas a hacer lo que dice? ¿Arreglarlo volviendo al otro lado del agua? Todavía podríamos coger el ferry de las seis.

Austin apiló las fotografías del cuerpo de John y la copia del informe de la autopsia, y las metió en la carpeta. A continuación, recuperó la fotografía de la nieta de Mack que Anna había traído de la otra habitación.

—Debería volver a colgarla —dijo Anna, alargando la mano para cogerla.

Austin hizo una pausa. —Vietnam.

—Sí —dijo Anna—, ya hemos determinado que es Vietnam.

Austin se quedó mirando fijamente la fotografía. Una joven sonriente apoyada en una palmera, con un gran edificio académico detrás. —¿No le parece demasiada coincidencia que él y John sirvieran juntos en Vietnam, que conociera a Kyon en un restaurante vietnamita, que sirviera comida vietnamita la noche que mató a Eleanor y que su nieta estudie en la universidad en Vietnam?

Lucy dijo: —Cuando estaba en la universidad, antes de decidir ser policía, me quedaba hasta tarde viendo *Alienígenas Ancestrales* con mis amigos y bebiendo cerveza. A mis amigos les flipaba, se creían cada cosa rara que soltaba el programa. Ya sabes cómo hacen en ese programa, que dicen algo como… —Puso una voz tétrica y misteriosa—: *Tres vacas desaparecieron de esta granja de Idaho la*

misma noche que se vio una luz extraña en el cielo a ciento treinta kilómetros de distancia. ¿Coincidencia o extraterrestres? Yo siempre era la que le gritaba a la tele: «¡Coincidencia!».

—Lucy la Aguafiestas —dijo Jimmy—. Yo sí que veo una conexión.

—Nunca me has parecido de los que creen en teorías de la conspiración —dijo Lucy—. Claro que es posible que haya algo, pero puede que a Mack simplemente le guste Vietnam. Muchos de los soldados que fueron allí odiaban la guerra, pero les encantó la gente, la comida, la cultura.

—Puede ser —dijo Austin—. Había algo más ahí, algo más allá de la coincidencia, pero ¿el qué? Entonces tuvo una idea—. Samantha, su gurú tecnológica, ¿está en la oficina?

—Acabo de hablar con ella —dijo Jimmy—, está gestionando las nuevas redes sociales del departamento y jugando con varias IA para la lucha contra el crimen de las que aprendió en la carrera, todo a la vez.

—¿Utiliza alguno de esos programas de reconocimiento facial?

Ridley le lanzó una mirada escéptica. —Claro que sí, pero…

—¿Hay alguna posibilidad de que pueda hacerme un favor y pedirle que investigue algo por mí? —Austin sacó la foto de la escena del crimen de John Johnson de la carpeta y se la entregó a Ridley—. ¿Podría enviarle una copia de esta? Dígale que puede descargarla de internet si necesita una versión digital más nítida. Dígale que la llamaré dentro de un rato.

Ridley enarcó una ceja, pidiendo una explicación.

—Confíe en mí —dijo Austin—. Ya se lo explicaré más tarde. Karen ya debería de haber terminado y tenemos que ir al banco antes de que cierre.

Ridley levantó un dedo como si fuera a poner una objeción, pero Austin ya se dirigía hacia la puerta, con Anna pisándole los talones.

Ella lo alcanzó en el pasillo. —¿A qué ha venido eso? ¿Por qué quieres que Samantha le haga un reconocimiento facial a un tipo que murió hace cincuenta años?

Austin abrió la ancha puerta de la entrada, que era tan pesada que requería un buen empujón para abrirse. —¿Hasta qué punto

estamos seguros de que el de la foto es John Johnson?

PARTE III

EL REGRESO DEL PASADO

37

Karen descorchó una botella de champán en el momento en que se acomodó en lo que parecía ser su sitio habitual en la parte trasera de la limusina. —Por muy mal que estén las cosas —dijo—, y nunca han estado peor, mi madre querría que siguiera bebiendo. —Le sirvió una copa a Anna, le ofreció otra a Austin, que la rechazó con un gesto, y luego se sirvió una para ella misma. Tras colocar la botella en una cubitera sujeta a la pared, dijo—: Celebra cada día, solía decir mi madre, nunca sabes cuándo será tu última oportunidad.

—¿Adónde vamos? —preguntó el chófer, bajando el separador de cristal que había entre el asiento delantero y el trasero, con capacidad para seis personas.

—A nuestro banco, Brian.

El chófer esbozó una sonrisa. Rondaba la cincuentena, era asiático y tenía el pelo más blanco que Austin había visto en su vida. Incluso más blanco que el de Mack.

Se dio cuenta de que Austin se había fijado en él. —Ya se me estaba poniendo canoso de todas formas. Así que pensé: «¿Y por qué no hacer que destaque?». Antes era «Brian». Ahora soy *Brian, el del pelo más blanco del mundo*.

Karen se rio. —Brian solía conducir limusinas en Washington D. C.

—Trabajé para dos senadores —dijo él mientras arrancaba—, por no hablar de un congresista y unos cuantos lobistas. Y te diré una cosa con total sinceridad: había pensado en no volver a conducir nunca más antes de conocer a Eleanor.

—¿Por qué? —preguntó Anna.

—La mayoría me trataban como si fuera basura. Eleanor me trataba genial.

—¿Cuánto tiempo la llevaste? —preguntó Austin.

—Diez años.

—Cuéntales lo que me dijiste el otro día —dijo Karen, sorbiendo el champán.

Brian rio y los miró por el retrovisor. —Trabajé para demócratas y republicanos… y tienes que entender que en China, de donde son mis padres, no tenemos partidos políticos como los de aquí. Bueno, pues trabajé para demócratas y republicanos, y ambos eran unos capullos. Al menos conmigo. —Se rio—. A mí apúntame al partido político de Karen la Rica.

Karen soltó una carcajada. Demasiado fuerte. Austin pensó que, entre el champán y la conversación con Brian, estaba haciendo todo lo posible por evitar los horrores que se habían abatido sobre su familia recientemente. En ese momento, Junior iba de camino al depósito de cadáveres para hacer una identificación formal del cuerpo de Kyon. —El Partido de Karen la Rica —dijo para sí misma mientras se rellenaba la copa.

Austin no lo entendía.

Anna notó su expresión. —Vas a tener que explicárselo —le dijo a Karen—. Nunca ha usado internet.

—¿No sabes lo que es una «Karen»? —preguntó Karen.

Austin se encogió de hombros.

—Es una cosa de internet —dijo Brian—. Mis hijos me lo explicaron una vez que mi mujer se estaba quejando de que no podíamos meter nuestra propia comida en el cine.

—Es una señora de mediana edad como yo —dijo Karen—, que se cree con derecho a todo y se queja a los trabajadores de servicios como los camareros…

—O a los chóferes de limusina —intervino Brian.

—Y no es consciente de ello para nada —añadió Anna—. Hay webs enteras dedicadas al meme. «Karens desatadas» y cosas así. La gente graba vídeos de ellas quejándose y los cuelga en internet.

Austin negó con la cabeza. —Suena muy cruel. ¿Así que a todo el que se llama «Karen» se le tacha con ese insulto o meme o lo que sea?

Karen sonrió. —No es para tanto. Los mileniales necesitan objetivos entre los *baby boomers* porque tenemos la mayor parte del dinero.

Austin miró por la ventanilla mientras la limusina subía con suavidad por una colina empinada, pasando junto a un parque. Se sentía mejor que nunca por su decisión de evitar internet todo lo posible.

Karen se relajó en su asiento, con los ojos entrecerrados. Parecía que el champán estaba haciendo efecto. Austin se preguntó si también se habría tomado una pastilla o dos.

—Hay algo que quiero preguntarte —dijo Anna.

Karen cerró los ojos por completo. —Dispara. Total, el día no puede ir a peor.

—Hace unos días dijiste que te habías quedado a dormir esa noche para hablar con tu madre de un pequeño asunto económico.

Abrió un poco el ojo izquierdo. —No tiene nada que ver con Mack, ni con su muerte. De verdad, era una tontería. Ni siquiera sé por qué lo mencioné.

Brian se giró a medias y les guiñó un ojo. —No te pongas así, Karen.

—Eso no es ponerse así —dijo Karen. Le patinaban un poco las palabras.

Anna dijo: —Karen, ¿podemos volver a…?

—El dinero —dijo Karen, agitando una mano con desdén—. Era por el dinero que enviaba a una organización benéfica.

—¿Qué organización? —preguntó Anna.

—La Alianza de Agricultores de Saigón Este.

Austin se quedó helado. Saigón Este. En *Vietnam*. Anna ya estaba tecleando en el móvil.

—A medida que envejecía —continuó Karen, con las palabras arrastradas pero aún coherentes—, mi madre me pidió que supervisara más de cerca las finanzas familiares. Cada año revisaba todas las organizaciones benéficas a las que donábamos, ¿sabes? Tienes que recordar que, además de las grandes donaciones anuales, mi madre daba dinero a docenas de organizaciones más pequeñas por todo el mundo. Treinta mil por aquí, diez mil por allá.

Anna no levantó la vista del móvil. —¿Y qué tenía de especial la Alianza de Agricultores de Saigón Este?

—Nada, al principio. Mi madre llevaba décadas donándoles dinero, mucho antes de que yo me involucrara en las finanzas familiares. Solo quería cuestionar por qué donábamos un cuarto de millón al año a una pequeña cooperativa agrícola sin ánimo de lucro al otro lado del mundo.

Anna le pasó el móvil a Austin. —¿Un cuarto de millón al año, dices?

Karen volvió a agitar la mano, como si diera la conversación por zanjada. —Brian, cariño, por favor, despiértame cuando lleguemos al banco.

El móvil de Anna mostraba una página web sencilla con un logotipo en la parte superior en verde brillante:

Alianza de Agricultores de Saigón Este: Agricultura sostenible de nuestros corazones a tu mesa

Se desplazó hacia abajo, examinando el texto. Eran solo unos pocos párrafos, y no había enlaces ni páginas adicionales en ningún lugar del sitio.

Anna miró a Karen, que se había quedado quieta, y se inclinó para susurrarle a Austin al oído. —Hace unos años hice un reportaje sobre cómo los ricos utilizan organizaciones benéficas falsas para blanquear dinero. En algunos casos, crean organizaciones benéficas en otros países con leyes más laxas y luego donan el dinero a través de una sociedad instrumental estadounidense para, básicamente, ocultarlo en el extranjero.

Austin asintió. No quería decirlo en voz alta porque no estaba seguro de que Karen estuviera dormida. Pero aquella página web se parecía mucho al restaurante vietnamita en el que habían estado.

Mucho más que minimalista. No era el tipo de sitio al que se le dona un cuarto de millón de dólares al año. Austin no tenía ninguna duda de que las donaciones se estaban utilizando para ocultar algo turbio.

Y creía saber de qué se trataba.

Llegaron al banco cinco minutos antes de que cerrara.

Anna caminó del brazo de Karen para mantenerla estable. Si parecía que estaba bajo demasiada coacción, el banco podría no darle acceso a su propia cámara acorazada. Por suerte, el guarda la reconoció de inmediato y las condujo a la sala que contenía la caja de seguridad. A Anna y a Austin no les permitieron entrar, así que esperaron en el vestíbulo.

—Estar en un banco por la noche es raro —dijo Anna.

Austin asintió. —¿Estás pensando lo mismo que yo?

Anna se lo quedó mirando y se llevó teatralmente la punta de un dedo a la sien. —¡Oh, no!

—¿Qué?

—Resulta que no soy adivina. ¿En qué estás pensando?

Austin frunció el ceño. —La diminuta organización benéfica de Vietnam que recibe un dineral. Lo de que John no se suicidó, el restaurante vietnamita menos apetecible del mundo, sin un solo cliente, que da la casualidad de que sirve una comida increíble.

—¿Por eso querías que Samantha pasara la imagen de la escena del crimen por la IA de reconocimiento facial?

—No sé cómo funciona ese software, pero ¿no se pueden comparar dos fotos para ver si coinciden?

—Claro —dijo Anna—. Ese software existe desde hace al menos una década. Sin embargo, la foto de la escena del crimen… es antigua, de baja resolución y solo se ve de perfil. Además, a mí me pareció que se parecía lo suficiente a John Johnson.

El eco de unos pasos resonó por el banco, grande y vacío; unos tacones golpeaban el mármol mientras Karen aparecía con el guardia de seguridad. En brazos llevaba un pequeño montón de diarios.

De vuelta en la limusina, Karen le dio a cada uno la mitad de los diarios, todos del mismo estilo que los que Eleanor le había dado a Anna. De tela azul y con un rango de fechas marcado en la portada.

—Me voy a desmayar —dijo Karen—. Me tomé medio Ambien antes de que nos fuéramos. Despertadme cuando… bueno, nunca. Dejadme dormir y ya está.

Austin encendió la luz del techo mientras Anna abría un diario.

38

—¿Adónde? —preguntó Brian.

—¿Podría dar unas vueltas un rato? —preguntó Austin—. Todavía no estamos seguros.

—Dar vueltas es mi especialidad. Pulsen ese botón negro si necesitan algo. —Y subió el panel divisorio.

Anna pasó unas cuantas páginas. —Lo he encontrado. La semana en que murió John.

Mientras Brian conducía por el centro de Seattle, el interior del coche entraba y salía de las sombras a medida que la limusina pasaba bajo las farolas y junto a los letreros de neón.

Anna sostuvo el diario en su regazo y leyeron juntos.

17 de enero de 1971

Hoy, John ha emprendido su último viaje a casa. No volverá.

A veces reflexiono sobre los momentos que pasamos juntos. Me pregunto: ¿me arrepiento de haberme casado con un hombre por el que no sentía atracción, un hombre al que no amaba? ¿O sí lo amaba? Me he hecho esta pregunta cien veces y, ahora que se ha ido, tengo que admitir que nunca lo hice.

Era divertido, como un hermano enrollado. Y casarme con él fastidió a mi familia, lo cual, empiezo a pensar, era parte de la gracia.

Pero nunca lo amé.

Ahora que John se ha ido, puedo hacer lo que me dé la gana.

Solo tres personas lo saben. Solo tres personas pueden saberlo jamás. El propio John, Mack y yo.

Cuando aún estaba aquí, John me dijo que Mack sería siempre leal. Que forma parte de su personalidad, como la de un perro. Espero que así sea, y creo que lo es.

No me gusta cómo tuvo que suceder esto. Ojalá Simon no hubiera formado parte de ello, pero no había otra manera.

Vivimos en un mundo triste en el que nadie echará de menos a un jornalero, en el que la policía no investigará más porque no tiene a nadie que lo eche en falta, pero yo no he creado este mundo.

Heme aquí, mintiendo, incluso a mi diario.

La verdad es que estoy destrozada por que Simon tuviera que morir. Tampoco lo amaba, pero disfrutaba de su compañía. Era bueno conmigo. John dijo que lo hice solo para fastidiarle, pero había algo más que eso.

Todo ha terminado. John se ha ido y no volverá jamás.

Lo único que puedo hacer es intentar enmendar todo lo que él hizo, todo lo que yo hice.

Y no volver a hablar de ello nunca más.

39

Austin apagó la luz del techo mientras Anna cerraba el diario.

—Estoy hecha un lío —dijo Anna—. Se lee como una confesión de asesinato y, sin embargo...

—¿Tienes alguna idea de quién es Simon?

—Parece que tuvo una aventura con él, pero no creo que su nombre haya aparecido en ninguna de las otras entradas del diario que he leído.

Austin lo sopesó. —¿Tienes hambre?

—Un poco. ¿Por qué?

—¿Qué te parece si comemos algo de comida vietnamita?

—No estarás sugiriendo que volvamos a...

—La comida *estaba* deliciosa.

Anna cerró el diario. —¿Pero por qué allí?

—Tengo un presentimiento sobre algo y... —Austin dio unos golpecitos en el separador—. Parece que Karen está profundamente dormida aquí detrás. ¿Podríamos dejarla en su casa y que luego nos llevara a otro sitio?

—No estoy dormida —masculló Karen, sus primeras palabras en mucho tiempo. Bostezó—. Llévame a casa de mi madre y luego lleva a estos dos adonde quieran ir. —Su voz sonaba como si tuviera la boca llena de canicas—. Soy generosa, como mi madre. No soy ninguna *Karen*.

Avanzaron en silencio mientras Anna hojeaba el diario, leyendo a la luz de su móvil.

Austin le daba vueltas a las entradas que ya habían leído. No podía quitarse de la cabeza la idea de que el muerto de la fotografía no era John Johnson en absoluto. Volvía una y otra vez a los calcetines blancos que llevaba el muerto en la foto del escenario del crimen. Quizá habían matado a otra persona, la habían vestido con uno de los elegantes trajes de Johnson, pero se habían olvidado de los calcetines. Y si estaba en lo cierto, quizá fuera el «Simon» que Eleanor había mencionado. Pero si eso era verdad, ¿dónde estaba John?

Mientras se acercaban a la mansión, el teléfono de Austin sonó.

—Austin, soy Samantha.

—Espera un segundo.

Karen intentaba mantenerse en pie tras salir del coche. Brian saltó del asiento del conductor y empezó a guiarla por el camino hacia la casa. Austin tocó el teléfono para poner el altavoz.

—Samantha, estoy aquí con Anna.

—Hola, Anna.

—Dime que has encontrado algo interesante. —Austin contuvo el aliento.

—He pasado la fotografía del periódico por tres IA diferentes. Es antigua, en blanco y negro y no tiene una resolución especialmente alta. Y las cosas siempre son más difíciles cuando no tienes una cara completa. Cuando solo tienes una vista de perfil, la precisión es menor. Pero la nariz y la mandíbula suelen ser suficientes para proporcionar indicadores clave de coincidencia.

Anna miró a Austin y articuló sin sonido: —¿De qué está hablando?

Austin se encogió de hombros.

—Vale, ya veo que os estoy perdiendo. A lo que iba. He comparado esa foto con otras cinco que estamos seguros de que son de John Johnson. El tipo muerto de la foto es otra persona.

—¿Alguna idea de quién? —preguntó Anna.

—Ni idea. He pasado su foto por varias bases de datos y nada. Se parece a Johnson, pero no es él. La mandíbula en particular.

Brian volvió al asiento del conductor. —Karen me ha hecho prometer que ni un rasguño. Su madre tenía una obsesión con las mascotas, ella la tiene con esta limusina.

—Al pequeño restaurante de Huế —dijo Austin, antes de subir el separador. No quería que Brian supiera lo que habían descubierto. Alguien tendría que darles la noticia a Karen y a su familia, y Austin sentía que les debía el hacerlo él mismo.

—Hay más —dijo Samantha—. Revisa tu correo. He metido las imágenes conocidas de Johnson en un creador de imágenes compuestas y luego lo he envejecido. Te he enviado tres versiones diferentes de qué aspecto podría tener ahora.

Austin no se lo había pedido, pero se alegró de que lo hubiera hecho. —Eres increíble, Samantha.

—Esos programas son la leche de divertidos. Puedo ponerlo calvo o con barba, delgado o gordo, moreno o pálido. Saca docenas de versiones diferentes. Te habría petado el correo si te las hubiera mandado todas.

—¿Has comparado esas fotos envejecidas con...?

—Ya lo he hecho. Nada. Tenemos el sistema LightningClick, que incluso las cruza con las bases de datos de redes sociales existentes. Si hay una fotografía de un John Johnson adulto en internet, lo más probable es que haya hecho algo para cambiar de aspecto.

Austin le dio las gracias y colgaron.

—O es posible que se haya estado escondiendo en un país extranjero —dijo Anna—, evitando por completo que le hicieran fotos.

—Un país como Vietnam —convino Austin.

—Secretos —dijo Anna—. Los reporteros siempre tienen una doble lealtad. Por un lado, quieren publicar todo lo que saben en su periódico, revista o programa de televisión. A veces en Twitter. Por otro, les gusta guardarse algunas perlas para usarlas luego para vender libros. Estaba claro que Eleanor Johnson se guardaba un bombazo para sus memorias.

Austin asintió. —¿Crees que iba a contártelo?

Anna lo sopesó. —Supongo que me estaba preparando el terreno. Por algo guardaba ciertos diarios en una caja de seguridad.

Por esa última entrada del diario se nota que se sentía mal por lo que pasó. Suponiendo que Simon sea el muerto de la foto, vivió con el secreto de que John estaba vivo y... un momento, ¿por qué vamos a Little Huế?

A Austin se le había ocurrido una teoría que lo explicaba todo. —Si tú fueras John Johnson, vivo y coleando cuando todo el mundo te daba por muerto, y solo dos personas de tu antigua vida supieran que estabas vivo —Eleanor y Mack—, y si tu imagen se hubiera rehabilitado gracias a los esfuerzos de tu mujer...

Anna le cortó. —Hay bibliotecas con su nombre, parques públicos...

—Exacto. Ahora eres mayor... tendría setenta y tantos. Y todo este tiempo has estado viviendo en Vietnam, leyendo los periódicos de Seattle, viendo crecer a tus hijos, viendo cómo tu mujer se convertía en un miembro querido de la alta sociedad de Seattle.

—Lo que *se considera* alta sociedad —intervino Anna—, pero sigue.

—El caso es que, entonces, te enteras de que tu querida exmujer está trabajando en unas memorias, de que planea sincerarse sobre todo...

—Pero ¿cómo pudo enterarse de eso? —preguntó Anna.

—Por Mack. Es evidente que tenía un vínculo con John. Y el diario dice que él era el único que también lo sabía. Así que John y Mack podrían haber estado en contacto todo este tiempo.

—O sea, que Mack le dice a John que Eleanor está escribiendo unas memorias. Que va a confesar.

Brian bajó un poco el panel separador. —Ya casi hemos llegado. ¿Les dejo justo delante?

Austin asintió. —Gracias.

Anna le tocó el hombro. —Pero ¿cómo pudo convencer a Mack para que matara a Eleanor? Entiendo que Mack pudiera ser leal, que tuvieran un *vínculo forjado en la guerra*, o lo que sea que digáis los hombres, pero trabajó para ella cincuenta años.

—Pero ¿recuerdas lo que dijo Mack? Dijo que lo hacía por la familia. Creo que, para él, no solo protegía a John, sino también a los hijos. Si Eleanor confesaba que John estaba vivo, eso llevaba al

tipo muerto de la foto. Simon. ¿Quién era? ¿Quién lo mató? Por no mencionar que a John ya lo estaban investigando por otro asesinato justo antes de morir. El asesinato no prescribe. Podría haber arruinado a la familia.

Anna parecía escéptica. —Vale, pero...

—Hay algo más. ¿Recuerdas la foto de la nieta de Mack?

—En Vietnam. ¿Puede que John amenazara a Mack? ¿Que la amenazara a ella?

—Es una teoría.

La limusina aminoró la marcha y Austin bajó la ventanilla. El restaurante estaba desierto a excepción de un Suburban negro, con el motor al ralentí, delante. Austin señaló. —Y ahora también sabemos quién nos ha estado siguiendo.

Bajó el panel separador. —Brian, ¿hay alguna posibilidad de que podamos quedarnos por aquí un rato?

40

Austin sacó el móvil sin apartar la vista del Suburban.

Abrió el correo, encontró el mensaje de Samantha y se lo pasó a Anna. —Echa un vistazo a las imágenes. A lo mejor tenemos suerte y lo reconoces.

—¿Y por qué iba a reconocerlo?

Austin se lo pensó. —No lo sé. Pensé que, como habías estado investigando a Eleanor, sus negocios, sus organizaciones benéficas y todo eso… Quizá se coló de vuelta en Estados Unidos, o puede que ella volara a Vietnam y…

—Las donaciones. La Alianza de Agricultores de Saigón Este.

Para Austin no había tenido sentido que John aceptara abandonar su vida, su familia y su país. Pero ahora sí lo tenía. —Lo más probable es que fuera a la cárcel si se quedaba en Estados Unidos.

—¿Y qué es mejor —preguntó Anna—: la cárcel en Estados Unidos o vivir a cuerpo de rey en Vietnam con el dinero que tu exmujer envía a una organización benéfica fantasma durante el resto de tu vida?

Austin bajó el panel divisor y se cambió al asiento más cercano.

Brian levantó la vista del móvil.

—Brian, ¿puedo confiar en ti?

—Claro que puedes.

—Quiero decir, voy a contarte algunas cosas y no quiero que se las digas a ningún miembro de la familia de Karen, ni a la propia Karen. No porque no tengan derecho a saberlo, sino porque necesito ser yo quien se lo diga.

Brian asintió, pensativo. —Vale, pero si es algo que la ponga en peligro…

—No lo es —dijo Austin—. Pero la cosa podría ponerse un poco peliaguda. ¿Ves ese restaurante?

Brian bajó la ventanilla. —Apenas. No es que llame mucho la atención, ¿eh?

—Creo que una banda de criminales tiene retenido a Mack allí.

—He trabajado en Washington D. C. —Brian sonrió—. Estoy acostumbrado a los criminales.

A Austin le cayó bien este tipo. Con la mirada saltando de la puerta de Little Huế al todoterreno, le explicó la situación a Brian. Este asentía como si fuera perfectamente normal que el padre de su jefa —a quien se daba por muerto desde hacía cincuenta años— estuviera vivo, en perfecto estado y posiblemente dirigiendo una trama criminal desde un restaurante vietnamita de tres al cuarto.

A continuación, Austin recuperó el móvil de manos de Anna y llamó a la jefa Jackson. La llamada saltó directamente al buzón de voz, así que, en su lugar, empezó a teclear un mensaje de texto.

Estaba a punto de enviar el mensaje cuando le sonó el móvil.

—Austin —ladró ella—, ¿me ha llamado?

—Hola, jefa Jackson. Tengo noticias.

—Y yo.

Hizo una pausa incómoda, sin dejar de mirar el Suburban al ralentí. —Eh… ¿qué tal si empieza usted?

—Estoy ocupada, neoyorquino, dirigiendo una ciudad. ¿Para qué me ha llamado?

—Creemos que John Johnson está vivo. Fingieron su muerte.

Hubo una larga pausa.

Austin puso la llamada en altavoz. —Jefa Jackson, ¿sigue ahí?

—Aquí sigo, solo intentando decidir cuánto contarle.

Austin miró a Anna, que enarcó una ceja. —¿Contarme sobre qué?

Jackson suspiró. —Ridley ha dicho que puedo confiar en usted, así que lo haré. Primero, ¿cómo ha descubierto que Johnson seguía vivo?

—¿Descubrirlo? ¿Así que ya lo *sabía*?

—Mi gente lo ha averiguado hoy mismo.

—Software de inteligencia artificial de reconocimiento facial. Uno de los técnicos de Ridley ha analizado la foto del lugar del crimen. Sin duda, se parece a él, pero ese no es su cuerpo. Supongo que usted lo ha descubierto de la misma manera, ¿no?

—Para nada —dijo Jackson—. No puedo contárselo todo. Pero digamos que mi departamento lleva un año investigando una red de contrabando de fentanilo en Seattle. Sabíamos que entraba por la frontera sur de China hacia Vietnam y desde Vietnam al puerto de Seattle. Una empresa de importación vietnamita, propiedad de un hombre llamado Min Hui que vive en Vietnam. No estamos hablando de Pablo Escobar, pero es como un minicártel de la droga vietnamita, aquí mismo, en Seattle. Para abreviar, mis agentes detuvieron a un tipo la semana pasada por un asunto que no venía a cuento. Nos dijo que podía entregarnos a Min Hui. Que Min Hui estaba en la ciudad en este mismo momento. Nos dijo que John Johnson —muerto desde hace cincuenta años— *era* Min Hui. Lleva años metiendo fentanilo de contrabando en mi ciudad. Antes de eso, heroína. Y antes, opio. Desde los años setenta.

Austin tragó saliva con dificultad. El Suburban que esperaba al ralentí al otro lado de la calle se había vuelto de repente un poco más intimidante.

—Creemos que fue su gente la que secuestró a Mack, y es probable que tuviera algo que ver en la muerte de Eleanor.

—Así es —dijo Austin—, y… —Dejó la frase en el aire cuando la puerta del conductor del Suburban se abrió. Un hombre con un traje negro se bajó y caminó lentamente hasta la parte trasera para abrir la puerta. Dejándola abierta, volvió a subirse delante.

—Lo que no sabemos —dijo Jackson— es dónde demonios está. Min Hui. John Johnson.

—Quizá pueda ayudarla con eso. Le estoy enviando una dirección por mensaje.

Austin colgó y empezó a teclear el nombre y la dirección del restaurante.

—Austin —dijo Anna—, ¿recuerdas que esperabas que reconociera alguna de las imágenes envejecidas de John Johnson que envió Samantha?

Austin tecleaba despacio. Sus pulgares no eran más grandes de lo normal, pero nunca se había acostumbrado a escribir en una pantalla tan pequeña. —Sí —dijo, enviando el mensaje.

—Pues mira hacia arriba. Acaba de salir del restaurante.

41

Cuando Austin levantó la vista, lo único que vio fue una calva que desaparecía en el interior del Suburban. Echó mano a la puerta.

—No lo hagas —dijo Anna.

Antes de que pudiera responder, otro Suburban aparcó detrás del primero. Este era plateado, con las mismas ventanillas tintadas que el otro. Mack salió del restaurante con dos hombres detrás que le sujetaban cada uno por un brazo. Lo metieron de un empujón en el asiento trasero del Suburban plateado.

—Espera aquí —dijo Austin, abriendo la puerta de un tirón.

Cruzó la calle corriendo y le cortó el paso al Suburban negro antes de que pudiera arrancar. El vehículo se detuvo bruscamente a escasos centímetros de su pecho. A través del parabrisas, vio a los dos hombres de antes. Lo miraron perplejos, como si acabaran de descubrir un animal exótico en la selva.

Con las manos apoyadas en el capó aún caliente, Austin permaneció allí durante lo que pareció una eternidad. Probablemente solo fueron cinco segundos. Si el que se había metido en el asiento trasero era John Johnson, no pensaba dejar que se escapara de ninguna de las maneras antes de que llegaran Jackson y la policía de Seattle.

El conductor se giró ligeramente, al parecer para escuchar a alguien que le hablaba desde el asiento trasero.

Entonces, la ventanilla trasera bajó.

Austin rodeó con cautela el lateral del SUV y se encontró con el rostro bronceado de John Johnson.

Al menos, eso supuso. La nariz de John era chata y ancha, pero este hombre tenía una nariz afilada y huesuda, propia de una caricatura. Probablemente, una mala operación de cirugía estética realizada poco después de su desaparición. John había sido bastante pálido, algo típico en el noroeste del Pacífico. Este hombre estaba muy bronceado. E incluso en las versiones más delgadas de las imágenes envejecidas que Samantha había creado, Johnson no era tan enjuto. Su rostro parecía esculpido en granito y aparentaba diez años menos de los que tenía.

—Señor Austin —dijo, con ese extraño acento de un estadounidense que ha vivido décadas en el extranjero. Era como si el inglés se hubiera convertido en su segunda lengua y, al hablarlo, su voz a veces volviera a los patrones que había aprendido de niño, pero otras adoptara los tonos y patrones del vietnamita.

—Min Hui —dijo Austin.

No se inmutó. —Por favor, llámeme John. Aunque tengo curiosidad, ¿cómo sabía mi nombre?

—¿Cómo sabía usted el mío? —preguntó Austin.

—Lleva una semana inmiscuyéndose en mis asuntos. —Lo examinó de arriba abajo—. No sé si va armado, señor Austin. Pero le aseguro que mis hombres sí lo están. Podría haberles ordenado que lo atropellaran, pero es lo bastante inteligente como para saber que no debe atacar a un hombre con cinco guardias armados.

Austin no veía muchas películas, pero de vez en cuando disfrutaba de alguna de acción en la que un solo policía o militar acababa con toda una banda armada. Las disfrutaba porque eran fantasía, con poca conexión con la vida real. Sí, llevaba su arma oculta bajo la chaqueta, pero en ese momento lo mejor que podía hacer era ganar el tiempo suficiente para que llegara la policía de Seattle.

—Deje ir a Mack —dijo.

Johnson sonrió. —¿Qué le hace pensar que no quiere estar aquí?

—Vi a sus hombres meterlo de un empujón en el SUV. Supongo que le obligó a matar a Eleanor, que lo chantajeó. Que amenazó a su nieta.

—Sabe menos de lo que cree.

—¿Me equivoco?

Johnson no respondió. En lugar de eso, se rascó la barbilla huesuda, como si estuviera sumido en sus pensamientos. —He oído que es usted un detective tenaz, señor Austin. Así que permítame darle un consejo. Quizá debería dedicar menos tiempo a inmiscuirse en asuntos que no le conciernen y más a gestionar los suyos propios.

Aquello lo pilló con la guardia baja. *¿De qué demonios estaba hablando?*

Johnson le leyó la expresión del rostro, que él había intentado disimular. —Su esposa —dijo Johnson—. Fiona. Pensaría que un detective tan bueno como usted trabajaría día y noche para averiguar qué le ocurrió.

Austin olió a alquitrán caliente. Se le filtró en la boca, como si le estuvieran aplastando la cara contra el asfalto recién puesto en un día de cuarenta grados en Virginia. Era puro odio. —¿De qué demonios está hablando?

—Oh, no se altere tanto —dijo Johnson—. Le prometo que no tuve nada que ver, personalmente. Pero las noticias vuelan. Una fiscal prometedora no muere asesinada sin que la gente se pregunte quién lo hizo. Gente de su bando y del mío.

Austin metió las manos por la ventanilla y agarró la solapa del traje de lino beis de Johnson. Un instante después, el guardaespaldas sentado a su lado sacó una del calibre 45 del cinturón y le apuntó a la cabeza.

Johnson se rio:

—Ambos sabemos que no va a hacer nada. Por suerte para usted, aborrezco la violencia de cualquier tipo.

Austin echó un vistazo al hombre de la pistola, quien no parecía compartir la aversión de Johnson a la violencia. Austin no podía estar seguro, pero las cicatrices de las mejillas y la mueca de

desprecio de sus labios le hicieron pensar que era la clase de tipo que disfrutaría apretando el gatillo.

Austin soltó la solapa de Johnson y retrocedió lentamente hacia la acera. Estaba mareado, a punto de desmayarse. Se tambaleó hacia atrás y se agarró a una señal de tráfico para mantenerse en pie.

La ventanilla de Johnson se subió lentamente, dejando a Austin frente a su propio reflejo en el cristal. Apenas se reconoció. Oír el nombre de su mujer en boca de un narcotraficante al que se daba por muerto desde hacía cincuenta años lo había sacudido de una forma que no creía posible.

El Suburban negro se alejó. El plateado lo siguió.

42

Austin reaccionó y cruzó la calle corriendo. Anna abrió la puerta de golpe cuando él llegó a la limusina.

—Brian —dijo Austin, cerrando la puerta de un portazo—, ¿has estado alguna vez en una persecución?

Brian se pasó una mano por su pelo blanquísimo. —No, pero no le hago ascos a la idea.

—Entonces, vamos.

—¿Son esos los cabrones que mataron a Eleanor? —preguntó Brian.

—Sí, son ellos —dijo Austin.

La limusina arrancó bruscamente mientras Brian salía chirriando ruedas y giraba en seco para seguir la ruta de los Suburban.

Austin dijo: —Creo que Mack es más un rehén que otra cosa.

—Pareces afectado —dijo Anna—. ¿Qué ha pasado?

Austin no quería contarle lo que Johnson había dicho sobre Fiona. Por un lado, no estaba seguro de lo que significaba; por otro, no se creía que hubiera ocurrido.

—Ya te lo contaré —dijo—. De momento, llama a Jackson, dile dónde estamos y describe los vehículos que perseguimos. No estamos equipados para manejar esto.

—¿Iban armados? —preguntó Anna mientras sacaba el móvil.

—Hasta los dientes. Pon el manos libres cuando la tengas.

Brian sorteaba el tráfico con destreza, sobre todo teniendo en cuenta que conducía una limusina. Señaló hacia delante. —¿Son esos, verdad?

El techo del Suburban plateado era visible por encima de los coches que los precedían.

—Sí —contestó Austin—. No te acerques demasiado. A unos cuantos coches de distancia está bien. A ver qué hacen.

Jackson respondió a la llamada de Anna. —Jefa Jackson, soy Anna Downey. Estoy aquí con su exdetective favorito.

—¿Qué ocurre?

—Los sospechosos se han ido del restaurante y se dirigen al noroeste, saliendo de Little Saigon hacia el centro. John Johnson va en un Chevy Suburban negro. Mack está en un Suburban plateado que lo sigue.

—Acabamos de meternos en Alaskan Way —gritó Brian desde el asiento delantero.

—Un momento —dijo Jackson. Con la voz apagada, Austin pudo oírla hablar con otra persona, probablemente informando de la ubicación de los Suburban a una patrulla cercana—. ¿Qué más? —preguntó.

—¿Eso va por mí? —preguntó Austin.

—¡Sí, hable!

—Creo que Johnson chantajeó a Mack para que matara a Eleanor.

—Ahórrese la historia —zanjó Jackson—. ¿Qué hay de los hombres que van en los vehículos? ¿Algo más sobre ellos?

Austin maldijo entre dientes. Había estado tan distraído por la mención de Fiona que no había memorizado la posición de cada uno de los hombres de Johnson. —Van fuertemente armados, creo. Podemos dar por sentado que hay dos o tres matones en cada vehículo.

—Estamos en ello —dijo Jackson—. Y, por el amor de Dios, no debería tener que decir esto, pero sé que es necesario: *no* se les acerque. No haga *nada*. Como me provoque un tiroteo en el centro...

—Vamos unos cuatro coches por detrás del segundo todoterreno. No tengo el número de matrícula, pero...

—No se acerque más. Tengo gente en camino. Y vuelva a llamarme si se desvían de Alaskan Way.

Austin colgó. A través del parabrisas podía distinguir el Suburban plateado. Y, de vez en cuando, veía el negro en el que iba Johnson asomar por delante. No iban a gran velocidad ni conducían de forma agresiva. Simplemente se dirigían al norte por Alaskan Way, como si fueran al centro o quizá a la terminal del ferri.

Brian preguntó: —¿Sigo detrás de ellos?

—Sí —dijo Austin.

Lo miró por el retrovisor. —¿Dijiste que iban armados?

—Espero que no sea un problema.

Brian lo sopesó un instante. —¿Seguro que mataron a Eleanor?

—Seguro.

—Entonces, qué va, no es ningún problema. Puedo con una persecución a baja velocidad. Solo he estado una vez en una situación de alta velocidad, y en esa ocasión se invirtieron las tornas. —Cambió de carril para adelantar a un camión que les había tapado momentáneamente la visión de los Suburban—. Es una historia curiosa. El senador para el que trabajaba tenía una aventura. Un par de ellas, en realidad. Los periódicos se enteraron y los paparazzi lo acosaban día y noche. No es que apruebe las aventuras, pero me importa un bledo con quién se acuesta un político. Resumiendo, que acabé protagonizando una persecución a toda velocidad por D.C. con una manada de periodistas pisándome los talones.

Anna se rio. —¿Ganaste? Quiero decir, ¿consiguieron las fotos que buscaban?

—Joder, claro que gané.

—Ahí —dijo Austin, señalando. Dos coches se habían interpuesto entre ellos y los Suburban. Austin supo que eran coches de policía camuflados por las múltiples antenas de radio y las matrículas especiales, solo con números.

—¿Por qué no van con las sirenas a todo volumen? —preguntó Anna.

—Probablemente estén esperando refuerzos. O quizá a llegar a un lugar más seguro, con menos peatones.

—Los estadios están más adelante —dijo Anna—. No hay ni fútbol ni béisbol esta noche. Es una especie de barrio postindustrial desierto cuando no hay partidos. Ahora podría ser un buen momento.

Austin estuvo de acuerdo. La imponente estructura del CenturyLink Field, hogar de los Seattle Seahawks y sede de los mayores conciertos de la ciudad, se alzaba ante ellos, pero las amplias calles estaban oscuras. El Suburban plateado seguía al negro a unos doce metros y los dos coches de policía camuflados los seguían de cerca.

El coche que iba justo detrás del SUV plateado se iluminó de repente, no con la típica sirena del techo, sino con luces estroboscópicas azules y blancas ocultas en el frontal.

—No son suficientes —dijo Austin—. Joder. A no ser que tengan más coches por delante...

—No los tienen —dijo Brian—. Lo veo desde aquí. A menos que les estén cortando el paso varias manzanas más adelante, lo cual es imposible.

Los Suburban no cambiaron de rumbo. No aceleraron. Y, desde luego, no redujeron la velocidad.

Pasaron los estadios y, una manzana después, entraron en la zona más turística de Seattle, a solo un kilómetro escaso del ferri y del paseo marítimo.

El tráfico seguía siendo ligero, pero las amplias calles de la zona industrial habían dado paso a otras más estrechas. Más adelante, empezaba a formarse la cola para el ferri. Ahora, ambos coches de policía llevaban las luces encendidas, pero los Suburban seguían adelante.

—Esto va a acabar mal —dijo Austin.

—¿Cuál es el protocolo en una situación como esta? —preguntó Anna.

No tuvo tiempo de responder. El Suburban plateado llegó a la zona de tráfico atascado y giró bruscamente a la izquierda por un

callejón que se dirigía hacia el agua. Parecía que el Suburban negro ya había hecho el mismo giro.

Los coches de policía los siguieron, con las luces reflejándose en las paredes del callejón.

—Síguelos —dijo Austin.

Brian ya estaba en ello. Pisó a fondo para entrar en el callejón y, tras un amplio giro a la derecha, salió derrapando de él. Se habían quedado rezagados tras los coches más pequeños, pero todavía los tenían a la vista.

—Vamos a toparnos con la cola del ferri —dijo Anna—. Y con los peatones. Esto se va a poner feo.

Ya se estaba poniendo feo. Bajo el resplandor de las farolas, Austin vio el Suburban negro con el plateado justo detrás. Ambos estaban frenando al acercarse a una larga fila de coches, pero en lugar de detenerse, se desviaron a la izquierda, subiéndose a una acera, y luego serpentearon por un tramo de acera en obras acordonado con cinta naranja.

Los dos coches de policía los siguieron.

—No los sigas —dijo Austin—. La limusina no pasará por ahí...

Brian ya lo sabía, pero, en lugar de rendirse, dio un volantazo a la derecha, metiéndose en el carril contrario. Sonaron bocinas y destellaron luces, pero los coches que venían de frente consiguieron apartarse y dejarle paso.

Austin observó los Suburban.

Todavía serpenteando entre vehículos de obra y arrollando conos de tráfico, lograron pasar la terminal del ferri. El tráfico disminuyó y el Suburban que iba en cabeza se reincorporó a la carretera principal.

Justo cuando el plateado hacía lo mismo, el coche de policía aceleró, adelantó al Suburban y se le cruzó bruscamente para cerrarle el paso. El Suburban dio un volantazo, pero rozó al coche de policía, hizo un trompo y colisionó de frente contra un enorme pilar de hormigón. El coche de policía frenó en seco y dio un volantazo para esquivarlo, lo que provocó que el coche que lo seguía lo embistiera por detrás.

Ya en carretera abierta, el Suburban que iba en cabeza se había quedado solo.

Brian se metió en el carril de la derecha del todo y luego atravesó un cruce a toda velocidad. Cruzó la mediana y se incorporó de nuevo al carril izquierdo, a apenas cien yardas del Suburban negro.

Austin se giró para mirar el accidente por la luna trasera. Mientras se alejaban a toda velocidad del lugar, a Austin le pareció ver el pelo blanco de Mack saliendo del Suburban accidentado, con las manos en alto mientras caminaba lentamente hacia los agentes.

43

—¿Puedes alcanzarlo? —preguntó Austin.

—¿*Debería* alcanzarlo? —intervino Anna, antes de que Brian pudiera responder.

Brian los miró por el retrovisor. —En momentos como este, me planteo qué querría mi jefa que hiciera. Como está inconsciente en casa, no creo que sea el momento adecuado para llamarla. A menos que me equivoque, su padre está en ese Suburban. El que ella creyó que llevaba muerto toda su vida.

—Y resulta —añadió Anna— que ha estado traficando con drogas a través del mercado de Pike Place durante décadas. Por no mencionar que le ordenó al querido chef de la familia que asesinara a su madre.

Brian pisó el acelerador, y la limusina dio un tirón hacia delante.

Austin le indicó a Anna con la cabeza que usara el móvil, pero ella ya lo estaba haciendo. Jackson contestó al instante.

—Antes de que digas nada —dijo Anna, apresuradamente—, no hemos tenido nada que ver con el accidente.

—¿Qué accidente? —espetó Jackson.

—Olvida eso —dijo Austin—. John Johnson va ahora en dirección norte por Alaskan Way. Unas manzanas más allá de los ferris.

—Entendido —dijo Jackson antes de colgar.

Brian preguntó: —¿Qué hago?

—Tú síguelos —dijo Austin—. No hagas ninguna locura. Jackson enviará refuerzos. Sencillamente, no los perdamos de vista.

Durante tres manzanas, Brian se mantuvo a unos cincuenta metros por detrás, sorteando los escasos coches y saltándose los semáforos en rojo cuando era necesario para no perder de vista al Suburban.

En un semáforo, el Suburban giró bruscamente a la izquierda, cruzó las vías del tren y se dirigió hacia el agua.

—Ahí abajo no hay nada —dijo Anna—. ¿Adónde demonios irán?

Cruzaron las vías y después siguieron al Suburban por una estrecha vía de servicio que discurría paralela al agua.

—Los muelles Miller —dijo Anna de repente.

—¿Qué es eso?

—Un puerto deportivo privado que hay por aquí. Es... complicado. Unos pocos barcos, pero con una situación legal turbia.

—¿Crees que Johnson podría tener un amarre aquí?

—Supongo que se dirigirán hacia aquí por alguna razón —dijo Anna.

—Si llegan al barco... —dijo Brian.

No hizo falta que terminara la frase. La mente de Austin iba a mil por hora. —¿A qué distancia está el puerto deportivo?

—Un kilómetro y medio, más o menos —dijo Anna.

Austin tragó saliva. —Si el jefe Jackson pregunta, nada de lo que está a punto de suceder ha ocurrido jamás.

—No me gusta cómo suena eso —dijo Brian—. Le prometí a Karen que no sufriríais ni un rasguño.

—No te preocupes —dijo Austin, sacando su pistola—. Si esto funciona, no será *tu* vehículo el que sufra el rasguño. Pégate todo lo que puedas al lado izquierdo de la carretera.

Austin bajó la ventanilla mientras Brian viraba lentamente hacia la izquierda. Solo iban a unos cincuenta kilómetros por hora en la sinuosa y estrecha carretera que se ceñía a la forma de la bahía, pero el viento frío le echó el pelo hacia atrás y le escoció en los ojos. Una densa niebla flotaba sobre el agua y envolvía la carretera en una bruma gris. No había farolas, pero pudo distinguir las luces

traseras del Suburban a unos cuarenta metros. —Ahora, acelera, acércate todo lo que puedas.

Brian pisó el acelerador.

—¿Seguro que quieres hacer esto? —preguntó Anna.

Austin ignoró la pregunta. Con la rodilla apoyada en el asiento, sacó los brazos y los hombros por la ventanilla, con la pistola en alto. —¡Pisa a fondo! —gritó.

Brian pisó el acelerador a fondo, pero cayeron en un bache al tomar una curva. Austin se zarandeó, golpeándose la espalda contra el techo, y casi salió despedido por la ventanilla. Anna le agarró la pierna.

El Suburban había reducido la velocidad a medida que las curvas de la carretera se sucedían. Aquella era su oportunidad.

Tras estabilizarse, Austin apuntó al neumático trasero izquierdo. Disparó una sola vez. Falló y la bala impactó en la carretera. Tomaron una curva, y luego otra, y el Suburban aparecía y desaparecía a medida que la niebla se espesaba y se disipaba.

Finalmente, salieron a una larga recta.

—Esa es la puerta de entrada —gritó Anna.

Austin ya la había visto. Era una valla de tela metálica alta que no parecía tener vigilancia. Pero sí tenía una puerta pesada, que lo más probable es que se abriera con mando a distancia, como las que se usan en muchos puertos deportivos pequeños.

El Suburban había acelerado y estaba a más de setenta metros.

Austin volvió a apuntar y disparó.

Casi al instante, el Suburban se desvió bruscamente a la derecha al reventar el neumático trasero izquierdo. Redujo la velocidad, pero no se detuvo.

—Acelera —le gritó a Brian.

Ahora le estaban ganando terreno al Suburban y Austin disparó de nuevo, reventando esta vez el neumático trasero derecho. El metal chirrió contra el hormigón y el Suburban dio un bandazo, desviándose bruscamente a la izquierda como si el conductor hubiera corregido en exceso el volante. Se salió por el terraplén en dirección al agua y se estrelló en una zanja.

—¡Para! —gritó Austin, metiendo de nuevo el torso en la limusina.

—Estamos cerca —dijo Anna—. ¿Por qué…?

—¡Para!

Brian pegó un frenazo.

—Quedaos aquí. Van armados. El único que lleva pistola soy yo. Volved a llamar a Jackson. A ver dónde coño se han metido. No salgáis de la limusina.

Saltó del coche y corrió a toda velocidad hacia el Suburban accidentado. De la zanja salía humo que se mezclaba con la niebla y cubría la carretera.

En el mejor de los casos, todos habrían quedado inconscientes. Vivos, pero incapacitados. No se permitió imaginar otra posibilidad.

Se detuvo en la carretera, sobre la zanja. Un metro más abajo, el Suburban estaba empotrado contra un talud. El parabrisas delantero había saltado por los aires, pero, en general, el vehículo había aguantado bastante bien el choque.

Vio movimiento.

John Johnson había logrado salir del asiento trasero y ya estaba a casi treinta metros, corriendo hacia una puerta lateral del puerto deportivo.

Austin estaba a punto de salir tras él, pero justo cuando bajaba por el terraplén, otra figura salió del Suburban. El guardia de las mejillas con cicatrices y el ceño fruncido perpetuo.

Por suerte, el hombre estaba de espaldas a Austin y su primer impulso fue seguir a Johnson. Austin cargó colina abajo, con el hombro por delante, y le dio en la parte baja de la espalda.

Cayeron de bruces en la tierra, pero el hombre le soltó un codazo que le dio a Austin en la mandíbula con un sonoro crujido. Luego, el hombre se levantó de un salto, más rápido de lo que debería haber podido, dado el golpe que Austin acababa de propinarle. El hombre buscó su pistola, pero no estaba allí. Su ceño fruncido desapareció por primera vez, reemplazado por una expresión de confusión.

—Se le debe de haber caído en el accidente —dijo Austin, mirándolo desde el suelo—. Es el problema de guardar un arma de fuego de forma incorrecta. Una funda de verdad y ahora mismo

estaría muerto. La guarda en la cintura como en las películas y, bueno… —Austin sacó su pistola y la levantó lentamente—. Manos a la cabeza.

El hombre echó un vistazo al asiento trasero, pero obedeció.

Austin miró rápidamente al asiento del conductor. El chófer parecía haberse desmayado en el choque. Poniéndose en pie, aún apuntando al hombre con la pistola, abrió el maletero. En la zona de carga encontró cinta americana, que usó para atarle las muñecas al guardia. Usó el resto del rollo para sujetarlo al parachoques. A continuación encontró la cuarenta y cinco del hombre, vació el cargador y se metió el arma en el bolsillo de los vaqueros.

Sin mediar más palabra, echó a correr en dirección al puerto deportivo.

44

Johnson ya había cruzado una puerta lateral y se había adentrado en la zona oscura y abierta de la marina. Se dirigía hacia el agua, donde un único muelle se adentraba unos cien metros en la bahía, con tres o cuatro pequeñas pero lujosas embarcaciones a cada lado.

Al llegar a la puerta, Austin frenó en seco. Cerrada.

La valla de tela metálica que rodeaba la marina tenía al menos tres metros de altura. Había escalado otras más altas, pero eso había sido cuando era más joven y estaba en mejor forma.

Johnson desapareció entre las sombras de un pequeño edificio a unos cien metros del muelle.

Austin empezó a trepar. Para su sorpresa, avanzó con facilidad, girándose de espaldas al llegar a la cima mientras su cazadora bómber de cuero se encargaba del fino alambre de espino. Al deslizarse por el otro lado, aterrizó con dureza, se torció el tobillo y cayó al suelo.

Mientras se ponía en pie, tratando de cargar todo el peso en la pierna izquierda, vio a Johnson salir por el otro lado del edificio en dirección al muelle.

Arrancó a correr tan rápido como pudo, arrastrando la pierna, y le recortó distancia a Johnson con facilidad. A pesar de estar en buena forma para su edad, Johnson seguía moviéndose como un

hombre de casi ochenta años. Johnson llegó a otra puerta. Mientras rebuscaba torpemente las llaves, Austin aceleró.

Johnson se giró al oír las pisadas y la respiración agitada de Austin, pero ya era demasiado tarde. Austin impactó con el hombro en sus costillas, estampándolo contra la puerta.

Con un movimiento diestro, Austin le dio la vuelta, le apretó la cara contra la valla y le retorció ambas muñecas a la espalda. Sujetándolas con firmeza con una mano, lo cacheó con la otra. —No puedo detenerlo, pero los que sí pueden están de camino. Se acabó.

—No voy armado. Ya le he dicho que aborrezco la violencia.

—No parece que le importe cuando otros la cometen en su nombre.

Johnson forcejeó con los brazos, pero fue inútil.

Austin lo hizo girar y Johnson se dejó caer, deslizándose por la valla hasta quedar sentado en el suelo.

Austin retrocedió un paso, con los ojos fijos en el rostro de Johnson, que estaba medio en sombras y medio iluminado por una única luz que atravesaba la niebla.

Su primer pensamiento fue preguntarle por el hombre de la fotografía. Durante cincuenta años, el mundo había creído que John Johnson estaba muerto, que se había quitado la vida. No solo estaba vivo y sano, sino que había otro muerto, alguien que presumiblemente tenía una familia, gente que lo echaba de menos y se preguntaba dónde estaba. Debería haberle preguntado por Simon, el mozo de granja que Eleanor mencionaba en su diario.

En lugar de eso, se oyó a sí mismo preguntar: —¿Qué sabe de mi mujer?

Johnson se abrazó las rodillas. Su traje de lino estaba arrugado y sucio, pero seguía moviéndose con el refinamiento y la gracia de un hombre mucho más joven. Le lanzó a Austin una mirada desconcertante. No una sonrisa, sino un gesto de complicidad. —No lo sé todo. Pero sé algunas cosas. —Miró a través de la puerta, hacia el muelle—. Supongo que sabe a qué negocio me dedico.

—El SPD también lo sabe. Su juego ha terminado.

Asintió como si ya lo supiera. —Le diré una cosa, Thomas Austin. Conozco a gente en Nueva York, gente a la que usted y Fiona se

pasaron la vida intentando meter entre rejas. Déjeme ir, déjeme cruzar esa puerta hasta mi barco, y le entregaré a los que apretaron el gatillo. En un plazo de treinta días. Tiene mi palabra.

Austin estuvo a punto de abalanzarse sobre él y darle una patada, pero se contuvo. El sonido del nombre de Fiona en boca de aquel hombre le revolvía el estómago, lo enfurecía. Pero iba mucho más allá. Lo que más le molestaba era que, a pesar de todo, estaba tentado.

—Miente —dijo Austin—. Aunque considerara esa oferta, cosa que no haré. —Retrocedió otro paso—. El SPD llegará pronto. Yo… —Se interrumpió, la cabeza le daba vueltas.

—No lo sé todo. Es usted demasiado listo para creerme si le dijera que sé exactamente lo que pasó. Pero creo que usted sabe tan bien como yo que podría averiguarlo. Pero solo si estoy libre. —Johnson se rascó la barbilla—. Una cosa que sí puedo decirle es que facciones de su querido Departamento de Policía de Nueva York están profundamente implicadas con ciertos proveedores de narcóticos del sudeste asiático. Así fue como me enteré, para empezar, de que se habían cargado a una fiscal de distrito.

Austin negó con la cabeza, como si así pudiera deshacerse de cualquier tentación.

—¿Quién era el muerto de la fotografía?

Johnson sonrió.

—Usted estaba bajo investigación —dijo Austin—. Sabía que iba a acabar entre rejas, así que mató a alguien que se le pareciera lo suficiente como para dar el pego…

La risa de Johnson lo interrumpió.

—Es usted un detective de pacotilla, Thomas Austin.

Austin le fulminó con la mirada, al más puro estilo de Nueva York, pero la forma en que Johnson lo miró desde abajo se la borró de la cara.

—Maté a Simon Lorie porque se acostó con mi mujer. Simplemente dio la casualidad de que se parecía un poco a mí.

Austin lo miró fijamente desde arriba. Mientras lo hacía, oyó el débil sonido de unas sirenas en la lejanía.

—Eleanor tenía secretos —dijo Johnson—. ¿Se ha planteado alguna vez que su querida esposa también los tuviera?

—Hable de su propia vida de mierda si le da la gana. No vuelva a hablar de Fiona.

—¿Se ha parado a pensar que quizá la mató un amante? Como detective de homicidios, sabrá tan bien como cualquiera que la mayoría de los asesinatos surgen de disputas domésticas. A lo mejor llevaba años teniendo una aventura y al final la cortó, y por eso le volaron la preciosa cabeza de un tiro.

Austin se abalanzó sobre él, cayendo de rodillas y agarrándolo de la solapa.

—Cállese, asqueroso cabrón.

Johnson le escupió en la cara.

Austin le clavó un antebrazo en la garganta y lo apretó contra la verja.

Entre boqueadas superficiales, Johnson dijo:

—Oigo las sirenas. Cuando lleguen, lo van a detener a usted también.

Austin oyó movimiento a su espalda. Luego una voz.

—¡Suelte al viejo!

Aún con la mano aferrada a la solapa de Johnson, Austin se giró.

Un hombre estaba de pie detrás de él, medio en la sombra. No era uno de los matones de Johnson. Era más o menos del tamaño de Austin, pero más joven, y llevaba el uniforme gris de un servicio de limpieza, con un pequeño parche en el lado izquierdo del pecho.

—No se preocupe —dijo Austin—. Soy policía.

El hombre miró a Johnson y luego otra vez a Austin. Sin decir una palabra más, sacó algo de su espalda y lo blandió violentamente hacia la cabeza de Austin. Austin se agachó, pero fue demasiado tarde.

El extremo del palo de una escoba le golpeó la cabeza y, por un instante, se quedó sin fuerzas.

45

Austin volvió en sí al oír el portazo de una verja. Tenía la vista borrosa y ahora la cabeza le dolía tanto como el tobillo. John Johnson había desaparecido, pero el hombre del uniforme de conserje estaba de pie junto a él. A medida que la visión de Austin se aclaraba, vio que el hombre no parecía amenazador. Al contrario, parecía casi sorprendido por lo que había hecho.

Y, sin embargo, sostenía el grueso palo de la escoba como si fuera un bate de béisbol, como si fuera a volver a usarlo si fuera necesario.

—Mire, señor, no sé quién es usted, pero el señor Min Hui es socio de aquí y nadie le da una paliza a uno de nuestros socios en mi turno.

Austin se arrastró hacia atrás, pegando la espalda a la valla. —Su verdadero nombre es John Johnson. Es un traficante. Un asesino. Se va a escapar.

—Usted le estaba dando una paliza a un anciano. —Apretó con más fuerza el palo de la escoba.

—¿Oye esas sirenas? —preguntó Austin—. La policía llegará en unos minutos.

—Ha dicho que venía con ellos. Enséñeme su placa.

—Soy asesor.

—¿Un… qué?

Austin extendió ambas manos mientras se erguía, apoyando la espalda en la verja, tambaleándose.

—No se mueva más —dijo el hombre—. No quiero volver a pegarle, pero lo haré.

Austin tenía dos opciones: intentar pelear con este tipo con el tobillo malherido y la cabeza zumbándole, o salir de esta con la labia. El tipo era un conserje en el turno de noche que intentaba ser un buen samaritano. Había visto a Austin dándole una paliza a un anciano que probablemente le daba buenas propinas. —Mire, usted sabe tan bien como yo que es extraño que se dirija al muelle a estas horas de la noche, solo. Y oye las sirenas, ¿verdad? Míreme a los ojos. —El hombre lo hizo—. Soy un exdetective de la policía de Nueva York. Voy armado, pero no voy a sacar mi arma porque no estoy aquí para disparar a un tipo que solo creía que estaba protegiendo a un anciano. —Endureció la mirada, clavándola en los ojos del hombre—. ¿Confía en mí?

El hombre dejó caer lentamente el palo de la escoba.

Austin se retiró la chaqueta, dejando ver su arma.

—No querrá que saque esto, y yo no quiero hacerlo. No contra usted. Va a darse la vuelta, esperar a la policía y contarles lo que ha pasado. No se meterá en ningún lío por haberme golpeado. Creía que estaba haciendo lo correcto. ¿Entendido?

Volvió a asentir, con los ojos fijos en la pistola de Austin.

—Ahora voy a darme la vuelta y a saltar esta valla. No va a volver a golpearme porque cree que estoy diciendo la verdad. Sabe lo sospechoso que es que un anciano se dirija a su barco a altas horas de la noche.

La cara del hombre tembló ligeramente, pero no dijo nada.

Austin se giró para saltar la valla. Oyó un movimiento y un tintineo metálico. Girándose rápidamente, listo para golpear, Austin vio que el hombre se acercaba a él, pero esta vez sostenía sus llaves.

Un instante después, le había abierto la verja a Austin.

Cojitranco, con el dolor ascendiendo desde su tobillo como dagas al rojo vivo, Austin cojeó hasta el final del muelle, donde unas tenues luces rojas brillaban en la noche neblinosa. Cuando estaba a

unos cincuenta metros, las luces empezaron a moverse. Lenta, casi imperceptiblemente.

El barco de Johnson.

Reprimiendo el dolor tanto como pudo, aceleró el paso, llegó al borde del muelle y se lanzó al costado del barco para luego rodar sobre la cubierta.

No era un barco enorme, tal vez de nueve o doce metros, y Austin nunca había sido de barcos, así que no sabía qué tipo era. Pero sabía distinguir un barco de lujo de uno barato. Este tenía una reluciente barandilla de madera oscura que contrastaba con los tablones laterales de un blanco brillante y una cabina acristalada, donde estaba Johnson, sujetando el timón.

Austin sacó su pistola. Con la mano libre abrió la manija de latón de la puerta de la cabina. —John Johnson. Apague el motor.

Johnson se giró y sonrió. —Voy a coger las llaves —dijo con calma.

Austin le apuntaba al pecho con la pistola.

Johnson apagó el motor. Lentamente, el ruido del motor se extinguió.

El barco quedó a la deriva. El silencio los envolvió.

—¿Le importa si me siento? —preguntó Johnson.

Austin asintió en dirección a la silla del capitán.

Johnson se sentó. —Eleanor decidió que solo le gustaban las mujeres después de quedarse embarazada de John Junior. A mí me pareció bien, o al menos eso creía. Siempre tuve mis aventuras. Pensé: «¿Y qué si ella también las tiene?».

—¿Pero entonces apareció Simon Lorrie?

—Trabajaba en una de mis granjas. Teníamos granjas legítimas y me enorgullece el hecho de que suministrábamos algunas de las mejores frutas y verduras a la gente de Seattle en Pike Place.

—También les suministraba heroína, opio, ¿quién sabe qué más?

Johnson se encogió de hombros. —Tenían que conseguirlo en alguna parte. Simon era de Idaho, o quizá de una de las Dakotas. Todos esos estados me parecen iguales. ¿Cómo se habría sentido usted si Fiona estuviera embarazada y decidiera que le gustaban las

mujeres, y luego descubriera que se acostaba con un becario del NYPD?

—No vuelva a mencionar el nombre de mi mujer.

Johnson sonrió.

—¿Lo mató porque se parecía lo suficiente a usted como para hacerse pasar por usted o porque tenía una aventura con Eleanor?

Johnson pareció sopesarlo. —Supongo que por ambas cosas. Eleanor y yo teníamos una relación… *complicada*. Ya estábamos planeando mi huida. Iba a desaparecer, sin más. Cuando me enteré de lo de Simon, pensé: «¿Por qué no darle una bofetada en toda la cara y, de paso, conseguirme una mayor cobertura?». Una genialidad. Cuando un hombre desaparece, la gente lo busca. Cuando está muerto…

—¿Y ella le enviaba dinero todos los años a través de la organización benéfica?

Johnson asintió. —A través de varias. Tenía que hacerlo. Intentaba ser lo que su padre quería: una buena chica. La rica dama benévola, nacida en la abundancia y el privilegio, pero decidida a ayudar a los menos afortunados.

—Ella *sí* que ayudó a mucha gente menos afortunada.

Johnson hizo un gesto despectivo con la mano. —Todo parafernalia. En el fondo, era una zorra fría.

—¿Y se enteró de sus memorias por Mack?

Asintió. —Era el único, aparte de mí, que sabía que estaba vivo. Eleanor me enviaba dinero, pero él me mantenía al tanto del negocio familiar. El único en el que podía confiar de verdad.

Las sirenas habían ido aumentando de volumen mientras hablaban y ahora Austin podía ver las luces parpadeantes desde el aparcamiento del puerto deportivo. Esperaba oír las botas de alguien corriendo por el muelle de un momento a otro.

Lo que no podía entender era por qué el enterarse de las memorias llevó a Johnson a hacer que Mack matara a Eleanor. Seguía sin creer que Eleanor fuera a revelar todos los secretos familiares. Hacerlo la habría implicado a ella casi tanto como a él.

Como si le estuviera leyendo el pensamiento, Johnson dijo: —Las memorias iban a plantearse como la revelación definitiva de los

secretos del pasado. Mack me dijo que uno de los títulos que estaba barajando era *Las sombras de Pike Place*. Iba a escribir sobre cómo yo había estado involucrado en drogas, asesinatos, cómo había ayudado a convertir Pike Place en la mayor atracción de Seattle, pero que me había lucrado con ello, vendiendo drogas en la sombra. Pero iba a excluirse *a sí misma*. No iba a admitir que sabía lo de Simon. Planeaba hacer que ese periodista la presentara de la forma más favorable posible, echarme toda la culpa a mí y hacer parecer que acababa de enterarse de todo. Pobre niña rica, de la que se aprovechó el indeseable desaliñado. —Negó con la cabeza—. Mack incluso me dijo que despidió a la primera escritora de las memorias porque era demasiado buena periodista. El otro tipo, Brandon o como se llame, estaba dispuesto a escribir cualquier chorrada que ella le contara.

Al oír varias pisadas corriendo por el muelle, Austin casi sonrió. A Anna le alegraría oír eso.

Johnson se giró en dirección al sonido, su rostro reflejando primero enfado y luego miedo. Miró a su alrededor con desesperación. Austin lo observaba como un halcón. —Ni se le ocurra intentar huir.

Las pisadas se hicieron más fuertes.

—Sabe una cosa —dijo Johnson—, quienquiera que matara a Fiona nos hizo un favor a todos.

Austin guardó el arma en la funda. Los pasos estaban justo encima de ellos, junto con gritos desde el muelle.

Austin dio un paso adelante. Sintió que su pie y su pierna empezaban a moverse hacia atrás. Una patada rápida en la garganta expuesta de Johnson podría acabar con este hombre.

—Policía de Seattle. Quien esté en este barco, manos arriba. Vamos a abordar la embarcación.

A través de la ventana del camarote, vio a un agente que se acercaba al barco con una larga pértiga de madera. Lentamente, empezó a arrastrarlo de vuelta al muelle. Solo se habían alejado unos tres metros.

—Nos ha hecho un favor —repitió Johnson—. La guerra contra la droga ha terminado. Vuestro bando ha perdido. El bando de Fiona

ha perdido. Ahora las están legalizando casi todas, después de que idiotas como ella se pasaran años intentando meter a gente como yo entre rejas por dar a la gente lo que quería.

Austin soltó un bufido y se arrodilló, inclinándose hasta que su cara quedó a solo unos centímetros de la de Johnson. Su voz se movía entre la rabia y la angustia. —No vuelva a decir su nombre nunca más.

Johnson no dijo nada.

Austin se levantó y se apartó.

Unas botas aterrizaron en la cubierta del barco.

No podía permitirse vengarse de Johnson. Pero se aseguraría de testificar en su juicio. Para asegurarse de que acabara donde le correspondía. En la cárcel hasta que finalmente descansara en la tumba que llevaba cincuenta años marcada con su lápida.

46

El cementerio de Green Hills se encontraba en una colina baja justo al norte de Seattle. Habían pasado tres días desde el arresto de John Johnson, tiempo suficiente para que la jefa Jackson obtuviera una orden para exhumar su tumba. Una tumba que, estaban bastante seguros, contenía los restos de un peón de granja llamado Simon Lorie.

Austin estaba de pie junto a Anna, observando el proceso desde el otro lado del cementerio. Una pequeña excavadora llevaba más de media hora trabajando y parecía estar a punto de alcanzar el ataúd.

Anna no estaba mirando. Estaba sentada en el suelo, tecleando furiosamente en una pequeña tableta. Como si sintiera la atención de Austin, levantó la vista. —Fecha límite. Le prometí a mi editor que le entregaría esto en cuanto las fotografías llegaran a su mesa.

—¿Fotografías?

Anna señaló hacia el otro lado del cementerio, donde una joven con vaqueros y una chaqueta negra sacaba fotos de la exhumación. Anna sonrió. —La sheriff Jackson me ha dado la exclusiva. No se permite la entrada de ningún otro periodista en el cementerio.

—¿Y cómo conseguiste que aceptara?

Anna sonrió. —Lo creas o no, no ha habido ningún chantaje. Sinceramente, sentía que me la debía, ya que en cierto modo le resolví el caso.

Austin enarcó una ceja mientras ella guardaba la tableta en el bolso y se ponía en pie.

—Vale —admitió—. Puede que tú ayudaras un poco.

—¿Qué te dije de andar por mi ciudad haciendo el cafre como un vaquero borracho? —Era la voz de la sheriff Jackson. Austin se giró y, por suerte, ella estaba sonriendo.

Le tendió la mano para estrechársela. —En serio, buen trabajo, Austin.

—Gracias.

De repente, su rostro se puso serio. —Vaya golpe de suerte que ese Suburban se saliera de la carretera. No sabrás nada de por qué reventaron los dos neumáticos traseros, ¿verdad?

Austin se quedó helado.

Ella miró alternativamente a Austin y a Anna, y luego otra vez a Austin. —Mi teoría es que tuvieron mala suerte con un par de clavos que había en la carretera. —Estaba escogiendo sus palabras con cuidado—. Los neumáticos probablemente ya tendrían la banda de rodadura desgastada.

—Suena plausible —dijo Anna.

—Porque estoy segura de que sabes —continuó Jackson— que disparar a los neumáticos de un todoterreno, mientras estás medio colgado por la ventanilla de una limusina, sería más que temerario.

—Sí —dijo Austin con cautela—. Soy consciente de ello.

—Bien —dijo Jackson—. Entonces lo dejamos en lo de los clavos. —Sonrió cálidamente, le estrechó la mano de nuevo y se dirigió a la tumba, donde la excavadora dejaba caer otra palada de tierra en un montón entre las lápidas cercanas.

Austin vio a Jimmy, a Lucy y a Ridley que venían desde el aparcamiento y se encontró con ellos a medio camino, cruzando el cementerio. —No esperaba veros por aquí.

—Ni nosotros estar aquí —dijo Ridley, ofreciéndole la mano para estrechársela—. Parece que te metes en líos a ambos lados del estrecho.

Austin sonrió.

Jimmy le dio una palmada en la espalda. —¿Hay alguna posibilidad de que reconsideres la oferta de Ridley? Únete a nosotros

como asesor.

Austin negó con la cabeza. —No, a menos que podáis prometerme que tendré tiempo de sobra para pescar y crear nuevas recetas.

—Sin problema —dijo Lucy—. De ahora en adelante todo serán investigaciones de grafitis e infracciones de tráfico.

—Lucy mentirosa —dijo Jimmy—. ¿Cómo puedes no querer participar en los casos más importantes del condado, del estado?

Austin pensó en ello. La verdad era que *sí* quería participar. No, eso no era del todo correcto. Era más bien una adicción, algo que quizá no era bueno para él, pero que le atraía de todos modos.

Había cruzado el país con la esperanza de dejarla atrás, pero los casos parecían encontrarlo. Aun así, no sabía por qué, pero no se decidía a firmar con Ridley y el departamento del sheriff del condado de Kitsap para algo más que una colaboración caso por caso.

Austin se encogió de hombros. —La reforma de mi cocina termina mañana. La temporada de primavera va a ser ajetreada. Pero llamadme si tenéis algún grafitero en serie. Quizá os ayude a dar con él.

47

Pasearon por el cementerio y se detuvieron a unos tres metros de Karen y Susan, que estaban cogidas del brazo, vestidas con conjuntos de diseño a juego de color negro azabache. John Junior también estaba allí, pero se mantenía a un lado, alejado del gentío.

Karen se giró. —Oh, Anna, Austin. No sabía que estabais aquí.

—Hemos estado observando desde atrás —dijo Anna—. Sé que esto debe de ser durísimo para ti.

Karen asintió, señalando una pequeña lápida. —Kyon. Lo enterramos ayer. Sin funeral público ni nada. Junior quería que fuera algo discreto.

—Nosotras no fuimos al funeral de mi padre —dijo Susan—. Al menos, eso es lo que nos dijo nuestra madre. Hoy vamos de negro por Kyon y porque, aunque nuestro padre siga vivo, para nosotras está muerto.

—La jefa Jackson nos lo ha contado todo —dijo Karen.

Austin quiso decir algo para consolarlas, pero no se le ocurrió nada. Eran mujeres maduras que, en el lapso de diez días, habían visto cómo su chef asesinaba a su madre, su sobrino se quitaba la vida bajo custodia policial y, para colmo, descubrían que su padre no solo estaba vivo, sino que era uno de los narcotraficantes más buscados de la costa oeste. A veces, el silencio era la única respuesta apropiada.

Anna, en cambio, no se sentía tan cómoda con el silencio. Hizo una reverencia baja y teatral. —Has redimido el nombre de Karen para siempre.

Austin sintió vergüenza ajena. El gesto parecía totalmente fuera de lugar.

Pero Karen sonrió con tristeza. —Me alegra oírlo.

—El habernos dado ese diario, dejarnos usar la limusina… Y Brian. Sin esas tres cosas, tu padre..., o sea, John..., bueno, que se habría salido con la suya —dijo Anna.

—Gracias —dijo Karen.

—Me aseguraré de hacerle saber a internet que el nombre de «Karen» ya no puede usarse de forma despectiva.

Karen sonrió, pero no dijo nada. Metió la mano en el bolso. —Iba a enviaros esto hoy mismo. —Le entregó un sobre a Anna—. El dinero. Os lo habéis ganado.

Anna lo cogió con la mirada gacha. —Gracias. Siento mucho que esto haya acabado así, de verdad que lo siento.

La excavadora aceleró el motor y Karen se estremeció como si la hubieran golpeado. —La jefa Jackson nos habló de Simon Lorie. Confirmaron lo que nuestro padre os contó. Era un pobre jornalero de Idaho. Incluso tenían fotos suyas. De la misma edad que nuestro padre. Se le parecía lo suficiente.

Austin dudaba que Jackson les hubiera contado que Eleanor se había acostado con él. Se lo había contado todo a Jackson, pero no creía que ellas necesitaran saberlo. Al menos, no todavía. A pesar de los defectos de Eleanor, ya habían sufrido bastante esa semana como para manchar aún más el recuerdo de su madre.

—Por lo visto, Simon Lorie desapareció sin dejar rastro —dijo Susan—. Y nadie se molestó en buscarlo. Otro trabajador agrícola denunció su desaparición, pero como todo el mundo creía que el muerto era nuestro padre, nadie sospechó. —Negó con la cabeza, cerrando los ojos con fuerza como si pudiera ahuyentar el dolor—. Y nuestra madre lo identificó como tal.

Karen le dio un apretón en el brazo a Anna y luego se alejó en dirección a John Junior, seguida por Susan, que ahora lloraba sin disimulo.

Cuando se hubieron ido, Austin se dirigió a Anna. —No estoy seguro de que internet funcione así. No creo que puedas decirle a la gente que deje de burlarse del nombre de «Karen».

—Ah, claro, como si tú fueras un experto.

—Nunca he dicho que fuera un *experto*, pero… —Se rascó la cabeza—. No creo que te vayan a hacer caso.

—Bueno, supongo que puedo escribir un artículo sobre ella, y su nombre quedará redimido en virtud de la historia que contaré.

Caminaron por el borde del camposanto. Austin notó que Anna, al igual que él, quería estar presente para la exhumación, pero sin acercarse demasiado. Todo aquello parecía inapropiado, profundamente inapropiado y, sin embargo, como un accidente de tráfico, no podían apartar la vista.

—Por cierto —dijo Austin—, quería decirte que he investigado un poco más esos párrafos. Los que pensabas que podían ser reales.

—Sí, me lo preguntaba. —Apartó la mirada—. Sinceramente, pensaba que ibas a desaparecer del caso de Eleanor Johnson para investigarlo.

—¿Tan evidente es mi obsesión?

—¿Qué otra razón podrías tener para no querer salir con una madre soltera guapísima, sin un duro y brillante como yo, aparte de estar obsesionado con ese caso?

—Estás un poco menos tiesa que hace diez minutos.

Anna se rio. —Esos veinticinco mil son increíbles, pero ya están gastados. La universidad.

—Espera un momento. —Había algo en la forma en que ella había relacionado su reticencia a salir con ella con su obsesión por la muerte de Fiona—. ¿Has estado hablando con el pastor Johnson?

Ella sonrió. —¿Se me nota tanto?

—Es la última vez que me confieso con ese tipo.

—Oye, es una fuente de hace mucho tiempo. Y no me ha dicho nada que yo no supiera ya, que no sepa ya *todo el mundo*. ¿Sabes la de veces que un hombre atractivo que no da un repelús que te mueres se muda al condado?

—¿Llevan estadísticas de ese tipo de cosas?

—Créeme —dijo Anna—, *yo* sí las llevo.

Austin no supo por qué, pero se oyó a sí mismo decir: —¿Cenamos en mi casa este fin de semana?

Anna lo miró larga e intensamente, con una expresión a medio camino entre la sorpresa y el escepticismo. —Vale —dijo al fin—, supongo que te prometí mis famosas albóndigas.

48

—¿Estás listo para una cena de Ikea de categoría?

Austin la miró con la mente en blanco, observándola desde la mesa de la cocina mientras ella se movía de la encimera a los fogones. Era su primera cita, y ella había traído una pequeña caja de cartón con los ingredientes necesarios para la cena.

—Tienda de muebles —dijo ella—. Tienen una cafetería con unas albóndigas muy famosas. Es su plato estrella. Como los perritos calientes baratos del Costco.

Austin se encogió de hombros.

—En Nueva York seguro que comías mucha comida italiana. Nuestras albóndigas son un poco distintas. —Anna removía la comida mientras Austin daba un sorbo a su cerveza y luego ponía los pies en la silla libre.

—¿En qué sentido? —preguntó él—. Quiero decir, tienes razón en que comíamos mucha comida italiana. Creo que puede que haya probado la comida sueca una o dos veces, pero…

—Te acordarías si hubieras probado *mis* albóndigas —dijo Anna —. Esta noche será como cenar en un Ikea digno de un rey. Albóndigas con salsa de nata, puré de patatas y salsa de arándanos rojos casera.

Cuando ella se giró para ver su reacción, Austin enarcó una ceja. —¿No te he visto preparar ninguna salsa de arándanos rojos.

—No he dicho que la haya hecho *yo*. Mi prima de Suecia me la manda todos los años por Navidad. Este es el último bote que me queda de este año.

—Es un honor que lo compartas conmigo —dijo Austin.

Anna le había hecho prometer a Austin que la dejaría cocinar en su primera cita. Austin no estaba del todo seguro de qué hacía que fuera diferente a todas las demás veces que habían quedado, pero desde luego sentía más presión. Siempre la había encontrado atractiva, ese nunca fue el problema. Era que el espacio en su interior que podía abrirse a un nuevo interés romántico se había cerrado con tanta fuerza que había olvidado que existía.

Pero, más que eso, también estaba distraído. Había acudido a la terapia de duelo que ofrecía el Departamento de Policía de Nueva York, había leído algunos libros sobre el duelo y sobre dejar marchar a los que hemos perdido y, sin embargo, solo en una cocina con una mujer inteligente y guapa a la que claramente le gustaba, en lo único que podía pensar era en nueve palabras pronunciadas por John Johnson. *Quienquiera que la matara nos hizo un favor a todos.*

Anna, sin embargo, seguía hablando de albóndigas. —La base es parecida —normalmente ternera y cerdo—, pero nosotros aderezamos nuestras albóndigas con pimienta de Jamaica y nuez moscada. Y la salsa de nata, tan sustanciosa como cualquiera que hayas probado, obviamente no tiene nada que ver con la marinara que te pondrían en un buen italiano. No me malinterpretes, me *encanta* la comida italiana, pero… ¿Austin?

—¿Sí? —Levantó la vista. Solo había estado escuchando a medias —. Lo siento.

—Pareces distraído.

—Lo siento. Te *estaba* escuchando, de verdad, pero sí. Huele de maravilla y estoy deseando probarlo.

Dejó la cuchara de madera en el borde de la sartén, bajó el fuego y se sentó frente a él. Su mirada no era de enfado, pero tampoco era dulce. Era más bien inquisitiva, como si estuviera intentando resolver un acertijo. —Venga, desembucha.

—¿Desembuchar el qué?

—¿En qué estás obsesionado?

—No… de verdad… —tartamudeó Austin—. Cenemos. Yo…

—Es Fiona.

Austin asintió.

—La salsa tiene que cocer a fuego lento durante diez minutos. Hablaré de ello contigo si me prometes que luego lo dejarás estar —al menos temporalmente— y cenarás conmigo en diez minutos.

—Trato hecho —dijo Austin—. Es John Johnson. Algo que dijo.

Le contó a Anna lo que había dicho Johnson, junto con su investigación sobre Michael Lee. —Suponiendo que Lee fuera coreano-estadounidense y que una familia criminal camboyana de Nueva York intentara matarlo… —se interrumpió, esperando que Anna estableciera alguna conexión brillante—. Y luego está John Johnson, que introducía fentanilo de contrabando en Seattle a través de Vietnam.

—A ver, veo la conexión con el Sudeste Asiático —dijo Anna—. ¿Pero adónde quieres llegar?

—Dijo que alguien les hizo un favor a *todos* al matar a Fiona. Si le tomamos la palabra por un momento, mi razonamiento es el siguiente: John Johnson tenía alguna conexión con una banda de narcotraficantes del sudeste asiático en Nueva York. Quizá trabajaban juntos de vez en cuando, o puede que incluso tuviera su propia gente allí. A lo mejor tenía un acuerdo para no disputarse el territorio.

—¿Quieres decir que él se quedó con Seattle y otra banda con Nueva York?

—Podría ser. O algo por el estilo. La cuestión es que lo que dijo implica que Fiona estaba trabajando en la acusación de un caso o casos allí que no solo habrían perjudicado el narcotráfico de Nueva York, sino también los negocios de John Johnson.

Anna se levantó y dio una vuelta por la cocina, bebiendo a sorbos de un pequeño tarro de cristal con vino blanco. De repente, Austin se sintió avergonzado. —Siento no tener copas de vino de verdad.

Ella bajó la vista hacia el tarro. —No pasa nada. Debería haberlo supuesto. Eres un soltero. Se me ocurre una cosa. —Se sentó a su lado, visiblemente emocionada—. ¿Y si estaba trabajando con el FBI

en un caso que abarcaba todo el país? Es posible que estuviera aportando lo que sabía de Nueva York a un caso que también afectaba a Seattle y, por tanto, a Johnson.

—No es mala idea —dijo Austin—. Michael Lee, entonces, podría haber sido un camello que iba a cantar, un testigo que iba a declarar, o quizá incluso un antiguo miembro de alto rango de una banda a la que Fiona iba a procesar. De un modo u otro, estaba implicado en el caso de una forma que cabreó a mucha gente y decidieron cargárselo.

Anna volvió a los fogones para comprobar la salsa. —¿Y qué mejor manera de eliminar a un hombre que atraerlo hacia su muerte a través de una aplicación de citas? La mayoría de los hombres son capaces de cualquier cosa cuando hay una mujer que les parece atractiva al otro lado de la barra o, en este caso, de la pantalla de un móvil.

—Secretos —dijo Austin en voz baja.

—¿Eh?

—Es solo que… estoy convencido de que algo gordo estaba pasando. Quizá algo del FBI, como has dicho, o quizá otra cosa. Pero ¿por qué no me enteré nunca? ¿Por qué no salió nada cuando la policía de Nueva York llevó a cabo la investigación?

Se quedó mirando a Anna, que tenía una expresión de preocupación en el rostro. Ella bajó la mirada.

—¿Qué? —preguntó Austin.

—Yo soy periodista, tú eres poli.

—Exdetective, pero vale.

—Mi visión de cómo hace las cosas la policía podría ser ligeramente distinta de la tuya.

—¿A dónde quieres llegar?

—No soy ninguna radical —dijo Anna—. Has visto cómo he trabajado con Ridley, Jimmy y Lucy. Los respeto un montón. Pero hay un buen número de policías corruptos, los fiscales a veces aceptan sobornos, y las interacciones entre el FBI y los cuerpos de policía locales a menudo están plagadas de politiqueo, intereses contrapuestos y consideraciones económicas. La vida real no es como en *Ley y orden*.

—Ya sé todo eso —dijo Austin.

—A lo que voy es que, si Fiona estaba metida en un caso importante que implicaba a los federales, podría haber cien razones por las que el FBI —o incluso la policía de Nueva York— quisiera encubrir lo que le pasó.

Desde luego, era plausible. Conocía algunos casos en los que habían matado a confidentes y uno en el que un agente encubierto del FBI había sido asesinado tras infiltrarse en una banda de narcotraficantes. Sus muertes se habían encubierto para mantener vivas las investigaciones en curso. Así que era posible, aunque habría hecho falta un encubrimiento de narices para ocultar lo que le había pasado a una fiscal prometedora. Fuera como fuese, no había forma de que pudieran hacer nada más que especular.

Sonrió, intentando parecer optimista. —Cambiemos de tema. Se nos han acabado los diez minutos y quiero prestarle a tu comida la atención que se merece.

Anna empezó a servir y Austin abrió la contrapuerta de malla que daba al pequeño patio frente a la playa. Run, que había estado ocupada con una pelota en la parte delantera, se animó al verlo. —¿Quieres albóndigas? —preguntó Austin.

Ladró una vez, en voz baja, como él la había adiestrado para que respondiera a preguntas directas.

Estaba bastante seguro de que no sabía lo que eran las albóndigas, pero la había entrenado para que respondiera a un cierto tono de voz. *¿Quieres ir a la playa? ¿Quieres chuches?* Siempre que usaba ese tono, ella respondía con un pequeño ladrido y siempre desembocaba en algo que le gustaba.

Hacía una noche fresca, pero no fría, y Austin podía sentir la primavera en el aire. Encendió la vela de la mesita metálica que había puesto en el jardín y luego volvió a entrar, con Run pisándole los talones.

—Quizá quieras ponerte la chaqueta —le dijo Austin—. He puesto la mesa fuera, pero refresca un poco.

Anna se puso la rebeca y llevó los platos a la mesa. Austin le dio a escondidas a Run un trocito de la albóndiga que ella había dejado

en la sartén, porque no se pudo resistir. Luego, se sentó con ella a la mesa.

—Adelante —dijo ella.

Olía a nata cremosa y carne sabrosa, a especias y pimienta recién molida. —Realmente impresionante.

—Me alegro. —Se rio por lo bajo—. Es lo único que sé cocinar.

Austin se rio y se levantó de la silla de un salto. —Ahora mismo vuelvo. Tengo una sorpresa.

Fue corriendo por el lateral del edificio hasta su tienda, que estaba vacía a excepción de la adolescente que atendía el mostrador las tardes de entre semana. Del fondo de la nevera cogió un pack de seis *Norrlands Guld*, una cerveza sueca que había añadido a su pedido habitual para la ocasión.

Se detuvo en el mostrador al salir. —¿Qué tal va todo, Dezy?

La joven levantó la vista del móvil. —La cosa está floja.

—Puedes cerrar a las ocho en vez de a las nueve si quieres.

—Gracias. Tengo que ir a recoger a mi hermana, así que me viene genial.

Cuando Austin se disponía a marcharse, vio la portada del *New York Times*, uno de los cuatro periódicos que tenían y que colocaban junto a la caja registradora. Por costumbre, echó un vistazo a los titulares y se detuvo en uno que estaba en la parte inferior derecha de la página.

El líder de una presunta red de narcotráfico coreana, detenido en el Bronx.

Cogió el periódico y regresó a la mesa, donde Anna le estaba dando un trozo de albóndiga a Run.

—Ya sé que se supone que no debo darle de comer en la mesa —dijo Anna—, pero la vida son dos días.

Austin deslizó el periódico debajo de su silla y puso la cerveza sobre la mesa. —A veces yo tampoco puedo evitarlo. Es que es tan mona... —Abrió un par de cervezas—. Se supone que es la cerveza más popular de Suecia. He oído que va de maravilla con las albóndigas.

Anna le dio un trago y sonrió.

Comieron en silencio durante un rato, pero no fue un silencio incómodo. Él se sentía a gusto con ella, y ella también se sentía a gusto con él. Nunca se le había dado bien interpretar a las mujeres, pero de eso estaba seguro.

—Esto es agradable —dijo ella tras un largo silencio.

—Lo es —dijo Austin.

—Pero...

Austin levantó la vista. —¿Qué?

—Mira. Eres un tío genial. Sabes que me interesas. Y sé *que* yo a ti también.

Austin frunció el ceño. —Se avecina un *pero*.

—Así es —dijo ella—. Y viene de *ti*, Austin. Aunque no te des cuenta. —Se agachó y sacó el periódico de debajo de su silla—. Leo tres periódicos de cabo a rabo todos los días. Y soy una reportera de investigación bastante buena. Dime si me equivoco...

Austin levantó las manos para protestar, pero no podía mentir.

—Has ido a por la cerveza —un detallazo, por cierto— y has visto la portada. La noticia sobre la redada de la red de narcotráfico coreana. Has pensado en guardártelo para más tarde. ¿Quizá para, cuando yo me fuera, contactar con algunos colegas del cuerpo de policía de Nueva York? ¿A ver si hay alguna conexión con Michael Lee, con Fiona?

Austin no pudo evitar sonreír. —Me has pillado.

Anna le dio otro bocado a la comida, masticó durante un buen rato y luego se levantó. —No puedo involucrarme en una investigación interminable sobre el asesinato de tu mujer. Lo siento por ti, de verdad que sí. Pero no quiero ser la colega que te ayuda a resolver crímenes. Quiero algo más que eso.

Austin abrió la boca, pero no articuló palabra.

—Me voy a ir ya. —Se subió el cuello del jersey—. No me voy dando un portazo ni estoy enfadada. —La luz parpadeante de la vela le iluminaba la cara desde abajo, proyectando motas de luz dorada sobre su pálida piel—. Entiendo lo importante que es para ti, pero adondequiera que vayas, no puedo seguirte.

—Yo…

—No protestes. Quieres decir algo para hacerme sentir mejor porque eres un buen tío, pero no lo hagas. —Se arrodilló, le dio una caricia a Run, caminó hasta la cancela y se giró—. Estás a punto de hundirte en el pasado, Austin. Lo noto. Y, cuando la gente hace eso, a veces nunca regresa al presente.

Se marchó y la cancela se cerró con un estruendo metálico tras ella.

—Lo siento —dijo él, pero ella ya estaba demasiado lejos para oírlo.

Run se acurrucó alrededor de sus tobillos mientras él observaba cómo el todoterreno de Anna levantaba gravilla y desaparecía del aparcamiento. Austin abrió el periódico.

El sonido del coche se fue apagando hasta desaparecer.

La noche se había vuelto inquietantemente silenciosa; el único sonido era el leve rumor de las olas rompiendo en la playa. Una ráfaga de viento frío apagó la vela.

Austin miraba el periódico con la vista perdida, incapaz de concentrarse, pero también de apartar la mirada.

-Fin-

Continúa la saga con *Los caídos de Foulweather Bluff*, libro 3 de la serie de thrillers criminales de Thomas Austin.

NOTA DEL AUTOR

¡Gracias por leer!

Thomas Austin y yo tenemos tres cosas en común. Primero, los dos vivimos en un pequeño pueblo costero no muy lejos de Seattle. Segundo, a los dos nos encanta cocinar. Y tercero, probablemente pasamos más tiempo del que deberíamos hablando con nuestros corgis.

Muy pronto habrá más traducciones al español, así que te invito a descubrir la serie completa de misterios de Thomas Austin. Aunque cada libro puede leerse como un misterio independiente, recomiendo leerlos en orden, ya que los personajes y las situaciones evolucionan a lo largo de la serie.

Si disfrutas de mi serie de Thomas Austin, puede que también te gusten mis otras series: *FBI Task Force S.W.O.R.D.*, una serie de misterio trepidante ambientada en el noroeste del Pacífico, así como *Silas West: Misterio Psicológico*. Ambas series también estarán disponibles en español muy pronto.

No dudes en visitar mi página web, donde encontrarás fotos de los lugares reales que aparecen en los libros, una sección de preguntas frecuentes y mucho más. También publico a diario en redes sociales, donde comparto vídeos, fotos entre bastidores… y, por supuesto, fotos de mi corgi.

Cada día tengo la suerte de poder crear personajes y escribir historias, y todo esto es posible gracias a lectores como tú. Así que,

una vez más, te agradezco de corazón que hayas descubierto mis libros. Te deseo cientos de horas de apasionante lectura por delante.



MÁS NOVELAS DE D.D. BLACK

Si has disfrutado de este libro, otros títulos — de las series *Thomas Austin*, *FBI Task Force S.W.O.R.D.* y *Silas West*, así como otras novelas independientes — estarán disponibles muy pronto en español.

La serie de thrillers criminales de Thomas Austin
Book 1: Los huesos de Point No Point
Book 2: Las sombras de Pike Place
Book 3: Los caídos de Foulweather Bluff
Book 4: El horror en Murden Cove
Book 5: El terror en la Ciudad Esmeralda
Book 6: El ahogamiento en Dyes Inlet
Book 7: La pesadilla en Manhattan Beach
Book 8: El silencio en Mystery Bay
Book 9: La oscuridad en Deception Pass
Book 10: La desaparición en Opal Creek
Book 11: Los secretos de Second Beach
Book 12: Los cuerpos en Horse Heaven Hill

Serie FBI Task Force S.W.O.R.D.
Book 1: La quinta víctima
Book 2: Nada olvidamos
Book 3: Las viudas de Medina

Book 4: Bajo cielos de cicuta
Book 5: Susurros a medianoche

La serie de misterios psicológicos de Silas West
Book 1: El Quebrantador de Mentes
Book 2: El Coleccionista de Pecados
Book 3: El Comerciante del Caos

Títulos independientes
La crónica del crimen
Lo que ella robó

SOBRE EL AUTOR



D.D. Black es el autor de los *thrillers* criminales de Thomas Austin, de la serie *FBI Task Force S.W.O.R.D.* y de otras novelas policíacas ambientadas en el noroeste del Pacífico. Cuando no está escribiendo, se le puede encontrar paseando por las playas del noroeste del Pacífico, preparando la cena para su esposa y sus hijos, o lanzando la pelota a su corgi una y otra vez. Descubre más en **ddblackauthor.com** o en las páginas siguientes.

facebook.com/ddblackauthor
instagram.com/ddblackauthor
tiktok.com/@d.d.black
amazon.com/D-D-Black/e/B0B6H2XTTP